1

241392

Una »
Dr. A. M.
Sexológicas
fundida en m
merosas revista
tellano y otros ia
se halla situado en
del más destacado sex
ñola. Y no sólo eso, sino además, como el creador de una escuela propia, original, revolucionaria y moderna, que de acuerdo con las más depuradas concepciones científicas ha venido a destruir múltiples teorías reputadas de básicas e indeformables.

Unas veces al servicio de ciertas misiones internacionales y otras al frente de diversas expediciones científicas de investigación sexológica, el ilustre autor de NATALIDAD CONTROLADA ha residido muchos años entre los más ignorados grupos indígenas de Asia, Africa, Oceanía y Suramérica, especialmente consagrado al estudio de la vida sexual de esos pueblos exóticos y primitivos, cuyos hábitos y particularidades han permitido a Martín de Lucenay lograr el vasto y profundo acervo de conocimientos que caracteriza a su prestigiosa obra con esos valores tan dramáticos y apasionados unas veces y tan crudos y violentos otras, pero siempre realistas, nobles y eminentemente humanos, donde el rígido y austero sentido de las conclusiones del hombre de ciencia, no excluye la elegancia del escritor dueño de un estilo literario fácil, ameno y de una agilidad emocional, sugestiva y brillante.

En NATALIDAD CONTROLADA, el lector dispone de toda la experiencia de Martín de Lucenay encuadrada en el marco del máximo rigor científic
irrebatible que se inspira
sociales y en las realida
concluir en la revela
total de las supues
trol natalista, co
por los únicos
los más eleva
la Moral y

ED
I

Dr. A. Martín de Lucenay

NATALIDAD CONTROLADA

NATALIDAD CONTROLADA

47/809500

DR. A. MARTIN DE LUCENAY

Natalidad Controlada



EDITORIAL CENTAURO, S. A.

Derechos adquiridos
Copyright by Editorial Centauro, S. A.
Printed in México.
1947



R 25741802

INTRODUCCION

El dominio de la natalidad, de la procreación bruta y desenfrenada sin ton ni son, carente de móviles sentimentales, sociales o morales, adquiere en la época presente el rango insigne de una necesidad imperiosa, porque esa inconsciencia destruye lo más puro y elevado de los sentimientos humanos, ahonda más el abismo del desequilibrio social y económico y acaba con la moral de la familia, llevándose por delante al más legítimo y útil prestigio de la especie.

Abortos, infanticidios, la creciente y pavorosa mortalidad infantil, las enfermedades ginecológicas, las perversiones sexuales y cuanto en este orden preocupa a la sociedad y a la ciencia médica, está determinado en gran parte por el ardiente anhelo de limitar el número de hijos, de contener de algún modo esa verdadera demencia procreadora que no repara en medios para realizar el ansioso afán del fin propuesto.

Y la causa de la gran obsesión, de esa formidable y dramática angustia humana que casi siempre se resuelve en los más tristes fracasos, inside ahí precisamente: en los medios aplicados al anhelo ardoroso, que son molestos, inmorales, ineficaces, siempre perjudiciales para la salud moral y física y a veces trágicos, porque suelen acabar con la vida de la infortunada, cuya ilusión de amor y de dicha culmina en la saturación del brutal contraste.

Es esa pavorosa y alucinante visión de pesadilla la razón de este libro, porque ya estamos hartos de presenciar tantos horrores cargados en la cuenta de los llamados sistemas anticoncepcionales, cuando no hay más que uno, el que proponemos, por ser el único de seguridad absoluta, racional y rigurosamente cientfico que se afirma sobre unas bases tan sólidas como son las leïyes inmutables de la Natureleza.

DR. A. MARTÍN DE LUCENAY.

CAPÍTULO I

INSPIRACION RACIONAL DEL CONTROL NATALISTA

Las teorías de Roberto Malthus

Tomás Roberto Malthus, fué un célebre economista inglés que nació en 1776 muriendo, a los 58 años, en 1834.

Desde muy niño mostró destacada inclinación a los estudios teológicos y a las investigaciones económicas, abrazando en definitiva la carrera eclesiástica, hasta obtener ia ordenación sacerdotal. Cuentan sus biógrafos que los acendrados sentimientos religiosos del joven Malthus, le captaron bien pronto la estimación de sus profesores y compañeros de estudio. Era un muchacho sencillo, humilde, de carácter apacible y franco, lo que no fué obstáculo para que se destacase en la órbita de sus dedicaciones profesionales, precisamente en aquella época en que el puritanismo y las concepciones morales hacían poco menos que incomprensible la mentalidad de la vieja Inglaterra... Puede decirse entonces, que la significación intelectual de Roberto Malthus se afirmó sobre las bases espirituales de un verdadero milagro.

Fué lo suficientemente sagaz y todo lo hábil que un hombre podía ser en esa época de reservas e inquietudes públicas y privadas, para que sus teorías prosperasen a pesar de las aparentes expresiones de escándalo que tuvie-

ron para determinados sectores del puritanismo histórico. Sin embargo, el joven Malthus tenía una fe consoladora y ardiente en el éxito, ya que supo aprovechar una de las oportunidades más felices de la Historia del Mundo y, sobre todo, el momento más difícil por que atravesó la vida de Inglaterra, cuya moral social estuvo a punto de derrumbarse con un descomunal estrépito.

No fué sólo en el orden moral: fueron los trastornos económicos, la desorganización política y los fracasos de la vida doméstica todo lo que presenció el reinado de Jorge III, con el desastre de las colonias de América del Norte, las terribles insurrecciones de los irlandeses, las malas cosechas, el hambre y la miseria, los enormes déficits del erario público, las contribuciones excesivas...

Empiezan a regresar las tropas fracasadas, y el panorama se ennegrece aún más y la moral se hace más sombría, porque los repatriados, que no producen, contribuyen al más rápido agotamiento de la exhausta despensa nacional... Crímenes políticos, asesinatos, asaltos, robos en cuadrilla y desmanes de toda índole que cometen las multitudes hambrientas y enloquecidas, acaban de dar al traste con lo que parecieron los más firmes puntales de la moral inglesa...

Y por si todo esto no fuera bastante, Inglaterra experimenta, más que cualquier otro país de Europa, los espantosos efectos morales de la Revolución Francesa, con el trágico epílogo parcial del ulterior empleo de la Bastilla y su aliada la guillotina.

Es entonces cuando la sociedad británica, la gran sociedad británica sobre todo, se llena de pavor ante el posible y terrorífico triunfo de la demagogia encarnada en aquellos pobres, en aquellas míseras masas humanas brutalmente explotadas por los poderosos, que habían dado su sangre fecunda a cambio de la que hubieron de cobrarse con las cabezas de las castas privilegiadas.

Roberto Malthus presenció todo esto, y sobre todas las cosas, harto de las estúpidas e inciertas directrices marcadas por el clásico puritanismo que entonces llegaba a la saturación, comprende, con una clara visión, que ni las rogativas a San Jorge ni todos los divinos oficios bastarán para conjurar una mínima porción del peligro que como

pavorosa tormenta se ha desencadenado ahí, a unos pasos, al otro lado del Canal de la Mancha, según cuentan con los ojos desorbitados por el terror quienes lograron escapar del crepitante incendio de la Francia empavorecida y revolucionada.

Malthus viaja por algunos países de Europa, logra informaciones, adquiere datos, analiza causas y deduce efectos... Poco a poco madura las conclusiones, y sin abjurar de sus firmes creencias religiosas ni prescindir por un instante de sus sentimientos escolásticos, regresa a Inglaterra, donde el optimismo de los tiempos muertos ha sido reemplazado por ese creciente temor de angustia que llega de la Francia redimida de sus tiranos.

Y entonces, Tomás Roberto Malthus, a los veintisiete años de edad, en 1798, en el pleno vigor de su juventud y de su precoz capacidad creadora, lanza a la luz pública su escandaloso y hábil *Ensayo sobre el principio de población*, obra atrevida, de una inconcebible audacia en aquellos tiempos, pero que tiene, sin embargo, el alto valor de halagar a la sociedad inglesa, porque representa algo así como una promesa de liberación, más o menos cercana, del terror y el espanto que ha destruído los históricos valores morales del país.

El horror a la demagogia, al pueblo, a la masa revolucionaria que empieza a adquirir una conciencia nítida de los valores del derecho humano, acoge con enorme beneplácito las teorías que Malthus asienta en su famoso libro, pese a que desde el punto de vista de la moral, de la auténtica moral, resultan brutalmente inaceptables. Sostiene en unos puntos y lo da a entender en otros, que las causas fundamentales de todos los desastres insiden en la natalidad bruta y desenfrenada contenida en el respeto a la vieja tradición que obliga a las mujeres a tener hijos, ¡muchos hijos!, convirtiéndolas poco menos que en máquinas incubadoras, lo mismo que a los hombres en bestias imprevisoras cuya misión más noble consiste en hacer madres a sus esposas.

Todo esto es verdad: no puede negarse. Todo se ha hecho en nombre de una moral que jamás fué compatible con las realidades naturales. Malthus lo ha visto en los países

que visitó; no tenía necesidad de haberse molestado, puesto que las cosas acontecían lo mismo que en Inglaterra...

Bien: hay que dominar la inconsciencia procreadora. Se está viendo que los soldados que regresaron de América del Norte, los revolucionarios de Irlanda, los que se sublevan por padecer hambre, los que roban y matan en los caminos y en las ciudades y los que han hecho la Revolución Francesa, son los pobres, los parias, la chusma, la escoria de la sociedad, la hez trágica y bestial, criminal e ineducada del pueblo, del proletariado, del fabricante de prole...

La aristocracia inglesa, el clero, las clases privilegiadas en cualquier orden, comprenden que Malthus tiene razón: una razón que no puede negársele, prestigiada, además, en la sabiduría y la ponderación que le prestan la inteligencia y los hábitos sacerdotales... Así lo comprende lo más selecto de Europa, porque el libro de Malthus no conoció fronteras... ¡Los pobres son los causantes de todos los desastres sociales! ¡Hay que suprimir a los pobres! ¿Cómo...? ¿Educando a las masas? ¿Creando centros de instrucción y de capacitación? ¿Cediendo los ricos una mínima porción de sus tierras, de sus capitales, de todo lo superfluo? ¿Eximiéndoles, al menos, de impuestos y tributos...?

No... Nada de eso; la sociedad no hubiera acogido con tan ferviente beneplácito las teorías del economista. Lo que Malthus dijo y exigió, con esa dulzura característica tan halagadora, fué que la abstención de las relaciones sexuales debiera imponerse, o poco menos, a todos aquellos seres que no estuviesen en las mejores condiciones para responsabilizarse adecuadamente de la manutención y educación de la prole que resultase de sus uniones carnales. El derecho a amar con todas sus consecuencias biológicas, lo reservaba para los potentados, para las castas selectas, para las gentes dotadas de las mejores condiciones económicas suficientes para garantizar el establecimiento de una raza nueva, vigorosa y distinguida...

Los pobres no debían casarse ni amarse: el capital había de servir para todo y su carencia negaba a una parte de la Humanidad el ejercicio de un derecho tan moral, tan noble y tan humano como el del amor. Aquello que dijo Cristo de "Creced y multiplicaos" y eso otro de que "Más fácil es que un camello entre por el ojo de una aguja que

un rico por la puerta del Reino de los Cielos", son principios y parábolas que fueron alegremente desmentidos, acaso porque los pobres no son hijos de Dios...

Las críticas, los ataques despiadados y las discusiones que se suscitaron entre las gentes sensatas, obligan posteriormente a Malthus a rectificar sus afirmaciones; y es entonces cuando esa sociedad que antes le prestó su apoyo, demuestra al economista la gravísima responsabilidad de su primitivo error táctico, evidenciado en la repugnancia de las clases selectas, que ahora tildan de inmoral la prohibición de cumplir los mandamientos de Cristo, porque la rectificación de Malthus es así: "Se hace imprescindible restringir voluntariamente, por un esfuerzo de previsión, el número de nuestros hijos, si no queremos pasar por el amargo trance de verlo disminuir por el acrecentamiento espontáneo de la mortalidad al acercarse a los límites de saturación".

Poco a poco, Malthus acaba por tener una visión mucho más humana y racional del problema que plantea en el plano de las deducciones lógicas, y todo lo resume en poco más de un frase al decir que, "la Naturaleza es generosa en semillas, pero avara en condiciones de vida", aunque este solo pensamiento no puede aspirar al rango de un enunciado rigurosamente exacto.

En fin, hemos hecho esta alusión a las teorías de Malthus, que en muchos aspectos tienen un indiscutible valor doctrinal, únicamente en calidad de dato histórico y como punto de arranque de la enorme batalla en que se halla empeñada la Civilización en la lucha contra la natalidad desenfrenada. Malthus aportó las primeras ideas que cristalizaron en conclusiones más o menos discutibles, para que los economistas, los sociólogos, los moralistas y los defensores paladines de las verdades positivas y las realidades científicas, llegasen con posterioridad a la determinación de las razones que imponen el control natalista y los métodos para lograrlo, cuya inspiración no sólo goza en la hora presente del apoyo respetable de la Iglesia Católica, sino que merece la atención más decidida de la Humanidad entera, sin distinción de credos morales, sociales o políticos.

Mecanización de las explotaciones

Si nos vemos obligados a exponer determinadas condiciones de la vida moderna realizando, de paso, una crítica imparcial de sus aspectos, es con el objeto de llevar al ánimo del lector el principio en que se basa la legítima honradez de nuestras convicciones. Es forzoso, pues, extenderse en determinadas consideraciones filosóficas, psicológicas y de índole moral, de moral natural libre de prejuicios, para llegar a la conclusión vertical de que la procreación bruta y sin control es la causa única, clara e incuestionable, de la inmensa mayoría de los graves males y las inquietantes perturbaciones que constantemente aquejan a la sociedad, a la familia y a la Raza.

Cuando Malthus, hace poco menos de doscientos años, lanzó su famoso ensayo, dijo esto: "Nos hallamos encerrados dentro de un recinto cuyos muros no alcanzamos con nuestras mismas manos, con el enorme inconveniente de que la civilización se muestra incapaz para dar a este encierro una mayor amplitud, pues, en la misma proporción, las aplicaciones sucesivas de trabajo y de capital en una misma parcela de terreno, es evidente que cada vez se traduce en un producto bastante más reducido y débil".

Citamos esta afirmación del sabio economista, no por considerar que contiene una base total de *razonamiento*, sino por abarcar el ejemplo más simple del enunciado —habla de una parcela—, la idea más elemental que puede servir al principio social y económico de la cuestión.

Hace doscientos años, no cabe duda que la investigación científica ya iniciaba sus descubrimientos más felices en el campo del maquinismo; sin embargo, ni Roberto Malthus ni los economistas de su época, llegaron a tener una visión, ni remotísima siquiera, del panorama actual de la mecanización técnica e industrial de todo género de explotaciones, fenómeno determinado por el auge capitalista, por lo que el socialismo se vió precisado a poner el grito en el cielo, al ver lo que fatalmente tenía que ocurrir con relación a los efectos del progreso sobre los voluminosos intereses de las masas trabajadoras.

Ya se acabaron en la órbita de la civilización los tiempos idílicos de la subordinación a la tierra que es la fuente inagotable de la vida, con sus cosechas, sus ganados, sus productos de transformación... El incremento de los núcleos urbanos, la creación de esas ciudades monstruosas, representa un atractivo fascinante para el hombre del campo que abandona el terruño nativo por el espejismo de la urbe.

Es esa mecanización de las explotaciones del recurso natural lo que ha determinado la sobra de brazos; lo que antes hacían cincuenta hombres, por ejemplo, lo hace hoy uno solo manejando una máquina segadora. Y en este orden de cosas, no es necesaria la aportación de más ejemplos para darnos cuenta de la terrible realidad del problema. Al mismo tiempo que la máquina se sigue perfeccionando, la Humanidad sigue reproduciéndose en cifras desproporcionadas, porque cada día que pasa, ese perfeccionamiento abarca a todo el complejo de la organización social.

Es cierto, que antes no había fábricas que diesen ocupación a miles de operarios, como sucede ahora; pero si toda esa inmensa maquinaria se dedicase a producir substancias alimenticias, acaso las condiciones vitales estuviesen equilibradas y quien sabe —prescindiendo deliberadamente de otras razones que después veremos *cómo son imprescindibles*—, si no hubiésemos tenido motivos para escribir este libro... Pero no sucede así: el desarrollo del maquinismo, de la inventiva técnica y del descubrimiento científico, no se encaminan directamente al beneficio colectivo de la masa, más que en lo que afecta a la percepción del salario en calidad de producto por el auxilio que el brazo presta a la maquina... El beneficio amplio, exorbitante y disparatado, va a convertirse en factor o en poder adquisitivo de los elementos necesarios a las exigencias de la civilización refinada, completamente supérflua en la inmensa mayoría de los casos, pero que por su costo en el mecado no pueden contribuir al bienestar directo o al aumento de la felicidad, si es que queremos invocar órdenes sentimentales, del proletario, del que fabrica hijos, del hombre subordinado al funcionamiento de una máquina...

Según las estadísticas demográficas, pese a todos los factores destructivos o de selección de que habló Malthus antes que nadie, la población humana sigue creciendo de

año en año; y si vemos que la mecanización de todas las explotaciones también se perfecciona de día en día, llegaremos a la lógica y aterradora conclusión de que el número de los sin trabajo, de los desocupados forzosos, tiene que ser mayor como legítimo efecto de las causas evidentes.

Todo esto, que es la bandera del comunismo y del socialismo románticos —que nada tienen que ver con lo que predican los líderes—, cada vez nos aleja más del ideal de perfección que todos hemos imaginado, ya que no hay un solo hombre que, según él, no se considere capaz de arreglar el mundo en unos días... Y esto es por esa razón simple y elementalísima que podemos concretar en esta afirmación tan fácil: Cuanto mayor sea el aumento de la población de un pueblo, mayor será su miseria.

Pudiéramos citar multitudes de sucesos de tipo revolucionario, en los que las masas alentadas por sus dirigentes, no han creído hallar solución más rápida y eficaz para sus problemas que la destrucción total de las máquinas de una fábrica, de una hacienda, de un establecimiento cualquiera... Pero esto no es más que el producto o la reacción violenta de la barbarie, porque el hecho no remedia nada. Y esos proletarios, esos obreros que achacan al maquinismo progresista toda la causa de sus desventuras, al regresar al hogar buscando el descanso tras la fatiga del acto destructor, todavía tienen tiempo y humor para acariciar a su compañera con esa conciencia imprevisora que a cambio de un efímero momento de placer, acaba por convertirse en el largo padecimiento de un hijo...

Y no es que neguemos, como Malthus hizo al principio, la dicha del amor ni la voluptuosidad del placer, no: lo que se afirma es, que tan erróneo resulta destruir una máquina, como fabricar un hijo susceptible de hacer más duras y trágicas las condiciones de vida de un matrimonio que económicamente no está capacitado para salvar los límites de sus posibilidades reproductoras.

Oponerse al desarrollo del maquinismo, de la técnica en la racionalidad más útil y eficiente de las explotaciones, es una doctrina criminal que debe pulverizarse por atentatoria a los intereses más respetables de la civilización positiva... aunque esas máquinas no fabriquen más que superfluos artículos de lujo. Ello implica el retroceso, el síntoma atá-

vico, el principio del salto atrás hasta llegar a la edad paleontológica del primitivismo y la barbarie. No se trata de hacer descender a los de arriba, sino de ascender hasta el plano donde los de arriba se encuentran. Esta táctica social de la demagogia, de la igualdad con la rasante de los niveles ínfimos, es la expresión más triste y repulsiva del deliberado abandono de todo concepto de la dignidad humana.

El perfeccionamiento de todos los sistemas sociales y económicos, y por lo tanto morales también, no puede lograrse ni merced a la revolución más sangrienta y perfeccionada. Echando una ligera ojeada a los países que pueden estimarse como modelo de organización, veremos que es precisamente el auge del maquinismo una de sus características más notables; pero al propio tiempo, será preciso advertir que el predominio de la máquina va aparejado al desarrollo de otros factores culturales de muy distinta índole, que al final se traducen en la evidencia de unas condiciones vitales públicas y privadas positivamente adaptadas a los enunciados y leyes naturales de la existencia.

La angustia económica

En los medios rurales, la vida es más fácil y menos exigente que en las ciudades. Resulta obvio afirmar esto, aunque a veces se hace preciso recurrir a las definiciones más triviales, sobre todo cuando en consideración al tema que estamos tratando, es indispensable plantear la discusión de una manera natural, cruda y realista, bárbara y concluyente si se quiere, pero que no deje lugar a dudas en el orden de las consideraciones doctrinales o filosóficas que han de llevarnos a la conclusión final.

La adquisición de los productos naturales en aquellos centros donde se cultivan o transforman, apenas ofrece dificultades; puede decirse vulgarizando la expresión, que el hambre es desconocida, porque el resto de las atenciones prsonales tampoco son más complicadas en cuanto a su satisfacción. Pero en las ciudades, huelga decirlo, la cuestión asume otros caracteres infinitamente más graves que no sólo afectan a lo físico o material, sino que su área se

amplía a lo sentimental y moral. Es enorme y complicado el complejo de circunstancias que intervienen en un caso o en otro.

Por eso es en las grandes ciudades donde con más significados efectos se advierten las perturbaciones sociales, ya privadas, ya públicas de la angustia económica, lo que pese a su carácter eminentemente somático, trasciende a la esfera psíquica con toda su secuela, hosca y dramática, de condiciones que aun hacen más difícil y complicado el natural afán de vivir de una gran parte de la población hambrienta.

El segundo cataclismo bélico mundial, cuyos muertos y heridos por las causas directas de la guerra no llegan, ni con mucho, a la cantidad de muertos producidos por las enfermedades que tienen su origen en la desnutrición, en el hambre, ha determinado un terrible caos económico universal en virtud de la paralización de todas las producciones que no fuesen de índole puramente militar. Los racionamientos, las limitaciones de todo género, la impotencia de los gobiernos ante la ambición desorbitada de los acaparadores y los empresarios de los "mercados negros", son circunstancias que representan el preludio de las grandes catástrofes. La vida es dura, difícil, imposible... De cuando en cuando, la crónica policial de los periódicos habla de suicidios, de robos, de estafas y otras resoluciones extremas que no son sino un índice trágico de la suprema desesperación. Estas noticias son más abundantes ahora que al principio y durante la bestial contienda. Y todo, dicho en síntesis, responde a esa angustia económica en que la mayor parte de la Humanidad se ahoga.

Sostenía Malthus —y seguimos citando sus teorías como antecedente histórico—, que el número de los habitantes de un país sólo permanecería proporcional a la posibilidad de alimentación mediante la intervención de influencias que los diezman, "como —dice— los vicios, la miseria y las enfermedades en general, por todo lo que constituye la compleja lucha por la existencia, por medidas preventivas y la llamada abstinencia moral antes del matrimonio y en él..." Pero si esto pudo pensarse hace dos siglos, en la actualidad vemos que el progreso de las constantes conquistas científicas, está reduciendo a un mínimun esas supuestas

posibilidades de equilibrio proporcional entre número de habitantes y recursos alimenticios.

A esa teoría malthusiana, carente en absoluto de bases racionales y científicas, Pedro José Proudhon opuso en *¿Qué es la propiedad?* —"Un robo" se contestó él mismo—, cuya obra sirvió de puntal para el sostenimiento del principio socialista, afirmaciones tan aleatorias y débiles como ésta: "La producción de elementos de subsistencia, aumenta como el cuadrado del número de trabajadores". Es decir, que sabiendo que el cuadrado de un número es el producto de la multiplicación por sí mismo, tenemos que siendo 1 el rendimiento de un trabajador, el de dos trabajadores unidos en su actividad, sería equivalente a 4; haciendo más numerosa la asociación, es natural, según Proudhon, que los resultados fuesen equivalentes: tres trabajadores, producirían 9; cuatro, producirían 16; cinco, 25; seis, 36, y así sucesivamente...

La teoría, tampoco arranca de ningún hecho científico, aunque es muy bella y consoladora, como son todas las teorías que quieren ser consoladoras y bellas; por lo demás, es de una falsedad incuestionable, porque ya estamos viendo que en la práctica las cosas ocurren de muy distinta manera.

En oposición a tales absurdos y mediante una visión más clara del problema, volvemos al caso de la parcela que citó Malthus, en cuyo apoyo podemos considerar a toda la superficie del globo terráqueo como una parcela inmensa. Pero nos encontramos con un hecho inalterable: si la actividad de la explotación depende directamente de la inteligencia del hombre y la realiza ya sea por medio del brazo o de la máquina, la materia prima no puede crearla ese obrero pese a todas las tentativas de socialización, sino que depende de la Naturaleza y de las economías que esa fuerza superior a la humana haya acumulado en el transcurso de millones de años.

Los más titánicos esfuerzos de la técnica agrícola y de la química, jamás bastarían para ampliar el tamaño de la gran parcela, cuya tierra terminará por cansarse de producir, falta de substancias fertilizantes. Jamás podrá producir, pese a todo, ni un grano más de lo que consienta su superficie. Y a esto, agregamos lo que dice el Dr. Mares-

tán, un neomalthusiano entusiasta y honrado: "Nos es dable fertilizar los desiertos, desecar los pantanos, descuajar las selvas vírgenes, y hasta transformar nuestro planeta en nada menos que una huerta, para hacer así formidable la provisión alimenticia. ¿Pero no resulta evidente que de igual manera le sería imposible materialmente a la Humanidad exceder en un campo restringido cierta cifra que se podría desde luego fijar de modo aproximado y que representaría el número de partes a que la Humanidad tiene derecho?"

Todo esto es quimérico, no cabe duda, por lo que en demanda de las conclusiones que nos proponemos, es necesario centrarnos en la absoluta realidad del problema que supone el exceso de procreación, en cuyo examen llegaría el momento de tener que recurrir al sistema de expresión de las cifras astronómicas.

Tomemos como ejemplo a Europa, y veamos hasta dónde llega su progresivo aumento de población. En 1801, era de 175 millones de habitantes; en 1830, de 216; en 1870, de 300; en 1885, de 337; en 1895, de 367; en 1898, de 380; en 1936, de 470, y en la actualidad vemos con verdadero terror que, a pesar de las dos Grandes Guerras, epidemias, hambres, calamidades y horrores que han mermado considerablemente la población. Europa cuenta con más de 510 millones de gentes, de las cuales las dos terceras partes están poco menos que muriéndose de hambre...

Es decir, que si tomamos como base de apreciación la estadística europea, la población del Globo se dobla cada ochenta años. Por consiguiente, si los sistemas de la procreación siguen como van, veremos que el porvenir de la Humanidad no puede presentarse con más siniestros caracteres, de lo que resulta ser un exponente indudable la progresiva y cada vez más alarmante angustia económica.

Por otra parte, debemos reconocer que la gran miseria del proletariado no tiene como causa fundamental el exceso de población con relación al volumen de las subsistencias de que disponemos para alimentarnos; es la organización de la sociedad otro de los graves motivos actuales —aunque acaso dentro de un siglo lo sea, como razón única, la falta de recursos alimenticios—, ya que la distribución del capital

se limita a una minoría, mientras mueren de hambre legiones de desamparados.

El problema está determinado por una enorme multiplicación de incógnitas que lo hacen radicalmente insoluble en las condiciones actuales de su planteamiento, y de las cuales apenas estamos refiriéndonos a una insignificante porción cuyo conocimiento debemos considerar indispensable.

Los cataclismos bélicos

La superpoblación humana, el aumento creciente de la natalidad, hizo decir a un economista que las guerras eran necesarias para depurar a la humanidad mediante la reducción sistemática de las individuos. En otras palabras; pretendía la organización periódica de los cataclismos bélicos. No sabemos si fué la idea de un humorista o de un loco; pero el caso es que las guerras no dejan de producirse, y al parecer tuvieron confirmación los siniestros propósitos de aquel monstruo.

Sucede con las fronteras lo mismo que con las parcelas: que no son elásticas. Por consiguiente, como el fenómeno general es la suma de los fenómenos parciales, los pueblos aumentan en su contenido de habitantes pese a la inalterabilidad de su continente habitable. Entonces surge la imperiosa necesidad del espacio vital que tuvo su más romántica y útil expresión en las antiguas conquistas coloniales.

Y esto es lógico. Es humano también. Sin embargo, en virtud de esa propia condición humana a la que se asocian factores sentimentales por un lado y por otro razones étnicas, religiosas, políticas, etc., que la determinan, a los habitantes o nacionales de un país no les agrada verse atacados o despojados por los de otro.

Bien: ya tenemos planteado el "casus belli" que surge, indefectiblemente, de la necesidad de expansión.

Pero las guerras actuales, como esta bestial hecatombe que aún no ha terminado del todo, no están justificadas, como aquellas locas aventuras de los Cruzados e incluso la muchísimo más remota de Troya, por románticos móviles sentimentales o idealistas: es el factor material y brutalmente económico, disfrazado de lo que se quiera, lo que

hace que los directores o gobernantes de una masa humana, la empujen a destrucción y a muerte contra otra masa dirigida por otros organizadores de estos tremendos asesinatos colectivos.

Las guerras no se improvisan: se organizan de una manera sistemática y fríamente calculada. Hitler, Mussolini y Hirohito, estuvieron organizando su derrota durante muchos años no sólo construyendo materiales bélicos y almacenando provisiones, sino estimulando bajo el signo brutal del patriotismo la producción de material humano, porque las armas no se disparan solas.

Es así como siguió desarrollándose la política natalista iniciada en Europa —Francia, Alemania, Italia, Inglaterra...— desde el principio de la hecatombe de 1914-1918, a base de unas leyes oficiales y morales que iniciaban su efecto en la facilidad para las uniones sexuales, seguían en las instituciones pretendidamente benéficas y protectoras de la maternidad y la infancia, ampliábanse al estadio deportivo, proseguían en la instrucción premilitar y... acabaron bajo las disciplinas bélicas que llevan a la muerte y a la mutilación en los campos de batalla.

Fué en Alemania principalmente donde el material humano se utilizó para la experiencia bélica del desastre hasta el límite de su aprovechamiento; al lado de los ancianos de setenta años, combatían los niños de catorce, ya que en realidad no son necesarias demasiadas energías físicas para dejarse matar mientras se esgrime un arma. Es decir, que se estuvo fabricando una generación humana para ser convertida en carne de metralla.

Aunque se hizo todo lo posible porque la bruta y desenfrenada procreación se afirmase en los más útiles principios eugenésicos como la garantía previa de promesa de los mejores productos, a última hora se atendió a la cantidad con preferencia a la calidad, porque el ciudadano que por sus condiciones físicas no resultase completamente apto para la dura lucha de las trincheras, podía utilizarse en los múltiples servicios de la retaguardia. El caso era mantener vivo el bárbaro y falso ideal de "patria", aunque la patria se hundiera como fatalmente había de acontecer. No es posible concebir una paradoja más criminal y monstruosa.

Sin embargo, cuando aún está caliente la sangre de tantos millones de víctimas, parece que los gobernantes autóctonos de esos despojos geográficos —llamaremos así a los países vencidos—, ya están poniendo en práctica las viejas teorías natalistas a fin de que vengan a la vida otros cuantos millones de ciudadanos que, fatalmente, continuarán la tradición histórica de esos heroísmos trágicos e inútiles.

Hablar en estos pueblos del control natalista, de la necesidad de un pueblo habitado por hombres sanos y conscientes de su grave responsabilidad biológica, no es más que perder el tiempo. Pero, eso no obstante, aunque los directores de las multitudes, es decir, los grandes asesinos de la Humanidad que trabajan confortablemente en sus despachos no lo quieran, es posible que la Humanidad adquiera una conciencia nítida y positiva de lo que significa el auténtico patriotismo, que no es ese que consiste en destruirse a toques de corneta y voces de mando transmitidas por los jefes a muchos kilómetros de la línea de fuego...

En contraste y como dato curioso, séanos permitido aludir un hecho de relevante significación ejemplar respecto de la cordura de las gentes de hace cuatrocientos años. Nos referimos a la inmensa falange de soldados y aventureros que marcharon a la conquista de América bajo el signo de la cruz y de la espada, regresando después a España con la bolsa llena y el cuerpo fatigado de tantos trabajos y sacrificios.

Todos estos "nuevos ricos", los más miserables de antes, una vez de vuelta en la Metrópoli se dieron a la vida cómoda y regalada, sin querer complicarse la existencia con lazos ni obligaciones, ya que bastante habían tenido que soportar. Entonces se tomó verdadero horror a la procreación, es decir, a las complicaciones que traen consigo los hijos —y eso que Malthus no pensaba en nacer siquiera—, hasta el punto de que el censo de población no era más que de nueve millones de habitantes y no había manera de elevar la cifra. Y cómo andarían las cosas, que el hecho de que un matrimonio tuviese por lo menos cuatro hijos, daba derecho a la sugestiva gratificación de un título nobiliario. Por eso, el árbol genealógico de la mayoría de

la aristocracia española, no tiene raíces más hondas que las que echó en aquella época...

Inconsciencia de las masas

Fueron los socialistas quienes aceptaron la denominación clásica de "proletario" como sinónimo de trabajador asalariado, tuviese o no descendencia o "prole". Todavía puede hacerse una definición más adecuada al sentido social del vocablo diciendo, que los ricos o gentes acomodadas procrean hijos, mientras los menos afortunados, los obreros, producen prole.

Sin embargo, no vamos a concretarnos al hogar proletario "específico" —si puede decirse así—, para analizar los resultados de la inconsciencia procreadora de las masas asalariadas: es necesario ampliar la órbita del análisis, dicho en pocas palabras, a toda pareja humana sexualmente unida, cuyas posibilidades económicas tengan un límite de compatibilidad respecto de la producción de materiales humanos. Es aquí donde podremos lograr las demostraciones más convincentes, por su dramatismo y su impresionabilidad, en apoyo del principio eminentemente moral y humano que impone la adopción de un sistema eficaz de control de los nacimientos.

Ese límite de compatibilidad, no se refiere sólo al hecho físico de la carencia de medios adquisitivos: queremos ir bastante más lejos aún, al afirmar que la oposición a tener descendencia puede fundarse también en motivos espirituales o conveniencias de otra índole, como frecuentemente se observa en matrimonios jóvenes o dedicados a actividades remunerativas que les obligan a estar ausentes del hogar fuera de las horas dedicadas al descanso. Más adelante volveremos sobre este punto.

Proudhon decía que "la propiedad es un robo"; a veces se han hecho monumentos con una sola frase. Pero ni el más ardoroso comunista negará que la propiedad más legítima que puede poseer un ser humano, es la de su propia persona, de la que cada uno puede hacer cuanto le plazca sin pedir cuentas a nadie y sin que nadie se meta donde nadie le llama. Respetemos de las leyes lo que tienen de

positivo, y sometámonos a los dictados augustos de la moral verdadera, no olvidando jamás que el tinglado social debe basarse en los sólidos cimientos de la cultura... Todo cuanto se pida del respeto del individuo debe concederse, porque no es sólo un deber, sino una obligación ineludible. Pero al llegar al amor, a lo más íntimo, por ser profundamento biológico y lo que esencialmente contribuye a que la vida merezca la pena de ser vivida, nadie tiene derecho a introducir normas, emitir opiniones o establecer leyes que tienden a aniquilar o encauzar por rutas convencionales un sentimiento que se une a un instinto, que nacen el uno del alma y de la carne del otro.

Ha sido siempre entre las masas proletarias, entre los humildes, que si carecían de medios para comer, mal habían de disponer de lo necesario para educarse, donde siempre fructificaron las prédicas y exhortaciones de los partidarios de la procreación inconsciente. Principalmente en la época de las luchas religiosas, largas y contumaces, se realizaron propagandas intensas y desenfrenadas en pro de la natalidad. Las guerras, sean por el motivo que fueren, siempre han necesitado material humano para desarrollarse.

Y los pobres, es decir, los peor dotados física e intelectualmente, no sólo aceptaron las prédicas, sino que las pusieron en práctica. Y los tiempos habrán cambiado mucho, no hay duda; pero tampoco cabe dudar que aquellas semillas siguen germinando y dando esas terribles cosechas de parias, enfermos y degenerados.

Luego la inconsciencia procreadora de la masa tiene unas causas raciales físicas que representan un terreno perfectamente abonado para el desarrollo de todas las posibilidades espirituales susceptibles de cualquier expresión materialista, a veces tan brutal y nociva como son los hijos...

El problema es de tanta gravedad y son tan aterradoras sus consecuencias, que la Iglesia Católica, vuelve por los fueros de la lógica y de la razón, y sus grandes dignatarios emiten encíclicas y pastorales dirigidas a sus fieles, diciéndoles que el exceso de población debe ser dominado ante la amenaza de males auténticos. Los eclesiásticos no sólo hablan de la anticoncepción, sino que, además, hablan bien y se fundan en razones indiscutibles, de paso que no tienen

inconveniente en exponer desde un punto de vista científico aceptable los métodos más adecuados para llegar al fin propuesto.

Ya no hay obstáculo alguno que se oponga a la compatibilidad del más acendrado sentimiento religioso con un sentido nítido de la conciencia sexual en el orden de sus consecuencias biológicas. La Iglesia, en un gesto noble y comprensivo, afila sus armas y las pone generosamente al servicio de los intereses positivos de la Humanidad y de la Ciencia.

Desde luego, no hay un proletario, un solo hombre económicamente incapacitado, que anhele mayor número de hijos que aquellos que pueda mantener y educar sin grandes complicaciones ni dificultades. Pero, esto no obstante, sigue teniendo hijos, no porque los quiera, sino por no saber evitarlos. Antes, no cabe duda que la influencia de los credos de "razón cerrada" representaban casi toda la causalidad de su insensatez procreadora; pero ya, por fortuna, el desarrollo de la cultura y las conquistas de la ciencia están al alcance de todas las posibilidades físicas e intelectuales, para que esa inconsciencia tan hondamente arraigada vaya desengarzándose de los viejos prejuicios y se convierta en una visión más clara y positiva de los auténticos valores y las reales expresiones de las necesidades humanas.

El ejemplo de la U. R. S. S.

A pesar de todos los progresos del malthusianismo y de las doctrinas que posteriormente se inspiraron en aquél, es cierto que no hubo estado alguno que se enfrentase con el problema de una manera abierta y leal; por el contrario, se dictaron leyes y establecieron sanciones graves para toda propaganda o práctica que tendiese a reprimir el número de nacimientos.

Fué la Unión Soviética el único país que ateniéndose a unos legítimos principios revolucionarios, a raíz de Octubre de 1917 establece la ley de la Anticoncepción e incluso la del Aborto, cuya propagnada queda bajo el más rígido control de los elementos técnicos que dependen directamente del Estado Soviético.

Los rusos abordaron la cuestión con una franqueza verdaderamente ejemplar, por medio del libro y de misiones especializadas que recorrieron todo el país con objeto de dar una instrucción adecuada a sus habitantes acerca del empleo de los métodos contraconceptivos, de paso que se destruían todas las viejas creencias al respecto, muchas basadas en las más pintorescas supersticiones, lo que prueba que en todo tiempo y en el seno de todos los regímenes políticos, las gentes han tratado por cualquier medio de dominar la natalidad no deseada.

En todas las ciudades y en las cabeceras de los distritos rurales, el Estado no sólo creó centros de instrucción anticonceptiva, sino hasta clínicas para el aborto. Cualquier mujer que lo deseara, sin tenerse en cuenta la opinión de su esposo, podía interrumpir el curso de su embarazo. No se establecían distinciones entre casadas y solteras, ni con relación a la existencia de una mera decisión voluntaria o exigencias de carácter físico, ni se inquiere la genealogía ni se establecen preferencias. Todo el mundo gozaba del mismo privilegio, por tratarse de una actitud oficial.

Con toda seriedad se procedió a difundir la doctrina por medio de folletos, revistas y conferencias, todo ello de la manera más comprensible, con lo que la población adquirió rápidamente instrucciones adecuadas para dominar la técnica más elemental de la contraconcepción. Sin estridencias ni exageraciones, de una manera grave y respetuosa, se hizo comprender a la población que toda pareja está en el deber de tener hijos, pero no en la obligación de procrear seres que no cuenten con las garantías preconcepcionales necesarias para que su nacimiento, su subsistencia y su educación, no fueran una carga ni para el ciudadano ni para el soviet.

Se logró llevar a la conciencia pública la convicción inquebrantable de que es preferible tener poca descendencia sana, que mucha enferma o débil. Quien estuviese capacitado para mantener y educar a seis hijos, debería tenerlos; pero aquel ciudadano carente de recursos o que no quisiera tener prole, también encontraba la protección del Estado para el logro de su deseo.

Como complemento de tan acertado sistema, se crearon centros de puericultura, maternidades, sanatorios, escue-

las, etc., donde la asistencia o la instrucción eran completamente gratuitas, no exigiéndose requisito alguno para su ingreso. Todo fueron facilidades amplias, protección real, revolución sincera... El Comisariado de Higiene de cada población, a cuyo frente había médicos capacitados y honestos, encargábase de velar por el cumplimiento de las leyes emanadas del Poder central del soviet, investigando las condiciones higiénicas en general de cada familia y atendiendo con verdadero interés a las necesidades médicas de los niños.

La práctica del aborto por los especialistas, fué un sistema que no tardó mucho en desterrarse en virtud de que los progresos de la ciencia contraconceptiva bastaban, lógico es suponerlo, para impedir las fecundaciones no deseadas. En la actualidad, la interrupción del embarazo sólo puede solicitarse en circunstancias especiales, ya que su práctica libre está sancionada con penas de prisión para la mujer y con la de anulación del título y reclusión por cinco años, al médico que realice un aborto.

Uno de los resultados que más pronto produjo la propaganda anticoncepcional, consistió en la reducción casi total del número de defunciones producidas por las prácticas abortivas clandestinas y los infanticidios. En las grandes ciudades soviéticas se consideraron rarísimos tales casos y cuando se registraron en los distritos rurales, ello fué debido a la falta de instrucción.

Cualquiera pensaría que tal sistema debió traer como consecuencia la reducción del número de nacimientos o, por mejor decir, el de habitantes; lo que ocurrió fué que la mortalidad infantil, que en la época de los zares alcanzaba la proporción del 52,6 por 100, en el año de 1919, o sea dos años después de implantado el sistema, la cifra se redujo al 22,8 por 100. La totalidad del éxito se comprobó en 1940, cuando la estadística quedó en el 3,3 por 100, refiriéndose a criaturas de hasta cinco años de edad, e incluyendo como causas no sólo enfermedades, sino accidentes.

Simplificando la exposición podemos decir que de seis hijos que tenía un matrimonio en la época zarista, cuatro rendían un tributo prematuro a la muerte. Posteriormente, de cuatro nacidos, todos alcanzaban la edad libre de peligros de la puerilidad, criándose sanos y bien alimentados y dentro de las mejores condiciones higiénicas cuya adopción se hizo rigurosamente obligatoria.

Como conclusión diremos, que si en 1926 la población era de 150 millones de habitantes, en 1936 alcanzaba a 185, y hoy, a pesar de la Segunda Gran Guerra, su censo es de 203 millones.

Otro aspecto importantísimo se refiere, más que a la cantidad, a la calidad de sus habitantes, lo que obedece, por otra parte, a la observación de las más severas reglas eugenésicas que se aplican no sólo en cuanto a la prenatalidad, sino que se amplían en la educación sexual y en el régimen deportivo de las poblaciones escolares, militares y obreras.

Esta inteligencia política, dió por resultado la organización ejemplar por que tanto abogaban los románticos del socialismo. Se logró el ideal "casi" perfecto preconizado por Paul Robín, cuando dijo, que el problema de la dicha humana se compone de tres partes a resolver en el siguiente orden: "Buen nacimiento, buena educación, buena organización social. Los esfuerzos para resolver una de las últimas incógnitas del problema, resultan perdidos si no se resuelve la primera".

La Unión Soviética, en cuyo territorio actual cabe, de sobra, la población total del mundo, no tiene nada que temer de las fatales predicciones de Malthus.

La cantidad y la calidad de sus ciudadanos es la base más formidable del poderío soviético, exponente típico de lo que puede lograrse mediante la interpretación científica de las viejas teorías de Roberto Malthus.

El desarrollo de la Ciencia Médica

Pensar que las guerras, las epidemias, las enfermedades, los vicios, etc., obran a modo de factores de compensación equilibradora entre la abundancia de seres humanos y la escasez de elementos para sustentarlos, no deja de ser

una utopia inadmisible, si no queremos decir que el trágico y estúpido ideal de un loco.

En realidad, no se hace nada mejor que dar vueltas encerrados en un círculo vicioso que, sin embargo, tiene un portillo abierto por el que se puede salir tan fácilmente como la única solución del gravísimo conflicto. Ahora bien, la tradición ascética, los prejuicios, un concepto erróneo de la auténtica moral, etc., son los materiales de que está construída esa fortaleza inexpugnable al asalto de las nuevas teorías sobre el control de la natalidad, hecho que no puede lograrse si no es mediante la previa comprensión de las múltiples razones que venimos exponiendo y que pudiéramos ampliar en una relación interminable.

Toda esta caterva de moralistas cerriles, feroces e intransigentes que aún siguen aferrados a las viejas teorías ya desacreditadas, creen, los insensatos, que las guerras, las epidemias y demás calamidades, bastan para que nada tengamos que temer. Y no es cierto que esos fenómenos produzcan una despoblación ni una mortalidad alarmantes. Cuando fuese un hecho real —y pavoroso— que el número de defunciones equivaliese al de los nacimientos, sería posible concebir la ilusión de un equilibrio más perfecto.

Pero no ocurre así. Por el contrario, al paso que el desarrollo del maquinismo determina una mayor abundancia de brazos desocupados, los progresos tan destacados de la Ciencia Médica tienden, si no específicamente a prolongar la vida del hombre, a rodear a la Humanidad de las máximas garantías sanitarias, a combatir las epidemias, a enfrentarse eficazmente con las enfermedades, a suprimir la causalidad de los factores degenerativos... Es una lucha titánica contra la enfermedad y la muerte prematura, y la Ciencia acaba por vencer en la dura contienda. ¿Entonces?...

Todavía, si el mayor núcleo de muertos en las guerras estuviese a cargo de la mujer, hasta pudiera hablarse con más razón de esa supuesta baja en las estadísticas demográficas. Una mujer, en un año, sólo puede dar a luz un hijo; pero mientras exista esa abundancia de individuos del sexo femenino y sepamos que un hombre, en el mismo lapso, puede fecundar a 366 mujeres si el año es bisiesto, ¿qué podemos decir?...

Durante la primera Guerra Mundial, en Alemania se hizo oficial la poligamia. Y aunque no lo fuese, tampoco es necesario... Creer que el impulso sexual puede dominarse con disposiciones gubernativas, es un absurdo que a nadie le cabe en la cabeza.

Todavía, a pesar de esas estadísticas aterradoras de la mortalidad infantil que en algunos países alcanza proporciones del 80 por ciento, la población sigue aumentando a base, por lo general, de seres tarados, enfermizos y hambrientos, pero que sin embargo viven gracias a las adquisiciones de la moderna ciencia de curar. Esto, naturalmente, se refiere a la prole de los pobres más que a los hijos de los ricos...

Por lo tanto vemos que no sólo es el maquinismo sino también, paradójicamente, la Medicina, el factor que concluye por agravar el problema.

Lo poco que la Ciencia Médica puede hacer en algunos países fuertemente influenciados por la vieja moral con referencia al tema específico que nos ocupa, se reduce a puras fórmulas teóricas. Cuando más, pueden permitirse las divagaciones eugenésicas, pero sin apartarse de las pautas oficiales, porque entonces se incurre en el delito...

Ya estamos hartos de escuchar la apología bizarra y heroica del llamado "certificado médico prenupcial", esa bella entelequia que, sin embargo, debiera constituir el perfecto ideal del principio eugenésico. Pero sin engañarnos, centrándonos en la franca y abierta realidad de los hechos, ¿qué valor auténtico y respetable tiene ese documento?... Como pieza forense, si queremos llamarlo así, nadie niega su importancia ni su moralidad intachable cuando la conclusión llega al vértice de las aspiraciones honradas. Sin embargo, como sólo se refiere a las condiciones físicas o sanitarias de los futuros cónyuges y para nada se ocupa de las cualidades económicas, es decir, del hecho sustantivo y fundamental, nos encontramos con el hecho de que también sirve para subrayar la inconsciencia procreadora con relación al fenómeno económico.

En el peor de los casos para el futuro contrayente examinado, el certificado le niega —legalmente, se entiende— su derecho al amor con matrimonio, hasta tanto que las

causas prohibitivas o antieugenésicas no hayan sido eliminadas. Pero...

Es estúpido, o más dulcemente, de una encantadora ingenuidad, querer ponerle trabas al amor, al impulso, al deseo, al hambre dramática del sexo, porque es la potencia brutal del instinto la inflexible energía que lo anima. Y pretender subyugar o condicionar ese afán violento de tan honda raigambre biológica, será un gesto tan inútil como intentar oponerse a las fuerzas impetuosas del mar con soberbios diques de cañas. Si ese certificado de condición negativa implicase al propio tiempo la imposibilidad psicofísica de la unión, habríamos llegado a la conclusión vertical de la innegable utilidad del procedimiento; pero en las condiciones actuales, no deja de ser a la eugenesia lo que el dique de cañas a la brava y salvaje furia de las olas.

Pero aun hay más: ¿por qué razón esa intervención de la Ciencia Médica ha de limitarse a los factores físicos?... De paso, para no hacer más complicada la cuestión, y a tenor con las posibilidades económicas actuales de los contrayentes, ese mismo médico —aunque ello incumba más directamente al sociólogo—, debiera, en el peor caso, instruir adecuadamente a la pareja acerca de los medios anticonceptivos, obligándoles a practicarlos. La tarea sería sencillísima y sus efectos admirables, sobre todo si la consideramos desde el punto de vista de la dignidad humana.

La ciencia debe decir por la boca autorizada y respetable del médico, que la conciencia de los actos sexuales exigida por la eugenesia total y el neomalthusianismo, es la garantía sólida, recia y vigorosa de la felicidad en el grandioso fin biológico y social que a todos nos impone el interés de la especie.

El neomalthusianismo y la eugenesia, no niegan el derecho al amor, al deleite del amor, a la sublime y divina bendición del amor, sino todo lo contrario. Lo que niegan, lo que combaten y lo que maldicen, es la ciega y bruta irresponsabilidad del instinto, la bárbara y criminal ansiedad del placer sólo por el placer mismo y la cruel injusticia de sus consecuencias

La Ciencia Médica debe decir que el amor no es sólo para el placer, porque el placer no es más, sencillamente, que el estímulo aportado por la Naturaleza para culminar

en el gigantesco y grandioso drama de la perpetuación de la especie. El placer es un medio, pero no puede ser un fin. Si así fuese —y así es, por desgracia, en la inmensa mayoría de los casos— la Raza ya se hubiera muerto, además de por hambre, de asco, de tristeza y de frío.

Lo que la Ciencia Médica debe ansiar, por lo que debe luchar de una manera fervorosa, titánica, ardiente y desesperada, es por el ideal insigne de que la salud, la alegría y la vida de los hijos sean como antorchas de radiante luz alumbrando la dicha de los padres, la ventura de la familia, el progreso de la sociedad y el sagrado prestigio de la Raza.

El enunciado eugenésico asociado al de la consciencia procreadora, no puede ser más simple en su definición: es el conjunto de normas de la higiene psíquica y fisiológica que tienden a la producción de los mejores materiales humanos conscientemente deseados por los padres. Y dicho a la inversa, de una manera cruda y terminante, la prohibición efectiva de reproducirse en otros seres, como sanción inapelable, a las personas física o económicamente incapacitadas para ello.

No vamos a invocar, por ejemplo, la drástica y brutal medida de la esterilización sistemática de los accidental o transitoriamente incapaces, ni tratamos de imponer la abstinencia sexual —"abstinencia moral", decían los puritanos—, porque la moralidad natural, la cultura y los sentimientos dentro del enunciado profundamente biológico del derecho al amor, tienen que servirnos de algo... Pero si hablamos de sentimientos, si aludimos a esa cultura que nos permite sutilizar más y más el sentido de nuestras propias inquietudes emocionales, no cabe duda que antes de llegar a la materialización del afán voluptuoso, estamos inflexiblemente obligados a meditar sobre las probables o seguras consecuencias de nuestros actos, para que ese deleite o esa dicha de un instante, no se traduzcan al final biológico de la jornada en los dolores, las angustias y las tragedias de la estúpida inconsciencia del instinto.

La misión más noble del médico debiera consistir en oponerse a que mueran tantos niños por culpa de los padres, o a que vivan constituyendo un problema físico y

sentimental a todo lo largo de su existencia. En los países de la América Latina, la infancia rinde a la muerte su macabro tributo en cifras catastróficas y aterradoras. Y para que no mueran tantos niños, para que no haya tanto exceso de brazos, para que el hambre y la miseria no se ceben en tantos desdichados, no hay más que un medio concluyente: impedirles nacer. ¿Por medio del aborto?... No: ¡jamás!... ¡Ya estamos hartos de crímenes!...

¿Entonces?...

Muy sencillo: no engendrándolos.

Los mojigatos, los campeones de la moral y los consejeros de la natalidad bárbara y desenfrenada, pondrán el grito en el cielo hablando del suicidio de la especie. El tópico es viejo. Pero si sabemos que de cien niños que vienen al mundo treinta nacen muertos, cuarenta mueren sin vivir un año, veinticinco nutren las filas hambrientas y desesperadas de los sin trabajo, salvándose apenas cinco, ¿no es más justo substituir el vocablo "suicidio" por el de infanticidio, por el asesinato premeditado, por el de sacrificio bestial, estéril y trágico de la raza?...

La Ciencia Médica debe dejarse de cobardías, de pudores, de escrúpulos y cánticos celestiales. Entonemos con valor, con audacia y con cinismo si es preciso, el himno triunfal en aras del amor, del placer, y del progreso positivo de la especie, que bastantes lágrimas se han derramado al compás triste y siniestro de los cantos funerales en este culto macabro y sombrío que rendimos a la muerte.

Además, ocurre algo muy significativo que siempre debe tenerse en cuenta; la ignorancia oficial por una parte y la tradición por otra, contribuyen a que en las facultades de Medicina se omita toda enseñanza o instrucción relacionada con las prácticas anticoncepcionales, pese a que incluso las altas autoridades eclesiásticas se ocupan abiertamente del problema, dada su transcendencia moral y social.

Por consiguiente, el médico de buena voluntad tiene que valerse de las publicaciones profesionales para adquirir los conocimientos necesarios sobre la materia, pese a que entren tan de lleno en el área de las disciplinas de su ministerio. Un médico amigo me decía en cierta ocasión, que

había ignorado cuáles eran los mejores métodos contraconceptivos hasta que cayó en sus manos un folleto en inglés que le dió para traducir el cartero de su calle, el cual lo había pedido a Inglaterra con el fin de dominar la exagerada fecundidad de su esposa. Luego el primer paso para la reforma, es preciso darlo en las facultades donde se preparan las nuevas generaciones médicas que tan ardua tarea están llamadas a desempeñar en la estructuración de un porvenir menos artificioso e incierto, tan pronto como sea posible acabar de una vez con el cúmulo de prejuicios y falsos conceptos que todavía nos aherrojan.

La acción negativa de los Gobiernos

Resulta que a la vieja incomprensión de orden moral que al fin no usaba otras armas que las espirituales de la persuasión, ha sucedido la moderna actitud condenatoria del control natalista, apoyada en algunos países en disparatados mamotretos legales. No cabe absurdo mayor.

Todo cuanto se relaciona con la crítica de esta realidad flagrante de la superpoblación o por lo menos, del desequilibrio económico que significan las dificultades de orden alimenticio, es acogido por los defensores oficiales de la natalidad con gestos de escándalo.

La barbarie oficial ha llegado hasta el extremo de incrementar la natalidad instituyendo subsidios para las familias numerosas, teniéndose por tales aquellos matrimonios cuya inconsciencia les permite rebasar la cifra de cinco hijos. A este propósito recordamos una anécdota de Clemenceau, el viejo *Tigre* francés, quien hablando de una familia proletaria en Francia, escribía: "Tenían nueve hijos, los imbéciles".

Y no: imbéciles, no. Es mejor decir, como Sócrates, que la ignorancia no es inocencia, sino culpabilidad. Y también vamos a relatar esto, que no deja de ser interesante:

Al año o poco más de haberse implantado en la Unión Soviética los métodos científicos del control natalista, un maestro de escuela dirigió varias instancias al representante local del soviet de una pequeña ciudad próxima a Leningrado, en demanda de una subvención que le ayudase

al sostenimento de su numerosa familia. Como tardasen en contestarle, el profesor se presentó en la oficina del representante, quien preguntóle:

—¿Qué desea el camarada?

—Desearía que me resolviesen las peticiones que tengo presentadas solicitando una subvención para mantener a mi familia, ya que el sueldo de que disfruto no me alcanza para llenar las necesidades más elementales de mi hogar.

—¿Cuál es tu profesión?

—Maestro de escuela.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Once, entre ellos ocho enfermos y mi compañera que acaba de dar a luz un niño muerto.

Entonces, el representante soviétivo replicó:

—Si fueses un *mujick* sin educación y sin cultura, yo te socorrería; pero como eres un criminal, desde ahora pierdes todo derecho sobre tus hijos.

Analicemos las dos anécdotas serenamente. Clemenceau, el jefe del Gobierno francés durante la primera Gran Guerra, defensor, a pesar de todo, de la política natalista tradicional en Francia, tildó de imbécil a ese matrimonio proletario, por el hecho de haber tenido nueve hijos... Y prescindiendo de la inteligente orientación que representa la conducta del jefe soviético, entre la frase hiriente de Clemenceau y la actitud de aquél, nos encontramos teóricamente ante dos actitudes idénticas.

Hemos de reconocer, que las sombrías predicciones de Malthus, que en Europa están teniendo una fatal confirmación, no pueden afectar en tan pavorosas proporciones a los pueblos de América, cuya superficie es cuatro veces mayor que la de Europa, no llegando su población a 200 millones de habitantes, mientras la del Continente Europeo es de 520 millones. Es decir, que tomando como base la densidad de la población europea, el Continente Americano está en condiciones de soportar más de 2,000 millones de habitantes, o sean diez veces más que su población actual, si bien debemos tener en cuenta que en los 8 millones, aproximadamente, de kilómetros cuadrados de los Estados Unidos, habitan 150 millones de seres humanos...

Ahora bien, tampoco debe olvidarse que la superficie actualmente habitable de América, con sus selvas y desier-

tos, queda prácticamente reducida; sin embargo, aun sobra mucho terreno por poblar.

Pero bien; el problema de la despoblación no puede resolverse a base de la procreación desenfrenada y loca de que hablan las teorías gubernamentales u oficiales con su propaganda del subsidio a la maternidad y las facilidades —puramente teóricas— que brindan a través de sus instrumentos de publicidad. Este campo debe ser labrado por los Gobiernos, no cabe duda; pero sólo de una manera racional, inteligente y científica, como se hizo en la Unión Soviética. El Estado está en la máxima obligación de hacerlo, sobre todo si los estadistas no son tan ignorantes y tan necios que no comprendan, como lo está demostrando Rusia, que la potencia individual de cada ciudadano, representa en la totalidad de los sumandos la evidencia del poder estatal.

La única compensación, y que es equivalente a la insensatez de empezar a hacer la casa por el tejado, se refiere a los seguros de Maternidad, Asistencia Social, retiro obrero, asilos, hospitales, escuelas... Se olvida la eugenesia y se desatienden las particularidades económico-sociales del individuo y de la familia... Pero los Gobiernos, por medio de las estadísticas —que no suelen ser sino burdas mentiras oficiales perfectamente organizadas—, se congratulan del aumento de los nacimientos dándole vuelo a las cifras. Pero, y de las defunciones, ¿qué?...

Desde las fronteras de México hasta el Cabo de Hornos, salvo muy raras excepciones localizadas, la mortalidad infantil, especialmente entre las clases indígenas y trabajadoras, alcanza cifras que saltan por encima del 70 por 100. ¿Y los que sobreviven?... Eso, que lo digan los Institutos Indigenistas, los médicos, las cárceles, los hospitales y los cementerios. Y de los más fuertes, de los más vigorosos y mejor dotados, pueden dar noticias los que trafican con las masas trabajadoras que periódicamente emigran hacia los Estados Unidos...

La difusión de la sífilis, de la tuberculosis, de las enfermedades venéreas, del alcoholismo, etc., no son problemas que puedan resolverse desde los sillones presidenciales ni en la calma apacible de los despachos burocráticos... Por

consiguiente, es más fácil dejar que los enfermos, los tarados y los incapaces se reproduzcan, para experimentar la satisfacción de que el número de habitantes aumenta de año en año.

No obstante, hay Gobiernos que hasta son capaces de dar pruebas de previsora inteligencia, al dedicarse a establecer con todo ahinco cierto control de las leyes naturales, a excepción, naturalmente, de esa de la procreación inconsciente que más les afecta. Se lucha contra las plagas y enfermedades que matan, y no hay valor para enfrentarse con los fenómenos que sin matar, no dejan vivir. ¿Puede haber una plaga más nociva e inhumana que la insensatez resultante de dar vida a unos hijos a los que no se puede mantener ni educar, hoy hambrientos y mañana factores negativos del progreso social?...

Cuando la sensatez nazca y la vieja moral muera, aplaudiremos al matrimonio que procree tantos hijos como pueda mantener; pero mientras las cosas sigan como están, con luchas sociales enconadas, huelgas, paros, hambre por todas partes y esas guerras feroces de hermanos contra hermanos, de lobo contra lobo por la conquista de unos granos de maíz, parodiando la frase del gran estadista francés, diremos de los Gobiernos:

—Se alegran de que nazca tanta gente, los criminales.

Relación directa entre fecundidad y mortalidad

Aun sintiendo una viva repugnancia por ciertos métodos del régimen comunista, no tenemos más remedio que aceptar, como dice el tropo castellano, del enemigo, el consejo, o por lo menos el ejemplo, que es mucho más positivo.

Ya hemos dicho lo que ocurrió a la Rusia Soviética en relación con la natalidad y la mortalidad infantil, como lo prueba el aumento indiscutible de su población, resultado de una lógica abrumadora que resulta imposible rebatir. Y aquí no es posible aludir a la organización sistemática del embuste oficial.

Que la fecundidad de las madres está en relación di-

recta con la mortalidad de los hijos, es un hecho trágico fatalmente comprobado entre las masas del proletariado de todo el orbe. En España, cuyo índice cultural no cabe duda que está por encima del nivel medio, según el Dr. Gregorio Marañón, de 7.389 niños que entraron en su hospital, 3.451 salieron muertos. Pensemos entonces lo que ocurrirá en otros pueblos de más bajo nivel cultural y social.

Pero copiemos a Marañón sólo estas líneas: "Mientras en las clases proletarias los matrimonios que tienen uno o dos descendientes sólo padecen un porcentaje de mortalidad del 25,8 al 28,4 por 100, los que engendraron más de 15 hijos sufren un coeficiente de pérdida que oscila de 61 a 95 por 100".

De todo esto, el sabio catedrático español dedujo una consecuencia aparentemente paradójica, puesto que afirmaba que si las mujeres diesen a luz la mitad de los hijos que traen al mundo, la población de España, entonces de 25 millones, sería de 50 millones de habitantes cien años después.

Las razones del fenómeno se encuentran al alcance de la comprensibilidad de cualquiera que quiera tomarse el trabajo de pensar un poco, y así veremos que las causas de esa mortalidad están en las malas condiciones de vida que ha de soportar la prole y los progenitores. Es verdaderamente estúpido y criminal además, engendrar y procrear hijos que desde que son concebidos hasta que mueren, casi siempre en los primeros meses de su vida miserable, no producen más que molestias, dolores, sufrimientos, gastos y lágrimas. Pero todavía es preferible esto a que su triste existencia se prolongue hasta el punto de darle el ser a otros hijos, que habrían de heredar los mismos estigmas que les obligaron a arrastrar un vivir calamitoso.

Muchos partidarios del control natalista no titubean en felicitarse de esta especie de seleción que la Naturaleza opera entre los indivíduos mal dotados, destarando a la Humanidad de posibles cargas muy pesadas. Pero la conformidad es cruda, por no decir cruel y la solución no puede complacernos incluso en el caso de una evidente efectividad.

El hecho de que el niño muera en los primeros meses de la vida o venga al mundo muerto, implica la realidad de muchos trastornos, tanto de índole física como sentimental.

Aun en el supuesto de que el embarazo se desarrolle en las mejores condiciones, ocasiona trastornos y perturbaciones en la economía de la futura madre, lo que fatalmente se refleja en la otra economía doméstica de una manera muy sensible. Si es el primero o el segundo hijo lo que se espera, es fácil que la madre sobrelleve incluso con entusiasmo las molestias y privaciones que impone su estado; pero si lo que va a nacer rebasa la cifra anhelada, esa criatura vendrá al mundo en un ambiente hostil, porque no es deseada, por ser inoportuna, porque viene a aumentar las hondas preocupaciones del hogar, bastante agobiado para soportar nuevas cargas.

Aun admitiendo que todos esos seres que representan un excedente del cupo familiar deseado nazcan vivos, las enfermedades, a veces heredadas, o simplemente adquiridas en virtud de la falta de condiciones higiénicas y de recursos económicos características de todo hogar proletario, harán que el resultado sea la muerte al cabo de una etapa de sufrimientos que, brutalmente sin embargo, no dejan de tener ese agradable colofón que suprime la causa de las amarguras pasadas.

Pero si viven, si todos "se crían", como los ingresos económicos o por mejor decir, las conquistas del proletariado en ese orden se logran en mucho más tiempo que el necesario para procrear un nuevo hijo, y por otra parte, las necesidades de la prole son cada vez mayores, tendremos que esas criaturas, futuros hombres y mujeres que seguirán ejecutando la tarea de procrear automática e inconscientemente, no habrán podido alimentarse con arreglo a las exigencias naturales de su organismo, ni habrán recibido la educación que es imprescindible en los primeros años de la vida. En su hogar, volverá a repetirse la historia doméstica del mismo en que nacieron, y así se unirá un eslabón más a la trágica cadena interminable.

En cierta información realizada en los suburbios de una capital americana —cuyo nombre no hace al caso, porque en todas acontece lo mismo—, tuvimos oportunidad de acopiar los siguientes datos: Diez matrimonios, en los que el jornal del marido oscilaba entre Dlls. 0.90 y 1.50. Todos habían tenido siete hijos. A tres matrimonios, no le

vivía ninguno; a otros tres, les vivían tres; a dos, les vivía uno, y a los dos restantes, dos. Total: 70 embarazos con todas sus molestias y perturbaciones; 70 partos con sus gastos y trastornos, y al final de la jornada, 15 vivos —de los cuales, tres anémicos y uno tuberculoso—, y 55 muertos.

Más datos. En doce matrimonios con cuatro hijos, hallamos que de los 48 concebidos, 11 nacieron muertos y 7 fueron abortados, los 18 a causa de la sífilis. En cuanto al resto, 11 murieron en el primer año, siete antes de cumplir los cinco, y los demás . . . ¡por ahí andan . . . !

Otros más. Diez matrimonios de la clase acomodada. Cinco embarazos cada esposa: Total: 1 aborto por accidente, 4 muertos antes de cumplir los cinco años y 45 vivos y sanos.

Estas informaciones, rigurosamente exactas y logradas clasificando a los objetos por medio de un censo oficial que nos fué facilitado, hablan con sobrada elocuencia de las condiciones del problema.

¿Y para qué insistir más?

Pero los natalistas siguen queriendo que se estimulen las uniones sexuales "legítimas" y que esas parejas tengan muchos hijos. Ahí está esa romántica idiotez de la moralidad oficial que se manifiesta por medio de los matrimonios llamados "colectivos". En la mayoría, el vínculo sentimental y natural suele tener una historia de cincuenta años. Y en cincuenta años, ¿cuántos hijos que nacieron muertos, que murieron a poco de nacer o antes de la pubertad hicieron venir al mundo . . . ? Eso no lo revelan las estadísticas, porque la moralidad se limita al cumplimiento de sus pretendidos fines teóricos.

Y suponiendo que vivan muchos, todavía tenemos esto, como dijo un sociólogo eminente: "Un país de niños mal alimentados, mal vestidos y peor educados, sólo produce, al igual que una familia, hombres débiles, sin inteligencia, sin iniciativa, verdaderos valores nulos, bocas inútiles, desechos sociales que absorben recursos considerables y paralizan el progreso, constituyendo una carga para la sociedad, pero jamás una fuerza para el Estado".

A este propósito, permítaseme transcribir la opinión de un salvaje, de un moro de las kábilas del Rif, en Marruecos, cuya guerra fué para España una sangrienta pesadilla.

Este indígena, quien ocupó un puesto en la rebelión de 1921 al mando de Abd-el-Krim, el caudillo, me explicaba diez años más tarde la razón demasiado sencilla de aquella feroz contienda. Sostenía con una lógica aplastante —tanto como lo fué su rebelión—, que los soldados pierden las batallas o las ganan, "desde que están en espíritu —copio sus palabras— en los testículos de su padre. Si el padre es débil, el hijo no podrá ser fuerte; si el niño no se alimenta, no podrá ser hombre; y si no es hombre, mal podrá ser soldado resistente y valeroso". Y por si todo eso no fuera bastante para convencerme, agregó: "Un moro está acostumbrado a comer desde niño lo necesario; un moro no bebe alcohol, que hace perder la cabeza y engendrar hijos cuando no se puede invocar el nombre de Dios; un moro aprende a resistir las inclemencias del tiempo, porque está bien alimentado; un moro sabe por qué debe defender su casa y su tierra, porque en su casa tiene sus afectos y su tierra le da para alimentar a sus hijos... Y a un moro le das un fusil, cien cartuchos y un sitio donde haya enemigos, y ten por seguro que no regresará a su aduar hasta no haber hecho cien bajas en las filas de quienes le combaten".

Y para sofocar la rebelión de un país de 400,000 kilómetros cuadrados y 5 millones de habitantes, Francia y España unidas estuvieron empeñadas en una de las guerras más sangrientas que registra la historia colonial.

No piense el lector al ver las alusiones que hacemos a los desastres bélicos, que nuestro criterio estriba en suponer que el vigor de los pueblos no tiene otros exponentes más vivos que su gran capacidad para la organización de los asesinatos colectivos que son las guerras; no nos importa nada de eso, como no sea para condenarlo y abominar de tan monstruosas maldiciones. Pero aun pareciendo bárbara y pueril la deducción, concluimos diciendo que quienes tienen aptitudes para matarse, también poseen energías sobradas para vivir en paz laborando por el prestigio incesante, moral y físico, de la auténtica dignidad humana. Este, y no otro, es el final que perseguimos al proponer el control natalista como la base más sólida de la perfección de la Raza.

La Orientación Moderna

Todo que venimos diciendo, casi pudiera servir de texto en los programas pedagógicos, porque la asimilación de estas ideas fundamentales es perfectamente compatible con las posibilidades intelectuales del niño.

Pero dejemos por ahora al niño: es preferible enderezar directamente hacia los padres, hacia los adultos al menos, la exposición de la multitud de razones que pueden derivarse de la más simple observación. Los adultos, los padres, ya sabrán instruir a sus hijos adecuadamente, y la nueva generación que ellos representan es posible que llegue a adquirir la necesaria capacitación para que no resulte indispensable la labor de la moderna escuela.

Todo esto no es nada nuevo, porque empezando por la puritana Inglaterra, desde los Drysdale a Mary Stopes, la mayor parte de los países de Europa hace ya mucho tiempo que acometieron la tarea desde el punto de vista oficial y científico. Claro es que en América, sin excluir a los Estados Unidos, estas cuestiones apenas si pueden tratarse más allá del libro, aunque muchos religiosos de gran prestigio, como el sabio jesuíta P. José Reiner, hayan dicho todo cuanto es posible decir en el orden de ideas que nos ocupa y todo ello con la aprobación más sincera y entusiasta del Sumo Pontífice Romano. Ahora bien, los moralistas de la Edad de Piedra siguen siendo aún más papistas que el Papa...

La tarea inicial consiste en reducir al mínimun el mazacote de prejuicios e ideas existentes acerca de la cuestión sexual, para situar estas enseñanzas en el plano completamente sencillo, normal y natural de otra disciplina didáctica cualquiera. Pero esto, pese a su sencillez, debe considerarse poco menos que impracticable. Por consiguiente, todo habría de concretarse a la finalidad específica de la instrucción anticonceptiva de toda persona que de acuerdo con el ideal eugénico, esté en condiciones de comprender la grave responsabilidad de su misión biológica.

Huelga decir que la natalidad útil, la producción de hijos capaces de significar una promesa eficiente no sólo en el orden individual y familiar, sino en el de los intereses de su pueblo y su raza, no puede subordinarse únicamente al

hecho material de la posibilidad económica; entre las gentes adineradas, y más aún, en las mismas familias reales, es frecuentísimo encontrarse con individuos afectados de todas las taras degenerativas.

No podemos, como se comprenderá, pronunciarnos sistemáticamente en contra de la natalidad: sería un absurdo bestial e intolerable. Nuestro objetivo se amplía a los enunciados positivos, a la procreación consciente y prestigiada de todos los valores necesarios al mejor progreso de la sociedad y de la especie, y para ello se hace indispensable recurrir en calidad de base fundamental a los postulados eugénicos, mucho antes que al factor económico, ya que ambos aspectos se complementan hasta convertirse en el todo de un ideal armónico. Por esto, la Escuela Moderna no debe omitir, en un completo rigor científico, lo que se refiere a los dos insignes principios de la perfección humana.

Al expresarnos así, no pretendemos invadir un campo de acción que específicamente no nos pertenece, si llegamos a la conclusión, como habremos de llegar, ya que tal es el tema básico de la presente obra, de exponer los medios racionales, naturales y científicos encaminados a evitar el embarazo. Por consiguiente cabe decir en buena lógica, que en tal caso la eugenesia nos tiene completamente sin cuidado. Pero si aceptamos el principio malthusiano como punto de partida de nuestra actitud, y que resumido en pocas palabras dice: "No debe tener hijos quien no deba tenerlos", en gracia a la exclusión de todo radicalismo, tampoco tenemos inconveniente en insinuar la posibilidad de una actitud ecléctica.

Mientras no nos sacudamos, repito, la tiránica influencia del inmenso caos de conceptos disparatados que han convertido la noble y natural función del sexo en la complicada maraña de teorías y sentimientos que caracterizan a todo *tabú*, será inútil pensar en la eficiencia de las doctrinas eugénicas y anticoncepcionales.

Esa Escuela Moderna que preconizamos —que lo mismo puede tener la pública expresión del aula que la íntima del hogar—, no ignora que para enfrentarse con el gran problema del mejoramiento específico del animal y la sociedad humanos, necesita el valor, la energía y la firmeza de que puede ser capaz un espíritu libre, eminentemente libre, sin

otra subordinación ética que la emanada de la órbita de la disciplina científica seca, rígida y severa.

Ni el neomalthusiano ni el eugenista tienen derecho a invocar las normas de la moralidad tradicional y escolástica heredada de las vejas concepciones del ascetismo, porque ambos se encuentran en la imperiosa necesidad de olvidar lo que se aprende en las declamaciones de la moral oficial, inspirándose, única y exclusivamente, en los conceptos herméticos de sus respectivas ciencias.

Por eso se nos tacha de osados, de audaces y de cínicos. Pero si nuestra osadía, nuestra audacia y nuestro cinismo sirven para disolver el peso de la ignorancia, de la mojigatería y de la estulticia que es el caldo de cultivo donde se incuban los gérmenes más brutales de la evidente degeneración y de los hondos males que aquejan a la especie, al final del duro y áspero camino llegaremos con la frente alta a la plácida quietud de la inmensa llanura despejada.

No se nos oculta que el tránsito es arduo y desesperante; y como debemos seguir un trazado vertical matemáticamente recto a las sinuosidades de su horizontalidad, de ahí que siendo el camino único no podamos disponer de las aleatorias ventajas de los atajos. En una palabra: hay que comenzar por el principio.

El grave sentido de la responsabilidad de los actos sexuales, tiene que ser inculcado al individuo en su edad más temprana, lo mismo que se le imprimen doctrinas y teorías mucho menos útiles y más innecesarias. La disciplina seca y tajante de una conciencia social, sanitaria y moral con relación a sus posibilidades biológicas, y económicas también, es mucho más importante, por ejemplo, que la noción acerca del complejo astronómico o la redacción de una biografía de cualquier bandido disfrazado de héroe o de político.

Es necesario decir a voces, hasta en la plaza pública, que el instinto de la procreación no puede ni debe manifestarse solamente bajo las directrices animales e inconscientes del impulso sexual. Esa energía primitiva y nítida que anima al genio de la especie, ha de subordinarse a los imperativos categóricos de la cultura, a las normas de la civilización, a los dictados de la conciencia y a la ética más insigne de la Raza. Porque ese instinto, ese dramático im-

pulso del amor normal y positivo, sería eminentemente sano y solemnemente biológico, si no fuese por el gravísimo riesgo de su tremenda transcendencia antisocial.

El sexualismo no es sólo fisiología, es psicología y moral también. Del impulso ancestral y primitivo pletórico de una grandiosa animalidad en las pristinas edades del hombre hasta llegar a la individualización del amor sexual como una adquisición de la cultura, como un exponente sentimental del desarrollo de la inteligencia humana, la especie civilizada tuvo tiempo de adquirir las más trágicas y amargas experiencias.

Es hora ya de que las viejas teorías empiecen a dar paso a las disciplinas que impone la existencia misma: es la hora de las realidades positivas y las normas eficientes. A las prédicas y frases de la moralidad tradicional y petrificada, debemos oponer la fragancia fresca y vigorosa, llena de savia, de las doctrinas nuevas. El ideal de felicidad del individuo, una vez logrado, hace posible la realidad de todas las perfecciones humanas. Y esa dicha no la dan los estadistas, las instituciones ni los credos oficiales; tiene que labrársela el hombre con sus propios medios mirándose a sí mismo, para después ver mejor y percibir con más claridad todo cuanto le rodea, sin el riesgo brutal y angustioso de los más crueles fracasos.

Capítulo II

LAS FUENTES DEL ODIO, DEL DELITO Y LA MUERTE

Matrimonios jóvenes

El progreso creciente de las responsabilidades y obligaciones que el desarrollo de la cultura trae consigo con sus necesidades económicas cada día mayores, impone a todo individuo disciplinas severas que no pueden eludirse sin perjuicio de su relativo bienestar. La lucha por la vida es constante, tenaz y desesperada en virtud de ese afán instintivo tan humano de la propia superación.

Todas estas circunstancias sociales y artificialmente creadas, pugnan abiertamente con los principios fundamentales de la existencia. Es así como se establece y queda evidenciada la desarmonía existente entre las posibilidades del instinto de la reproducción, es decir, el derecho al amor completo con todas las consecuencias biológicas naturales, y las realidades del hecho social representadas por la falta de madurez de las condiciones tanto temperamentales como económicas capaces de garantizar el equilibrio de los dos factores con vistas a un beneficio amplio para el individuo, la familia y la sociedad entera.

Es evidente, que el hombre adquiere antes la facultad de engendrar hijos que los medios, no digamos para mantener a esos hijos, sino para subvenir a sus propias nece-

sidades individuales. Cualquier muchacho puede ser padre a los catorce años; a los doce, puede ser madre una jovencita, y en ambos casos, el interés físico de la raza, acaso no padezca demasiado. Pero si esa madurez biológica es un hecho, ¿podemos decir lo mismo de la multitud de factores exigibles para el máximun de la perfección en los órdenes sentimentales, privado, social, intelectual y económico . . . ?

No. No es posible, en buena lógica, prescindir de la concurrencia de esas cualidades, porque entonces incurriríamos en algo tan brutal y disolvente de los valores morales como son los libertinajes y la irresponsabilidad. Pese a la indudable artificiosidad de las leyes, jamás dejaremos de reconocer que cualquiera, por mala que sea, nunca adolecerá de algo bueno. Mas a pesar de todo, si esa comprensión es el producto intelectual de la madurez, del criterio sensato y de todas esas cualidades que aporta, sencillamente, la edad, analizando la cuestión con toda calma, no tendremos más remedio que comprender que el joven no puede pensar igual, porque la característica de la juventud es la irreflexión, la irresponsabilidad y el atolondramiento.

Además, si sabemos que el impulso sexual puede adquirir los caracteres más violentos y las expresiones más exacerbadas incluso en el hombre experimentado, ¿qué no podrá temerse de esa ansiedad, a veces irrefrenable, de la satisfacción de un anhelo que a veces es más fuerte que las mismas energías de la voluntad?

Para canalizar esos impulsos naturales por los cauces de la cultura, existe el recurso de la llamada "poligamia facultativa" que se contiene en el área de la prostitución, donde si la satisfacción física del instinto puede llegar a ser un hecho —con todos los riesgos que indudablemente entraña—, el resto de la personalidad no puede desarrollarse ni es posible que sirva de escuela de entrenamiento para las cualidades espirituales, dándose la circunstancia de que a una más elevada intelectualidad, corresponde un índice menor de compensaciones psíquicas.

Entonces, el joven sensato —en el ínfimo grado de sensatez exigible por su edad e inexperiencia—, adquiere bien pronto la convicción de que la estúpida pantomima del placer sin amor, que por lo tanto no puede llegar al placer completo, no llena ni una mínima parte del íntimo orgullo

de sus exigencias viriles. Aquello le repugna, le asquea y comprende que la solución única inside en la individualización del propio sentimiento, que a lo peor tuvo que desdoblarlo por no poder exigir a la novia bien amada todo cuanto le demanda su mundo celular circundante . . .

Y ya en la pendiente, inicia la carrera vertiginosa y desenfrenada que le lleva a la meta final del matrimonio prematuro, irreflexivo y desorbitado. De ahí en adelante, lo más probable será que no haga nada más útil que seguir una carrera de obstáculos y dificultades que él mismo se ha creado con su propia inconsciencia.

En los comienzos de la nueva vida, el preludio feliz suele ser limitadísimo, porque la mayor parte se reduce a la ansiosa satisfacción del impulso puramente animal. Ese ideal romántico de los valores sentimentales del amor, no es posible armonizarlo con las crudas realidades de la economía, tan prosaica, tan exigente y . . . tan indispensable. Y aun en el supuesto de la abundancia de recursos suficientes para alejar el temor de las complicaciones materiales, todavía existe el peligro del hastío que se inicia en el hábito de disponer a toda hora del manjar voluptuoso tan ardientemente codiciado.

Los matrimonios jóvenes fracasan casi siempre. No es necesario aducir razones en abono de tal afirmación, porque su evidencia puede constatarla cualquiera que se tome la molestia de analizar someramente las estadísticas de divorcio, y eso sin aludir a los casos infinitos que se evaden a las investigaciones del control oficial.

Siendo optimistas y admitiendo la posibilidad de concurrencia de todos los factores que contribuyen a la armonía conyugal, no cabe duda que la pareja tan prematuramente unida está en las mejores condiciones para sortear los obstáculos más graves a lo largo del tránsito de su existencia. Aunque el hecho, repetimos, suele ser excepcional, a no ser que medien las circunstancias del desamor, del hastío emanado del hábito y otras derivadas de la relación sexual específica, el equilibrio económico por un lado y la educación y la influencia del medio social por otro, bastan para que la unidad no se rompa, al menos en el orden de sus proyecciones públicas. No obstante, cuando hacen su defecto esos factores básicos independientes del sentimiento

amoroso, las cosas suelen ocurrir de muy distinta manera... Cuando el tropo vulgar dice que "el dinero no da la felicidad; pero es un medio para llegar a ella", no tenemos más remedio que admitir una vez más la honda y certera filosofía que se contiene en todas las expresiones del refranero.

Es decir, que poco a poco, pero en un proceso lamentablemente rápido, los recién casados en estas condiciones empiezan a experimentar la multitud de amarguras originadas en su irreflexión, en su falta de madurez, y todo en virtud de la desarmonía, de la pugna dramática y el desconcierto que se establece entre la ilusión ardiente y la realidad tan fría.

El tránsito brusco entre el noviazgo y el matrimonio, se asemeja al contraste entre la libertad y la prisión, muy dulce al principio, pero insoportable después, sobre todo para el hombre, quien a toda costa trata de hacer compatibles sus deberes en el hogar con los derechos que la asistieron en el celibato. Suponiendo que sus ingresos económicos no aumentan, por lo general, en virtud del nuevo estado civil, la traducción de su trabajo en factores adquisitivos sufre una reducción demasiado brusca para no advertir la enorme contrariedad de sus efectos. Y dice otro refrán, que "donde no hay harina, todo es mohína..."

A la ilusión, al ensueño de los días pretéritos, ha sucedido la evidencia de las realidades efectivas. La discusión, la réplica, el disgusto... Al final, la añoranza de los tiempos idos tan libres de preocupaciones, de obligaciones, de sentido de la responsabilidad. Y al conjuro de la dicha pretérita, ¿qué nuevas ilusiones, qué nuevas ideas y proyectos no pueden larvarse como exponente íntimo de la conciencia del fracaso sentimental...?

Este es, y no otro desgraciadamente, el sombrío panorama de los matrimonios jóvenes, cuya luna de miel, tan incierta y efímera, se convierte muy pronto en nubes de tormenta y de amargura que sólo dejan percibir un horizonte negro y dramático de desesperanza y de renunciaciones.

Y eso es ahora, al principio. ¿Qué ocurrirá más tarde, cuando el amor, el deseo o el aburrimiento se traduzcan en las consecuencias tan legítimas que por ignorancia, temor

a los viejos credos o influencias de otra índole resultaron inevitables?

Vamos a verlo.

Conciencia del instinto maternal

No bien la niña se ha desprendido de los pechos maternos, cuando ya empieza a dirigir su atención a las muñecas con preferencia a otros juguetes, porque esas muñecas simbolizan para ella todo el augusto y grandioso compendio de los valores biológicos de su sexo. Es el instinto de la maternidad que ahora se traduce en las inspiraciones objetivas de su fantasía. La voz remota de su papel en el gran drama de la vida, empieza a ser percibida por los oídos del alma, y sus manos se tienden y agitan en demanda del juguete simbólico y codiciado.

Dicen los ciegos y bárbaros campeones de la natalidad inconsciente, que hablar de neomalthusianismo y de control de los nacimientos, equivale a fomentar el suicidio de la raza, porque de divulgarse nuestras teorías, la especie está fatalmente avocada a su desaparición.

¡Qué estúpidos, los fósiles...! Esa afirmación suya, jamás pudo tener valor alguno, ni siquiera ante el espectáculo pavoroso de las guerras más sangrientas ni las epidemias más espantosas, puesto que ya sabemos el porqué.

Y si no ignoramos tampoco cuáles son las razones higiénicas, sociales y económicas que mucho antes de que naciera Malthus indujeron al individuo a limitar el número de sus descendientes, ¿a qué aportar a las complicaciones e incógnitas supuestas del problema esa frase de "suicidio de la raza"? Sin embargo, todavía no les hemos visto alzar sus puños iracundos contra la cruenta bestialidad de las guerras, y eso por una razón bien sencilla: porque los paladines de la causa natalista son los mismos que abogan incesantemente por la necesidad de las catástrofes bélicas.

Que un matrimonio se oponga a procrear hijos cuyas obligaciones le son difíciles o imposibles de atender, es una actitud que podemos fundamentar en un hecho humano, natural, sencillo y escueto: su propia voluntad, es decir, el

sentido innegable de propiedad de su persona. Y sabiendo esto, ¿a qué más discusiones?

Sin embargo, la historia de la Humanidad es demasiado larga: la Humanidad no nació ayer, ni la sociedad es una improvisación reciente. Y si deliberadamente prescindimos de todas las premisas que es posible aportar en apoyo de unos hechos tan sólidos, lo hacemos para venir a la conclusión irrebatible de que esa actitud larvada de la niña que juega con su muñeca, es la promesa más eficiente de indudable saturación de su propio instinto. Por muchas que sean las dificultades económicas, por graves que sean los conflictos sociales, por cruentas y espantosas que sean las hecatombes sistemáticamente organizadas, nada de eso, nada en absoluto bastará para ayudar en el alma y en la carne de la mujer la sublime ansiedad de ser madre, porque no es un fenómeno artificial, sino que resulta ser una energía poderosa, total e inquebrantable, que prende sus raíces en los más hondos estratos de su naturaleza, de su personalidad, de los valores remotos que nacieron con ella.

Pero ocurre, naturalmente, que a las energías y posibilidades instintivas, es necesario oponer los recursos de la intuición, de la inteligencia, de las facultades conscientes. Todas esas expresiones orgánicas tan íntimas que a la vez se engarzan en el sentimiento, han tenido necesidad de someterse a los dictados que se derivan de las realidades positivas y las voluminosas complicaciones que les son propias.

Vulgarizando la expresión y trayendo los hechos al plano de la comprensibilidad más elemental, la mujer resume así sus sentimientos, sus ansias de maternidad: "¡Si la vida no estuviese tan difícil . . . !" Y lo que quiere decir en virtud de las facultades intelectuales del raciocinio, aunque no sepa que quiere decirlo, es esto: "¿A qué desdoblar mis entrañas en un hijo que *todavía* no puede venir al mundo como yo quisiera . . . ?"

Cuando a lo largo de mi experiencia profesional me hallé ante el deseo unánime de una pareja joven, jamás oí hablar de la esterilización radical o del anhelo de una infecundidad absoluta, porque ese deseo se expresa más tarde a través de la experiencia de muchos hijos. Todo lo que suelen solicitar los cónyuges, se resume en estas dos pala-

bras: "Todavía, no . . ." Quiere decirse entonces, que el adverbio "todavía" se refiere al propósito firme, pero legítima y oportunamente justificado, de substituirlo por un "ya", en demanda de cuya efectividad la mujer es capaz de todo, absolutamente de todo, incluso de entregarse a otro hombre que no sea su esposo, con tal de servir a la imperiosa y noble ansiedad de su naturaleza y de su instinto. Luego entonces, pueden dormir tranquilos esos celosos defensores de la integridad de la especie. Aunque ellos no sirvan para nada más noble y más digno que azuzar a los hombres y a los pueblos unos contra otros, mientras haya mujeres no les faltará carnaza de cañón y de metralla para alcanzar la gloria, subidos sobre ingentes montañas de cadáveres.

La conciencia del instinto maternal que tienen esas mujeres y que con todo el ardor de nuestro entusiasmo aconsejamos a las que no la tengan, se refiere a una actitud o un sistema eventual que no quiere decir que la oposición a la maternidad haya de convertirse en un valor constante y absoluto, porque por encima del cálculo, de las conveniencias, del egoísmo o de la simple comodidad, que son valores relativos, surge siempre. repetimos, triunfante y arrolladora, el ansia de ser madre.

Esa ansiedad, esa angustia, esa ilusión irrefrenable de la conciencia del instinto maternal, sólo se detienen ante la evidencia del hijo, cuya oportunidad también está subordinada a las remotas cualidades del propio instinto, factor que, ciertamente, no puede manifestarse con precisión cronológica en ningún caso, pero que sin embargo, rara vez deja de presentarse promovido en su actividad, lo mismo en virtud de causas físicas que de muy profundas impulsiones sentimentales.

Psicología forzosa de la esterilidad voluntaria

Queda sentado el principio de que no hay una sola mujer normal, sana y subordinada a los dictados de la moralidad natural de la sociedad en que vive, que más pronto o más tarde no experimente la necesidad basada en los imperativos categóricos de su instinto, de ser madre. Y las otras,

las que no son normales, ni tienen salud y hacen tabla rasa de los dictados normales, ¿qué importa que no quieran serlo?

Ahora bien, volviendo sobre las ideas esbozadas antes, hemos de reconocer que las dificultades emanadas del constante afán de lucha que caracteriza a la vida contemporánea, han bastado para crear en el sexo femenino una segunda naturaleza, una segunda psicología forzosa impuesta por la conciencia de las realidades flagrantes. No sólo son las actividades remunerativas del trabajo, en lo que prácticamente no existe la división sexual que fué la característica de otros tiempos; hoy vemos a la mujer desempeñando todo género de ocupaciones que antes parecieron estar exclusivamente reservadas al hombre, ya que sus obligaciones nada tienen que ver con las graves y específicas de la maternidad. No obstante, en este aspecto sí hemos de reconocer la actitud benefactora de muchos Estados sensatos, al instituir el seguro maternal, la protección a la obrera embarazada, las maternidades gratuitas, jardines de la infancia, etc., expresión natural del progreso y de la conciencia gubernativa.

Esto, indudablemente, ya es mucho: pero no es todo. Volviendo precisamente por los fueros tan legítimos no sólo sentimentales, sino físicos también, del instinto maternal, el amor de la madre por el fruto de sus entrañas raramente puede armonizarse con el hecho de su separación, fenómico biológico que difícilmente podrán suprimir las más sensatas y benéficas disposiciones oficiales, ya que para los impulsos humanos, todo eso no pasa de ser letra muerta. Mientras el hijo no ha nacido, las cosas pueden continuar como estaban, no cabe duda; pero, después, en presencia del sueño realizado, de la ilusión hecha vida y hecha carne, la madre de un hijo sano, por torpe y zafia que sea, jamás confía el fruto de sus entrañas a la sapiencia reconocida del pediatria más eminente, aunque al verlo enfermo no tenga inconveniente en acudir al primer criminal que tenga fama de curandero.

Esta es lo psicología de la madre, y no puede ser otra, porque si lo fuera, ¿qué podríamos decir de los valores espirituales y sacrosantos de la maternidad...?

Entonces, aquí vemos en qué consiste la psicología forzosa de esa esterilidad voluntaria que adopta la mujer, si-

quiera, esperando la llegada de otros tiempos mejores. Y la mujer, poniendo la mano en su corazón y en su conciencia, hace esta frase: "Todo por mi hijo". Y los hombres no somos capaces de comprender el dramatismo y la infinita misericordia que encierran tan pocas palabras.

Cuando las obligaciones del hogar sólo pueden atenderse mediante la unánime sumisión al trabajo de los dos elementos que forman la célula conyugal, es insensato, es criminal e inhumano abrir de par en par las puertas a un tercero que sólo puede traer la discordia. Es así por lo que toda mujer joven y sensata se niega a ser madre, aunque todo su ser clame por la bendición del hijo. Sin embargo, ya vendrán tiempos mejores...

Hay otros factores también en que los moralistas hacen el más forzado hincapié para despotricar contra la llamada "inmoralidad" de los credos oficiales. Estos sesudos varones, al parecer muy serios y respetables, no se acuerdan de que también tuvieron veinte años; de que asistían a fiestas, bailes, espectáculos y otras distracciones, como se hace ahora, porque la vida no es más que la eterna repetición de la historia.

En sus tiempos que todos ellos añoran con fingida nostalgia, la libertad de la mujer estaba brutalmente restringida por la masa caótica de prejuicios e ideas confesionales heredadas de la tradición, todo lo cual se traducía en la clásica sumisión, que no era más que esclavitud, de nuestras pobres abuelas. Y no queriendo comprender que si las tradiciones envejecen, la vida se renueva todos los días, estima que la consciente actitud de los jóvenes matrimonios que no quieren reproducirse en hijos hambrientos y valores negativos, no es más que un índice de la perversión de las costumbres, de la inmoralidad de la época.

Y no es eso. Lo que ocurre es que la vida moderna, la necesidad de ayuda mutua entre las dos partes que constituyen el todo matrimonial, ha dado lugar a que la acepción simbólica y de expresión carcelaria de "esposa" con relación a la mujer, se convierta en la dulce y cordial voz de "compañera" e incluso si se quiere la más dulcísima aún, de "amante"... El caso agradable es, y ello habla muy alto en beneficio de los más altos valores de la dignidad humana, que mientras la vida pueda vivirse así, libremen-

te, alegremente, sin preocupaciones ni inquietudes atormentantes, ¿por qué no vivirla . . . ?

Eso no es cinismo; apenas si se reduce a un mínima compensación de tantas amarguras como la existencia nos reserva a diario. Esta moderna filosofía del vivir que a veces se enmascara con la careta del optimismo, es precisamente lo que ha transformado las viejas y lóbregas mansiones señoriales, adustas y apestosas a moho, en los hogares modernos, limpios, higiénicos y asoleados que son como el símbolo cordial y alegre de toda una época caracterizada por las expresiones más útiles del progreso científico.

La psicología femenina de otros tiempos que se limitaba al cultivo y la fatiga de la matriz, pasa a ser una facultad del cerebro, de la intelectualidad más desarrollada, porque no hay más remedio que alterar de una manera consciente los órdenes rítmicos de la naturaleza desordenada. Alguna vez habíamos de pronunciarnos en pugna con las brutas y ciegas energías de la Naturaleza . . .

Esta conciencia psicológica de la mujer moderna educada que se apoya, naturalmente, en hechos que puede observar tanto en sus causas como en sus efectos, tiene en su favor el desarrollo de la cultura traducida en las adquisiciones de la ciencia. Su exponente típico en el orden que nos ocupa, queda demostrado cuando vemos que los ricos, esto es, las clases que mejor pueden cultivarse intelectualmente, procrean menor número de hijos que los pobres, quienes por imperativos de la economía no pueden distraer en adquisiciones culturales lo que necesitan, sencilla y lógicamente, para mantener a la prole.

Es también, aunque parezca extraño, el factor higiénico general y específicamente íntimo lo que de una manera directa —que no debemos discutir ahora—, aporta una razón diferencial entre la natalidad de ricos y pobres. Y si es cierto que para el culto de la piel y de las mucosas en su aspecto higiénico no se requieren notables esfuerzos económicos, no cabe duda que la educación por un lado y diversos factores por otro, no dejan de contribuir en la determinación relativa de tales diferencias.

Otro fundamento psicológico de la esterilidad voluntaria, lo encontramos justicado en los fenómenos bélicos. A partir de la guerra franco-prusiana de 1870, las mujeres

francesas, que tantos hijos perdieron y sufrieron tantísimas calamidades con motivo de la contienda, a lo que posteriormente hubo que añadir la sangría suelta de las campañas coloniales, que tan gravemente afectaron a la economía doméstica de Francia, las mujeres francesas, repito, dieron en la táctica de la huelga de matrices, por lo que la natalidad quedó reducida a una expresión mínima.

Fueron inútiles, o al menos muy poco eficaces, las excitaciones del Poder público para que los matrimonios se entregasen a la tarea de producir francesitos. Y llegó la hecatombe de 1914-1918 . . .

Y eso, ya fué el caos. La psicología de la mujer francesa, de la que forzosamente participaba el hombre, se resumía en este sentimiento: "Tener hijos, ¿para qué . . . ? ¿Para la guerra . . . ?"

Y como se temía el segundo cataclismo universal, mientras la política del Estado se esforzaba en que la población aumentase, las mujeres, es decir, los auténticos crisoles de la carne de cañón, escuchaban todas las excitaciones y promesas como quien oye llover.

Ahora, el Gobierno francés, que es terco y obstinado, tiene la humorada de centrar sus propagandas en otro rasgo psicológico femenino: la moda. Sus periódicos dicen —y lo hacen transmitir a los periódicos extranjeros—, que en París "están de moda las mujeres embarazadas".

Pero ya hemos dicho que no hay nada tan bien organizado como la mentira oficial, aunque veamos a las damas callejeando perdidas en los vuelos del miriñaque.

La ilusión del placer y la realidad del dolor

No cabe duda que el fin biológico del matrimonio, o dando mayor amplitud al concepto, la unión sexual de un hombre y una mujer, es la procreación, la perpetuación de la especie. Y el estímulo para que ese fenómeno natural se produzca, huelga decirlo, es el placer, lo que responde a una sabia previsión de la Naturaleza, siempre tan sagaz, común a todas las especies del reino animal.

Ocurre, sin embargo, en virtud de un raro misterio de la biología, que si por parte del hombre —del macho, mejor

dicho— es absolutamente indispensable la sensación voluptuosa para la exclaustración glandular de los elementos celulares germinales que en él tienen la misión de fecundar a la célula femenina, la mujer no necesita esa experiencia del placer erótico para que la conjunción celular sea un hecho traducido en el proceso inicial de la gestación. Los casos de fecundación artificial en la mujer y los de inseminación, que es lo mismo, en las vacas, yeguas, cerdas, etc., demuestran dentro de los márgenes del éxito más completo la real pasividad de la actitud femenina ante el acto inicial del gran drama de la especie. Conocemos a muchas mujeres con hijos fuertes y sanos, completamente normales además, que a lo largo de una dilatada práctica matrimonial, no experimentaron jamás ningún placer en que fundar la afirmación de los deleites específicos del sexo. La frigidez, la debilidad, ciertas perturbaciones nerviosas o una disposición hereditaria, suelen ser las causas de esa indiferencia que, a pesar de todo, no altera en nada el resto de sus cualidades físicas o sentimentales.

Se comprenderá que dichas particularidades están catalogadas en el índice excepcional de la regla, lo que por otra parte, como decimos, no representa ningún obstáculo grave para los fines efectivos de la unión sexual, ya que el hombre tiene asignado el rol más activo.

Mas a pesar de la concurrencia de esos estímulos, de tales añagazas de la Naturaleza, quien afirme que las uniones matrimoniales se efectúan exclusivamente bajo la directiva consciente del fin reproductivo, no hace más que faltar a la verdad de una manera abierta y descarada. Puede ocurrir y ocurre, pero excepcionalmente, que la ansiedad de los hijos sea el objetivo esencial perseguido por la mujer en la intimidad legal o libre con un hombre. Y decimos que por parte de la mujer, porque el hombre muy rara vez va más allá de dejar las cosas a merced de las posibilidades naturales, a no ser que negándose al instinto y a la imposición biológica acabe por hacer todo lo contrario. Si al macho en general se le privase de la facultad del placer erótico, su especie no existiría siquiera.

Así pues, la finalidad consciente del matrimonio, al menos en lo que afecta a la idiosincrasia masculina, no inside más que en el ansia de experimentación del placer. Por

eso, en momentos de pesimismo nos permitimos pensar que la Humanidad, todo el reino animal por mejor decir, no debe su existencia a un acto consciente, sino que por el contrario, somos el producto de la ceguera que produce la ansiedad del impulso erótico. El instinto, pues, es así.

En pura y nítida biología, esto es, centrándonos en el plano de la realidad de los hechos ordenados por las energías naturales, la misión del macho emanada de una actitud consciente, deliberada y rectilínea, consiste en cortejar a la hembra, gozarla sexualmente y abandonarla después. Es el ejemplo de los animales irracionales y el de los racionales de la edad paleontológica, conducta que se observó hasta llegar a la individualización del sentimiento amoroso, gracias al desarrollo de las facultades intelectuales. Y como restos actuales del sistema primitivo, aun nos queda el ejemplo de las sociedades conyugales de constitución poligámica.

Aparte las condiciones negativas tan debatidas de la sociedad actual, no cabe duda que todo recién casado, sin distinción de sexo, anhela la culminación voluptuosa de todas las ilusiones forjadas a través de las relaciones prematrimoniales. A esas inquietudes emocionales, a esas angustias, a esas apelaciones brutales y violentas del deseo refrenadas por la consideración moral, por el prejuicio, por un sentimiento moderno de la responsabilidad, sucede, con la sanción legal o el convenio expreso, el vértigo voluptuoso del amor materializado en su finalidad subjetiva. El placer por el placer suele ser la doctrina y el método, lo mismo que las consecuencias probables significan la represión relativa de los entusiasmos eróticos. Es decir, que desde los comienzos de la intimidad, el temor al hijo acaba por convertirse, dentro del placer, en el dolor que no permite la experiencia total del deleite. Como decíamos más atrás, la pareja piensa que "todavía" es pronto.

Y a pesar de todo, de los deseos y de las precauciones puestas en práctica según el consejo de las comadres, el embarazo llega; el fenómeno fatal y temido se produce. He ahí la ilusión del placer convertida en la realidad del dolor que empieza a materializarse, a ser algo más que una amenaza al equilibrio sentimental y erótico de la pareja.

Poco a poco empiezan a producirse las molestias y perturbaciones típicas del proceso natural. Empiezan para ella,

la pobre, antes tan feliz y esperanzada en una dicha más amplia, las alteraciones del carácter, la pereza, el malestar, la tristeza, el miedo... No es sólo su naturaleza psíquica, sino la somática también, el ancho campo de proyección de todos los disturbios que han determinado una transformación tan radical de su personalidad. Ahora hay que pensar en lo que va a venir a la vida sin haberlo querido. Se acabaron los paseos, los espectáculos, las distracciones... Los medios no alcanzan, y además ella, que trabajaba en la casa o en un taller, advierte que todo eso no sólo es molesto, sino que llega a ser insoportable.

No obstante, la cosa no tiene remedio o por mejor decir, ya "no debe" tenerlo; lo hecho, hecho está, porque después de todo, suele ser más higiénico y menos arriesgado que someterse a la experiencia de determinadas soluciones. Además, el primer hijo no implica dispendios inasequibles. Y en última instancia, ¿qué es, sino los hijos, el final del matrimonio...?

Más cuidado para otra vez. Y si hay posibilidades, ¿por qué no tenerlos ahora, cuando son jóvenes y pueden asistir a su desarrollo y educación? Si ambos cónyuges están de acuerdo en que ello es perfectamente compatible con las condiciones del hogar, nosotros no tenemos inconveniente, no sólo en tolerarlo, sino en aplaudirlo, porque lo que la familia, la sociedad y la especie necesitan, es precisamente eso: hombres sanos, fuertes e inteligentes que contribuyan a su regeneración y a su mayor prestigio moral y físico.

Bien. La ilusión pristina del placer, que después se convierte en la realidad del dolor, culmina al final de la jornada en esos frutos carnales y espirituales del amor consciente, de la procreación bien dirigida. Eso es lo que predicó Malthus, lo que anhelamos nosotros, por lo que propugnan los más doctos padres de la Iglesia, y por lo que viene clamando la perfección humana. Para esas parejas ideales capacitadas en el orden del mejor ejercicio de sus derechos, ha de ser la eterna gratitud de la especie, porque cuando lleguen al inevitable final de su actividad más útil, sentirán en la conciencia el íntimo orgullo del deber cumplido.

El hijo, accidente indeseado.

Las razones por las que no se desean los hijos, son infinitamente más poderosas que las que justifican esa ansiedad. Por eso dijo un filósofo del siglo pasado, que el problema de tener hijos, se ha convertido en la obsesión de no tenerlos.

Insistimos, porque no hay nada ni nadie que nos lo saque de la cabeza, que esta viva rebeldía afecta únicamente a los jóvenes matrimonios modernos, lo que coincide afortunadamente con la reducida capacidad intelectual y económica característica de la falta de madurez para hacer frente a las necesidades de una progenie prematuramente creada. Por lo tanto, seguimos creyendo que la frase esa de "suicidio de la raza" carece de toda promesa de significación efectiva.

En el aspecto psicosexológico de la cuestión, y prescindiendo ahora de toda concomitancia o relación económica, debe reconocerse que la unión sexual, que nunca, generalmente, está determinada por el anhelo de la descendencia, sino por todo lo contrario, sí suele estarlo de parte del hombre por la cristalización de los elementos éticos y estéticos que determinan, junto con la elección amorosa, la selección sexual.

En el sensuopsiquismo masculino, es la exaltación de la belleza lo que culmina en el sentimiento amoroso preconyugal, esto es, del noviazgo, se opera en la naturaleza del hombre tanto por la admiración que le inspira la belleza de su amada, como por el afán lancinante de poseerla no sólo para su espíritu, sino también para sus sentidos. A veces, la fascinación de lo estético es tan avasalladora, que el objeto adorado acaba por convertirse en algo tan impresionante como el símbolo de un culto religioso. En el clásico romanticismo del Renacimiento podemos hallarnos con estos hechos en la novela, en el romance, en la poesía, en la pintura y en todas las artes plásticas. Hoy mismo, esas directivas del impulso las encontramos reflejadas en los personajes centrales de cualquier fábula cinematográfica; el hecho es tan simple, que la afirmación resulta pueril por innecesaria. Y cuando esa misma trama requiere que la

protagonista ofrezca cualquier carácter que en la realidad sería antiestético, su exposición o su exhibición se efectúa de una manera velada y con tal discreción, que a no ser por el dato verbal o alusivo al supuesto defecto, sería imposible su percepción por parte del espectador.

Estos preámbulos son necesarios pese a su vulgaridad, para llegar a las conclusiones propuestas, aunque aparentemente no se relacionen con el motivo central que nos ocupa. Pero si nos referimos al hijo como accidente indeseado, ya no es por lo que representa en sí, sino por la relación tan íntima que su promesa tiene con esas cualidades de la estética femenina.

Las modificaciones que en toda la arquitectura trae consigo el embarazo, es una de las razones psicológicas por las que el invertido, el "esteta" platónico, siente esa viva repugnancia, ese desdén morboso hacia la mujer. Una gran parte de las cualidades admirativas de los efebos para el homosexualismo de la antigua Grecia, insidía en la belleza inalterable de la línea de aquellos afeminados, en los que al propio tiempo se consideraba la ausencia casi total de los rasgos viriles, característica morfológica de la androginia.

Muchos hombres perfectamente enamorados de su esposa, o mejor dicho, fuertemente impresionados por la perfección de su belleza física, experimentan ante el embarazo una reacción negativa que puede ir de la simple indiferencia a la aversión más acentuada que inspira lo antiestético. Esa sensibilidad, tal actitud realmente disparatada y de tan graves proyecciones en la órbita del psicosexualismo, puede tener su origen en alteraciones neuropáticas y en complejos ocultos en los repliegues del subconsciente. Pero sea lo que fuere el origen del fenómeno, el hecho indudable es esa emoción parcialmente cohibitiva o totalmente inhibitoria de las posibilidades viriles, ya que puede dar lugar a una psicopatía traducida en la impotencia o el colapso genital de tipo selectivo.

A veces no se llega a resultados tan graves. Cuando el hombre no anhela lo que va a nacer, el hecho tiene en su criterio la jerarquía de ese accidente indeseado con todas las consecuencias adversas, como la causa destructora de

sus devociones estéticas más destacadas. El embarazo de la mujer, acaso menos amada espiritualmente que físicamente deseada, viene a ser algo así como una barrera de hielo que se interpone entre el fuego de los sentimientos recíprocos. Y entonces acontece un fenómeno psicológico: la actitud de él se refleja en el sentimiento de ella, que ante el desvío o la indiferencia del amante acaba por refugiarse en la ilusión alentada por la causa de esa desventura. El amor sexual de los primeros tiempos sufre en el ánimo de la gestante una transformación afirmada en los ideales de su propia naturaleza, verdadero reducto sentimental donde halla la compensación de lo que pudiéramos llamar amargura de su consciente fracaso estético.

Esto no ocurre siempre; pero el desvío masculino hace defecto muy rara vez, sobre todo cuando la reducción de los valores estéticos motivada por el embarazo llega a evidenciarse mucho antes de que el sensuopsiquismo del hombre haya culminado en el anhelo pasional del impulso plenamente satisfecho. El fenómeno puede producirse mientras subsista el vigoroso estímulo emanado de la atracción de los encantos femeninos o, dicho de otra forma, en tanto no haya sido saciada el ansia de contemplación o de posesión de la belleza.

Al cabo del tiempo, cuando la tormenta erótica se apacigua y el amor conyugal adquiere ese equilibrio que se afirma sobre las bases psíquicas del hábito, esto es, cuando el afecto se hace más fuerte porque sus raíces tienen un engarce más hondo, la admiración por los caracteres físicos es reemplazada por otras emociones que relegan a un plano psicológico accesorio las cualidades del aparato estético. Dejaron de rugir las bestias del impulso, y las voces del alma dictan las directrices serenas y ordenadas del equilibrio armónico restablecido con toda la dulzura de una intimidad sin secretos, pero pródiga en la aportación de nuevos incentivos y encantos inéditos.

Es ahora, cuando la nave matrimonial ha doblado el cabo de las tormentas de la pasión arrebatadora, cuando podemos decir que ya se ha cimado en el fin primitivo de la unión de los sexos, en ese afán constante que no centra su objetivo en los hijos, sino en el placer. Y el final de

todo, ya recibe otro título: se llama felicidad conyugal, simple y *concretamente*.

Y a pesar de todo, ya vemos cómo el ideal puede truncarse en los primeros tiempos en virtud de ese accidente tan natural, pero también tan indeseado, que es el hijo *inoportuno*.

Hemos aludido a ese aspecto vulgar que al parecer carece de toda justificación lógica, porque se relaciona específicamente con los principios biológicos de la unión sexual. Y es así, aparte las múltiples consideraciones ulteriores, como se establece la enorme peligrosidad de la inconsciencia procreadora en calidad de conclusión definitiva.

Cómo se larvan el odio y la rebeldía

La artificiosidad del sistema del matrimonio monógamo, no obstante indispensable para el más eficiente equilibrio moral y material de la sociedad, aunque demuestra la sutilización evidente de los progresos de la cultura, no basta, ni con mucho, para aportar la totalidad de las soluciones necesarias al complicado problema cuyas incógnitas están subordinadas a una serie de factores de índole muy diversa.

El *ideal perfecto* —aunque totalmente inadmisible—, consistiría en que el hombre o la mujer se hallasen en completa libertad para el ejercicio radical y absoluto de todos sus derechos naturales, sin necesidad de atender a otras consideraciones y dictados que no emanasen de su libre albedrío. Pero esto y el derrumbe catastrófico y vertical de todos los valores morales del tinglado social, serían la misma cosa. Nos precipitaríamos en un caos inimaginable por sus proporciones, mucho más bestial aún que la conducta de ciertos grupos animales, en cuyo seno jamás faltan determinados detalles de una relativa organización social.

Si el animal humano respondiese al principio biológico intrínseco de cortejar a sus hembras, fecundarlas y abandonarlas después como acontecía, repetimos, en las edades prehistóricas y es lo mismo que hace la inmensa mayoría

de los animales salvajes, ¿de qué nos habrían valido varios milenios de cultura y de perfección?

No es eso, no puede serlo. Precisamente, nuestro punto de vista social y humano se refiere a la compatibilidad de todas las posibilidades y de todos los recursos que la cultura pone en nuestras manos para alcanzar esos ideales de perfección, que nunca, desgraciadamente, podrá ser absoluta, pero que en su relatividad nos permite cimar en los propósitos más útiles y eficientes de prosperidad.

Ya hemos dicho que la unión de las parejas está determinada, concretamente, por un afán consciente de felicidad y de bienestar basado en las cualidades que hemos admitido legal, moral y tradicionalmente; esto es así y no puede ser de otra manera. Pero ocurre que a través del tiempo, del hábito de la intimidad, de los accidentes y vicisitudes de la vida en común de dos seres que se unieron con el noble propósito de amarse y pertenecerse eternamente, todo cuanto signifique contrariedad o desarmonía en los afanes recíprocos, acaba por ser tanto como una piqueta demoledora que poco a poco, pero en golpes certeros, concluye en la destrucción de las bases del más sólido edificio.

Es cierto; tan evidentemente cierto que no admite discusión, el hecho de que ningún matrimonio se considera completamente feliz si no tiene progenie; esto, lo sabemos por experiencia todos los que somos padres. Sin embargo, la inmensa mayoría de los matrimonios, lejos de conocer esa felicidad, viven sometidos a los efectos de la desdicha que acarrean los hijos que llegan cuando no se desean, cuando ya no caben más en la mesa donde los que vinieron antes apenas se satisfacen con el parvo yantar. Surgen los reproches, las dificultades, los disgustos y la angustia de todo lo que no tiene remedio. La esposa de antes, tantas veces madre, ahora se desatiende, descuida su atavío, abandona su higiene... La prole no le da tiempo para dedicarlo a sus cuidados personales... Las preocupaciones emanadas de la situación, hacen del amor o de la pasión algo impropio, sucio y grotesco... El egoísmo natural del placer recíproco, es ahora dolor y amargura...

Surge de nuevo la evocación de los días muertos, de las delicias pretéritas, de lo que ya no vuelve... Los que antes

se amaban, empiezan a odiarse a través de los mutuos reproches de responsabilidad. Y lo peor de todo es que ambos tienen razón, porque así acontece en tales casos. Es algo de un dramatismo que no tiene remedio. Y como no es posible continuar así, surgen el desvío y la rebeldía ante aquella tiranía, que se traducen en el abandono del hogar, el adulterio y las actitudes desesperadas de tan amplia proyección en el área de las perturbaciones sociales.

Cuando el amor muere así, no hay nada que pueda resucitarlo. En los casos menos lamentables, la pareja sigue oficialmente unida por los lazos que atan los hijos, a veces más fuertes que todas las cadenas; pero su separación espiritual o sentimental es un hecho catastrófico e irreparable que no tarda en reflejarse en la prole, con relación a los más graves efectos morales.

Todavía ocurre algo de una importancia enorme, ya que el hecho se desarrolla en las condiciones más detestables. La misma reducción de las posibilidades económicas que sólo suelen permitir la vida en habitaciones reducidas, hace que el matrimonio, a pesar de su aversión, tenga que dormir en el mismo lecho. Y sucede entonces, que sin amor, sin ninguna justificación espiritual, el dolor busca su revancha en el placer, un placer brutal que acaba por traducirse en la realidad de más hijos, de otros nuevos motivos de padecimiento y de amargura. Esta táctica compensadora jamás servirá para la recuperación de la armonía, sino que fatalmente, por el contrario, cada día determinará una aversión más honda entre los esposos con todas las trágicas consecuencias que pueden derivarse de tan estúpida y criminal conducta.

Este gran problema de la aversión conyugal por causas que no pueden considerarse en el índice de las sexuales específicas, suele ser común a todos los hogares humildes donde la imprevisión y la insensatez concurren en una siniestra alianza para imposibilitar en absoluto el progreso de las ideas morales tan necesarias al equilibrio social, ya que la familia es la célula inicial de toda la arquitectura pública de las sociedades civilizadas.

Las aspiraciones primitivas del matrimonio que se creó para vivir feliz, quedan totalmente defraudadas y convertidas en el producto diametralmente opuesto a la ambición sentimental que originó el vínculo. El amor y la sumisión, ya no son sino el odio y la rebeldía que dan origen al desarrollo de los instintos y las impulsiones más antisociales del hombre. A lo largo de todo ese proceso comparable a un fenómeno de descomposición cadavérica, la destrucción irreparable de los valores espirituales da vida a las larvas de todos los delitos, de todos los hábitos condenables, de todas las perversiones que acompañan, como un cortejo lógico, a la pérdida del sentido moral.

Si a todo esto sumamos la ausencia de los factores culturales o educativos que tanto robustecen todo principio moral-social, no cabe duda que el panorama se hace más sombrío y sus proporciones son mucho más aterradoras. Sin necesidad de invocar el delito o cualquier otra actitud directamente lesiva de los intereses públicos, sabemos que el alcoholismo, que es el método más económico del embrutecimiento consciente, resulta ser un refugio clásico de los desesperados que huyen del tormento lancinante de las demoledoras tragedias íntimas. Todavía, si el alcohol tuviese la propiedad de anular, no digamos la disposición psicoerótica, sino la facultad reproductiva, hasta lo conceptuaríamos como un plausible factor parcial para la solución del problema, pero si sabemos que el alcohólico sólo puede engendrar una prole débil, enfermiza y degenerada, la cuestión se nos plantea más agravada y más aterradora.

Los mayores enemigos de la dicha conyugal

Son los hijos: ya lo hemos dicho. Los hijos que exceden del cupo de las posibilidades normales lo mismo en el aspecto físico que moral, son los que forman ese hacinamiento humano de miserables y hambrientos. El Estado y el capitalismo están encantados de la inconsciencia procreadora, que da brazos para empuñar las armas y manejar las herramientas que abaratan la mano de obra. Pero ese proletario que está harto de trabajar y su compañera fatigada de tanto traer hijos al mundo, ¿qué beneficio obtienen con ello?

Actualmente, las fábricas, los talleres, los hospitales y todos los centros donde se reunen seres humanos, incluso las escuelas que pretenden formar la inteligencia de las nuevas generaciones, se hallan congestionados, repletos, hasta el punto de no caber ni un individuo más. Donde el proletario ha de ganarse el pan de cada día, no hay una plaza vacante de las miles que demandan otros menos afortunados, que a la vez siguen engendrando hijos que no caben en las escuelas y que terminan por hacer la competencia a sus progenitores cuando apenas llegaron a la edad necesaria para abandonar los juegos infantiles.

Esta multiplicación espantosa produce una abundancia enorme de mano de obra, y no valen asociaciones, ni sindicatos, ni organizaciones, ni comités, ni nada. Es la ley del hambre la que impera y se impone, y como no hay más sistemas que la oferta y la demanda, no hay otra solución sino aceptar lo que el patrono imponga. "No hay huelgas eficaces —dice un sociólogo—. La huelga que pretende mantenerse por mucho tiempo exige una reserva que los proletarios no pueden tener. Ordinariamente, y a pesar de la solidaridad obrera, equivale al hambre para los hijos pequeños. Los sublevados luchan con armas desiguales, no sólo contra sus desdichados hermanos —los desocupados que ambicionan las plazas—, sino contra sus otros hermanos bien alimentados, bien vestidos y bien armados: la fuerza pública".

Se lucha, se mata y se muere por un ideal, cuando ese ideal no es otra cosa que el alimento. El que no tiene hambre, procura aislarse sumándose, si acaso, al número, de una forma pasiva, por solidaridad, por compañerismo. Si aunque sea explotado por el patrono puede llevar a la casa el pan necesario para que sus hijos no lloren de hambre, ¿qué puede importarle que los demás no coman?...

Luego vienen las enfermedades con sus inquietudes, sus dolores y sus gastos. A veces, como es lo más frecuente, la madre cae. El padre tiene que asistir a su trabajo y el hogar queda a merced de la ventura. Los hijos, libres de la autoridad de los mayores disfrutan como pueden de la situación tan dolorosamente creada. Son las diabluras, las escapatorias, las peleas, la anarquía...

Cunde la desmoralización, el impulso irrefrenable, la satisfacción perversa de los instintos. No hay control posible, porque ni siquiera hay escuela. El niño se educa, se instruye y vive en la calle, sin frenos, sin leyes y bajo el signo brutal del libre albedrío, porque aunque la madre esté sana, procura alejarlos del hogar para que no la quiten el tiempo que necesita para otras atenciones. Cuando la escritora sueca Ellen Key dijo que el presente siglo era el siglo del niño, apenas si pudo hacer algo más que una frase.

La buena moral de los padres no basta para dotar de igual sentido a la moral de los hijos, porque para ello son necesarios otros factores que faltan. La educación cuesta dinero; hay que destinar al pan lo que cuestan los libros. Aquel polígrafo español que se llamó Joaquín Costa, resumió en una frase todo el problema: "Despensa y escuela", traduciendo al español lo que los latinos dijeron en su lengua vernácula dos mil años antes: "Mens sana, in corpore sano".

Pero el niño pobre no tiene derecho al enunciado de Costa. Apenas come, y su aprendizaje lo realiza en la calle, que en las grandes ciudades es el aula elemental de la gran universidad de la bribonería que la sociedad sostiene con su pasividad suicida. En la calle es donde se forman las futuras prostitutas, sus seguros explotadores, los desdichados golfos de hoy que mañana serán los peores enemigos de la sociedad, como lo son ahora de la dicha de sus padres. La infancia callejera de las urbes modernas brinda al sociólogo uno de los más tristes y terribles panoramas de las sociedades civilizadas. Estos niños, viejos por experiencia y sabios, además, por empirismo, son siempre los hijos de las familias pobres en cuyos hogares sin higiene y sin luz no entran jornales mayores que un puñado de centavos. De nada sirven el buen ejemplo y la buena moral hogareña, cuando el hijo, por no poder estar en casa, ha de verse expuesto a la acción demoledora y brutal del cáustico de la calle, que es todo: escuela, hogar, cátedra de perversión y hasta estadio deportivo. Sin embargo, de la calle salieron muy célebres delincuentes, muy dignos profesionales del deporte y... casi todos los toreros que cobran por una tarde de 20 a 50,000 dólares. Pero en resumen, nada fundamentalmente útil para una socie-

dad que no viva de recuerdos históricos, de leyendas y de tradiciones que en el ánimo público se convierten en la exaltación histerofrenética de esos himnos en honor del lidiador de toros puesto de moda...

En cierta ocasión visité el barrio extremo de una gran ciudad por donde la urbe se ensancha, en cuyas calles destartaladas los chiquillos formaban verdaderas legiones de harapos y desvergüenzas, de suciedad y picardía. Nos detuvimos ante un grupo de muchachos de diez a catorce años que entre palabrotas cínicas, blasfemias y obscenidades daban fin a una caja de galletas que uno robó a un comerciante. Eran nueve. Investigando acerca de su instrucción, sólo dos sabían medio leer y escribir su nombre; los restantes no habían asistido jamás a una escuela. Tres pensaban ser beisbolistas, tres toreros y uno boxeador. Los tres restantes, profesión desconocida, salvo uno que casi todas las noches soñaba con una pistola automática. En suma, es posible que los nueve no sirvan para nada más útil que darle trabajo a la policía. Varios tenían hermanos y hemanas mayores. Y las referencias que obtuvimos de tan allegados parientes, confirmaban en absoluto todas las suposiciones que pudieran realizarse acerca del clima moral en que forzosamente habrán de vivir en las distintas edades de su existencia.

No puede decirse que el instinto de estos desdichados sea por sí mismo bueno o malo, noble ó vergonzoso; se trata de una energía vital que se puede manifestar en un sentido o en otro, según la dirección que se le imprima. Estos golfos, estos niños abandonados, ahijados del arroyo que representaban la causa de la mayor desdicha de sus progenitores, que siendo los peores enemigos de la dicha de sus padres lo eran también de la tranquilidad pública, hacían de sus inclinaciones lo más grave y antisocial en que son susceptibles de producirse las fuerzas más útiles al buen equilibrio físico y moral de la raza.

Con motivo del robo de la caja de galletas, los chicos y sus padres dieron en la Comisaría policíaca del distrito. La cosa se arregló con la indemnización al dueño de la mercancía, porque ninguno de los progenitores, a excepción de uno, tenía antecedentes condenables. Y dió la circunstancia de que su hijo era, precisamente, el más recomendable en cuanto a sus cualidades morales, de toda aquella tropa de pequeños delincuentes.

Todos los padres se arrepentían de haberles traído al mundo. Pero ya era demasiado tarde para esas lamentaciones.

Panorama siniestro del hogar incapaz

En esta cruda exposición de razones y hechos, venimos ajustándonos a la realidad estricta, sin fantasías ni alardes imaginativos. Todo es el producto de investigaciones realizadas al servicio de la ciencia, para lo que no se nececita más que oprimir el disparador de una cámara fotográfica. Se trata, pues, de estampas reales, aunque parezcan arrancadas de una espantosa visión de pesadilla. Pero todo esto se nos antoja indispensable al objetivo propuesto, y aunque la exposición, pese a ser tan natural, parezca tan complicada, demostrará al lector que al final de todo, lo más sencillo, lo más elemental, lo que no deja lugar a dudas, es el método rigurosamente científico, simple y positivo que se nos ofrece para conjurar totalmente tantas monstruosidades, tantos horrores y tantos peligros.

Antes de adoptar la aplicación del sistema definitivo, se hace imprescindible aportar las ideas susceptibles de reducir a un mínimun razonable los escrúpulos irrazonados de la conciencia. La convicción absoluta, la evidencia de las premisas y la realidad de los hechos que con tan meridiana claridad forman, por así decir, la parte filosófica o doctrinal de nuestra obra, suponemos que bastarán para llevar al criterio más pusilánime la mínima porción de comprensibilidad exigible, a fin de culminar con la frente alta y la mirada altiva en la actitud consciente que debe marcar la directriz de los más graves y respetables actos humanos.

Ya hemos dicho que el desequilibrio económico del hogar es lo que induce al niño a buscar en la calle el aire respirable que falta en el recinto de las cuatro paredes cuya hábitabilidad es imposible o ingrata. En las grandes aglomeraciones urbanas existe un tipo de vivienda de sistema

que pudiéramos llamar celular, puesto que las habitaciones, emplazadas a lo largo de extensos corredores, tiene sus luces a un patio, el célebre "patio de vecindad", que si bien inspiró la vena humorística de costumbristas y saineteros, no ha llegado a merecer la atención mucho más útil y digna del higienista, del moralista y del sociólogo.

El patio de vecindad es una institución típica del urbanismo colonial español que se encuentra en todas las grandes ciudades de Latino-América, como un insigne baldón de la moderna cultura. Esto que vamos a exponer, fué fielmente observado en una gran urbe que tiene pretensiones de metrópoli culta y cosmopolita; pero el hecho es común a todas.

Atravesamos un zaguán, luego un pasillo obscuro y por último un patio, otro, otro y un cuarto más, tope de aquella sucia y hórrida colmena humana, al que daban tres galerías correspondientes a otros tantos pisos, de cuyos barandales y cuerdas colgadas de extremo a extremo pendían ropas multicolores puestas a secar.

La chiquillería lo llenaba todo con sus diabluras y voces, entre las que abundaban las palabrotas más soeces del bárbaro léxico arrabalero. Dios, los santos, las madres y los padres de aquellos angelitos eran el blanco de todo el florilegio brutal y entusiasta de la bulliciosa tropa infantil, a lo que no eran ajenos los adultos de la vecindad. Uno de los muchachos, diez años a lo sumo de suciedad, de hambre y de piojos, aludió a la madre de otro de su edad:

—Yo no hablo con hijos de... (Aquí las cuatro letras clásicas).

—Pues yo, sí. —repuso el interpelado.

Y siguieron discutiendo.

Pude asistir a otras escenas del mismo género, porque aquellas criaturas parecían no tener otra consigna que la de hablar mal. En las incidencias de sus juegos surgía a cada instante la roja salpicadura de una blasfemia o de cualquier desvergüenza del más repugnante estilo.

Indignado por aquello, reconvine a uno:

—Buena lengua tienes, pequeño...

El aludido no se inmutó siquiera. Pero otro pareció apoyar mi actitud, diciendo:

—Yo nunca me meto con los padres, porque ellos no tienen culpa.

Estuve tentado de decirle que quiénes, si no los padres precisamente, eran los responsables más directos, pero el otro replicó:

—Tú no te meterás con los padres, pero en cambio eres un ratero; y entre decir picardías y robar, me sale más barato lo otro...

No era necesario ser un lince para ver que ninguno de aquellos golfos en crisálida tenía nada que reprocharse, porque el que no era un ladrón resultaba ser algo peor. Uno a quien sus compañeros llamaban *la Chula*, salía casi todas las noches en unión de un degenerado que le llevaba al cine.

De veintidós de ambos sexos que constituían la población infantil del patio, dos únicamente iban al colegio. Y acaso fuese preferible que no asistieran, porque la instrucción recibida en las aulas escolares apenas si les servía para otra cosa que para hacer más... ilustrada su desvergüenza.

Del segundo corredor llegó hasta nosotros el estrépito de un escándalo matrimonial:

—¡Borracho, indecente!

—Cállate, hija de..., porque te conocen hasta los perros.

Aquella voz del verbo conocer trascendía a sentido bíblico. Pero los chiquillos jaleaban desde abajo, mientras las vecindonas seguían atentas a sus conversaciones por estar habituadas a tales escandaleras.

Uno de los muchachos, dijo dirigiéndose a otro:

—Ya están peleando tus papacitos, *Chino*. ¡Y ellos si que han ido al colegio y tienen edad de saber lo que hacen y lo que dicen!

El *Chino* era hijo de los peleones, lo mismo que otros tres arrapiezos que jugaban en el patio sin conceder importancia a las desavenencias de sus progenitores.

—¿Cuántos hermanos sois, *Chino*? —le pregunté.

—Siete; el mayor, que anda por ahí, dos hermanas, una de dicienueve y otra de dieciocho años, y nosotros, dos chicos y dos chicas.

—¿A que no dices a este señor dónde andan la Petra y la Valentina? —dijo con la peor intención uno de los arrapiezos.

—Pues por los mismos sitios que tu madre, —contestó.

Me enteré de que la Petra y la Valentina, como su otro hermano, andaban... "por ahí", por donde el diablo les daba a entender. Algunas noches, las muchachas iban a dormir a casa; pero eran las menos, porque su oficio no era el más adecuado para ejercerlo delante de la familia, aunque ésta no dejara de beneficiarse con los productos de las placenteras actividades de las dos busconas.

El hogar del señor Paco el *Chino*, era un modelo en su clase; uno de los infinitos hogares de los suburbios de estas ciudades turbias y espesas.

En primer lugar, el señor Paco, además de ser alcohólico, era pintor de obra que no trabajaba más que cuando había tajo. Desde que se casó a los veinticinco años, jamás logró un jornal mayor del equivalente a un dólar, con lo que tenía que fumar, beber, dar de comer a la prole y pagar el alquiler de su zahurda, cinco dólares mensuales.

Su esposa, fecunda como buena proletaria, no tuvo en veinte años más que doce partos y tres abortos. Y la desdicha de enterrar a cinco hijos y ver vivir a siete, que era su desgracia mayor. Claro es, que los que vivían tenían que reprochárselo a la impericia de una amiga de su madre que en otros tiempos intentó estudiar para partera, carrera que vió truncada gracias a un aborto tan mal hecho, que llevó al cementerio a la embarazada y dió en la cárcel con la abortadora. No obstante, el matrimonio tenía bastante que agradecer a su buena amiga.

La esposa, la señora Eugenia, me refirió sus cuitas tan tristes, y a través de la narración sincera de las lágrimas asomaban a sus ojos como todo el dolor de una vida convertido en llanto.

—Ya ve usted, señor... Muchas veces me obliga a... eso, sin fijarse que los chicos están delante y nos ven hacer todo, porque como el cuarto es tan pequeño... Yo no quiero, pero mi señor no atiende a razones. Con estos malos ejemplos, así han salido los tres mayores y así serán los demás: ellos unos golfos y ellas unas perdidas...

Después profirió una blasfemia. ¿Pero quien puede disputar a esa pobre mártir el derecho a maldecir de su existencia, de la justicia social y de la sociedad entera, que no evitaron que tuviese un marido borracho, doce hijos y un jornal misérrimo para procurarles educación, bienestar y alimento...?

No podré olvidar nunca las lágrimas de la señora Eugenia. Pero tampoco debemos compadecernos sólo, porque ella se vengó como pudo. Desde lo más elevado de su existencia de mártir, desde la cúspide inaccesible de su dolor, dice a la sociedad estúpida y bestial: "Ahí te arrojo, para que lo padezcas, el fruto de tu incomprensión y tu injusticia. Siete hijos míos que no te servirán para nada; tres criminales y cuatro prostitutas, que darán vida a otros seres iguales y que han nacido de mis entrañas que son, como los de otras madres igualmente desdichadas, las fuentes de donde sin cesar brotan los gérmenes fecundos y siniestros de la mala vida..."

¿O es que se pretende que la señora Eugenia esté en la obligación de dar a luz santos y santas...?

El patio de vecindad y el *conventillo* argentino de los tangos y la realidad escueta, son una misma cosa. Los padres no reprimen sus impulsos ni aplican el control a los instintos por la sola presencia de los hijos. Es una promiscuidad brutal que tiene siempre las más intensas proyecciones en el campo vastísimo de la inmoralidad. Y el problema, a lo sumo, sólo preocupa a los médicos de la sanidad municipal atentos a la cubicación de la yacija, a su salubridad exclusivamente física, pero sin reparar nunca en el aspecto moral que resulta ser de más vitalísima importancia.

Las formas más repugnantes del incesto se producen siempre en estos ambientes de podredumbre y miseria, donde la vida promiscua de padres e hijos va unida a la ruina moral y al desastre fisiológico de todos los habitantes de la tétrica vivienda. De la calle, del hogar sin higiene y de la inmoralidad de las personas mayores, es decir, de la organización social, es de donde surgen el ladrón, la prostituta, los enfermos y el mayor porcentaje de muertos, cuyo caos se traduce en toda esa hez social que son los ejemplares representativos de la decadencia de la raza.

Y si estas estampas no son el reflejo vivo y fiel del panorama siniestro del hogar incapaz, que venga Dios y lo vea...

Los derechos de la mujer

Huelga decir, que la mujer es la parte más interesada y a la que más directamente afecta la procreación. Chesterton, el célebre humorista inglés que tan sañudamente combatió al neomalthusianismo, decía que la práctica del amor sexual sin embarazo ni parto, es como tocar las trompetas e izar la bandera sin tomar parte en la batalla. Y esto no es justo. Viniendo, como viene, de un humorista, no podemos tomarlo en serio, aunque pone de manifiesto cierto desprecio por los derechos de la parte más débil de la Humanidad que tan activa parte toma en la batalla...

¿Qué molestias, qué sinsabores, qué sufrimientos tiene que soportar el hombre...? Ninguno. Y a veces, pero muchas veces, no sólo no se toma molestias, sino que procura dárselas a la compañera reclamando los fueros de su masculinidad, sin tener en consideración que el acto puede ser bastante para multiplicar los padecimientos de la embarazada, provocar el aborto e incluso la muerte por las complicaciones.

En atención a consideraciones múltiples, ¿podría condenarse a la mujer que se negara a ser madre en su matrimonio? Aparte todas las razones teológicas, de la moral y de las conveniencias estatales, la mujer es dueña absoluta de su cuerpo, por lo que tiene un derecho perfectísimo a no concebir si no quiere, e incluso a no dar a luz si no la conviene. El amor es la máxima intelectualización de la sexualidad, y la sexualidad debe tener como fin primordial la procreación pero, entiéndase bien, siempre que el deseo de ser madre sea tan fuerte como el impulso que la indujo a dejarse fecundar. En este punto prescindimos de las teorías neomalthusianas, y nos atenemos al derecho de la más legítima propiedad que a todos nos asiste respecto de nuestras facultades orgánicas. En otro orden, ni el Estado ni el mismo individuo tienen derecho a exigir que una mujer sea madre, hasta tanto ella no quiera serlo. "Si el Estado

quiere que nazcan niños —dice un autor—, debe tratar de que le resulte agradable a la mujer tenerlos, como indudablemente sucedería si nuestras condiciones de vida fueran naturales y equitativas".

A la libertad que todos los seres humanos tenemos de amar a quien nos plazca y sin más derechos que la reciprocidad de sentimientos, hay que añadir la poderosa potestad de la mujer de someterse o hurtarse al pretendido deber de concebir a sus hijos cuando le dé la gana. Por otra parte, estamos seguros, ya queda dicho, de que ninguna mujer de buena salud moral y física elude el "deber" de procrear, y que en definitva no es más que un "derecho". Así dijo la célebre Lady Sommerset, que la vida será más bella y más noble a medida que vayamos reconociendo que el acto culminante del poder creador, lejos de ser una deshonra, constituye la gloria más alta de la raza. Pero si bien la maternidad voluntaria es corona de la raza, hay que convenir que la maternidad involuntaria es todo lo contrario. Y tras unos párrafos llenos de una lógica admirable, añade: "Sólo cuando el hombre y la mujer comprendan que la más sagrada de todas las funciones conferidas a la mujer debe ser cumplida voluntariamente y con absoluta libertad, podremos lograr que vengan al mundo niños llenos de vida y de deseos de vivir con derecho al más dulce de todos sus privilegios: el de saber que están rodeados de la alegría y el cariño que en justicia les corresponde".

Si el hombre no padece más que las consecuencias económicas de su inconsciencia procreadora, ella debe soportar, además, todo el cúmulo de desastres que son la secuela forzosa de tan insensata actitud, originados en la imprevisión o en la ignorancia. En los países más adelantados donde es posible la divulgación reglamentaria de los métodos contraconceptivos, la personalidad de la mujer aparece mucho más robustecida en todos los órdenes de la vida pública y privada. La lucha seguida del triunfo de las feministas inglesas en su batalla por el sufragio, está íntimamente ligada al neomalthusianismo. Otro tanto sucedió en diversos pueblos de cultura superior, de los que jamás podrá decirse que ésta rebeldía femenina fué el origen de su despoblación, sino todo lo contrario. La intervención directa

de la mujer en los negocios públicos, dió por resultado la conquista de unos derechos que se traducen en factores altamente beneficiosos para el progreso de la raza y la máxima perfección de la especie. Y todo se reduce, fundamentalmente, a esa facultad de control de sus propias posibilidades reproductivas.

Por otra parte, la misma agudización cada día más destacada de la lucha por la existencia y el creciente desarrollo de la cultura, obligan a la mujer a evadirse de los restringidos límites del hogar, invadiendo con tanto valor como capacidad todas las actividades remunerativas que le vedaron la tradición y los tiempos. Siempre, fatalmente siempre, es el factor económico lo que primero nos sale al paso.

En demanda de esos recursos, lucha tan desesperadamente como lo haga el hombre y defiende sus conquistas porque, al final de todo, la vida es prácticamente imposible sin esos recursos que la permiten disfrutar las ventajas de una libertad y una independencia relativas que la dignifican ante sí misma y ante la sociedad entera. Tiene derecho pues, a ser feliz, si queremos simplificar la deducción, y en demanda de esa felicidad también está asistida del derecho de obrar como le plazca.

Nos estamos refiriendo, ya lo habrá comprendido el lector, a las jóvenes solteras; sin embargo, hay una infinidad de casadas que entran de lleno en el área del enunciado. En cierta ocasión hablé con una señora casada, ya madre de dos hijos fuertes, sanos, bien atendidos y perfectamente aptos para recibir la esmerada educación que se les impartía. Estaba empleada en una empresa particular donde también trabajaba su esposo. Y como yo estuviese al tanto de los ingresos del marido, suficientes para el sostenimiento del hogar sin necesidad de la aportación económica de ella, me permití decirla que, en mi opinión, no tenía necesidad alguna de trabajar tanto por el poco sueldo que ganaba. Y me replicó así:

—Si no trabajase como lo hago, me nacerían más hijos. Ese sueldo tan reducido, es lo que necesito casi todos los años para los gastos de mis abortos...

Y cuando aprendió a evitar sus embarazos, abandonó aquella colocación dedicándose al cuidado exclusivo de su hogar y de sus hijos.

Esta anécdota es bastante significativa, porque en una gran mayoría de casos la remuneración de las actividades femeninas no suele tener otra finalidad sino esa que, dígase cuanto se quiera, es la consecuencia indeseada del ejercicio de unos derechos naturalísimos en virtud de su rango eminentemente biológico.

No se piense porque digamos esto, que la afirmación equivale a la aceptación del aborto, porque más adelante dejaremos bien sentado nuestro criterio al respecto; lo que se quiere traer al plano de la evidencia indiscutible, es que mediante el dominio absoluto y científico de las condiciones preventivas, tienen que eliminarse todos esos motivos de inquietud y de temores que impiden la consecución de los ideales cuya jerarquía es demasiado elevada para querer eliminarla con soluciones desatinadas.

La mujer tiene un derecho perfectísimo a amar y ser amada, como principio natural de todos los seres libres; pero debemos comprender que al vivir en el seno de una sociedad civilizada cuya célula más primitiva es la familia, la satisfacción de esa lógica ansiedad de su naturaleza, de su espíritu y de su sexo, debe lograrse dentro del marco tradicional de las actitudes más morales y conscientes, que al fin de la dura prueba culminan en la recompensa de ese bienestar y esa dicha que tanto halagan a la conciencia y al sentido más íntimo de la propia estimación.

Bases higiénicas del matrimonio consciente

Poco a poco, paso a paso y adoptando una actitud enfática, no obstante necesaria, hemos venido exponiendo las razones de ser en que se afirma este libro, aludiendo con marcada referencia a los hechos más impresionantes susceptibles de grabarse con hondos trazos en el ánimo del lector sensato, porque es precisamente su pretendida fuerza emotiva lo que más eficazmente contribuirá a la afirmación sólida de las convicciones que de su lectura deriven.

Ahora llegamos a un terreno menos áspero, más cordial, y acaso mucho más grato al tránsito... Es como si al cabo de una discusión agria y dramática, sin embargo indispensable para la exposición de los argumentos, los contrincan-

tes concluyesen en el acuerdo expreso derivado de la polémica, hecho que no se habría producido sin la existencia de aquella.

Al referirnos a las bases higiénicas del matrimonio, no es necesario aludir a las prácticas naturales del cuidado íntimo y puramente físico, ya que tal conducta forma parte de los hábitos corrientes del culto personal de todas las gentes educadas; hablamos de la higiene de las emociones no específicas de la intimidad sexual —aunque sea tan difícil desvincular unas de otras—, como son todos esos pequeños conflictos domésticos que a veces, pese a su banalidad, bastan para turbar la paz de toda unidad conyugal recién creada.

No nos importan tampoco los matrimonios económicamente bien dotados y dispuestos a afrontar en toda su amplitud las consecuencias tan naturales de su pasión amorosa: lo que nos interesa es la atención a esos casos infinitos de las parejas inexpertas que se unieron con la sana intención de lograr una dicha perdurable y floreciente compatible con las responsabilidades de la sociedad creada.

Existe un notable desacuerdo entre quienes opinan que los matrimonios jóvenes deben abstenerse de procrear hijos, y quienes sostienen que es precisamente en las edades tempranas cuando deben reproducirse. La opinión y el consejo ascéticos al respecto, consisten en retardar la edad de las uniones conyugales, lo que no tiene fundamentos más sólidos que la imposición a ultranza de la abstinencia sexual basada en los ideales tradicionales de la castidad. Pero esto es un absurdo intolerable, porque tal teoría —que jamás tuvo una leal interpretación práctica—, niega algo tan fundamental y útil como el desarrollo de la personalidad inspirada en el amor humano, a lo que la especie debe la mayor parte de su progreso.

Es evidente, no cabe duda, que la ansiedad erótica prematuramente satisfecha sin cálculos ni frenos, como ocurre en la inmensa mayoría de los matrimonios jóvenes, puede dar lugar a los mayores desastres; de este aspecto importantísimo nos ocuparemos en el siguiente capítulo, aunque ya lo hemos aludido anteriormente. Ahora bien, en buena lógica y basándonos en el principio de las posibi-

lidades normales de la biología, es decir, de la madurez corporal de la pareja, dadas las condiciones artificiales de la vida moderna, hasta nos atrevemos a admitir que ese matrimonio, si goza de las posibilidades necesarias en los órdenes que venimos discutiendo, está en la oportunidad más propicia para reproducirse en un hijo, acaso en dos... Y si queremos aportar cifras cronológicas, diremos en síntesis, que ningún hombre que pase de los cuarenta años debe cometer la insensatez de tener un hijo.

Ocurre en el matrimonio joven, sobre todo con relación a la esposa recién salida de la edad de las muñecas, que todo el afán de la unión, antes que el de la experiencia total del placer, se centra en el ansia del hijo, es decir, en la realidad de las ilusiones forjadas al acariciar el juguete como expresión objetiva de su instinto maternal.

Esta ambición tan natural, tan eminentemente humana que brota de las fuentes del espíritu y se inspira en las propias energías de la especie, consideramos que tiene su mejor oportunidad de lograrse al principio de la unión conyugal que en épocas más tardías. Prescindiendo de la teoría de orden sentimental de que los hijos del amor son más bellos que los engendrados sin la concurrencia de esa cualidad. nos atenemos al hecho del factor económico por un lado y al del vigor y la salud de los progenitores por otro, en la demanda de lo que más se asemeja al ideal perfecto del fundamento de la familia.

La educación y el cuidado de los hijos están mejor garantizados por los padres jóvenes llenos del entusiasmo y el afán de la juventud, que por aquellos matrimonios que optan mucho más tarde por cumplir los mandatos de su misión reproductiva. Esta es una de las más importantes bases higiénicas del matrimonio consciente, porque al propio tiempo concuerda con la ambición instintiva y sentimental de la joven esposa. Como es lógico, huelga repetirlo, jamás deberá prescindirse de la asistencia de ese factor vitalísimo de la posibilidad económica.

A pesar del deprimente y desmoralizador espectáculo del panorama social contemporáneo, la familia es, ha sido y seguirá siendo el santuario de la raza y el refugio afectivo del ser humano. El ambiente emocional del hogar en

que se nació y se creció dentro de la órbita de la educación y del respeto, jamás permitiría el abandono de la prole que tuvieran los hijos que se han reproducido en otra generación nueva, en el caso de las mayores dificultades susceptibles de alterar el equilibrio doméstico de la pareja poco experta o mal dotada.

Aunque desde luego esta solución forzosa no puede constituir el ideal de los jóvenes padres, debemos admitirla como un recurso que no está carente de cualidades morales en virtud de las condiciones que lo determinan. Todo puede ser un fenómeno transitorio, que al mismo tiempo contribuye, no sólo al desarrollo de la personalidad de los recién casados, sino a la evolución del sentido moral que se afirma en la conciencia de las responsabilidades. Los hijos del matrimonio prematuro son a modo de duro acicate y ferviente estímulo para la lucha por la vida, para la consecución de los ideales del trabajo y de la economía que se centran en el objetivo esencial de los seres tan amados y tan inocentes.

Y en los matrimonios donde faltó esta táctica, donde la inconsciencia fué la causa de todos los desastres, el hijo indeseado, lejos de estimular el ejercicio de las posibilidades morales y físicas, viene al mundo, ya lo hemos dicho, como otra nueva amenaza, como otra nueva maldición que es fuente de odios y bandera de fracasos.

Todos los problemas, incluso los más graves, son susceptibles de una solución que armonice con la experiencia de los ideales íntimos y públicos también. Cuando nos referimos a las parejas insensatas, es partiendo de la base de su fecundidad brutal y desenfrenada, como el ejemplo tan vivo y tan dramático del señor Paco el *Chino* y su infortunada esposa. Desgraciadamente, pudiéramos exponer infinitos iguales. Pero la felicidad más o menos relativa, aunque felicidad al fin, no está negada para nadie cuando se parte de los principios racionales de todo ideal positivo e inteligentemente concebido.

Todo esto es la base higiénica de las emociones íntimas y de la expresión pública de la moral conyugal. Los enunciados son tan simples y tan sencilla su objetividad, que a veces no se comprende cómo una causa de tal insignificancia pueda dar lugar a los efectos más voluminosos en los órdenes positivos o negativos que se derivan del principio básico.

Lo mismo que hemos pasado por esos hogares de infortunio y de tragedia que nos sirven de motivo para condenar la natalidad bestial y desmoralizadora, vimos otros en que el bienestar y la dicha se hacían compatibles con una pobreza digna, limpia y soportada junto a los placeres de las ambiciones humildes, o ansiosas y ardientes, de infinitos matrimonios sanos y morales, alegres y entusiastas, donde la gloria triunfal de los hijos posibles no sólo constituyen el objeto sentimental de toda su fortuna, sino la promesa vigorosa y eficiente del grandioso porvenir de otra nueva raza. Pero no vale la pena, a pesar de todo, ocuparse de ellos, porque las gentes felices, como los pueblos que también lo son, no tienen historia...

Capítulo III

ABSTINENCIA UTIL Y FRAUDE NOCIVO

Las excitaciones eróticas de la vida moderna

Estas apelaciones, esos incentivos del impulso sexual, son fenómenos naturales que se han advertido a través de todos los pueblos y épocas de las distintas etapas de la civilización. Lo que ocurría antes en contraste con las expresiones modernas de la moral pública, es que la influencia de los credos, de los prejuicios y de las ideas confesionales —a lo que no era ajeno incluso la espada de Damocles de las leyes—, imponían a las costumbres esa falsa modestia, esa típica hipocresía característica de algunas épocas muertas, que después, en lo privado, tenía su traducción común a la ley física que afirma que cuanto más fuerte es la opresión, la reacción es más brusca. Las bacanales de Roma, las perversiones de Grecia, el derecho de pernada, las estúpidas locuras de la galantería medieval... Los ejemplos pudieran ser multiplicados hasta una totalidad de cifras astronómicas.

Pero ahora, aunque el resultado sea el mismo, la moderna rebeldía sexual de la juventud prescinde de reservas, de prejuicios y de tradiciones milenarias, y acaba por centrarse en la realidad expresiva de su sinceridad. Ya no es frecuente en la mujer esa solución mística, romántica, dramática y antibiológica de la clausura conventual para re-

sarcirse piadosamente de los desastres sentimentales y físicos de un fracaso amoroso: la mujer contemporánea, que también tiene corazón, sabe que el desarrollo de los ideales de la cultura tiene que servir para algo mucho más útil y positivo que el sacrifcio bárbaro y estéril de su personalidad en el ara de ese Moloch sanguinario y terrible de las viejas tradiciones inhumanas del ascetismo histórico.

Ahora, por fortuna, a pesar de las múltiples imperfecciones del sistema, parece que se vuelve por los fueros del viejo paganismo greco-romano en el orden del culto a la piel, al deporte, a los juegos de las antiguas Olimpiadas y, sobre todo, a la familiaridad de los sexos, hasta llegar casi a la anulación de las ideas que hacían mucho más acentuados los caracteres del dimorfismo entre las dos partes de la especie humana.

A las viejas reservas que hacían del hombre y la mujer dos enemigos casi irreconciliables, ha sucedido la abierta franqueza de los nuevos tiempos que convierte la enemistad o la aversión en camaradería y afinidad de ideales. Los moralistas, esos sesudos varones que a veces basan su actitud tan austera en el fracaso irremediable de ciertas posibilidades físicas, protestan y se desgañitan profiriendo chillidos condenatorios contra esta rebeldía de la juventud iconoclasta que se ríe de su propia despreocupación.

La familiaridad de los sexos, esa promiscuidad de los tanques de natación, de las playas, de los gimnasios, y los estadios deportivos donde lo mismo ellos que ellas se exhiben sencilla y naturalmente con las ropas más sumarias que apenas ocultan, o por mejor decir, protegen higiénicamente órganos delicados, parecen factores que contribuyen a un aumento de la excitación erótica, pero que en realidad casi nunca tienen ese valor estimulador del anhelo más íntimo. Eso ocurría en los viejos tiempos, cuando las modas y las costumbres tendían a velar bajo el anatema de lo maldito y la rúbrica de lo inmoral esos caracteres morfológicos cuya ocultación inspiraba, en virtud de una inmutable razón psicológica, el afán morboso de su descubrimiento. Si esa prohibición, fundada en la reacción estoica de los ascetas ante el espectáculo del paganismo con sus licencias e inmoralidades, concibió el ideal de una mayor

perfección ética con la contribución deliberada de lo antiestético, podemos decir que los resultados fueron completamente adversos. Por lo tanto es ahora, en los tiempos nuevos, cuando pese a todas las teorías y a todos los prejuicios, la ansiedad erótica, que no será mayor que en las épocas muertas, adquiere un rango estético más leal y más limpio que acaba por reducir a su expresión mínima el volumen normal de las excitaciones.

Aparte de las conquistas "confesables" de la cultura, parece que la juventud actual aprende a nadar y guardar la ropa y se abstiene, mejor que antes, de ese dispendio enfebrecido de las energías específicas del sexo, porque la actividad intelectual y muscular impuesta por las necesidades de la lucha por la existencia, por sus exigencias poco menos que inapelables, trae consigo la economía de las energías íntimas que en la molicie, en la inactividad y en la pereza encuentran los estímulos necesarios para traducirse en la ansiedad del placer satisfecho.

Gracias a todas estas conquistas del sensuopsiquismo, es como se ha podido lograr una mayor armonía entre las posibilidades del impulso sexual y las imposiciones del medio. El hambre del sexo ya no es tan lancinante, tan avasalladora ni tan brutalmente violenta, porque la nueva moral viene a ser pródiga en compensaciones muy útiles. Ello permite sopesar con más serenidad el pro y el contra de las resoluciones que a veces no tienen otra inspiración que la que puede surgir de todos los impulsos primitivos más o menos refrenables, y el resultado es el dominio de una conciencia más afinada de las responsabilidades.

¿Puede estar explicado el fenómeno en virtud de la posibilidad de ciertas compensaciones específicamente eróticas?...? Es posible. Sin embargo, tales actitudes limitadas en su ejercicio a una expresión correcta, lejos de destruir la moral o la personalidad del individuo, acaban por manifestarse en soluciones higiénicas de un valor más efectivo que determinadas perversiones y hábitos inconfesables que ya entran de lleno en el área inmensa de la patología sexual. Entre un hombre y una mujer, cualquier licencia eróticoperversa culminará en el afán único del interés de la especie, puesto que sólo se acepta en calidad de sucedáneo de

los actos morales que no son posibles por su extemporaneidad. Y antes, en los viejos tiempos del neoclasicismo ascético, esa ansiedad erótica que sólo podía aspirar a las satisfacciones solitarias más íntimas, produjo aquellas demonopatías, aquellos delirios místicos-eróticos y tantas otras muestras de una perversidad sexual enloquecedora y terrible que ya, por fortuna, ha sido casi totalmente rayada de los índices de la patología.

Cuando oímos hablar de la supuesta perversión de las costumbres, de la inmoralidad, de las licencias de la juventud y demás tópicos por el estilo y vemos que a pesar de todo la higiene avanza, la sociedad es más culta, las ciencias se perfeccionan y la Humanidad no ceja en su lucha por una existencia mejor, se hace necesario llegar a la conclusión de que no importa quien haga el milagro: lo importante es que se haga. Las más serias investigaciones históricas concluyen en afirmar que en este aspecto, eso de que "cualquier tiempo pasado fué mejor", no es más que la frase banal y efectista de un poeta melancólico y amargado.

En los tiempos nuevos, no obstante sus complicaciones y dificultades incrementadas por la concurrencia de esos factores que son de todos conocidos, al paso que se adquiere la convicción de que no hay efecto sin causa, logramos los medios para atenuar, reducir e incluso suprimir las expresiones menos deseables de las causas mismas. Es el sentido de la responsabilidad, en definitiva, el móvil primordial de las actitudes conscientes, la energía de que todos debemos ser dotados en sus principios teóricos como fundamento de realidades prácticas que entonces resultan susceptibles de ser modificadas y adaptadas a cualquier conveniencia física o moral.

Incluso admitiendo que las excitaciones eróticas de la vida moderna sean la causa —que no lo son— del desenfreno natalista que condenamos, sabiendo como sabemos que el efecto es perfectamente evitable, mientras la moral, la economía y la raza se beneficien con ello, prescindiremos de todas las consideraciones y anatemas para seguir por la ruta que el deber y la lógica nos imponen por encima de todo.

Conciencia de las responsabilidades sexuales

Esa supuesta degradación de la maternidad moderna, no es más que la consecuencia legítima de las restricciones impuestas a la mujer para actuar libremente en un aspecto que a ella le afecta tan directamente, y por otra parte, el aumento progresivo del sentimiento de responsabilidad sexual que cada día que pasa, independientemente de las ideas morales, se acentúa más y más en el alma femenina.

Paralelamente a ese sentimiento de responsabilidad, aunque tuviéramos que admitir que también ha crecido la violencia del impulso, deberá reconocerse que la sexualidad se ha hecho más consciente, y a la vez que más cerebral, más, también, del corazón. Sin embargo, no hay leyes ni razones capaces de modificar las energías del afán de placer. Este impulso sólo puede domarse, y no sin trabajos, a tono con los mandatos de la cultura, aunque esos frenos no son suficientes para contener todos sus ímpetus, ya que apenas sirven para hacerle más estético, mientras que su esencia permanece inmutable.

La castidad que antiguamente se imponía a la virtud femenina como parte fundamental de todo el enunciado, se acató de por fuerza hasta que a Malthus se le ocurrió aventar sus ideas por el mundo. Después, el desarrollo de la ciencia anticonceptiva y la divulgación de sus métodos en los países más civilizados de Europa y con posterioridad en Norteamérica, empezó a ser la base de la emancipación femenina. A partir de entonces, el ideal de la castidad se derrumbó con todo el estrépito de los grandes y viejos armatostes. El hombre no tenía por qué temer a la concepción: pero la mujer, sí. En algunas sociedades de tipo tradicionalista, la violación de los fueros de la virtud que trae como consecuencia el nacimiento de los hijos, es más grave por lo que tiene de pecado social, de "deshonra", que por las dificultades económicas que la crianza de la prole trae consigo. ¡Esto si que es sorprendente... ! Muchas mujeres serían más felices siendo madres y solteras, que casadas y estériles. ¿Por qué razón los Estados y la moral no han de tener más profundo conocimiento de la psicología feme-

nina...? Si ese viejo *tabú* se destruyera oficialmente, como fué pulverizado en países de cultura superior, habríamos dado un gran paso en el camino de la perfección.

No es que pretendamos hacer derivar la importancia de la vida sexual del lado procreativo al lado recreativo, a pesar de que cuando el sexo ha podido convertirse en un recreo libre de los temores de la procreación, ha encontrado en todas las épocas, como ocurrió en el hetairismo griego y podemos constatarlo en nuestros días, amplias oportunidades para un nuevo despliegue de energías, de impulsos e ideales; lo que queremos decir es que cuando la educación, los prejuicios o la moral personal no representan la totalidad de un material suficiente para edificar el muro de contención del impulso desbordado, la satisfacción del deseo sexual es un derecho natural y lícito, siempre, entiéndase bien, que se tomen las precauciones necesarias para que de esa satisfacción no resulte una víctima inocente.

La mujer soltera que resulta embarazada, no tiene ningún derecho a exigir reparaciones forzosas al hombre que la fecundó con su consentimiento; pero es que tampoco la sociedad está obligada a pagar las consecuencias de esa imprevisión. El hombre no acaba de comprender la verdad de este razonamiento; pero la mujer, sin cuyo concurso nada de esto es posible, ya está en mejores condiciones para darse cuenta del alcance de su responsabilidad sexual.

Se ha querido siempre que esta responsabilidad de los actos sexuales sea unilateral desde el punto de vista de las leyes que obligan a la reparación por medio del matrimonio o del subsidio, culpándose solamente al hombre, lo que sólo puede admitirse en casos muy especiales, por ejemplo, cuando realmente existen un seductor y una seducida, una violación, un estupro, etc. Ahora bien, cuando resulta que la víctima es una mujer "seductora", dando al vocablo su acepción más formal, resulta que el hombre ha sido el seducido; entonces, mostrándonos generosos, diremos que la responsabilidad es de los dos por igual, debiendo recaer sobre ambos el anatema de la moral y el peso de esas leyes absurdas que, a pesar de todo, tienen la obligación mucho más respetable de velar por el equilibrio social que no debe quebrantarse por el capricho de los inconscientes que utili-

zan las vías del placer para llegar a la meta del dolor humano.

No sucede así, por desgracia. El hombre que comete un crimen de esta naturaleza engendrando un hijo que será una víctima y acaso una lacra, llega a convertirse por su donjuanismo en una especie de ídolo para los cretinos y los imbéciles, mientras ella se hace despreciable a los moralistas, que son imbéciles y cretinos también, puesto que si sostienen el principio del "deber de la maternidad", no deben condicionarlo a otras circunstancias que no sean las naturales del hecho que lo afirma. ¿Qué no se conforman con esto? Pues en tal caso, no cabe duda que implícitamente consienten la adopción de las medidas contraconceptivas, a las que sólo faltaba el visto bueno de los moralistas para terminar de ser eminentemente morales y legítimas.

Ese concepto de la moral de la gente vieja y la tenacidad con que defiende sus brutales prejuicios, ha dado lugar, como saturación del más trágico sentido de la responsabilidad, a verdaderos dramas entre seres que deberían haber vivido enteramente felices toda su existencia, pero que envenenados por esas toxinas de una moral ridícula optaron por el suicidio antes que pasar por el duro trance de la pérdida del honor, de la virginidad y de la estimación pública. Aun pueden verse en los periódicos de algunas provincias noticias con este epígrafe: "Mata a su novia y se suicida". Los familiares y amistades de las víctimas no se explican el dramático y extraño suceso. Y el caso pudo ser así: Ambos, hijos de "buenas familias", empezaron las relaciones amorosas bajo los mejores auspicios, incluso con el beneplácito de los padres. El muchacho, por ejemplo, estudia una carrera que está a punto de terminar, y su vida se desliza tranquila y feliz mientras sueña con el día en que la moral, las tradiciones o lo que fuere le autoricen a materializar aquellas ilusiones. Pero un día, en un momento de intimidad inevitable, porque son fuerzas superiores a la razón las que se imponen, ocurre lo que tampoco pudo evitarse. A los tres o cuatro meses ella advierte con un gesto de espanto que está embarazada. Y entonces se desploma sobre los amantes todo el peso de su enorme responsabilidad: la familia, el honor, la dignidad... Aquel em-

barazo es la deshonra, y como no hay más solución que la muerte, la moral aprieta el gatillo del arma y los asesina cobarde y brutalmente.

La deshonra no estaba en el acto sexual, en la entrega sincera y amorosa del uno al otro, sino en la presencia del fruto indeseable de aquellos amores. En la inmensa mayoría de estos casos, las investigaciones médico-legales han comprobado que las muchachas víctimas de estos dobles suicidios estaban embarazadas de algún tiempo.

Cuando se comprende que el suicidio no es una solución razonable, puede ocurir que el amante tenga un rasgo de valor y revele a los padres de la futura madre la altura de la situación; y entonces, aunque la "deshonra" no la levanta nadie, la moral queda reivindicada. Pero hagámonos cuenta de que no sucede así, y la joven, hija de unos padres tan honorables como feroces, recurrirá a las artes de una abortadora que le cobrará una elevada suma por matarla o dejarla inútil y enferma para toda la vida.

Y supongamos más: supongamos que confiesa su falta a los padres y la villanía que cometió el amante abandonándola. Y como aún quedan padres así de bestias, después de los insultos despiadados y los golpes más crueles, acabarán por arrojarla al arroyo sin perdón, para caer después en la casa de maternidad, el hospital y la prostitución.

En nombre del impulso sexual irreprimible que es la consecuencia de un instinto natural, la libertad de amar que representa la espiritualización de ese instinto, no puede negarse a la mujer; pero reconoceremos que las responsabilidades tan graves emanadas de su ejercicio, nunca podrán conjurarse mientras no esté capacitada para impedir un embarazo no deseado.

Jamás proclamaremos el libertinaje sexual ni estimularemos a nadie a ejecutar otros actos que los que deben derivarse de un sentido nítido de la responsabilidad; pero jamás tampoco daremos nuestro aplauso a quienes hacen de la llamada virtud una profesión incompatible con el verdadero progreso humano que se inspira en los afectos más sublimes. Somos partidarios de las uniones sexuales, más que duraderas eternas, sean como fueren en el orden teórico de su constitución, pero fundadas en la libertad de

amar y el derecho, no el deber, de reproducirse que asiste a la mujer, por ser, ni más ni menos, la dueña absoluta de su cuerpo, pero no para usar mal de él, sino para hacerle digno del alma que envuelve.

Fundamentos psicofísicos de la castidad

No podemos comprender el ideal de la castidad a partir del rígido concepto ascético, porque la sumisión a sus mandatos implicaría la auténtica desaparición de la raza. Los exaltados que quisieron hacer un monumento con eso del "ideal de la castidad" y para llevarlo a la práctica se refugiaron en la soledad del desierto o en el aislamiento de los monasterios, nunca tuvieron hijos. Por fortuna, no fueron muchos los que se sometieron a estas disciplinas.

En la existencia, huelga decirlo, intervienen multitud de factores que la complican, la equilibran y la perfeccionan con abstracción de los aspectos específicos del sexo. Si fuésemos a pensar que el hombre o la mujer no tienen otros métodos de complacencia sensual que los derivados de la práctica erótica, apenas seríamos dignos de figurar en el rango zoológico inferior que corresponde a la última bestia.

Tampoco es posible, ya lo sabemos, hurtarse a esos placeres: por lo que sí puede comprenderse, porque su utilidad y su evidencia están al alcance de cualquiera que se tome la molestia de observarlo, es que la castidad bien entendida y a veces rígidamente interpretada, constituye el más sólido basamento de la disciplina intelectual y física del individuo apto para someterse al sacrificio soportable de su práctica adecuada.

Esto es muy importante en el orden que se hace necesario exigirlo para la aplicación de los métodos anticoncepcionales más seguros, más científicos y menos costosos y complicados a que vamos a referirnos, partiendo del punto de vista amplio y general de que la observancia de la castidad relativa y oportuna enriquece positivamente a los ya de por sí eficientes valores del amor sexual. En efecto, es un ideal que tiene la noble misión de armonizar debidamente los impulsos todos, corporales y anímicos, en deman-

da del más perfecto equilibrio somato-psíquico, por ser un método de tanto valor moral como importancia higiénica en los aspectos del entrenamiento del dominio de la voluntad.

La castidad relativa o la abstinencia temporal que es exigible de toda persona razonable y consciente, pretende, desde el plano de una apreciación racional, armonizar las exigencias temperamentales con lo que la naturaleza demanda para su expresión moral más legítima. Si tenemos en cuenta que no es posible al ser humano dejarse llevar por los caminos de su existencia pública y privada guiado sólo por los instintos naturales, se comprenderá también cómo es necesario someterse a determinadas disciplinas completamente humanas.

Toda abstención voluntaria e inteligente de los placeres del sexo, es decir, el control de las posibilidades de satisfacción erótica, contribuye de una manera directa al robustecimiento de las energías intelectuales y musculares aplicadas a todos los órdenes de la actividad mental y física, de la misma manera que el dispendio desordenado de esas facultades del sexo se refleja directa e inmediatamente en el área de toda la organización somato-psíquica. El abuso trae como consecuencia, aparte ciertos trastornos orgánicos generales, una disminución de la capacidad mental y del vigor muscular, al propio tiempo que la exacerbación psíquica del afán erótico. Los deportistas profesionales conocen por experiencia el valor de la castidad bien entendida, transformada en las cualidades de una disposición y un vigor que no pueden lograrse por otros medios.

El principio anímico de la castidad, inside en la abstención de todo género de estímulos promotores del deseo sexual cuando éste no se manifiesta naturalmente, o sea fuera de la influencia de esos incentivos artificialmente buscados. Dice un viejo tropo que "quien evita la ocasión, evita el peligro", lo que en este punto jamás deja de tener una confirmación bien cierta.

El deseo deliberado de someterse a esta disciplina y el sacrificio que su práctica implica, son recompensados con un aumento evidente de las sensaciones psíquicas y físicas del acto sexual completamente evolucionado. Muchos casos de debilidad sexual y de reducida compensación erótica, se

explican en virtud de la frecuencia inmoderada de los actos. Y si sabemos que el precarismo de las emociones voluptuosas es una de las causas más importantes de la aversión conyugal, no será necesario resaltar la importancia que tiene este ideal de la abstinencia relativa como factor del equilibrio de una pareja que pretende hacer de su sentimiento una realidad floreciente y perdurable.

No puede discutirse el hecho de que la experiencia inmoderada de cualquier deleite, tanto puede producir un hábito como determinar el hastío. En ambos casos, los resultados son desastrosos para la moral del individuo, porque si en el primero resulta la reducción de los valores de su personalidad, en el segundo tiende a la renovación del objetivo que supone la promesa de otras emociones satisfactorias para los afanes subjetivos. Una cosa es dominar a los impulsos y otra diametralmente opuesta es dejarse dominar por ellos. La castidad es el fundamento de la facultad de dominio, lo mismo que la lujuria abona el terreno de la incapacidad para sobreponerse al influjo brutal de los factores que anulan los recursos naturales de la personalidad.

Sin la abstinencia no es posible el equilibrio intelectual y físico en calidad de energía vital para enfrentarse con éxito a todo cuanto se opone al progreso de los anhelos individuales o hace más difícil su consecución. Esto no se refiere sólo al complejo matrimonial, sino que se amplía a las expresiones útiles que requieren la mejor disposición de las facultades mentales y físicas.

A la mujer le es mucho más fácil que al hombre, en virtud de su naturaleza pasiva, soportar una castidad que no suele afectarla tan profundamente, ya que puede encontrar cierta compensación de naturaleza erótica por distintas vías accesorias que el hombre sólo evacua por los canales específicos del sexo. Una mujer inteligente y comprensiva, casi siempre está en condiciones de ejecutar un control eficiente de esa ansiedad de su compañero, aparte otras razones, por las de su propia naturaleza, ya que suele medir el volumen de los deseos masculinos con el patrón convencional de sus propias emociones.

Como se comprenderá no pretendemos tomar únicamente a la castidad como fórmula del control natalista, hecho que antiguamente intentóse imponer como ideal . . .

Dominio científico y racional del impulso

Ciertos defensores de las doctrinas anticonceptivas, suponen que sus teorías tienen la parte halagadora que admite el placer en el ejercicio de todos sus fueros, diciendo que "se debe ser cauto aunque no se sea casto". Nosotros no participamos de tan aleatoria opinión, porque la felicidad conyugal no consiste sólo en el hecho de evitar los hijos, sino que consideramos mucho más importante evitar el hastío, ya que la erótica será siempre uno de los más sólidos puntales de la dicha matrimonial.

Desde el punto de vista fundamental de los hechos que nos ocupan, consideramos a la abstinencia sexual periódica y relativa como una fórmula necesaria y auxiliar de nuestra doctrina, cuya práctica tiene que estar subordinada a diversas circunstancias, como veremos más adelante. Ahora bien, la armonía perfecta inside en el dominio del impulso erótico que sólo debe satisfacerse cuando sus exigencias resulten auténticamente irrefrenables, ya que así será posible un máximun de compensaciones lo mismo en el orden espiritual que en el físico. El acto debe hacerse fuerte y vigorosamente deseado, por ser esa la cualidad esencial que lo hace más bello y más higiénico en todos los órdenes que se lo analice. Siendo esa la finalidad de todo el proceso psíquico del amor, del sentimiento natural y lógicamente evolucionado, debemos comprender que cuanto más intensas, emotivas y duraderas sean las sensaciones, más conspicuo será el afán de lograrlas y más profunda también la afirmación del sentimiento.

La táctica ascética de la oposición a "la carne" nos pareció siempre impropia y descabellada, porque al convertirse en una verdadera obsesión deliberadamente provocada, no excluía el hecho de que el pensamiento se centra, precisamente, en el objetivo que se trata de desvirtuar.

Las bases científicas del dominio de la ansiedad erótica insiden en la directiva intelectual del raciocinio que se apoya en las energías y recursos de la voluntad. Cuando se dice que quien es capaz de dominar el impulso sexual lo es también de conquistar al mundo, se demuestra que todo lo

que mucho vale no se logra nunca a costa de cualquier bagatela. Sin embargo, acaso en virtud del principio que afirma eso de que los extremos se tocan, la distancia entre la ansiedad irreprimible y la calma bien cimentada, no suele ser mayor que el grueso de un cabello.

La abstinencia más útil no es aquella que se impone en virtud de rigurosas amenazas ni temor a las sanciones de cualquier índole, sino la que se adopta libremente por el propio convencimiento de que su práctica se produce en tan indudables ventajas. El sabor de los manjares como la voluptuosidad del placer, son los estímulos del apetito nutricio y del incentivo sexual, por lo que siempre se ha comparado a la gula con la lujuria. Pero lo mismo que la satisfacción lógica de esas necesidades se traduce en el mejor equilibrio orgánico, el exceso causa la indigestión y los disturbios típicos de todo abuso erótico. Por lo tanto, la armonía entre el apetito, ya sea sexual o nutricio, y el equilibrio de las demás facultades, no están ni en la gula ni en la lujuria, sino en el dominio del impulso de comer o de gozar sexualmente hasta el límite de las exigencias de toda necesidad ordenada.

La táctica más inteligente, consiste en alejar esa preocupación sexual que no responde a móviles psíquicos o fisiológicos normalmente justificados, substituyéndola por otra idea o un acto completamente ajenos al fenómeno que se trata de reprimir. A veces basta con la voluntad bien disciplinada como única fuerza mental; pero cualquier distracción, un libro, un espectáculo, la evocación de un acto cualquiera del trabajo diario, un ejercicio muscular, etc., aportan medios más que suficientes para evadirse de la tiranía de un impulso falto de causas naturales para evidenciarse.

Esta facultad de substitución y transformación de las imágenes estimulantes, constituye una especie de gimnasia mental —un deporte, decía el Dr. Cattier—, comparable en sus resultados positivos a la satisfacción que se experimenta cuando se vence un obstáculo cualquiera que se opone a la realización de un objetivo determinado. El entrenamiento que llega a adquirirse merced a tan inteligente disciplina, es la base del vigor sexual en edades bastante avanzadas.

Conocemos el caso de un anciano de sesenta y siete años quien manifestaba que el pleno ejercicio de sus facultades viriles lo debía a esas prácticas que inició al ponerse en tratamiento de una acentuada debilidad genital que se le manifestó a los veintitrés años a causa de los excesos eróticos cometidos. Temeroso de llegar a la impotencia, se sometió a la abstinencia de satisfacción de todo deseo erótico que careciese de bases firmes y plenamente justificadas, lo que él condicionaba a ciertos fenómenos como malestar general, ligeras neuralgias y pereza mental. Al producirse estos efectos coincidiendo con un plazo determinado, ya sabía donde estaba la solución. Fuera de esas épocas, jamás sucumbía a cualquier apelación temeroso de los perjuicios que de su debilidad pudieran derivarse.

Otro método eficiente de represión, consiste en la práctica de los ejercicios musculares, ya sea por medio de la gimnasia o de un trabajo cualquiera que implique un relativo desgaste de las energías físicas. Este es el sistema más comúnmente seguido en cuanto al dominio de la ansiedad sexual en los colegios, círculos deportivos e incluso comunidades religiosas modernas.

Con relación al matrimonio, el sistema tradicional del lecho común no puede ser más desfavorable al logro de estos propósitos, aunque para ciertos individuos bien entrenados representa la base, precisamente, del temple de la voluntad. Pero por si acaso... lo más prudente sería establecer la separación no sólo de lechos, sino de dormitorios.

Desde el punto de vista higiénico y básico del dominio de los impulsos eróticos, hay reglas sencillísimas de adoptar en calidad de hábitos, como evitar la ingestión de bebidas alcohólicas, y exonerar la vejiga y el intestino antes de acostarse, ya que la repleción de dichos órganos puede traducirse en mecanismos de excitación. El aseo de los genitales es de importancia suma, puesto que la acumulación de las materias sebáceas que provienen de la orina y de la secreción de ciertas glándulas, es lo que forma el esmegma prepucial cuya rápida descomposición causa irritaciones locales que producen comezón que incita a rascarse y frotarse con las consecuencias presumibles y típicas del roce en las zonas erógenas.

Todo cuanto se haga por dominar el impulso de satisfacción que caracteriza a la castidad científicamente entendida y racionalmente practicada, hemos de considerarlo perfectamente normal y útil, empezando, desde luego, por evadirse a las sugestiones psíquicas, ya que de no ser así es imposible el logro de ese ideal de expresión tan relativa como forzosamente resulta en el matrimonio y en concordancia con los fenómenos a que nos hemos referido.

La comprobación íntima de los efectos puede ser constatada por quien quiera tomarse el sencillo trabajo de observarlo, ya que todo responde a leyes físicas y psicológicas cuya trascendencia es de una importancia muchísimo mayor que la que se atribuye a otros factores, ya que no debemos olvidar que la más pequeña causa puede producir los más graves efectos.

Los sucedáneos del acto normal

Al amparo de la ignorancia, han florecido en todos los pueblos infinidad de prácticas encaminadas a impedir los fines naturalmente biológicos del amor que empieza en un beso y termina en un hijo. Una de las referencias más antiguas que poseemos acerca de esa lucha tan feroz entablada entre el amor y la procreación, ansiedad que es común a infinitas parejas del mundo entero, la encontramos en la práctica de una operación llamada *mikka* entre los habitantes de ciertas regiones de Australia, y que se ejecuta desde tiempo inmemorial como procedimiento único para lograr la esterilidad. Pese a todas las investigaciones realizadas al efecto, no ha sido posible obtener referencias ni siquiera aproximadas acerca del origen de la bárbara costumbre.

Estos australianos, cuando ya tienen cierto número de hijos o no quieren tenerlos por las circunstancias que fuere, se ponen en manos del curandero de su tribu, el cual les practica la operación citada, que es como sigue.

El esposo, harto de su fecundidad matrimonial o convencido de que los hijos proporcionan muchos quebraderos de cabeza, se tiende en una mesa después de haberse dejado

atar de pies y manos. El operador, sirviéndose de un cuchillo afiladísimo o de una lámina de rasurar —signo de civilización—, después de embadurnar el miembro viril del paciente con ciertos anestésicos vegetales que apenas restan alguna sensibilidad al órgano a operar, practica un corte profundo, rápido y hábil en el pene, cerca del escroto, hasta llegar al canal de la uretra. Algunas veces, para mayor seguridad en la incisión, introduce una varita de cualquier madera dura en todo el trayecto de la uretra, a fin de que el instrumento tope con el obstáculo. Otras, utiliza una caña muy fina que después de la brutal operación queda insertada en el tracto uretral para permitir la emisión urinaria mientras la herida no esté cicatrizada.

La operación requiere la máxima rapidez, por ser muy dolorosa. Refiere un viajero que presenció una de estas heroicas intervenciones quirúrgicas, que el operador invirtió treinta y ocho segundos en practicar la incisión y rellenar la herida con una composición extraña. La cicatrización se operó en una semana, y a partir de entonces el indígena estuvo en condiciones de practicar el acto sexual con su esposa sin temor al embarazo, ya que la abertura practicada sirve de canal de evacuación del licor seminal que es eyaculado fuera de las vías genitales femeninas. Cuando quieren tener descendencia se introducen en la uretra una finísima caña, y entonces la emisión del semen puede efectuarse normalmente.

Este método tan difundido en esas tribus, cuya adopción implica al propio tiempo el exponente del valor viril del operado, no lo practica nadie más en el mundo, prefiriéndose otros que no pueden ser de tanta eficacia aunque su difusión esté universalmente acreditada.

Estos fraudes adoptan formas muy diversas, cuya objetividad se resume en impedir la conjunción de las células germinales de los dos sexos. La vía rectal es una práctica muy común en los pueblos de religión mahometana y en otros de constitución poligámica, donde la mujer no va mucho más allá de merecer otras consideraciones que cualquier animal doméstico.

Centrándonos en la órbita de la civilización, estas prácticas malthusianas pueden producir el resultado de la este-

rilidad conyugal; pero ello es mucho menos seguro que la destrucción de otras cualidades esenciales, que fatalmente no dejan de producirse en el orden moral y físico de la unidad del matrimonio. En primer lugar, tenemos el fraude ya conocido por los antiguos latinos con el nombre de *coitus interruptus*, esto es, el "coito interrumpido", un sucedáneo incompleto que consiste en la introducción del órgano viril en las vías genitales femeninas practicando todos los mecanismos típicos de fricción y estimulación de los centros erotogénicos, hasta el instante en que el hombre "se retira" para eyacular la masa espermática fuera del seno vaginal.

La emisión seminal que se produce simultáneamente al orgasmo, o sea la máxima sensación de placer del fenómeno neuro-glandular, no tendría efecto de no acontecer aquella; por lo tanto, la "retirada" con fines anticoncepcionales mediante la brusca interrupción de los mecanismos del coito, sólo puede producir una sensación erótica incompleta, tanto, que en muchas ocasiones no existe deleite alguno, como no sea el que puede suponer la detumescencia puramente glandular ocasionada por esa evacuación de los líquidos testiculares y prostáticos. La paralización de los automatismos expulsivos origina las eyaculaciones en forma de babosidad lentamente emitida, lo que no sucede jamás cuando esa expulsión se realiza bajo los estímulos mecánicos del placer completo.

Otras veces el simulacro del coito se concreta a la fricción del miembro viril entre los muslos de la mujer, lo que es posible que en determinadas condiciones psíquicas produzca resultados eróticos apreciables incluso para la mujer, si el pene llega a rozar íntimamente con el clítoris. Pero esto es dificilísimo y las sensaciones jamás podrán ser completas, porque una de las características psicológicas del acto en la objetividad de ambos, es el hecho de la penetración por parte de él y el de sentirse penetrada por la de ella.

La masturbación recíproca y, en resumen, cualquier práctica erótica que no implique el contacto íntimo de las mucosas en el acto natural y normal, es lo que forma el conjunto de tan amplia acepción del llamado "onanismo conyugal". Puede resumirse diciendo que es toda experien-

cia del placer erótico que elude esencialmente los hechos necesarios a la procreación, cuyas sanciones ineludibles se condensan en esa sensación efímera, en esas emociones incompletas y banales que acaban por hacer poco menos que odioso al acto más bello del amor inteligente y positivo.

Todos estos artificios y tal cantidad de fraudes de substitución cuya práctica condenamos con toda energía por lo que tienen de inmorales, de antinaturales, de antihigiénicos y antiestéticos, no son más que el producto de la ignorancia que casi siempre ha presidido en estas cuestiones como directiva única.

El fraude y su trascendencia

Si todas esas prácticas equivocadas y de tan relativa eficiencia dejasen a salvo los intereses físicos y espirituales del amor, es decir, la estética y la ética de la sexualidad, casi pudiéramos admitirlas a modo de fórmulas compensadoras, ya que hay muchas parejas que logran una técnica poco menos que perfecta a costa de la subordinación a sus hábitos; pero cuando sabemos positivamente que la esterilidad lograda tiene el precio del infortunio, del temor constante y de la inexperiencia de la total afectividad, y que el riesgo de perturbaciones y trastornos es una amenaza que pocas veces deja de realizarse, llegamos a la conclusión de que siempre fué peor el remedio que la enfermedad.

En el primer plano de la cuestión se destaca el hecho de que la noble y limpia ilusión del amor, se transforma automáticamente en la obsesión temerosa de un sufrimiento tan grave como es la posibilidad de un hijo ardientemente indeseado. La tentativa de armonizar las dos directivas psicológicas tan opuestas, no conduce a otro final que el más desastroso para los intereses espirituales y físicos del matrimonio. Ir al placer con miedo, es algo tan insensato como marchar de cacería llevando la escopeta deliberadamente cargada con pólvora sola.

Ahí tenemos el caso de ese método tan acreditado del coito interrumpido de que hablábamos antes, que si bien

suele satisfacer al hombre en cuanto a la totalidad de las sensaciones eróticas exigibles —lo que dicho sea de paso sólo acontece excepcionalmente—, jamás puede representar para ella ni siquiera un mínimun de compensación voluptuosa. Por el contrario, y esto es lo más lamentable, sabiendo que la evolución de los fenómenos del coito se operan en el sensuopsiquismo femenino con mucha mayor lentitud que en el otro sexo, cuando el hombre llega al final soportable en la producción de los mecanismos de roce y se ve obligado a esa estratégica retirada, la mujer apenas ha empezado a experimentar los efectos de la excitación que anhela culminar en el nivel máximo del placer totalmente logrado. Sin embargo, la interrupción tan brusca de los mecanismos de fricción de los centros erógenos y la anulación radical del factor psíquico de la penetración viril, trae como desdichada consecuencia para ella el descenso prematuro y oblicuo de su tensión que en él se opera verticalmente.

En todos los casos la angustia se inicia en la mujer tan pronto como comienza a producirse los primeros estímulos psicoerógenos, porque sabe de antemano que el proceso tiene que interrumpirse cuando apenas se han presentado los fenómenos de la excitación. Una mujer enamorada no puede realizar, pese a su pasividad, ese desdoblamiento o ese estado indiferente que caracteriza la actitud de la prostituta, del mismo modo que el amante está impedido de contener el afán del deleite.

Es decir, que el hombre, en virtud de su naturaleza más activa, puede llegar casi a la total consecución de su propósito voluptuoso: pero la mujer normal y enamorada jamás logra su fin, reduciéndose la realidad de las ilusiones a simples promesas de satisfacción. Por lo general, cuando no puede soportar ese estado de angustia, el acto lo termina ella misma por medio de cualquier fórmula subsidiaria, como la estimulación digital del clítoris e incluso la intromisión de objetos peniformes en la cavidad vaginal.

¿Puede lograrse mediante tan disparatada conducta el completo ideal del amor que tiene en el placer normal sus saturaciones máximas? Cuando sabemos que la ansiedad erótica sólo es efectiva mediante la libre expresión del anhelo que se encamina a su culminación, ¿qué puede ocurrir

ante la indispensable aportación de esos elementos artificiales que la condicionan a otras conveniencias?

La consecuencia inmediata es el hastío de la infortunada, aparte las perturbaciones psíquicas y fisiológicas a que aludiremos después. Ella, que depositó en él todas sus ilusiones y esperanzas, no sólo tiene que renunciar a la satisfacción de su instinto maternal, tan primitivo, sino que ni siquiera le queda el recurso de la satisfacción de sus necesidades temperamentales constantemente excitadas y nunca obtenidas natural y normalmente.

Es ahora cuando el hombre debe comprender la precisión de una abstinencia absoluta; pero el egoísmo masculino, tan natural en su sexo como es la abnegación en la mujer, persigue afanosamente los fines de su impulso, no obstante subordinados al dominio de las exigencias de su esterilidad. El amor así, si es que así puede llamarse a esta tragicomedía, no es más que una ilusión irrealizable de felicidad, porque cada día y cada instante se acentúa más y más los trazos de su desdicha.

En tales condiciones, cuando la ficción del equilibrio conyugal sólo puede lograrse a base de la constante angustia, el marido no tiene otro remedio que encaminarse hacia los objetivos eróticos que satisfagan no sólo las exigencias de su naturaleza específicamente erótica, sino también las que se relacionan con su orgullo viril, con el sentimiento de su masculinidad. Por eso acude a la llamada "poligamia facultativa", a la prostituta o la mujer libre de prejuicios y carente de recursos económicos, con la que puede conseguir el placer físico sin el riesgo de las complicaciones de la fecundación responsable. Y ocurre entonces en demostración de la irreflexiva animalidad de estos actos masculinos, que las inversiones económicas que requieren las aventuras extraconyugales, el riesgo de una enfermedad venérea, el reproche de la conciencia por el acto ilícito, las inquietudes, etc., acaban por importar muchísimo más de lo que representarían las consecuencias, los gastos y sacrificios que causan los hijos.

La desmoralización determinada por estos fraudes también trasciende al área de la afectividad femenina, ya que la mujer no puede permanecer indiferente ante los episo-

dios del drama que se desarrolla, no digamos delante de sus ojos, sino en lo más profundo de su naturaleza. Cuando no es el divorcio, la separación e incluso las reacciones trágicas que se fundan en supuestos motivos —disfraces convencionales de las causas evidentes—, la traición que implica el adulterio acaba por sancionar con un nuevo crimen la diversidad de los otros perpetrados por ambos esposos en tan inteligente y complicada promiscuidad.

La solución de sus problemas físicos y sentimentales no se traduce para la adúltera en frutos más halagadores que los que obtiene su esposo; por el contrario, el afán de evitar los hijos acaba por convertirse en la necesidad del aborto con sus temores, sus gastos y sus gravísimos peligros. ¿Será por esto por lo que un humorista dijo que el estado perfecto del matrimonio es el adulterio . . . ?

El caso es demasiado trágico para echarlo a broma, porque a la vista de tantísimos dramas como pueden observarse que se ajustan en sus caracteres a los enunciados expuestos, se comprenderá que muchos matrimonios deben su infortunio al hecho de tener hijos: pero acaso sea mayor el número de las parejas que han labrado su desgracia sometiéndose a tan descabelladas prácticas impulsadas por el ciego y bárbaro afán de no tenerlos.

¿Y esto ha de ser en tantísimos casos el producto de una deliciosa ilusión de amor . . . ? Cuando así ocurre, a nadie puede negarse el derecho a maldecir una y mil veces del amor, porque su esencia espiritual y constructiva de los más altos valores humanos se convierte en una realidad bestial y absurda, pródiga en las más tremendas inmoralidades. Sin embargo, la moral pública no quiere verlo porque se lo impide el velo de estúpida pudibundez que ella misma se ha colocado, como un adorno más delante de los ojos, siguiendo la táctica del avestruz que cree esconderse de sus perseguidores mediante el simple gesto de meter la cabeza debajo de las alas.

Las graves directivas del hábito perverso

Si los fraudes encaminados a evitar el embarazo tienen esas consecuencias íntimas que acabamos de exponer, tan

graves para el equilibrio moral del matrimonio, todas las prácticas que no se centren en el objetivo del sexo, esto es, en el placer natural y legítimo, tienden bien pronto a convertirse en perversiones cuyos resultados afectan a toda la organización somato-psíquica del individuo en esos aspectos que cataloga en sus índices la patología de las funciones genitales.

La experienca del coito interrumpido que obliga al hombre a esa verdadera acrobacia citada, raramente puede convertirse en una perversión porque el placer que se experimenta no llega siquiera a las sensaciones del acto normalmente evolucionado. En cuanto a la mujer podemos asegurar lo mismo. La característica de todas las desviaciones sexuales, inside en el hecho de buscar ansiosamente un volumen mayor de deleites eróticos. Podemos definir a la perversión diciendo que es una tendencia erótica que impulsa al individuo a satisfacer sus deseos prescindiendo del objeto normal o de los procedimientos psicológicos y fisiológicamente naturales.

No es cosa de adentrarnos en la investigación del origen de las perversiones, las cuales, por lo general, suelen tener ciertas bases naturales; lo que nos interesa de momento, es relacionar el sucedáneo del acto normal que se adopta en calidad de método de satisfacción cuya práctica no está inspirada por móviles perversos, con las posibles consecuencias de convertir el medio anticoncepcional en fin erótico exclusivo, dados los valores sensuales en que es susceptible de producirse.

Conocemos el caso de una mujer de veinticuatro años casada a las veintiuno, a quien el temor al embarazo y el dominio que ejercía sobre la voluntad de su esposo permitieron permanecer anatómicamente virgen durante los tres primeros años del matrimonio. La relación erótica entre ambos se limitaba a la masturbación recíproca, procedimiento que consideraron completamente satisfactorio. Sin embargo, al cabo de ese tiempo la señora desechó sus temores a la maternidad y consintió en ser naturalmente poseída. La desfloración se realizó de una manera normal, logrando así el paciente esposo el objetivo íntimo tan ardientemente deseado a través de tres años de intimidad

y de suplicio... Pero la esposa no tardó en rechazar la relación natural, y aunque consentía en someterse al marido para su sola complacencia, posteriormente reclamaba de él que la masturbase, ya que por otro procedimiento no podía experimentar sensación alguna.

Esos tres años de hábito perverso o de desviación del fin normal, no dejaron de marcar su huella en el sensuopsiquismo de él; a los tres meses de práctica normal por su parte, se le declaró un estado de debilidad primero y de impotencia después, de tal forma que hubo que volver al procedimiento antiguo de la masturbación recíproca para poder lograr el volumen de emociones eróticas a que estaba habituado.

Este caso puede considerarse típico de lo que suele acontecer a causa de tan estúpidas desviaciones; además se observó la particularidad de que ni él ni ella, aisladamente, podían satisfacerse: era necesaria la reciprocidad de los mecanismos masturbatorios para llegar al fin propuesto.

No existiendo determinadas taras neuropáticas, este procedimiento de substitución total en cuanto a su ecuación erótica no suele traducirse en otras perturbaciones, ya que en el caso citado parece que ambos cónyuges practicaban el acto con arreglo a las exigencias de su temperamento; pero en otros casos, esa impunidad respecto del objetivo anticoncepcional es la causa de grandes abusos cuyos trastornos abarcan un área muy extensa en todo el organismo.

De mucho más graves resultados es la práctica erótica, también substitutiva, de las desviaciones denominadas por los latinos *fellatio* y *cunnilingus* y que respectivamente consisten en la masturbación bucal o succión del miembro viril por parte de la mujer, y en la excitación bucal o lingual del clítoris y las zonas erógenas de la vulva femenina practicada por el hombre. Tan honda es la jerarquía erótica que llegan a adquirir estas desviaciones, que terminan por erigirse en método exclusivo de satisfacción que excluye la posibilidad del deleite por otros sistemas de intimidad sexual.

Estas prácticas que en su expresión más elemental podemos admitir como fórmulas de variación y en calidad de medio, pero jamás como fin de la intimidad erótica, se fundan en remotos fenómenos biológicos y naturales y en moti-

vos psíquicos de elevada intelectualidad, puesto que responden a las directivas más exaltadas del sentimiento amoroso. Pero cuando se evaden de la órbita natural y admisible —pese a su clásica condenación— para representar el objetivo único de la ansiedad voluptuosa, aunque los intereses del amor queden a salvo, no ocurre lo mismo con los de la fisiología... Desde la perturbación nerviosa pasajera hasta la demencia erótica producida por el desgaste neuroglandular tan acentuado, el individuo padece una serie de trastornos que abaten su personalidad intelectual y destruyen todas sus posibilidades orgánicas, como acontece con la tuberculosis en las edades jóvenes y la arterioesclerosis en otras más tardías.

Lo mismo para el hombre que respecto de la mujer, todo hábito perverso afirmado en una práctica más o menos dilatada ocasiona la imposibilidad, o al menos la dificultad de satisfacción por los procedimientos naturales, por llegar a producirse el fenómeno de emigración de la sensibilidad respecto de los mecanismos psíquicos y fisiológicos activos y pasivos de la estimulación erotogénica.

La práctica del coito anal —*per anum*, decían los latinos— que en la mujer, puede producir cierta complacencia voluptuosa de origen físico, ya que el esfínter está dotado de terminales nerviosos erógenos, esto es, que generan placer, en el hombre apenas va más allá de concederle sensaciones emanadas de la disposición psíquica del acto de la penetración, porque los nervios erotogénicos, limitados a una pequeña superficie en la base del glande, no es posible que perciban ningún estímulo derivado de los mecanismos de roce, por el hecho de la gran amplitud de la cavidad rectal. No obstante, esa gimnasia psicoerótica llega a permitir la experiencia del deleite por el hecho del hábito e incluso el de la relativa o parcial emigración de la sensibilidad. Pero al final —y esto es lo que queremos demostrar—, cuando se pretende volver por los fueros de la normalidad, lo más frecuente es que se evidencie la impotencia o la aversión de rango selectivo con respecto al procedimiento natural.

En sujetos de cierto temperamento, el hábito perverso iniciado en el temor a la concepción predispone a la expe-

riencia de todo género de aberraciones en un afán incesante y dislocado de hallar sensaciones inéditas. Uno de los resultados más dramáticos e impresionantes de ese anhelo creciente e indomable, es el sadismo en el hombre y el masoquismo en la mujer, perversiones que se caracterizan, en el primer caso, por la conquista del placer haciendo sufrir, y en el segundo, por la experiencia de ese goce siendo el sujeto pasivo del sufrimiento. La exaltación suele llegar a extremos tan desorbitados, que hay hombres que han causado heridas graves, e incluso la muerte, a mujeres que se sometieron al procedimiento brutal con un gesto de placentera satisfacción en el semblante.

Posiblemente, el lector considerará exageradas nuestras afirmaciones al traer los hechos a estos índices de la anormalidad sexual cuando a su juicio, piensa, existen infinidad de medios para evitar tan graves conflictos morales y materiales; pero esa opinión no se ajusta a la realidad del sentimiento de los interesados, de las víctimas, por mejor decir, que en su desesperación, en su obsesión por dominar las facultades reproductivas evidenciadas en un número ya insoportable de hijos, son capaces de llegar a esos extremos inconcebibles de la enfermedad, de la locura y de la muerte, lo que no es, repetimos, sino el trágico fruto de la ignorancia tan celosamente mantenida por un concepto rígido de las ideas que se inspiran en pretendidas necesidades morales.

Neurosis de angustia sexual

Normalmente, es decir, cuando no hay nada que se oponga al anhelo de satisfacción al impulso sexual, cualquier obstáculo simple acrecienta el afán, acentúa el deseo. Dijo un filósofo: "Para hacer más bello al amor, pongámosle trabas" porque, en efecto, cuando el final consciente o instintivo del genio de la especie está al alcance más fácil de la ambición, la ansiedad se atenúa, disminuyen los valores emocionales y el hecho queda reducido a su expresión física más simple e intranscendente. Antes, cuando hablábamos de la castidad, dijimos esto mismo en otras palabras.

En el proceso normal del amor, la misión del macho consiste en atacar y la de la hembra en defenderse. Y si no queremos llamarlo amor, digamos impulso sexual. De cualquier forma y en la especie que sea, el drama del gran combate estará planteado en los mismos términos; la resistencia de la hembra no tiene otro objeto sino hacerse más codiciable, de paso que induce a su compañero a poseerla con más ardor, con más ilusión, con más violencia también. Y cuando esa resistencia femenina se prolonga más allá del límite natural, cuando el obstáculo ha producido en el psiquismo del atacante el máximo enardecimiento, la angustia no puede resolverse sino mediante la posesión total del objeto tan ardientemente ansiado. Pero si a pesar de todo el acto es imposible, la angustia se convierte en energía ofensiva y entonces se va, si es preciso, mucho más lejos de los linderos de la razón y de la vida.

Nos hallamos ante el matrimonio, ante la pareja de seres racionales, cuyo raciocinio cristaliza en la conciencia de los actos sexuales de tan grave trascendencia social e íntima como éste que trata de realizarse eludiendo sus consecuencias biológicas que son los hijos. Ya sabemos por qué no puede ser normal, natural y completo. Entonces, a pesar de la satisfacción perversa y del placer logrado que en tales condiciones jamás puede llenar los fines del supremo ideal del amor, el anhelo ardiente, apasionado y recíproco de los amantes, se estrella contra los obstáculos que ellos mismos se ven obligados a oponer a la evolución lógica de sus sentimientos. En un instante de vértigo irreprimible, cierran los ojos y el hecho se realiza con todas sus consecuencias, porque siempre puede quedar la esperanza de que no suceda lo que más se teme... Más prudencia para otra vez.

Y ahora se inicia la angustia con todos los caracteres de las más inquietantes neurosis: ¿qué ocurrirá...? Los días se suceden y el temor se acentúa... Por fin, no ocurrió nada; una falsa alarma que les mantuvo algún tiempo con los nervios tensos. Siguen los votos de prudencia.

Este es un aspecto. Pero supongamos que resulte lo contrario. Y entonces la preocupación se hace mayor, la obsesión es más grave y se recurre a cualquier solución drás-

tica. Sigue la angustia, que a veces adopta las formas del delirio en sueños y el nerviosismo en vigilia. Un específico acreditado en la propaganda farmacológica o en el criterio de cualquier vecina. Por último, al aborto. Otras lo han hecho...

Y en este terreno tan fácil de las hipótesis, aunque por encima de todo, amor, pasión, impulso o deseos prevalezca el método sistemático de oposición, la angustia de no poder lograr lo que se tiene tan al alcance del amor y de los sentidos, se convierte en un tormento que vuelve a repetirse en cada oportunidad. La represión del anhelo lancinante a costa del enorme esfuerzo mental, de tan insoportable tensión nerviosa, ha determinado en muchos casos verdaderas explosiones traducidas en actos violentos con impulsiones suicidas, homicidas o destructoras.

La expresión más frecuente, se caracteriza por el delirio de las emociones o de los actos, alucinaciones sensoriales, melancolía, depresión, pereza mental y disturbios de índole parecida, que desaparecen parcial o totalmente, según la antigüedad de su riesgo, tan pronto como las funciones genitales se realizan con normalidad.

Cuando se trata de sujetos nerviosos y emotivos, la angustia se produce en forma de fobias que se acentúan notablemente después de cierto período de abstinencia. En la mujer suele manifestarse pocos días antes o coincidiendo con el período menstrual, que al propio tiempo se caracteriza por un aumento notable de la tensión erótica.

Estas neurosis de angustia sexual adquieren sus caracteres más graves cuando se traducen en actos antisociales, como la cleptomanía, la piromanía y la manía homicida, más frecuente al llegar a la menopausia que en edades más jóvenes. Conocemos el caso de una señora de cuarenta y dos años, quien a consecuencia de un parto laborioso se negó a practicar el acto sexual normalmente durante el resto de su vida activa. Al año de seguir esta táctica, empezó a padecer trastornos nerviosos y algunas veces ansias irreprimibles de incendiar. Puso fuego a un montón de durmientes del ferrocarril, por lo que fué condenada, manifestando que tantas veces como tuviese ocasión incendiaría lo que pudiera, ya que así se calmaba y podía evitar la comisión de delitos más graves.

El histerismo suele ser el acompañamiento de esta represión del deseo erótico mediante las satisfacciones incompletas. Cuando se trata de mujeres de fuerte temperamento, la angustia exacerba la sintomatología de la perturbación y su estado puede adquirir unos caracteres de la mayor gravedad. En virtud de estos accesos, suele producirse la anulación del sentido moral con la conciencia plena del resto de los actos. Se refieren casos de damas honorables afectadas de esta terrible neurosis en la forma ninfomaníaca, que sometiéndose a la táctica conyugal de la no concepción no tuvieron inconveniente en entregarse a las caricias completas de un desconocido, lo que naturalmente suele producir los mejores resultados evidenciados en la supresión radical de los trastornos físicos y psíquicos.

Pudiéramos citar infinidad de casos clínicos e historiales de mujeres recluídas en manicomios, para demostrar hasta qué límites puede conducir esa insensata represión de los impulsos a su satisfacción por medios incompletos o antinaturales en demanda de la esterilidad, hechos que por fortuna van siendo cada vez más raros gracias al desarrollo de los métodos contraconceptivos que hacen posible la realidad de la dicha conyugal sin el temor a la consecuencias no deseadas.

Embarazos inexplicables, perfectamente explicados

Pese a todas las habilidades desplegadas en la intimidad conyugal y a los llamados "medios eficaces" para evitar la concepción propugnados por el emperismo clásico, las vecindonas y la charlatanería, la especie sigue reproduciéndose entre los mal dotados económicamente en las mismas proporciones brutales acreditadas por la vieja tradición, y todo ello por la razón sencilla de la ineficacia de los sistemas cuya práctica no elude, como hemos visto, la evidencia de trastornos y perturbaciones de gravedad insospechada.

Ciertos substitutos del acto normal, como el *coitus interruptus* tantas veces aludido, el coito vulvar, el anal y, en resumen, cualquier procedimiento que no implique la eyaculación de la masa espermática en el interior de las

vías genitales femeninas, pero sí una aproximación exterior de ambos órganos copuladores, no excluye totalmente el riesgo de la fecundación o el de la penetración de la célula espermática en los órganos internos de la mujer.

En el procedimiento del coito interrumpido en el momento de producirse la eyaculación, como la mujer queda fuertemente excitada, hay maridos en quienes la ignorancia total de los hechos biológicos aconseja una solución al conflicto erótico de la esposa en estas condiciones: después de eyaculado el licor seminal, como la erección persiste, introduce de nuevo el pene y prosigue los mecanismos de fricción tan bruscamente interrumpidos, no ya en demanda de una nueva sensación repetida, sino para que ella logre el fin anhelado. Y como aunque la masa seminal haya sido evacuada, siempre quedan en el canal de la uretra muchos millones de espermatozoides vivos y aptos, los mismos movimientos de roce bastan para que dichas células rezagadas reanuden su trásito y lleguen a la vagina, y mediante tan sabias disposiciones de la Naturaleza, un solo animálculo alcance al óvulo dispuesto y lo fecunde.

El cotito vulvar, *in ore vulvae*, que decían los latinos, es originalmente mucho más peligroso que el interrumpido, porque en este caso el simulacro del coito consiste en practicar el acto mediante la comprensión del pene entre los tres planos que forman los muslos y la vulva, verificándose la eyaculación fuera de las vías internas; pero dada la vitalidad del espermatozoide y su instinto de conjunción celular, por así decir, el resto de los hechos se produce de igual manera.

Cuando la práctica supuestamente anticoncepcional tiene lugar por el ano, la masa seminal eyaculada en la cavidad rectal tiende inmediatamente a evacuarse, y dada la proximidad de ese orificio a la zona genital, las cosas vuelven a repetirse en las mismas condiciones.

Un caso curiosísimo a este respecto de la inutilidad del fraude, es el siguiente: Con el fin de evitar el embarazo, un matrimonio no practicaba otro método que el de la masturbación recíproca, lo que sin embargo dió lugar a un embarazo y un parto completamente normales. Dada la pública moralidad de la pareja y las condiciones del hecho,

no pudo pensarse en la lógica explicación de un coito normal realizado por la señora a extramuros del matrimonio: la hipótesis fué completamente descartada, siendo substituída por esta convicción: Algunas veces, como el placer y la eyaculación consiguiente se producía en él antes que en ella, la esposa tenía que masturbarse, porque el marido, a causa de la alteración nerviosa que le producía el placer, perdía la pista del centro erógeno sobre que practicaba los mecanismos digitales de fricción. Y se comprende que alguna porción de esperma que a ella se le quedaba en los dedos, era conducida a sus partes íntimas por sus mismos dedos, cuando por medio de ellos terminaba la maniobra que no había podido completar el marido...

El mismo fenómeno de tan inteligente proceso de conjunción celular puede producirse en circunstancias infinitamente más extraordinarias, lo que da lugar a un estado de confusión verdaderamente enloquecedor. Otro matrimonio que adoptaba parecidas reglas malthusianas, fué "víctima" de uno de estos embarazos inexplicables, aunque perfectamente explicables...

Al terminar el acto, el marido utilizaba un recipiente para lavarse sus partes. Naturalmente, tiraba el agua, y después la esposa hacía lo mismo en el recipiente. Conociendo la vitalidad del espermatozoide, se conoce que alguna porción de la masa espermática e incluso una sola célula que no fué arrastrada por el agua del primer lavado, llegó a las vías genitales de la esposa mezclada con el líquido que ella empleó para hacer su higiene, por lo que la fecundación tuvo lugar en idénticas condiciones que si el coito hubiera sido realizado completamente.

Comprobará el lector, que hasta ahora nos hemos limitado a la crítica de los procedimientos subsidiarios o de reemplazo del acto normal tendentes a evitar la concepción, que no implican el empleo de mecanismos o elementos ajenos a los medios íntimamente personales de los cónyuges. Ya vemos lo que puede ocurrir en los órdenes psíquicos, sentimentales, físicos o como queramos decir, y se demuestra también en virtud de los fracasos, la evidente ineficacia de los sistemas que acaso estuviesen prestigiados con el rango de fórmulas compensadoras, si no fuese por el enor-

me volumen de trastornos de toda índole que de tan insensatas prácticas se derivan.

Desde tiempo inmemorial, el ingenio humano se ha dedicado a lograr los medios eficientes encaminados al dominio de la procreación, y ello con muchos siglos de ventaja sobre Roberto Malthus, quien por cierto no aportó método alguno de inmediata aplicación práctica en tal sentido, a no ser la inadmisible imposición de la abstinencia total de los actos sexuales, lo que no pasaba de ser una realidad teórica. Pero los asirios, los egipcios, los griegos y los romanos en la antigüedad, como las gentes de muchos pueblos salvajes actuales, practicaron y practican métodos a tal fin, más o menos eficaces, pero que ello no obstante nos demuestra la ansiedad del hombre por dominar a esas pródigas energías de la Naturaleza.

Aparte de la operación *mikka* de los australianos y la esterilización total a que nos referimos después, en todas partes se utilizan procedimientos ya mecánicos, ya químicos o ambos asociados, que por ser sólo de eficiencia relativa, aparte de que su empleo no deja de implicar molestias, trastornos y peligros, jamás nos atreveremos a aconsejar completamente, aunque a veces se hace necesario realizar una selección para aceptarlos en calidad de auxiliares, como veremos en el último capítulo de la presente obra.

Es evidente, que hasta hace muy poco tiempo no fué posible disponer de métodos seguros, porque el primitivo desarrollo de la ciencia anticonceptiva se operó a base de ideas y prácticas inciertas de muy escaso o nulo valor científico, a veces mediante la negación total de sus enunciados, como acontecía —y acontece aún— en lo que concierne a la influencia de las supersticiones: la luna, el sol, las estrellas y todo el complejo astral; el vuelo de las aves; el lenguaje de las flores y de las piedras preciosas; la magia negra y la magia blanca; la cartomancia y la quiromancia, etc., se han asociado a los hechos que nos ocupan por gentes incultas o vividores sin conciencia que ganaron gran prestigio de acuerdo con el estado cultural del medio o de la época.

Pero, en fin, es consolador el hecho con relación a los altos destinos de la Humanidad, de que esas prácticas estúpidas e ineficaces empiezan a ser eliminadas de todos am-

bientes, gracias al progreso científico y a los modernos procedimientos de difusión de la ciencia anticonceptiva cuya aplicación es tan natural y tan sencilla, que quizá al cabo de muy pocos lustros todo aquello no vaya más allá de ser un pintoresco recuerdo histórico que acabará de ser piadosamente olvidado para dejar el paso franco a la prosperidad de las ideas nuevas.

Capítulo IV

LOS PROCEDIMIENTOS DRASTICOS

La esterilización total

La supresión radical de las posibilidades reproductoras por medio de la castración —ablación de los testículos en el hombre y de los ovarios de la mujer—, es una práctica que ejecutaron los físicos de los pueblos más antiguos, hoy civilizados, y que aun se realiza en Australia, aunque principalmente con relación al sexo femenino Actualmente, muchas damas de la llamada "alta sociedad" siguen sometiéndose a esas intervenciones quirúrgicas que implican la esterilidad irreparable, no en virtud, como se comprenderá, de razones de índole económica, sino por imposiciones de la moda y por egoísmos de la comodidad o también, como ocurre en muchos casos, para rodearse de la máxima impunidad de orden biológico en el afán constante de renovación de objetivos amorosos.

Este método brutal, a que también se someten muchos hombres, difiere fundamentalmente de las prácticas primitivas de la ablación testicular merced a los refinamientos de la técnica quirúrgica, ya que todo queda reducido a la vasectomía, o sea la resección de los canales espermáticos o conductos epididimarios, lo que no implica la destrucción del testículo. En cuanto a la mujer, el procedimiento más moderno que substituye a la ablación de los ovarios, se

reduce también a la resección y dislocación de las trompas de Falopio, o sean los canales que comunican a la glándula con el útero, y que son homólogos de los órganos masculinos. La roentgenología o aplicación de los Rayos X, también se suele utilizar para estos fines.

Tan diabólicos procedimientos no demuestran nada más útil sino la ineficacia de los métodos contraconceptivos preconizados por los neomalthusianos de otras épocas, e incluso de las actuales, ya que muchos cirujanos especializados en estas artes criminales no cejan en su empeño de proponer las bárbaras mutilaciones como solución radical de esos conflictos de tan diversa índole sexual y económica.

La esterilización total ha sido científicamente adoptada en diversos países civilizados —la extinta Alemania hitleriana, Unión Soviética, Estados Unidos, etc.—, con relación a los locos, degenerados alcohólicos, sifilíticos, criminales natos y otros individuos cuya reproducción se considera como un verdadero peligro social. En otros pueblos antiguos, como en la Roma de los Césares, se practicaba la ablación testicular a los rebeldes, a los prisioneros de guerra e incluso a los hombres a quienes el marido sorprendía con su esposa. Entonces, el ofendido podía realizar la castración por su propia mano y con ayuda de las autoridades.

Los procedimientos practicados por los romanos eran cuatro, y su denominación corespondía al método empleado. En primer lugar, estaban los *castrati*, cuyos testículos y miembro viril eran completamente extirpados; los *spadones*, a quienes sólo se despojaba de los testículos, cuya práctica era la más corriente; los *thlibiae*, a los que se destrozaba los testículos por magullamiento, cuya técnica describe Hipócrates en sus tratados, y por último, los *thlasiae*, cuya operación consistía simplemente en la vasectomía o sección de los canales espermáticos.

El Dr. Millant, en cuya notable obra *Castración criminal y maniática* se contienen estas referencias, afirma que los *spadones* continuaban aptos para la práctica erótica si la operación había sido realizada después de la pubertad, hecho altamente apreciado por las damas romanas, que podían someterse a las caricias de estos castrados, muy solicitados en la época, sin temor a los embarazos. Eran pagados a muy buenos precios, reclutándolos incluso en lejanos países, a

veces con pleno consentimiento de los maridos, que no teniendo ni la seguridad más remota acerca de la virtud de sus mujeres durante sus largas ausencias guerreras, preferían estos objetos del placer estéril a otros que no se encontrasen en idénticas condiciones y que serían capaces, por lo tanto, de introducir en el matrimonio hijos de paternidad incomprobable.

La potencia viril de los castrados de este tipo —y que es la práctica más segura adoptada para la moderna esterilización radical—, se conserva durante cierto número de años después de la mutilación, lo que está subordinado a la salud y constitución física del castrado. En todos los serrallos de los países orientales, existen hombres en estas condiciones que suelen ejercer sus posibilidades durante las largas ausencias de los dueños y señores.

En el orden de los efectos orgánicos de la castración auténtica, o sea la ablación de los testículos, hay que tener en cuenta la edad y el desarrollo del individuo. Por regla general, esa pérdida de los atributos característicos de la masculinidad implica trastornos que se amplían a todos los aspectos somatopsíquicos. Lo primero que se anula, y al poco tiempo de la mutilación, es el poder de su energía moral. Sigue la tendencia a la obesidad y la modificación de la voz que adquiere tonalidades pueriles o femeninas. Sus piernas crecen en longitud, desaparece el vello de las regiones púbica y axilares, se desarrolla el cabello, aumentan las adiposidades, se alarga el esqueleto, toda la estructura adquiere caracteres femeninos... Se torna tímido, sin voluntad ni energía, incapaz de cualquier empresa arriesgada, la inteligencia es infantil, pierde la memoria y, en una palabra, produce la extraña impresión de una mujer monstruosa.

Respecto de la mujer ovariotomizada, el esqueleto no sufre las mismas modificaciones que en el hombre, no obstante que los ovarios desempeñan un papel importante en el proceso de la osificación. Los caracteres sexuales sufren alteraciones muy notables: el útero se torna infantil, desaparece la menstruación, se detiene el desarrollo de los senos o se aplastan y tornan flácidos si ya estaban desarrollados, aumenta el vello en todo el cuerpo, se reduce la cantidad del cabello y aparece una voz de tonos graves y

viriles a consecuencia de la rápida osificación de los cartílagos de la laringe. La mujer en estas condiciones puede llegar a ofrecer un aspecto completamente hombruno, con barba, bigote, tórax robusto y fuerte musculatura. Los romanos las designaban con el nombre de *viragos*, porque además muestran una marcada tendencia a realizar toda clase de trabajos pesados propios del hombre, que ejecutan con placer.

El metabolismo general cambia en las ovariotomizadas de manera muy notable, observándose la tendencia a la obesidad rápida. Es tan honda la influencia de las secreciones ováricas —íntimamente relacionada con las del resto del complejo glandular endocrino—, que al faltar éstas, la personalidad femenina se derrumba verticalmente. A la vista de una mujer con esos caracteres viriles, antipáticos y repulsivos, puede afirmarse sin miedo al error que sus ovarios están afectados de hipofunción, en el supuesto de que no se halle ovariotomizada.

Al lado de estas modificaciones de carácter somático, no es menos interesante estudiar las de orden dinámico y psíquico. Por lo general, y resumiendo los hechos, podemos decir que la transformación que se opera en la mujer castrada, ofrece idénticas características que en el emasculado, aunque todo lo contrario, si es admisible la definición.

Las imperfecciones de la función circulatoria, los accidentes congestivos y las perturbaciones del sistema nervioso se presentan en la castrada en mil expresiones distintas que concurren en el todo de un verdadero suplicio. Si para combatir la obesidad recurre a un régimen dietético o higiénico debilitante, su temperamento antes nervioso, adquiere las formas de cualquier grave neurosis llegando incluso a la demencia. En determinadas épocas del mes, indudablemente coincidiendo con lo que debieran ser los días de la emisión menstrual, su carácter experimenta modificaciones muy bruscas: unas veces llora sin motivo, y otras ríe sin razón, puesto que ni ella misma es capaz de explicarse las causas de tan opuestas emociones. Sus posibilidades intelectuales y efectivas se resienten de tal forma, que ni los mimos, las adulaciones, la satisfacción de sus caprichos ni nada halagador es bastante para modificar su expresión

de constante abatimiento. Siempre alienta ideas lúgubres y nada basta para sustraerle al dominio de una melancolía que pueda llegar al sucidio.

Respecto de las proyecciones de la castración femenina en el área del psicoerotismo, está demostrado plenamente el hecho de que la impulsión disminuye y las sensaciones se atenúan. En muchos casos el deseo llega a desaparecer totalmente, y en otros se anula toda posibilidad de compensación, pese a la ansiedad más angustiosa.

El aspecto más dramático de esta verdadera monstruosidad quirúrgica en lo que atañe a sus resultados morales, estriba en la resurrección, por así decir, del instinto de la maternidad fatalmente privado del medio físico de evidenciarse. En tales casos, que muy rara vez dejan de producirse, es cuando la Naturaleza se venga del crimen perpetrado contra sus inviolables fueros, y entonces ya no es posible ninguna solución que pueda colmar las exigencias de un afán que no desaparece, como el órgano, merced a una mutilación...

Factores que pueden justificar la esterilización

En este aspecto pudiéramos decir, de acuerdo con nuestros principios, que esas bárbaras mutilaciones no tienen justificación alguna porque la relativa legitimidad del procedimiento incumbe al criterio de las leyes cuando se trata de impedir, según decíamos antes, la reproducción de individuos incapaces o peligrosos para el equilibrio social como suelen serlo todos los grandes delincuentes, aunque no dejamos de reconocer la base incierta de las leyes de la herencia. No obstante, ampliando a la órbita legal el principio hipocrático de que es mejor prevenir que curar, comprendemos que la esterilización de los incapaces es conveniente como un mal menor que evita en muchas ocasiones consecuencias muchísimo más graves, cuya evidencia puede deducirse desde el punto de vista del rígido principio de un claro rigor científico. Sin embargo, el nervio de la cuestión inside, precisamente, en la legítima afirmación del motivo...

No todos los incapacitados social y biológicamente para reproducirse, son de por sí elementos antisociales que deban

quedar bajo el arbitrio de las leyes generales: pero en cambio pueden estar subordinados a las biológicas de la herencia, y en este caso la cuestión adquiere un rango íntimo cuya peligrosidad, no siendo pública, adquiere una indudable evidencia privada en el orden de la familia, y por lo tanto, también de la raza.

Cuando se trata de individuos afectados de ciertas formas de la demencia, de alcohólicos y perturbados de otra índole en los que por virtud de las crisis de su estado resulta imposible el ejercicio del control moral e higiénico, no tenemos más remedio que meditar mucho antes de emitir una opinión en favor o en contra del procedimiento drástico de la vasectomía o la salpingotomía, la ovariotomía o la emasculación. En algunos casos, la práctica de la erótica ha producido verdaderos fenómenos de regeneración mental y moral en individuos profundamente afectados por neurosis graves, por el alcoholismo o cualquier hábito perverso transmisible por herencia. Muchas mujeres jóvenes víctimas de la hebefrenia o demencia pubertal taradas por estigmas hereditarios graves, cuyas expresiones llegan a adquirir los caracteres típicos de la locura más peligrosa, han encontrado en el matrimonio y más aún en la maternidad la solución total de su tremendo drama moral y fisiológico. En tales casos, la castración como medida profiláctica, lejos de remediar la situación, habría complicado el mal con efectos más graves. Y es precisamente en la mujer donde las funciones cerebrales y sexuales tienen una relación tan estrecha, que en casos infinitos el equilibrio de las primeras depende, única y exclusivamente, de la práctica normal de las segundas.

Por otra parte, sin negar la gravedad de un mal que no tiene solución clínica y no admitiendo tampoco en virtud de consideraciones morales o de otra índole la terapia lógica —si podemos denominarlo así— que en tantos casos se contiene en el ejercicio de la función sexual, las condiciones sociales de la vida femenina siempre permiten a la familia de una demente ponerle a cubierto de cualquier posibilidad de ser fecunda, si bien muchas veces no faltan malvados que encuentran en el estado de la paciente y en su irresponsabilidad un objetivo erótico de fácil acceso, con la garantía de que el crimen puede quedar impune.

Por consiguiente, la esterilización de la mujer no es una solución rígidamente exigible en ningún aspecto, puesto que en el caso más grave de la fecundación la ciencia posee recursos sobrados que, pese a su artificiosidad, no implican el hecho de las mutilaciones irreparables de efectos nocivos o contraproducentes.

Siendo en este orden específicamente eugénico cuando la necesidad de la esterilización total puede estar legítimamente justificada y por los medios científicos menos perjudiciales, como la vasectomía, estimamos que todo sujeto socialmente imposibilitado para reproducirse debe ser sometido a la dura prueba. El caso de los alcohólicos y de los impulsivos que bajo los efectos del acceso obligan a sus esposas a someterse en cualquier momento a su ansiedad erótica, nos demuestra que por mucho que ella quiera adaptarse al ritmo de sus períodos de fecundidad y esterilidad naturales, jamás podrá evitar un coito indeseado al estar sometida a la férula brutal de un demente o de un alcohólico consuetudinario, capaces de todo género de violencias y resoluciones extremas.

Fuera de estos casos extremos en el orden íntimo, la esterilización radical debe ser también radicalmente abolida, porque la evidencia de los factores antieugénicos puede ser contrarrestada por medio del control inteligente, racional y científico de las facultades reproductivas. En todo caso, cualquier consecuencia es más moral y de expresiones más soportables que esa bestial mutilación incapacitadora que tan hondas perturbaciones causa en toda la naturaleza del individuo, como hemos visto en el epígrafe anterior.

En todo caso, y principalmente con relación a la mujer, la última palabra debe pronunciarla el ginecólogo, ya que la menopausia artificialmente provocada, como ocurre, por ejemplo, con la castración roentgenológica, se hace absolutamente indispensable para evitar el desarrollo de ciertas enfermedades gravísimas que ponen en peligro la vida de la paciente. Por consiguiente, ante razones de esta naturaleza, toda conveniencia o cualquier razón moral deben supeditarse al argumento de que el fin justifica los medios. En buena lógica natural, siempre es preferible sacrificar la promesa de otras vidas a la realidad de la propia existencia que a toda costa lucha por ser conservada.

El aborto espontáneo

Si en esta obra que trata fundamentalmente de la anticoncepción como fin esencial de todo nuestro trabajo hacemos alusión al aborto, es por las mismas razones que antes aludimos a las consecuencias derivadas de la inconsciencia procreadora, en cuyo caso el aborto adquiere la categoría de un hecho infinitamente más grave que el embarazo y el mismo nacimiento del hijo con todas sus consecuencias posteriores en el orden económico o social de la cuestión.

Si es evidente que condenamos con la mayor acritud la fecundación no deseada, no lo es menos nuestra oposición a cualquier procedimiento abortivo cuando el embarazo es un hecho que no tuvo remedio. No son consideraciones de orden legal o sentimental el fundamento de esta actitud, sino que el juicio se afirma en razones higiénicas. Opinamos, por lo tanto, que es preferible soportar las molestias, gastos y contrariedades del embarazo y sus consecuencias naturales, siempre, naturalmente, que ello no implique determinados peligros para la salud o la vida de la gestante, a exponerse a otros riesgos que lo mismo pueden acontecer en virtud de las maniobras o procedimientos abortivos empíricos, que mediante la técnica más refinada y científica. En resumen, según el criterio de perfecta moralidad que pretendemos estar sustentando, el producto de una concepción que no se supo o no se pudo impedir, debe ser conservado con arreglo a los métodos naturales y normales que condicionan la mejor evolución del fenómeno.

El aborto es la interrupción espontánea o provocada del curso del embarazo, caracterizada por la expulsión del embrión o del feto no viable, ya que al reunir las condiciones de viabilidad el fenómeno se interpreta como un parto prematuro.

Si sabemos que no hay efecto sin causa, no puede hablarse en propiedad de la espontaneidad del aborto, ya que siempre existen hechos que lo producen; entonces será preferible atenernos a otras condiciones, diciendo que el fenómeno puede producirse sin que en ello intervenga la voluntad del sujeto —aborto involuntario—, o acontecer mediando la deliberada intención de provocarlo.

No nos corresponde, en gracia al carácter de la obra, ocuparnos de los métodos preventivos de este peligroso fracaso: lo que importa es insistir sobre las graves consecuencias de la imprevisión sexual que determinó el embarazo, y por consiguiente nos concretamos a exponer, aunque de manera elemental, los resultados que la inconsciencia procreadora trae consigo.

El primer síntoma del aborto espontáneo o involuntario, consiste en las hemorragias genitales que acompañan a toda gestación de final difícil o imposible, y que en todos los casos suelen ser el síntoma de la interrupción del embarazo. Hay que tener en cuenta la época en que ocurren, por lo que podemos dividirlas en dos clases: las que aparecen durante los seis primeros meses, y las que se presentan en los tres últimos. Las primeras deben interpretarse casi siempre como falsos alumbramientos, ocurriendo las segundas a causa de una inserción anormal del huevo en la superficie de la mucosa uterina.

Puede decirse que las que ocurren durante los seis primeros meses son de poca importancia en cuanto a su duración e intensidad, caracterizándose porque la emisión sanguínea es muy fluída y poco roja. Muchas mujeres que tienen sus reglas periódicas con normalidad advierten, sin saber de fijo que están embarazadas, que se adelantan o se retrasan. Por lo general, a los quince o veinte días de la fecha en que debía haberse repetido el período normal, cuando se puede suponer la existencia de un embarazo, la menstruación se presenta acompañada de dolores motivados por la expulsión de coágulos de sangre más o menos voluminosos, y que en realidad son tejidos membranosos. Por lo común no se concede a este accidente más importancia que la que merece un retraso menstrual; pero la mayor parte de las veces se trata de un verdadero aborto, presentándose el malogrado producto de la concepción diez o quince días más tarde como otro nuevo coágulo.

Esto ocurre, como vemos, hacia la cuarta o quinta semana de haber tenido lugar la fecundación. El fenómeno sorprende a las mujeres que estuvieron normalmente regladas, pero por lo general es muy rara la vez que se concede al suceso la importancia que tiene.

Durante los tres primeros meses del embarazo, la expulsión del embrión y de las envolturas que forman el huevo suele operarse en conjunto o con la diferencia de pocos días, por lo que el hecho se juzga como una simple y pasajera pérdida de sangre. A partir del cuarto mes, el aborto suele efectuarse en dos tiempos ocurriendo primero la expulsión del feto, y después la de las envolturas u órgano placentario.

Los síntomas del aborto son muy diversos, pudiendo resumirse así: hinchazón de los pechos con derrame de serosidades; laxitud acentuada de los miembros, particularmente de los muslos; sensación de pesadez en el bajo vientre acompañada de frecuentes deseos de orinar, aunque en realidad no exista en la vejiga una sola gota de líquido; hemorragia uterina más o menos abundante; malestar general; fatiga al menor esfuerzo y otros trastornos semejantes que persisten hasta que el producto de la concepción ha sido eliminado.

Por lo general, todos estos fenómenos se presentan juntos, siendo muy característico el que se refiere a la hemorragia uterina que comienza por unas gotas de una substancia fluída y sanguinolenta, sin llegar al principio al rojo encendido de la sangre, para tomar posteriormente este aspecto. En los casos en que se advierte la presencia de grandes coágulos, diremos que ya no queda nada que hacer, como no sea recurrir a los auxilios del tocólogo. De no presentarse esos coágulos se trata de una sencilla hemorragia frecuente en tal estado, que aun evidenciando la existencia de alguna perturbación uterina, no implica necesariamente el riesgo del aborto.

Todo esto puede ocurrir sin que existan causas conocidas. A veces suelen presentarse los síntomas precursores después de un ejercicio fatigante, de una marcha un poco acelerada, de un paseo en automóvil, un viaje en ferrocarril, etc. Los primeros signos se manifiestan por dolores más o menos agudos de la región lumbar o del bajo vientre, con sensación de pesadez y deseos de orinar, lo que responde al hecho de haberse desprendido el huevo de sus ligamentos, y entonces desciende hacia el fondo de la cavidad pélvica ejerciendo cierta presión sobre los riñones y la vejiga. Los dolores abdominales responden a los mecanismos musculares preparatorios del parto, ofreciendo el carácter

particular de que se presentan cada 10 ó 15 minutos o con mayor frecuencia aún, iniciándose la emisión sanguínea. Otras veces las contracciones uterinas y la hemorragia aparecen simultáneamente.

La duración y demás características de la hemorragia suelen estar en relación con la constitución de la embarazada. El aborto puede ocurrir "en seco", lo mismo que acompañado de grandes fenómenos hemorrágicos que determinan la muerte de la gestante si no se la socorre a tiempo.

En otro aspecto, las causas del aborto espontáneo pueden provenir del padre, como son ciertas enfermedades; la tuberculosis, la diabetes, la sífilis y también el alcoholismo. En este punto, no cabe duda que debe reconocerse la gran previsión de la Naturaleza al impedir el nacimiento de un ser que habría de venir al mundo enfermo, débil y tarado por los estigmas transmisibles por la herencia de esos verdaderos azotes de la humanidad.

Por parte de la madre, las causas pueden ser las mismas que las emanadas del padre, incluyendo las enfermedades infecciosas y febriles, el cólera, la viruela, las afecciones venéreas, de la matriz, la anemia, etc. El abuso del coito o de otros placeres sexuales es también causa frecuente de la interrupción grave del embarazo.

Entre las causas cuyo origen se contiene en el huevo, hay que señalar la apoplegía de la placenta, su degeneración, la hidropesía del amnios e incluso la muerte del feto, lo que puede acontecer en virtud de violencias directas, de malformaciones incompatibles con la vida del nuevo ser o a causa de enfermedades de la madre. La muerte del feto no implica necesariamente el aborto inmediato, sino que el producto de la concepción que ha dejado de vivir puede permanecer bastante tiempo en la cavidad uterina sin determinar ningún accidente. En estos casos, el feto se momifica reduciéndose de tamaño y no se expulsa sino al cabo de meses o años. A mediados de 1946, falleció una señora de 57 años de edad. Como la muerte fuese violenta hubo necesidad de practicar la autopsia al cadáver, hallándose en el interior de la matriz el cadáver de un feto del sexo masculino de reducidas proporciones, pero bien conformado, provisto de barba, bigote, dentadura completa, etc. Murió, probablemente, al mismo tiempo que la madre, lo

que prueba que vivió sin nacer más de veinte años. Lamentamos no poseer una información completa respecto de tan extraordinario caso.

Interrupción voluntaria del embarazo

La afirmación de que la práctica social del aborto es una consecuencia directa de la falta de instrucción anticonceptiva, tiene una jerarquía completamente axiomática, como lo demuestra el hecho de que a medida que se divulgan los métodos de la esterilización, se reducen los índices de esas resoluciones desesperadas, sin que por ello disminuyan las cifras de natalidad evidenciadas en las estadísticas.

El uso de los contraconceptivos poco eficientes precede siempre a todo aborto efectivo o frustrado, lo que prueba la directiva fundamentalmente moral del propósito analizado desde el punto de vista de sus efectos sociales, ya que el empleo de los contraconceptivos no puede lesionar interés alguno, y menos los de la sociedad, sobre todo si se trata de métodos eficientes que jamás implican trastorno alguno ni siquiera para la propia interesada. Pero el aborto ya no es tan fácil ni sus riesgos efímeros, en el supuesto de que los primeros manejos imprudentes no se lleven por delante la vida de la embarazada.

El aborto, pues, dígase cuanto se quiera, es un crimen en el que sólo caben atenuantes y acaso eximentes también, pero sólo en circunstancias especialísimas que tanto afectan a la mujer y en cuanto a su práctica incumbe a la ciencia del médico. Esta opinión la emitimos como réplica adecuada a quienes sostienen que el aborto puede provocárselo la embarazada, su marido o cualquier persona ajena a la profesión médica y sin la suficiente preparación para ejecutar un acto que siempre se ofrece rodeado de muy serios peligros. Por eso es por lo que el Estado debe proceder siempre contra esta solución, no ya en virtud de las consideraciones morales de la tradición, extremo que hasta cierto punto puede tenernos sin cuidado, sino por el hecho innegable de que siempre pone en grave peligro la salud y la vida de la gestante.

La difusión de las prácticas abortivas allí donde se ignoran los métodos anticoncepcionales de máxima eficiencia, adquiere caracteres verdaderamente aterradores por la mortalidad que ocasiona y por los trastornos y enfermedades que las mujeres que se someten a esas experiencias han de padecer durante el resto de su vida, que casi simpre se acorta después de haber realizado esas tentativas de suicidio cuando las efectúan sin complicidad de nadie, pero que ya son de asesinato si las ejecutan los abortadores de profesión o cualquier inexperto.

Esos desastres no son debidos a la gravedad de la operación, cuya técnica es bien sencilla, sino al hecho de que suele verificarse clandestinamente sin las ventajas ni recursos de la ciencia, porque los criminales a quienes las mujeres suelen verse obligadas a recurrir, están mal equipados, no toman niguna precaución aséptica y se amparan en la misma impunidad de que la interesada quiere rodear el acto.

Quienes esgrimen el débil argumento de que la mujer tiene el mismo derecho a hacer de lo que lleva en sus entrañas lo mismo que con el cabello que tiene en la cabeza, cortárselo o dejarlo crecer, no pasa de ser una estupidez, una salida por la tangente que no considera razones tan elementales como la peligrosidad de un acto y la banalidad de otro. La humorada debió ocurrírsele a algún capitalista convencido de que la moderna técnica científica del aborto ofrece garantías de seguridad —muy relativas, sin embargo—, pero olvidando que precisamente las mujeres que están en condiciones económicas para hacer su voluntad en éste como en los demás aspectos de sus posibilidades, son las que menos temores pueden abrigar respecto de las consecuencias de sus liviandades o de su más legítima fecundidad.

Eso del aborto voluntario, de la decisión de interrumpir un embarazo con la misma facilidad que se va a la peluquería, es el resultado de la propaganda que surge de la ignorancia real de los hechos, comparable a la que se hace acerca de la eficiencia de los métodos que no pudieron impedir la concepción. Omitiendo, si queremos admitirlo así, lo que se refiere al orden económico, un acto de esa naturaleza no puede llevarse a cabo sin contar con la previa investigación de un médico solvente, porque si el embarazo

es un fenómeno natural y generalmente soportable, a veces existen contradicciones demasiado graves para permitir la materialización de esa supuesta potestad de la embarazada, no ya en el orden moral, sino en el eminentemente clínico. Y si sabemos que según una curiosa estadística realizada acerca de las mujeres que tuvieron que ser hospitalizadas después de haberse hecho abortar, solamente un 2,7 por 100 lo fueron por médicos titulados, dispondremos de otro dato demasiado significativo no sólo para abonar en pro de la peligrosidad del aborto, sino de las consecuencias derivadas de la no intervención médica, puesto que las mujeres a quienes la citada investigación se refiere, no estaban en condiciones de someterse a esa verdadera operación quirúrgica por padecer afecciones que la contraindicaban, y de las que seguramente hubieran curado de haber seguido el embarazo su curso normal.

La responsabilidad máxima de estas expresiones del sentimiento de la propiedad personal o del ejercicio de la voluntad, cuyas causas promotoras nunca están proporcionadas a la gravedad de los efectos, no incumbe precisamente a la mujeres obstinadas en no querer ser madres, sino que alcanza de lleno a los legisladores y moralistas obstinados en que persistan las ideas de unos códigos fósiles y perfectamente ridículos a tenor con el progreso de la época, incapaces para atacar el mal en sus raíces, como ocurriría si se divulgase oficialmente el empleo de los sistemas anticonceptivos de mayor eficacia, que por otra parte no entraña gastos ni molestias de ningún género.

Esto es lo que sucede en países donde la mojigatería oficial fué totalmente demolida por el empuje arrollador de las ideas capaces de traducirse en hechos más morales, más útiles y más prácticos. En estos pueblos se ha comprendido que el aborto es la mayor amenaza que se cierne sobre las facultades de desarrollo de la personalidad femenina lo mismo en el orden moral que en el físico. Y por defender esos valores y tales derechos, se lucha empleando todos los medios posibles, siendo el más inteligente todo cuanto concierne a la ayuda del médico en el sentido de instruir a las mujeres acerca de los métodos contraconceptivos para impedir el nacimiento de hijos no deseados.

Al propio tiempo que se recomienda el uso de los sistemas preventivos fuera del matrimonio o de la unión sexual regularizada, debiera investigarse también por el médico la necesidad del comercio sexual de la solicitante. Esto sería lo ideal, según proponía un obispo anglicano sabio y tolerante, fundándose en los valores incuestionables de la abstinencia sexual bien entendida. Pero de llegarse a tal extremo de pretendida perfección, no cabe duda que todo lo que se conseguiría sería complicar más y más una cuestión ya de por sí complicada...

La interrupción voluntaria del embarazo resulta, pues, infinitamente más difícil que la adopción de las medidas para evitarlo, establecidas sobre bases bien sencillas. Mientras esa profilaxis no se realice de una manera natural, racional y científica, la solución de las concepciones no deseadas seguirá afirmándose en las prácticas abortivas con todas sus consecuencias, porque lo que resulta absolutamente imposible es lograr el dominio del impulso sexual, aunque sólo sea en los términos propuestos por el sabio pastor anglicano.

Los métodos abortivos

Comprenderá el lector que la práctica del aborto no es ninguna adquisición reciente de la Humanidad, ya que en todo tiempo e incluso en los pueblos más primitivos la historia nos dice que el padre, propietario absoluto de la hacienda y los bienes conyugales, tenía también un derecho perfectísimo a hacer de sus hijos cuanto le viniera en gana, sin que las leyes de aquel entonces pudieran mezclarse en asunto tan íntimo como el derecho innegable de la propiedad. Un padre no sólo podía vender a sus hijos, sino que hasta podía matarlos, o mejor aún, impedir que nacieran. En estas condiciones es lógico que el aborto debiera estar más admitido en las sociedades primitivas que el sacrificio del hijo cuando estuviese en las mejores condiciones de vitalidad.

Para la práctica de tales soluciones, siempre se emplearon procedimientos que tendiesen a excluir el riesgo de muerte de la gestante, lo que como es fácil comprender

no siempre se lograba, que es lo mismo que ocurre en la actualidad entre las gentes incultas que siguen cultivando esos métodos tradicionales de tan brutal y peligrosa eficacia.

Los métodos abortivos vulgares y bárbaros a que se suele recurrir antes de la mitad del embarazo, son de dos clases: medios internos y medios mecánicos. Abortivos, dígase cuanto se quiera por los charlatanes, que lo mismo pueden ser "brujas", curanderos, abortadoras profesionales, médicos y farmacéuticos o fabricantes de pócimas de laboratorio, no existen en realidad, ya que todas esas substancias son altamente perjudiciales por sus efectos tóxicos no sólo en el organismo fetal, sino en el materno también, porque con mucha frecuencia, los trastornos que experimenta el feto se reflejan por igual en toda la economía de la embarazada.

Los abortivos más conocidos y divulgados en el criterio de las capas de menor nivel intelectual de todos los estratos sociales, son casi siempre de origen vegetal, como el cornezuelo de centeno, la sabina, la ruda, el azafrán, el apio, el tejo, el áloe, etc., como también el alcanfor, el aguarrás, el fósforo y los purgantes drásticos, cuyas propiedades consisten en provocar contracciones uterinas hasta determinar la expulsión del cuerpo embrionario o fetal.

Además existen infinidad de preparados de la supuesta medicina de laboratorio y que generalmente se conocen con el disfraz de emenagogos o restablecedores de la función menstrual. En términos generales puede asegurarse que todas las substancias capaces de provocar graves síntomas de envenenamiento cuando no el envenenamiento mismo, determinan el aborto unas veces, y otras la muerte de la embarazada, hecho fatal que suele acontecer sin que se realice la expulsión del feto.

Estos productos diabólicos ejercen su influencia tóxica efectiva sobre el producto de la concepción o una acción estimulante de las fibras lisas de los músculos del útero. La prueba de su gran peligrosidad la encontramos en el hecho de que cuando un tocólogo responsable recurre al aborto como única salvación de un caso grave, jamás lo practica valiéndose de esas substancias venenosas, que si no matan a la gestante rara vez dejan de ocasionar en su organismo disturbios y alteraciones funcionales que se prolongan in-

definidamente, siendo de difícil curación en virtud de los destrozos anatómicos que producen.

Los medios mecánicos son también variadísimos, subordiándose su práctica más o menos brutal al nivel cultural de las gentes que lo practican. Los más acreditados entre las mujeres del campo que no confían en la pretendida eficacia de los abortivos internos, consisten en asestarse fuertes golpes en el vientre o en soportar grandes pesos en esa parte, o bien en la práctica de saltos bruscos o caídas que pueden producir lesiones independientes del objeto que se trata de conseguir. Otras se dedican con el mismo fin a trabajos que requieren un gran esfuerzo muscular o violentos ejercicios físicos.

Hacia el sexto o séptimo mes del embarazo, el feto suele estar menos defendido que antes contra la acción de los mecanismos traumáticos externos, puesto que la aplicación de irrigaciones vaginales con fines meramente higiénicos y la práctica del coito pueden causar el desprendimiento de las membranas fetales. Esto lo saben todas las comadres de la vecindad a quienes la gestante consulta, y entonces se espera la época oportuna para realizar esas tentativas tan bestiales. No obstante, cuando pese a tales manejos no tiene lugar el aborto, suele ocurrir que se produzcan lesiones de importancia que no interrumpiendo el curso de la gestación, ocasiona graves trastornos y a veces la muerte, e incluso deformaciones y monstruosidades en el producto de la concepción.

Hemos conocido el caso de una mujer casada, cuyo esposo estaba ausente hacía dos años, y que fué embarazada por un amante. Guiándose de las indicaciones de una amiga, al llegar al sexto mes de la gestación se sirvió de un pesado rodillo de madera con el que se oprimía el vientre todos los días en espera de unas gotas de líquido que denunciasen el estallido de la bolsa amniótica. Al cabo de dos semanas de aquel brutal manejo logró el resultado apetecido, empezando por el derrame genital de un líquido sanguinolento que más tarde se convirtió en intensa hemorragia.

Una comadrona perfectamente inexperta, la inyectó cualquier hemostático y así contuvo la hemorragia; pero al cabo de un mes se comprobaba que la curva del vientre seguía un aumento desproporcionado, en tanto que unos

dolores agudísimos y una fiebre le impedían moverse del lecho. Entonces intervino un médico solvente, quien comprobó la existencia de una grave infección uterina, por lo que no hubo otra solución que provocar el parto.

El producto de la concepción, un hermoso niño, nació vivo, pero con ambos brazos y una pierna fracturados. La madre murió a los pocos días a causa de la infección puerperal, y la infeliz criatura, víctima inocente de tan criminales manejos, fué recogida por una familia piadosa que logró criarla a costa de infinitos trabajos. Este niño, inútil de ambos brazos, de una pierna y con la columna vertebral desviada, todavía vive como una tremenda acusación hacia la mujer que le diera la vida, quien acaso no hizo nada mejor en su existencia que pagar con la muerte la responsabilidad de su crimen.

Los sistemas usados por los profesionales se reducen a la aplicación de los tallos de laminaria que dilatan el cuello uterino, a la sonda, a las agujas, etc. Estas operaciones criminales no siempre tienen resultados felices, ya que es facilísimo producir desgarros o lesiones en el útero que casi siempre se resuelven en una peritonitis mortal. A veces también, a pesar de la mejor técnica operatoria, es el feto quien sufre estas heridas que no bastan para producirle la muerte. Entonces se verifica el parto, y la criatura presentará malformaciones o taras físicas, estando predestinada a una muerte prematura o a una existencia miserable. La mayor proporción de los seres deformes de nacimiento que vemos en todas partes, no son más que el resultado de las maniobras abortivas frustradas en las condiciones que reseñamos.

Y a pesar de todo, por aquello de que "nadie escarmienta en cabeza ajena", salvo las diferencias que pueden establecerse de acuerdo con el factor cultural, no hay ninguna mujer que estando dispuesta a impedir el nacimiento de un hijo, no se someta a tan bárbaras pruebas.

Las consecuencias más graves del aborto

Toda interrupción artificial del embarazo que no sea ejecutada con arreglo a la técnica científica y sanitaria más

perfectas, determina más pronto o más tarde la producción de trastornos generales o alteraciones de la función del aparato femenino, delicado y complicadísimo pese a la existencia de una buena salud corporal.

Después del aborto, aunque se trate sencillamente del embrión de unos días, nada tiene de extraño que en la cavidad uterina queden restos de las envolturas que si no son extraídos a tiempo pueden dar lugar a peligrosas infecciones, siendo la más grave de todas la septicemia puerperal, o sea la infección de todo el tejido sanguíneo más o menos generalizada. Menos graves, pero siempre peligrosas y molestas, son las afecciones siguientes: la metritis o inflamación de la matriz y las salpingitis purulentas, o sean las infecciones de las trompas útero-ováricas.

La metritis, como todas las afecciones de la matriz, ocasiona muy graves trastornos que se reflejan en toda la economía, especialmente en la organización nerviosa. En este último aspecto, el resultado más grave es el histerismo, perturbación que tiene su origen en las funciones de la matriz, o sea el *kysteron* de los griegos. Aparte, la perturbación del órgano se manifiesta al exterior por medio de la emisión de repugnantes flujos. Otra de las resultantes del aborto que también afecta a la matriz, consiste en las desviaciones de este órgano que se desplazan en distintas direcciones, de lo que inmediatamente se derivan trastornos digestivos y perturbaciones nerviosas.

Las inflamaciones de las trompas casi siempre se relacionan con alguna enfermedad del útero, pudiendo ser producidas por la acción de los gérmenes infecciosos desarrollados en la matriz. En todos los casos de salpingitis existen los síntomas caracterizados por dolores del bajo vientre, de la región lumbar, la espalda, etc. La irritabilidad, la depresión de ánimo, el insomnio, etc., son los resultados de la alteración que experimentan las funciones del sistema nervioso. Estas enfermedades, como todas las que afectan al complicado aparato genital de la mujer, hacen que la paciente sufra durante todo el resto de su vida, produciéndose además la esterilidad, o sea la imposibilidad absoluta de tener hijos. Esta consecuencia que acaso pueda parecer agradable a algunas mujeres jóvenes, se lamenta más tarde como el fracaso mayor de la existencia, ya que, como he-

mos dicho antes, no hay un solo ser femenino que pueda negarse totalmente al instinto de la maternidad.

Aparte de la esterilidad, la frigidez o la debilidad sexual suelen ser otro efecto de las maniobras abortivas y de los abortos consumados, ya que al afectar las infecciones al sistema nervioso, sus resultados no dejan de evidenciarse en el área de las sensaciones eróticas.

Y el riesgo más grave que por sí sólo debiera bastar para huír de toda tentativa, es el del cáncer, cuya proporción más abundante en cuanto a su etiología la encontramos en la práctica del aborto.

Hemos de decir en honor de la verdad y dentro del marco del más leal rigor científico, que no todas las mujeres que interrumpen el curso de sus embarazos llegan a sufrir todas estas fatales consecuencias que estamos citando; pero tampoco es menos cierto que tales casos se limitan sólo a confirmar la excepción de la regla, lo que ocurre generalmente en aquellas mujeres sanas y fuertes cuyo organismo está en las mejores condiciones de reaccionar rápida y normalmente.

De todas formas, la interrupción artificial del embarazo ocasiona siempre trastornos que contribuyen a debilitar notablemente las naturales resistencias y defensas orgánicas, lo que representa una puerta abierta por donde pueden penetrar con facilidad los gérmenes de diversas enfermedades, así como el campo de desarrollo de afecciones de otra índole que en unos casos se resuelven favorablemente, y en otros terminan por hacerse crónicas y de difícil o imposible curación.

Cuando el aborto acontece de una manera espontánea o sin que medie la intención de provocarlo, puede afirmarse que las causas insiden, como se ha dicho, en cualquier estado anómalo del organismo materno o fetal, y entonces el fenómeno parece ser un medio de que se vale la Naturaleza para lograr su propio equilibrio, evidenciándose la dificultad o acaso la imposibilidad de que la gestación pudiera llegar a feliz término. Esto es lo que ocurre con la sífilis y otras dolencias que pueden considerarse como seleccionadoras de la especie, ya que los hijos nacidos de padres tarados heredan esos caracteres incompatibles con la salud y con la vida. En estos abortos que pudiéramos denomi-

nar, si no naturales, al menos beneficiosos, los accidentes no suelen ser tan graves, siendo incomparablemente de menor importancia que cuando fueron provocados, porque parece como si el organismo se librase sencillamente de algo que le perjudicaba o se oponía a su evolución vital.

Por el contrario, en la interrupción deliberada del embarazo nos encontramos con la circunstancia peligrosísima de las grandes hemorragias que conducen a la anemia cuando no a la muerte. Lo mismo ocurre en los casos en que no puede decirse que hubo una intención manifiesta de abortar, aunque sin duda concurrieron los hechos derivados de la falta de precaución o de conciencia del estado de gestación que en todas las mujeres debe estar garantizado por las máximas atenciones, como ocurre refiriéndonos a la inmensa mayoría de las muchachas de la actual generación, entregadas por lo general a ocupaciones antihigiénicas y antinaturales y desprovistas en absoluto de todo sentido de responsabilidad acerca de la más útil y necesaria significación de su sexo en lo que a la perpetuación de la especie se refiere.

Otro aspecto muy digno de tenerse en cuenta y que por lo general se olvida por muchas mujeres y por todos los hombres, pese a que el aborto se haya realizado en la forma que fuere, es lo que afecta a las relaciones sexuales que posiblemente servirán, entre otros efectos de menor importancia, de motivo para un nuevo aborto. Lo mismo que sucede después de un parto feliz, es lo que ocurre a raíz de un aborto desgraciado, puesto que no hay más remedio que tomar en consideración ciertas condiciones fisiológicas inevitables. Nos referimos con esto al puerperio o puerperalidad, y que son todos aquellos fenómenos y estados de la mujer después de ocurrido el parto o el aborto, ya que para los efectos que nos ocupan, ambos hechos deben ser considerados iguales. Cuanto más tiempo haya durado el embarazo, mayores serán las precauciones a tener en cuenta, ya que todo el aparato genital de la paciente ha sufrido una transformación enorme, puesto que las proporciones de cada órgano han aumentado considerablemente de volumen. La matriz por ejemplo, cuyo peso normal es de 50 a 60 gramos, inmediatamente después de un aborto de cinco meses pesa de 600 a 700; las venas presentan un diámetro diez

o doce veces mayor que el normal, por lo que el útero se ha convertido en una especie de esponja muy vascularizada y repleta de sangre; los ligamentos suspensores de la matriz se han distendido y están laxos y débiles, y el canal vaginal también ha sido afectado por la expulsión del feto.

Todos estos órganos, aunque no haya habido complicaciones, deben recobrar su posición y estructura primitivas en un plazo no menor de tres a cuatro semanas, lo que constituye el período de involución. Durante este lapso, el reposo y la higiene cuidadosa de los órganos genitales garantizan el retorno total a la normalidad que puede apetecerse después de un aborto producido artificialmente. Reanudar las actividades habituales antes de tiempo, puede causar el descenso de la matriz, accidente que es siempre molesto, de consecuencias graves y que no siempre se corrige con facilidad, porque el cuello de la matriz sale fuera de la vulva arrastrando consigo la vejiga y el intestino, de paso que ejerce una tracción considerable sobre el recto y el útero. Si en estas condiciones se practica la relación sexual, como todo el órgano uterino está convertido poco menos que en una llaga, o por lo menos mal cicatrizadas sus lesiones y fácilmente vulnerables al más leve traumatismo, la penetración y el roce del órgano viril en virtud de los mecanismos típicos del coito puede producir grandes hemorragias que a veces son muy difíciles de contener. Se conocen numerosos casos de derrames sanguíneos, frecuentemente incoercibles, de los cuales ha resultado la muerte de la puérpera.

La retención de los restos placentarios o restos de las membranas fetales dentro de la cavidad uterina, lo que ocurre con lamentable frecuencia después de una intervención abortiva mal ejecutada, constituye el origen de la terrible fiebre puerperal que puede manifestarse hasta tres meses después de haber ocurrido el aborto.

El período de cicatrización de las lesiones uterinas y vaginales, así como el de involución de los órganos afectados no es uniforme para todas las mujeres, dependiendo de las condiciones generales de salud y de las resistencias orgánicas. Por consiguiente, en estos casos deberá recurrirse al tocólogo quien indicará las reglas de higiene general que debe observar la enferma.

La industria criminal del aborto

El aborto provocado es moral y necesario, cuando deliberadamente se interrumpe el curso de la gestación con el fin de sustraer a la gestante de un peligro grave, casi siempre de muerte, como por ejemplo, en los casos de vómitos incoercibles, hemorragias rebeldes, estrechez acentuada del canal pélvico, etc., etc. No siendo así y no estando justificado por esas condiciones, no deja de ser un acto criminal merecedor de todas las sanciones de las industrias ilícitas.

El aborto ha llegado a constituir para muchos médicos y comadronas sin conciencia ni esrcúpulos una fuente de positivos recursos económicos, porque no sólo explotan la ignorancia y la imprevisión de las mujeres en este trance, sino que suelen hacer granjería con los naturales o artificiales sentimientos del honor o la dignidad femeninas, ya que lo mismo a la que aborta que al abortador conviene mantener el hecho en el mayor secreto.

Todos los charlatanes que se anuncian en los diarios de mayor circulación y en las revistas y publicaciones de cierto género ofreciendo a las señoras y señoritas "la solución de todos sus casos íntimos", o también los medios "para lograr la reanudación de sus períodos interrumpidos", no son más que industriales del aborto que en los países cultos tienen adecuado alojamiento en las celdas de las prisiones. Como se comprenderá, resultan ser los más fervorosos propagandistas de la natalidad y quienes con mayor tesón se oponen al desarrollo de la ciencia anticonceptiva y a la divulgación de sus métodos.

Todas las policías corrompidas y prontas al soborno, conocen de sobra la existencia de estos criminales que tan caros se hacen pagar sus servicios, cuyo producto tienen que repartirse con sus encubridores oficiales. De vez en cuando, la prensa más escandalosa y menos moral suele ocuparse de un hecho trágico de esta naturaleza, pero sólo con la intención de sacar astilla del mismo leño; todo depende de la categoría del abortador o del rango de la abortada, que por lo general acaba en el cementerio, porque de no me-

diar esta circunstancia, el escándalo no se produciría en esos tonos tan dramáticos e impresionantes.

Los principales capitanes de esta industria figuran entre las comadronas viejas y experimentadas que tienen sus "clínicas" en lo más profundo de los patios de vecindad. Nada de higiene, de precauciones ni de instrumental: una yacija sórdida y miserable y un lecho, que si no es de muerte tampoco es de salud. En cierta ocasión hube de intervenir por orden judicial en un caso de esta naturaleza. La abortada, que murió en la "clínica", pertenecía a una familia acaudalada, aunque no tanto como la abortadora, dueña de varias casas de apartamientos en una gran ciudad. Hacía cinco años que llegó de un pueblo, y apenas sabía escribir su nombre. Como la cosa ocurrió en un país gobernado por natalistas, la mujer fué condenada a trabajos forzados a perpetuidad. Entonces se descubrió que había matado a varias embarazadas por el mismo procedimiento.

Los mejores centros informativos acerca de la dirección de los abortadores profesionales, están en los llamados "gabinetes de masaje", en las denominadas "clínicas de belleza" y en el domicilio de todas las echadoras de cartas. En ciertos santuarios de maternidad, también puede hallarse lo que se desee con algunas mayores garantías de seguridad respecto de los resultados apetecidos de inmediato; las consecuencias posteriores no las garantiza nadie.

Esta clandestinidad triste, sucia y peligrosa que ocasiona tantísimas víctimas, pero que es completamente inevitable, está fomentada precisamente por las leyes que tratan de reprimirla. Los primeros legisladores cristianos fueron más comprensivos a este respecto, puesto que reconociendo las múltiples circunstancias que pueden concurrir para determinar la práctica del aborto, ya que éste no se lleva a cabo por mero capricho ni motivos personales pueriles, tuvieron buen cuidado de no condenarlo con demasiada severidad, en contraste con la actitud que había prevalecido en épocas anteriores. Por ello no se establecieron más penas que las de la otra vida, ya que en ésta todo se dejaba al arbitrio de la conciencia y al temor de lo que pudiera ocurrir después de haber traspuesto los umbrales del gran misterio de la muerte...

Pero poco a poco, los moralistas influyeron en el ánimo de los legisladores y la criminalidad del aborto no tardó en quedar definitivamente establecida, sancionándosela al principio con penas leves y más tarde con la de muerte, no sólo para la abortada, sino contra el marido y cuantas personas hubieran intervenido en el hecho. Posteriormente las cosas llegaron al estado en que se encuentran en la actualidad, si bien el número de los industriales va reduciéndose a medida que en el ánimo público van adquiriendo mayor arraigo el sentido de la responsabilidad, la conciencia sanitaria y los positivos adelantos de la ciencia.

Cuándo debe interrumpirse la gestación

Multitud de consideraciones de toda índole —sociales, económicas, jurídicas, sentimentales, etc.—, han condenado o defendido en todo tiempo, según los casos, la práctica del aborto, aunque todo ese cúmulo de teorías se inclinó más bien a la condenación que en apoyo del consentimiento. Así se instituyó la moral respecto de este punto concreto de la vida sexual de los pueblos civilizados.

Sócrates decía que cuando una mujer embarazada no quisiese continuar en tal estado, podía provocarse el aborto o interrumpir el embarazo por los medios que tuviese a su alcance. Aristóteles era de la misma opinión, aunque condicionándolo al hecho de que la mujer hubiera tenido ya varios hijos. Hipócrates, por el contrario, siempre se manifestó en contra de estas prácticas, y en su juramento prohibe provocar el aborto cuando dice: "Nunca entregaré a una mujer un pesario abortivo".

Lo cierto es que todos los problemas emanados de la vida sexual giran en torno de la economía individual o colectiva de la Humanidad, cuando no se refieren a las condiciones sociales que reglamentan los conceptos de la moral más o menos artificiosa. Por eso, cuando alguna mujer invoca el derecho al aborto por inspiración moral únicamente, está más falta de razones que si afirmase su argumento en el hecho simple y escueto de que no le da la gana ser madre. De cualquier forma, lo más moral y más higiénico resulta

dejar las cosas como están y... tener más cuidado para otra vez.

Hay casos sin embargo, en que el derecho al aborto es tan legítimo, que hasta la misma moral lo impone como una solución satisfactoria, como cuando el embarazo es la consecuencia de una violación o ha ocurrido a causa de una fecundación insospechada, casos rarísimos desde luego, pero que pueden acontecer y se han registrado. La violación de una mujer, ya sea en estado consciente o bajo la influencia de un narcótico, implica siempre la falta de consentimiento por su parte para realizar el acto carnal. Entonces se plantea un problema cuya solución sólo puede aportar la víctima, que es la embarazada, la cual no encontrará obstáculo alguno en el criterio de cualquier juez sensato, y en última instancia en el de un médico honrado, para lograr plenamente la interrupción del embarazo. Estos casos se registran con gran frecuencia en todas las guerras de invasión, aunque en los pueblos que viven en perfecta paz tampoco son desconocidos.

Aparte de estos sucesos, la ciencia y los jueces reconocen la ligitimidad del derecho al aborto en las fecundaciones que han tenido lugar mediante el engaño de una muchacha inocente e inexperta pese a su actitud biológica para la maternidad, incluso no habiendo existido la circunstancia específica de la violación o la narcosis.

Hay casos en que el embarazo sobreviene de una manera tan misteriosa e incomprensible, que la mujer más honesta no puede encontrar en su conciencia el más mínimo motivo de reproche pudiendo llegar incluso a ser víctima de una psicosis grave en virtud de un embarazo que, según la estructura moral de la sociedad, constituye una deshonra irreparable, puesto que resulta de una imposibilidad absoluta "adivinar" quién pudiera ser el responsable del mal.

En una población de la República Argentina habitaba un ingeniero español en unión de su esposa y una hermana de él, de diecisiete años de edad. El ingeniero dirigía las obras de construcción de un puente y solía pasar algunas temporadas fuera de la casa.

Cierto día, la esposa le reveló una sospecha feliz: iba a ser madre. Se le presentaron los síntomas del embarazo, como vómitos, malestar, mucho sueño, hinchazón de los pe-

chos, etc. Y como la hermana del ingeniero empezase a sentir también trastornos muy semejantes, fué a visitar a un médico, quien descubrió que la joven estaba embarazada casi del mismo tiempo que su hermana política.

El ingeniero, hombre enérgico y serio, recurrió a todos los procedimientos para obtener de su hermana la explicación de aquel suceso que vino a derrumbar la tranquilidad de su hogar, pero la muchacha aseguraba solemnemente que su honor estaba incólume, circunstancia que había comprobado el médico respecto a la integridad de la membrana virginal.

Después de muy laboriosas investigaciones, la joven terminó por confesar que en algunas ocasiones había tenido contactos homosexuales con la esposa de su hermano; en esta afirmación se encontró la verdadera clave del enigma, suponiéndose que después de haber cohabitado la cuñada con su esposo, algún germen logró ganar las vías genitales de la semi-virgen, determinándose así la fecundación, o sea en forma parecida a lo que ya sabemos acerca de la explicación de los embarazos inexplicables.

Aquí se planteó el caso de un hijo incestuoso. Por consiguiente, no hubo mejor solución que practicar el aborto, lo que debe considerarse legítimo a todas luces.

Igualmente, aunque en distinto orden de ideas, el aborto es indispensable, humanitario y justo cuando se trata de mujeres que experimentarían trastornos gravísimos e incluso la muerte, de continuar una gestación que no puede resolverse normalmente, como ocurre en determinadas enfermedades, malformaciones de la pelvis y otras circunstancias parecidas que debe determinar el tocólogo.

En mujeres completamente sanas y bien conformadas, pueden tener lugar los embarazos tubáricos y ectópicos o extrauterinos, que se desarrollan generalmente en las trompas. Cuando el embarazo es tubárico, es decir, que el óvulo fecundado continúa el proceso de formación del nuevo ser en el interior de una de las trompas uterinas, la gestación no suele ir más allá del tercer mes. Hay que tener en cuenta que el volumen y el peso de las envolturas embrionarias o fetales son idénticos a los de estos mismos órganos en el embarazo normal o uterino.

La trompa donde se ha venido efectuando el desarrollo del huevo va dilatándose normalmente, hasta que llega el momento en que esas envolturas se rompen de una manera espontánea en virtud de la extrema dilatación a que son sometidas por el producto del embarazo, lo que por lo general motiva la peritonitis de fatales consecuencias. Los síntomas del embarazo extrauterino no se diferencian notablemente de los del normal, a no ser el desarrollo del vientre que resulta más acentuado en la parte que corresponde a la situación de la trompa donde se verifica la gestación. Pero como el desarrollo del vientre sólo se advierte hacia el tercer mes, en esa altura del embarazo ectópico nadie más que un experto puede advertir tan gravísimo contratiempo, por lo que el aborto debe efectuarse con la certeza de que es el único medio de salvar la vida de la paciente, ya que el producto de la concepción jamás podrá llegar a término. Afortunadamente el extraño abultamiento del abdomen indica siempre que el embarazo no es normal, por lo que hay medio de advertirlo oportunamente.

En otros casos, cuando el huevo va a caer al fondo del abdomen, o sea el embarazo abdominal, aunque el caso no es tan grave como el anterior, el parto no puede efectuarse por las vías naturales, sino que sería preciso extraer el feto mediante la cesárea. Por consiguiente, de advertirse tal anomalía, el aborto es la solución más indicada.

Todos estos casos deben ser investigados y resueltos por tocólogos y ginecólogos de verdadera solvencia, huyéndose de los charlatanes y abortadores profesionales de cuyos oficios no pueden esperarse otros resultados que la muerte de la embarazada o muy graves trastornos de los que posiblemente no cure en toda la vida.

El empleo de los abortivos internos, todos ellos de alta toxicidad, jamás deberán emplearse en esas circunstancias, porque los resultados nunca dejan de ser fatales sin ofrecer ninguna posibilidad de solución clínica, y más aún si se ocultan al conocimiento del médico, único capacitado para arbitrar sin pérdida de tiempo los recursos extremos de la ciencia, que en infinitos casos suelen ser ineficaces.

Artificiosidad de los motivos sentimentales

Ateniéndonos a los motivos de índole sentimental que una mujer puede aducir en demanda de la interrupción de un embarazo no deseado y dejando aparte la cuestión neta y puramente biológica, es posible mostrarnos indulgentes inspirándonos en las razones del derecho individual que a veces ha de sobreponerse a los intereses colectivos de la moral heredada, porque el sacrificio personal no habría de ser compensado por los actos favorables de la moralidad pública. ¿Qué protección brindan a las madres solteras la sociedad o el Estado en el orden de las atenciones que merecen los hijos?

Es brutalmente anómalo el hecho de que la concepción extraconyugal se considere como un oprobio, y en cambio se estime sagrada la vida en germen de ese pecado que una vez nacido, suele ser señalado también con el estigma clásico de la deshonra e infamado como su madre, como así ocurre aún en ciertos medios sociales que son el último reducto de la vieja moral que se obstina en no desaparecer. Debe castigarse, sí, a quienes hacen una lucrativa profesión del aborto: pero echar el peso de la ley sobre una mujer soltera, es bastante más desatinado que el hecho de que esa misma mujer provoque la interrupción de su embarazo.

Para dulcificar un tanto nuestra afirmación, diremos sinceramente que toda muchacha que se entrega sin tomar precauciones a la satisfacción de su impulso sexual con un hombre, debe pensar en los resultados tan naturales que del acto pueden derivarse. Por consiguiente, si esta consecuencia lógica se presenta, no podrá aducir razones puramente sentimentales en apoyo de su deseo de interrumpir la gestación, sino que su deber estriba en arrostrar la responsabilidad que ha contraído.

Claro es que no debe olvidarse el conflicto moral que se plantea con infausto motivo en el seno de la familia, sobre todo si ésta es de tipo medieval; pero de todas formas, siempre existen medios para seguir adelante pensando que no hay padres que por severos que parezcan, dejen de ser muy dulces abuelos ... Lo demás, si se quiere que la tradición no padezca, se reduce a llamar al novio o a quien sea,

obligarle a dar su apellido a la criatura por medio del contrato matrimonial con la madre y divorciarse media hora más tarde si se estima conveniente. Y desde luego puede asegurarse terminantemente, que la presencia en el hogar de un nuevo ser, aparte de que en nada o en bien poco puede complicar la economía doméstica, en el orden sentimental puede llegar a constituir incluso el centro afectivo de las gentes que habitan bajo el mismo techo. Así pues, el aborto en estas condiciones sigue pareciéndonos tan criminal como antes y concluímos con la afirmación de que en manera alguna debe realizarse, y menos dejarlo sin la sensación debida si se llega a consumar.

Este aspecto, bien comprendido por los legisladores romanos, les indujo a dictar las penas más severas a las mujeres solteras que se hacían abortar, lo mismo que a las que siendo casadas lo hacían teóricamente amparadas en supuestos motivos sentimentales, encubridores en realidad de la intención de lesionar otros intereses. En Mileto fué castigada con la última pena una mujer que abortó intencionalmente con el fin de que lo que fuera a nacer no heredase lo que esperaban otros familiares de su marido, los cuales la entregaron una suma en dinero. Cicerón, comentando este caso, afirmaba que el castigo había sido completamente justo, "puesto que la abortadora había destruido las esperanzas de un padre, la memoria de un nombre, el sostén de una raza, el heredero legítimo de la familia y un ciudadano para el Estado".

La práctica del aborto es absolutamente incompatible con los sentimientos religiosos cristianos, lo que no importa demasiado para que la abortada, tan pronto como está en condiciones de abandonar el lecho, vaya a la primera iglesia a dar gracias a Dios por haber salido con fortuna de tan peligroso trance... Una mujer animada por ese principio sentimental de las creencias más hondas, debe saber que los primeros moralistas y padres de la Iglesia proclamaron el derecho a la vida no sólo del niño, sino también del producto de la concepción, estuviese adelantada o no. El concepto del alma, y sobre todo de su inmoralidad, instituía el principio del bautismo como único medio de borrar el estigma del pecado original que hereda todo cristiano, puesto que se adoptó el criterio de que el feto que muere es porque

ha vivido, y al vivir ha de estar bajo el peso del pecado de Adán, del que se hace preciso redimirle por el bautismo.

Es cierto que todas o la mayor parte de las inspiraciones sentimentales se producían fuera de la órbita afectiva de la maternidad, cuyo instinto se sacrificaba a conveniencias de otra índole, lo que no debe sorprendernos, porque la vida es la eterna repetición de la historia. Así es como llegamos a la conclusión de que los prejuicios y los sentimientos se evaden de su marco natural, para caer de lleno en el terreno del artificio cuyo exponente más fiel en el aspecto que nos ocupa, es la propia artificiosidad del aborto. Existieron opiniones tan opuestas y actitudes tan disparatadas, que así es como una escritora revolucionaria alemana, Oda Olberg, llegó a decir de las mujeres que artificialmente interrumpían sus embarazos, que era preferible que así lo hicieran, asegurando que de dar vida a nuevos seres, "sólo son capaces de producirlos defectuosos, puesto que ninguna mujer normal, saludable y robusta, siente jamás deseo de llegar al aborto". Abundando en su pintoresca tesis, decía que hay mujeres que aun cuando resulten físicamente fecundas, son completamente estériles en el aspecto psíquico, no poseyendo más instinto maternal que la facilidad de concebir. Y añade: "Estas mujeres, cuando abortan, corrigen sencillamente una equivocación de la Naturaleza".

Esos errores de la Naturaleza que invoca en apoyo de sus ideas tan personales, y que algunos sesudos moralistas tomaron como base de propoganda en favor de la natalidad, sólo pueden ser considerados como tales en virtud de un exceso de apasionamiento. Si, en efecto, muchos niños que sobrevivieron a las prácticas abortivas nacen tarados con defectos físicos, esas taras no pueden tener su orígen en el psiquismo materno, sino que son la consecuencia de los estériles manejos llevados a cabo con el deseo vehemente de impedirles nacer. También hay que rechazar esa teoría sentimental que pretende afirmar la relación existente entre la salud del cuerpo y la del alma, porque precisamente suelen ser las mujeres más bellas, más sanas y mejor dotadas las que por razones de estética recurren a la solución del aborto.

Es evidente que los motivos sentimentales aducidos como justificación del aborto, apenas tienen otro fundamento ín-

timo que el temor a lo antiestético, a la incomodidad, al malestar y a todo cuanto significa realidad del sentido de las responsabilidades. El aborto no es más que el efecto de la imprevisión, y la facilidad con que puede realizarse un motivo totalmente inmoral que destruye psicológicamente los valores del instinto de la maternidad y acaba por abatir las defensas más nobles del respeto que la mujer debe inspirar al hombre, a la familia, a la sociedad y a la especie. El control de la natalidad practicado de una manera inteligente y en su órbita normal, no excluye los fines de la maternidad, porque la mujer puede tener hijos en el momento que los desee: pero el aborto, que generalmente implica consecuencias que traen consigo la esterilidad irremediable, no debe disfrazarse con motivos convencionalmente sentimentales, porque la vida se nutre de realidades efectivas y no de ideas emanadas del egoísmo individual.

En cuanto a las mujeres solteras, eso de la deshonra y del desprecio público ya no es cosa del presente siglo y menos aún de la época que vivimos. Cuando la causa que promueve la interrupción criminal de un embarazo no inside en que ese estado resulta incompatible con la esbeltez de la línea, se inspira también en el temor a las obligaciones y responsabilidades que el nacimiento del nuevo ser trae consigo. A poco que se escarbe en la conciencia de las embarazadas a extramuros de la tradición, veremos que no son capaces de aducir motivo alguno serio y respetable en apoyo de su pretensión tan desatinada. Todos los argumentos, puesto que jamás pueden alcanzar el rango de auténticas razones, son de una artificiosidad tan diáfana como la luz del sol que nos alumbra.

Y no está mal que la falta de sentido de responsabilidad de los actos y las consecuencias del sexo, del dulce placer del amor, sea compensada en la balanza del equilibrio moral y físico con la adopción de las obligaciones más respetables que toda mujer inteligente puede eludir si quiere oportunamente, sin llegar a esos extremos que desde el punto de vista de la mejor higiene moral y física ya no deben tener otro remedio que el de afrontar sus efectos con la dignidad que, precisamente, es lo que hace respetable al sexo femenino.

Capítulo V

FISIOLOGIA DE LA FECUNDACION

Instrucción previa

El método anticoncepcional más racional y científico es tan sencillo de practicar con éxito absoluto, que como todos los fenómenos que se basan en principios naturales, apenas si requiere una instrucción elemental en el orden didáctico. Sin embargo, para cualquier criterio positivista pueden estar de sobra todas las teorías, siempre que se exponga al análisis la base escueta del hecho práctico. Ahora bien, consideramos muy necesario dotar al lector de los conocimientos previos al objeto de que en todo momento pueda estar en posesión de esos supuestos misterios o secretos de la Naturaleza, cuyo prestigio incógnito queda claramente destruído gracias a la investigación científica que termina por evidenciar el por qué de las relaciones de causa a efecto.

Hemos hablado con extensión de todas las circunstancias sociales, individuales, morales, económicas, etc., que sirven de firme basamento a la doctrina de la anticoncepción relativa, es decir, al control sensato de la natalidad, que en manera alguna debe dejarse abandonada en sus inmensas posibilidades a las ciegas energías del instinto sexual. Todo eso ha sido necesario, repetimos, para afirmar sobre cimientos sólidos la convicción previa que debe preceder a

todas las decisiones y actitudes inteligentemente adoptadas, y que fundamentalmente se reducen a un llamado angustioso a la conciencia pública y privada de la raza que se obstina en permanecer ajena a la magnitud de los hechos tan lamentables que se derivan del magno problema.

Ahora iniciamos el tránsito por el campo liso y llano de la práctica, del hecho escueto y definitivo de la realidad material, ya que toda la teoría anterior, machacona e insistente, nos ha servido para abonar el terreno que seguramente ofrecerá la experiencia de las mejores cosechas.

Prescindiendo de una exposición amplia, por no ser necesaria, de los caracteres generales de la sexomorfología y la sexofisiología, nos limitaremos a exponer con cierto detalle lo que concierne a la fecundación en sus relaciones con el hecho central del dominio de la facultad reproductiva, todo ello por el afán de llevar al ánimo del lector el conocimiento más adecuado de los fenómenos naturales y las conclusiones científicas que determinan la inteligente adopción del método.

En estas cuestiones, la cultura no se conforma con la constatación del hecho, sino que su ansiedad se amplía a la investigación de la causa que lo promueve. Por otra parte, el conocimiento de los aspectos de que vamos a ocuparnos debe considerarse indispensable para la comprensión más clara de los hechos especializados, ya que los diversos fenómenos están subordinados en cuanto a la eficiencia deseada, a diversas circunstancias que quieren atención y método, ya que un error de interpretación o una falsa confianza, suelen ser en muchas ocasiones la explicación de los fracasos que no siempre dejan de tener consecuencias lamentables.

Tenemos la seguridad de que el lector encontrará un camino libre y despejado de incógnitas, y esa es la convicción que pretendemos llevar a su ánimo a través de este preámbulo.

Célula germinal masculina

La diferenciación sexual en biosexología, es la afirmación de los caracteres sexuales generales de los procesos

biológicos, ya que la sexualidad tiene su origen en la vida misma.

En el curso de los procesos de reproducción es cuando aparecen las primeras etapas de la diferenciación que se realiza de una manera progresiva, constituyéndose los elementos sexuales distintos denominados *gametos*, base de formación de la célula. Las ulteriores etapas dan lugar a la acentuación de la diferencia morfológica de los gametos que si no son, realmente, elementos sexuales por sí mismos, son individuos de los que emanan los referidos elementos que más tarde tienen un *género*. Es decir, que los gametos son los gérmenes primitivos de las células macho y hembra, o sean el espermatozoide y el óvulo.

Empezaremos por el estudio de la célula espermática o célula germinal masculina, que también se denomina espermatozoide, zoospermo y *homúnculo*, como decían los antiguos, y que muchos pueblos salvajes creen que tiene la figura de un ser invisible, de un espíritu dotado de todas las características mentales y físicas, refiriéndonos en primer lugar al *esperma*, o sea el líquido que sirve de vehículo a la célula como agente químico de su vitalidad y características propias. El esperma es un líquido de composición muy compleja, por lo que debe diferenciarse el licor seminal del semen propiamente dicho. Este procede de los testículos y es la parte que contiene la célula o zoospermo, y el líquido seminal resulta ser la mezcla de la masa zoospérmica y de las substancias que proceden de las vesículas seminales, próstata, glándulas de Cowper y de Litré, y en resumen del conjunto de las secreciones de todas las glándulas sexuales.

El olor característico del semen proviene de la mezcla de todos esos productos de secreción, y es comparable al de la flor de castaño. El color opalino se debe a los líquidos prostáticos, y su consistencia mucoide a la influencia de los jugos de las glándulas de Cowper. La masa espermática se disuelve fácilmente en agua fría, adquiriendo cierta solidez cérea en contacto con el agua caliente. La secreción espermática es la más lenta de todo el organismo, lo que se debe a las sinuosidades incontables, a la longitud —400 metros— y al reducidísimo diámetro de los vasos espermáticos donde se efectúa el proceso de elaboración de la célula. Esta se reproduce en los lóbulos testiculares, para atravesar

la red de Haller, los canales aferentes, el bloque del epidídimo, el canal deferente y las vesículas seminales, que es donde el líquido queda retenido hasta el instante de la eyaculación. Cuando se abusa del coito en cortos intervalos, el líquido puede presentar en su masa estrías sanguinolentas, síntoma grave, debido a la extravasación congestiva de las vesículas seminales.

El zoospermo es sólo visible con auxilio del microscopio, ya que en la pequeñísima cantidad de un milímetro cúbico de licor seminal sano se pueden contar hasta 100.000 células perfectamente aptas para fecundar otros tantos óvulos.

En la denominación técnica, los espermatozoides son corpúsculos filamentosos cuya longitud varía entre 50 y 60 milésimas de milímetro. Sus movimientos típicos ondulatorios o de serpenteo son de tal rapidez, que en un segundo franquean una distancia igual a la longitud de su cuerpo, o sea a una velocidad de tres milímetros por minuto. Esta movilidad de la célula espermática, sólo puede advertirse cuando está en contacto con las secreciones vesiculares y prostáticas, ya que en otros elementos se paraliza aunque conserve su vitalidad. Algunos investigadores trataron de asimilar el espermatozoide a las especies animales, pero su catalogación es impropia, ya que carecen de la posibilidad de reproducirse, característica fundamental de la animalidad.

La génesis del zoospermo comprende cuatro fases: las túnicas internas de los canales seminíferos lobulares están cubiertas en toda su extensión por una capa de células que reciben el nombre de *espermogonias*. Estas células experimentan diversas metamorfosis, transformándose primero en otros organismos celulares más gruesos, los *espermatocitos*, convertidos después en los *espermátidos* de los cuales derivan los zoospermos que adoptan la forma de filamentos arracimados que se insertan por las cabezas en las células denominadas de Sertoli, por ser este anatomista quien las descubrió.

El espermatozoide se compone de tres partes fundamentales, que son la cabeza, la pieza intercalar y la cola. La cabeza adopta la forma de una pera aplastada, correspon-

diendo su base a la inserción de la pieza intercalar, y el vértice, o porción más delgada de la supuesta pera, está provisto de un terminal córneo de relativa dureza en comparación con el resto de la célula. Esta porción se considera como un órgano ofensivo, ya que es lo que sirve al animálculo para perforar la envoltura del óvulo femenino y penetrarlo en el proceso inicial de la fecundación. La pieza intercalar se subdivide en dos porciones: una cervical y otra de conexión a la cola propiamente dicha, que a su vez se forma de la pieza capital y la terminal o extremidad del flagelo.

El verdadero órgano fecundante, es decir, la porción celular que determina la fecundación del óvulo y que contiene todas las características paternales transmisibles por la herencia —aspecto físico, color de la piel, de los ojos, caracteres morales, etc.—, es la cabeza del espermatozoide que penetra en el óvulo completamente, ya que las demás porciones desaparecen en el instante en que la penetración de la cabeza se ha realizado. Las dos porciones inferiores, no sirven a la célula más que en calidad de órganos de locomoción de sus movimientos típicos y para prestarle el necesario impulso al penetrar al óvulo.

Respecto de su vitalidad, las más recientes adquisiciones científicas han venido a demostrar que no alcanza los plazos sostenidos por varios investigadores modernos, sobre todo con referencia a las posibilidades de su poder fecundante. Está demostrado que la célula espermática de todo animal —incluyendo, naturalmente, al humano— de testículos escrotales, no puede sobrevivir, o por lo menos pierden su capacidad para fecundar al óvulo, antes de las cuarenta y ocho horas de haber sido eyaculados en la masa espermática. El principal factor determinante de esta incapacitación, inside en el hecho de la diferencia de temperatura que existe entre los testículos y el seno abdominal de la mujer, aparte las alteraciones químicas que se operan entre las secreciones masculinas y las útero-vaginales de los órganos femeninos.

Sin embargo, en medios distintos de más baja temperatura, como ocurre en los cadáveres, ha podido comprobarse la extraordinaria vitalidad de la célula germinal do-

tada de todos sus caracteres de motilidad y fecundidad. El calor perjudica al espermatozoide, tanto como las temperaturas bajas pueden contribuir a conservar inalterables sus propiedades biológicas características.

Todo esto es de suma importancia a los fines de nuestro trabajo, aunque como es lógico comprender siempre deben tenerse en cuenta las máximas precauciones con relación a estos hechos, ya que considerando la posibilidad de excepción común a toda regla general, es imposible afirmar definitivamente cualquier conclusión en este sentido. Nosotros hemos podido comprobar la existencia de espermatozoides vivos en el fondo de la cavidad vaginal de una mujer sana a las setenta y siete horas de haber realizado el coito, si bien la mayor parte de las células de la masa que sometimos a observación habían perdido sus caracteres de motilidad.

Lo que sí está demostrado hasta la saciedad, es que de toda una masa eyaculada que es aproximadamente de cinco centímetros cúbicos en la que existen más de 500 millones de células completamente aptas para la fecundación, la porción mínima de una solución ácida, aunque sea en pequeña proporción, produce inmediatamente la muerte de todos los espermatozoides que acaban por disolverse y desaparecer sin apenas dejar vestigio. Sin embargo, no puede admitirse tal método contraconceptivo en calidad de espermaticida, porque el núcleo espermático depositado en virtud del coito en las vías genitales de la mujer puede fragmentarse quedando replegados esos fragmentos seminales en las anfractuosidades de la vagina, donde el acceso del líquido ácido es difícil o imposible. Pueden quedar destruídos casi todos los espermatozoides: pero con una sola célula que escape a la acción de la substancia, la Naturaleza no necesitará más para llegar a su fin biológico.

La emisión seminal dotada de todas sus propiedades fecundantes aparece en el hombre como signo fundamental de la pubertad, o sea alrededor de los quince años de edad. Antes, aunque exista eyaculación, ésta carece de los elementos germinales específicos y por consiguiente es estéril. Excepcionalmente se ha observado la fecundidad en edades más jóvenes, como ocurrió con un niño de diez años que

dejó embarazada a una muchacha de catorce. El hombre pierde la facultad de reproducirse entre los 65 y los 70 años, aunque también se registran excepciones muy notables.

Una porción de esperma puede escapar a la percepción visual, y dado el reducidísimo tamaño de la célula contener muchos millones de éstas perfectamente aptas para la fecundación de un óvulo dispuesto a soportar el fenómeno. Por esto, al manipular diversos aparatos auxiliares a que nos referiremos después, debe tenerse gran precaución en el sentido de proceder a su limpieza empleando soluciones ácidas débiles, ya que no necesitan estar muy concentradas para que surtan los efectos apetecidos. Iguales cuidados deben observarse en la limpieza de los recipientes destinados a la higiene íntima del matrimonio, ya que como se ha dicho, no son raros los casos de fecundaciones inexplicables al parecer, pero que siempre responden a un exceso de confianza o a cualquier lamentable imprevisión.

Ovario, ovulación, óvulo y cuerpo lúteo

El órgano glandular más importante de la mujer, puesto que por sí solo caracteriza a su sexo, es el ovario, homólogo del testículo, cuya misión esencial estriba en la elaboración del *óvulo*, o sea la célula germinal femenina.

El núcleo ovárico es par y generalmente asimétrico, ya que el derecho suele ser un poco mayor que el izquierdo. Son glándulas dehiscentes, es decir, que se abren de una manera espontánea cuando llegan a su madurez los óvulos o huevos, verificándose así el fenómeno periódico de la ovulación o "puesta del huevo", dicho vulgarmente. Sus dimensiones son muy variables, lo que depende de la edad, la corpulencia, el estado de la actividad sexual, etc. En la mujer adulta, la longitud de cada glándula oscila entre 25 y 50 milímetros, siendo su anchura de 15 a 35. La forma es elíptica, aplanada, parecida a la de una almendra, unas veces fusiforme y otras esférica. El peso en estado normal no suele pasar de cinco o seis gramos, aunque en virtud de ciertas alteraciones puede adquirir un peso y un volumen considerables.

Su consistencia también es muy variable; en unas mujeres la glándula es dura y musculosa, y en otras blanda y pulposa. Ambas pueden percibirse fácilmente por medio de la palpación, especialmente en las mujeres delgadas o cuando en las regiones externas correspondientes a su emplazamiento no existen adiposidades notables. Su movilidad suele ser tanta, que a veces resulta difícil retenerlas entre los dedos. En las mujeres que han dado a luz varias veces su tamaño y consistencia son mayores que en las que no tuvieron descendencia. Al llegar a la menopausia o cesación de la actividad sexual reproductiva, los ovarios se atrofian y su tamaño se reduce hasta el extremo de no poderse percibir por la palpación.

En el ovario hay que distinguir dos extremidades: la tubárica y la uterina, o sean los polos del ovario. Como su nombre indica, una extremidad es externa, redonda y espesa, que es la que se inserta en la trompa por medio de una franja, y la uterina, de estructura cónica y de consistencia blanda, se une al útero por el ligamento ovárico, cordón de 30 o 40 milímetros de longitud por cuatro de espesor, constituído principalmente por las fibras musculares lisas que concurren transversalmente del borde interno de la glándula al ángulo del útero.

Histológicamente considerado el ovario, se compone de una capa medular y otra cortical, esta útima muy compacta e interrumpida por el *hilus*, o sea una externa y complicada trabazón de nervios y vasos sanguíneos que encierran a la capa medular. Esta corteza la constituye el epitelio germinal o porción ovígena, por contener un gran número de vesículas denominadas de Graaf, unas visibles y otras encerradas en el tejido del ovario, y que sólo son perceptibles con ayuda del microscopio, y cuyo número se calcula en unas 700,000 por cada glándula. Como la vesícula es la envoltura del óvulo dentro del ovario, también recibe el nombre de *ovísaco*, cada uno de los cuales puede contener cinco o más óvulos, aunque lo normal es que sólo contenga uno.

Las vesículas germinativas que se desarrollan en la capa cortical o porción ovígena del ovario, llegan a adquirir al final del proceso un volumen bastante notable, produciéndose entonces el estallido folicular que pone en libertad al

óvulo, o sea el fenómeno de la ovulación, y a cuyo aspecto nos referiremos después de una manera concreta y específica, por ser un hecho importantísimo y básico en el orden que nos ocupa.

Al estallar la vesícula, el óvulo perfectamente maduro y apto para la fecundación es proyectado en el pabellón de la trompa, la cual aplica sus franjas comparables a los pétalos de una flor, precisamente en el punto de la superficie ovárica donde la ruptura de la vesícula se produce, absorbiendo por así decir al óvulo, facilitando su arribo al interior de las trompas.

Los folículos o vesículas que han alcanzado el límite total de su madurez, llegan a tener más de dos centímetros de diámetro. El óvulo queda situado en la membrana vitelina, constituída por una masa amarilla central, el vitelio, que a su vez sirve de envoltura a un núcleo excéntricamente dispuesto, pero perfectamente delimitado, provisto de una membrana muy resistente, que es la túnica interna. Dentro de esta túnica es donde se halla la vesícula germinativa, cuyo diámetro varía de cuatro a ocho milésimas de milímetro. Las células que envuelven exteriormente a los órganos esenciales del óvulo, forman el conjunto del epitelio o envoltura folicular.

Cuando el óvulo ha sido recogido por el pabellón de la trompa y conducido al canal tubárico, tiende a descender hacia la cavidad uterina si es fecundado por un espermatozoide, fenómeno que sólo puede realizarse en un plazo reducidísimo, como veremos en el capítulo correspondiente.

Como dato curioso diremos, que si todos los óvulos producidos por los ovarios de una mujer a lo largo de su vida activa fuesen fecundados, ella sola podía dar vida a una población de cerca de millón y medio de habitantes. Claro está, y por fortuna para la especie, que durante el período de actividad procreadora, o sea desde los catorce a los cuarenta y cinco años, sólo 400 óvulos alcanzan su madurez, de cuya fantástica cifra apenas una docena de células llegan a ser fecundadas. La Naturaleza ha prodigado los gérmenes reproductivos entre los seres organizados a fin de asegurar la propagación de las especies, lo que es contrario a la célebre afirmación de Mario Bichat cuando

dijo que "la Naturaleza es avara de medios y pródiga en efectos".

Después de verificarse el fenómeno del estallido folicular con la consiguiente exclaustración del óvulo maduro, la envoltura elástica que naturalmente tuvo que desgarrarse, acaba por retraerse y aparece la correspondiente cicatriz constituída por granulaciones grasosas, al principio de color gris y posteriormente amarillo intenso, que es lo que se llama cuerpo amarillo o cuerpo lúteo. Esta cicatriz o cuerpo lúteo persiste claramente destacada en el ovario, siempre que el óvulo haya sido fecundado. De no ser así, el cuerpo se marchita con rapidez y desaparece de la superficie ovárica al cabo de pocos días.

A medida que el embarazo avanza, el cuerpo lúteo se desarrolla de tal forma, que la cicatriz persiste en forma indeleble durante toda la existencia de la mujer. En la autopsia, la presencia de las cicatrices de los cuerpos lúteos en el ovario basta para determinar el número de embarazos logrados, lo que tiene un valor importantísimo en medicina legal.

La misión del cuerpo lúteo no se limita a esa información elemental; su papel más notable se refiere a la secreción de una hormona, la luteína, cuya influencia en el organismo es de efectos considerables. Las investigaciones científicas efectuadas acerca de la importantísima función de esas secreciones glandulares, han puesto en claro muchos misterios que hasta hace muy poco tiempo no habían podido ser dilucidados. Por otra parte, las conclusiones de la fisiología del cuerpo lúteo han permitido también determinar ciertos aspectos relacionados con la esterilidad y la fecundidad periódicas de la mujer, por sus evidentes reflejos en las funciones del útero, los ovarios y las glándulas mamarias. Estas adquisiciones tan recientes, no han llegado, sin embargo, a la totalidad de la perfección científica, suponiéndose fundadamente que los resultados más completos hasta la fecha, acaso sean un secreto celosamente guardado por los investigadores alemanes que realizaron los más crueles experimentos, no ya en conejas, sino en la enorme cantidad de infelices mujeres martirizadas y sacrificadas en los trágicos campos de concentración de la desaparecida Alemania hitlerista.

El útero

El útero o matriz es un cuerpo musculoso hueco de paredes muy gruesas. Los músculos son lisos y forman la mayor masa musculosa del cuerpo humano. La pared está constituída por tres capas superpuestas: la interna o mucosa, la media o musculosa y la externa o serosa. La mucosa está poblada por numerosas glándulas que segregan un mucus más o menos espeso cuya cantidad aumenta bajo determinadas influencias patológicas, en cuyo caso ocurre la *metritis*, cuyos productos son los diversos flujos y materias mucopurulentas o mucohemáticas, etc., que siempre entrañan la esterilidad.

La parte musculosa se compone de fibras tan íntimamente entrelazadas, que en su virtud es como el cuerpo uterino puede soportar la enorme dilatación de todos sus tejidos con ocasión del embarazo. La contracción de estas fibras musculosas es el mecanismo que determina la expulsión del feto con los dolores característicos del parto y el alumbramiento.

La túnica serosa es una prolongación anatómica del peritoneo que recubre la parte superior del útero, apoyándose por delante sobre la vejiga y en el recto por detrás. De todos los tejidos del organismo, el del útero es el que contiene la mayor parte de vasos y nervios. Su riqueza vascular se caracteriza por venas gruesas y desiguales, base de muchas inflamaciones molestas, y los nervios dependen del sistema del gran simpático, por lo que las contracciones de la matriz resultan independientes de la voluntad.

El útero consta de dos partes: cuerpo y cuello. El cuerpo tiene dos orificios laterales superiores que corresponden a las desembocaduras de las trompas uterinas, y uno central e inferior en el cuello, denominado canal cervical, que comunica con la vagina.

Todo el órgano presenta un extremidad superior o fondo uterino, que en la joven es de forma convexa muy pronunciada y rectilínea en la mujer que ya ha gestado. El aspecto general del órgano en las primeras es el de un cono con el vértice hacia abajo, y en las segundas el de una pera aplanada. En cuanto a sus dimensiones, en la mujer nulí-

para es de seis a ocho centímetros de alto, cuatro a cinco de ancho y de tres a cuatro el espesor de sus paredes. El desarrollo del órgano termina entre las edades de doce y diecisiete años. En las mujeres que ya han dado a luz, todas las dimensiones aumentan considerablemente.

La posición que adopta la matriz dentro de la cavidad pélvica depende del estado de la vejiga: si está llena, la parte superior del órgano se inclina hacia atrás, y si vacía, hacia adelante, puesto que el útero hace de báscula, correspondiendo su eje al de la vejiga. Puede experimentar diversas desviaciones, aunque se mantiene en posición correcta gracias a los repliegues peritoneales o ligamentos que se fijan en las paredes pelvianas. Los principales son los ligamentos largos divididos en redondos los anteriores y útero-sacros los posteriores. Estas ligaduras poseen la facultad de distenderse extraordinariamente, propiedad funcional que está en relación con el desarrollo que experimenta el órgano durante el embarazo. Cuando los ligamentos adquieren una laxitud patológica, el útero desciende hacia la vagina hasta el punto de que el cuello sale por la abertura vulvar.

El cuello es la parte más próxima a la vagina en cuya cavidad se interna en una porción de dos centímetros, adoptando una forma elíptica que recibe el nombre de *portio*. En su centro, como hemos dicho, está perforado por el canal cervical de un diámetro aproximado de seis a ocho milímetros. En las mujeres que no han tenido partos, los bordes del orificio útero-vaginal son completamente lisos, pero en las multíparas ya es irregular, sinuoso y piqueteado. El cuello está casi desprovisto de nervios, hasta el punto de que las intervenciones quirúrgicas en esta porción del órgano pueden realizarse sin necesidad de anestesia, ya que la paciente no experimenta por ello dolores insoportables. Sin embargo, está demostrado que el cuello uterino percibe los roces del miembro viril durante el acto del coito que se traducen en sensaciones erotogénicas.

Los anexos son las trompas uterinas u oviductos, denominados así por ser los órganos conductores del óvulo. Se trata de formaciones pares situadas en los ligamentos largos, y por haber sido comparadas con una trompeta por el

fisiólogo italiano Gabriel Falopio, reciben la denominación secundaria de *trompas de Falopio*.

Morfológicamente consideradas, son tubulosas, musculares y plisadas longitudinalmente. Se prolongan por ambos lados desde el ovario hasta el ángulo superior externo del útero, terminando su extremidad libre en la cavidad peritoneo-abdominal. Su trayectoria es sinuosa en la juventud, enderezándose en la edad adulta.

La extremidad libre flotante, de anchura variable, recibe el nombre de pabellón de la trompa, dividida en doce franjas de bordes dentados, una de las cuales, la más larga, es el ligamento tubo-ovárico o franja ovárica. El aspecto de los pabellones, como ya dijimos, es parecido al de una flor de pétalos irregulares más o menos alargados. La principal función de las trompas consiste en favorecer el tránsito de los espermatozoides desde el útero a las proximidades del óvulo, al mismo tiempo que el de los óvulos fecundados al interior del útero. La migración de los óvulos se efectúa en virtud de los movimientos ondulatorios de arrastre de las pestañas vibrátiles que tapizan la superficie interna de estos conductos.

La menstruación como fenómeno físico

Este importantísimo aspecto de la vida sexual de la mujer que en muchos casos se ofrece como base de la naturaleza femenina y que tiene una proyección social indudable lo mismo en el orden físico que en psicológico, vamos a estudiarlo ahora como un hecho natural y fisiológico.

La menstruación es el primer signo de la pubertad en la mujer, y la prueba más indudable de que resulta apta para la reproducción de la especie: es la mayor edad biológica. El fenómeno menstrual cesa en el momento en que ya no puede reproducirse: esta es la menopausia o edad crítica. La emisión catamenial falta en los casos, por cierto muy raros, de ausencia congénita de los ovarios, de su atrofia o su ablación, en el infantilismo del útero y con motivo de ciertas afecciones. Su supresión es completamente natural y normal durante el embarazo y el curso de la lactancia,

considerándose anómalos aquellos casos en que el fenómeno se produce a pesar de esos estados.

Lo que puede decirse acerca del origen del fenómeno, es que la ruptura de cada vesícula con la consiguiente expulsión del óvulo maduro determina un estado congestivo producido por la acción de las hormonas que se derraman en el torrente circulatorio y que afecta a todos los órganos genitales internos, especialmente a la mucosa uterina. La Naturaleza toma sus sabias precauciones preparando a la mucosa citada a fin de que pueda soportar el laborioso trabajo del embarazo; pero cuando el óvulo no es fecundado, todo ese proceso congestivo carece de utilidad fisiológica, como tampoco la tienen las diversas substancias acumuladas bajo la influencia hormonal. Es entonces, al cabo de doce a catorce días de haberse producido una ovulación infructuosa, cuando la matriz se descongestiona y se libra de todas esas substancias que resultarían nocivas para la economía orgánica; los vasos se dilatan, se rompen y el flujo menstrual brota mezclado con todos los elementos que le son propios y que pueden calificarse de auténticos materiales de desecho. Esta es la menstruación, o si queremos decirlo de otra manera, la destrucción reparable de una porción de la mucosa uterina.

El fenómeno congestivo que opera la compresión de los plexos venosos del órgano, al aumentar la presión de la sangre rompe los vasos capilares de las capas internas, que es de donde en realidad brota la sangre. Al propio tiempo, las glándulas que tapizan las capas externas del interior del útero segregan una cantidad variable de mucus, lo que principalmente contribuye a dar al flujo su especial viscosidad. El olor característico de la substancia menstrual, a veces muy repugnante por su intensidad y que puede percibirse a través del aliento de la menstruante, obedece al rápido proceso de descomposición de ciertas materias contenidas en el flujo y en las secreciones normales de la vagina.

El hecho de que en muchos casos la emisión del flujo catamenial vaya acompañada de contracciones rítmicas de los músculos uterinos, hace pensar en la posibilidad de una especie de alumbramiento en miniatura, dadas las particularidades de ese mecanismo, por lo que llegó a definirse

la menstruación diciendo que era un embarazo abortado. Con más propiedad debe afirmarse, que la degeneración del cuerpo amarillo ocurrida a causa de la no fecundación del óvulo es lo que determina el flujo menstrual, y que no es otra cosa sino el conjunto de los loquios de la expulsión de un óvulo estéril.

En las mujeres que mantienen relaciones sexuales, es posible que la menstruación equivalga a un pequeño aborto; pero en otras que no se hallan en iguales condiciones, la evacuación del flujo catamenial equivale, vulgarizando la definición, a la postura de un huevo no fecundado. Con referencia al primer caso puede decirse que el primer investigador de este fenómeno, o por lo menos, del que tenemos referencias más remotas, fué un embalsamador egipcio, que al extraer las vísceras del cadáver de una princesa recién fallecida y casada mes y medio antes de su muerte, encontró entre los muslos un voluminoso coágulo de sangre que investigó por curiosidad, hallando un embrión de quince o veinte días que indudablemente fué expulsado al presentársele el período menstrual que acaeció una hora antes de haber sufrido el accidente que le costó la vida.

En nuestras investigaciones de las secreciones menstruales de aspecto anormal de algunas mujeres en quienes los períodos se presentan con algún retraso, hemos podido comprobar la existencia de esos verdaderos abortos, en los que el embrión aparecía perfectamente caracterizado y envuelto en sus correspondientes membranas. Casi puede asegurarse que la inmensa mayoría de las mujeres entregadas a una vida sexual normal que se lamentan de su esterilidad experimentando, al propio tiempo, notables retrasos en la repetición de sus menstruos, al presentarse éstos no son en definitiva sino embarazos abortados de más o menos tiempo.

Con relación a los mecanismos expulsores, los del parto y los del aborto no pueden compararse normalmente con los de la menstruación. Esas contracciones rítmicas del útero no se advierten en la menstruante con las mismas características que en los otros casos, ya que falta el fenómeno doloroso típico de las actividades musculares del cuerpo uterino, si bien pueden observarse anormalmente, radicando la causa en la estrechez del canal cervical o en su obtura-

ción por cualquier motivo, lo que impide la evacuación de las substancias a veces semisólidas del flujo catamenial.

La edad de aparición de las reglas y el tiempo de su duración dependen de diversas circunstancias, como el clima, los hábitos, género de alimentación, constitución, temperamento, etc. Por regla general, las jóvenes de los climas cálidos empiezan a menstruar entre los diez y los doce años, las de los templados entre los doce y los quince, y entre los catorce y los veinte las que habitan en climas fríos. La duración normal del período es de tres a cinco días, regla susceptible de sufrir importantes oscilaciones incluso en un mismo individuo. En cuanto a la cantidad de las substancias evacuadas, la normal es de 120 a 130 gramos, aunque en ciertos casos puede ascender a 500, lo que ya debe considerarse como una verdadera hemorragia de orden patológico. Lo mismo la duración que la cantidad dependen de los hábitos y muy especialmente del género de trabajo. Los ejercicios violentos y los trabajos pesados que requieren un notable dispendio de energías musculares, están contraindicados en los casos de pérdidas abundantes, ya que son efecto de aquéllos. Por el contrario, el reposo absoluto, preferiblemente en el lecho, determina una reducción notable de los caracteres del fenómeno en los aspectos citados.

La emisión empieza por un flujo sanguinolento de consistencia mucosa hasta llegar a la sangre, que desde luego nunca es pura. Cuando las pérdidas son abundantes se advierte la presencia de coágulos de tono más oscuro, aunque la sangre catamenial no debe coagularse siendo más bien clara que demasiado roja, porque el mucus y las demás secreciones de la mucosa uterina son los elementos que impiden la coagulación. Anormalmente suelen presentarse verdaderas metrorragias que requieren la intervención del médico. El flujo menstrual contiene cantidades extraordinarias de bacterias que aceleran su descomposición en muy pocas horas, por lo que el cambio de apósitos y los lavados higiénicos deben efectuarse con toda la frecuencia posible, ya que si se abandona el aseo, aparte del repugnante olor, las substancias emitidas pueden producirse irritaciones e inflamaciones de las mucuosas vulvares y vaginales, muy molestas siempre y susceptibles de degenerar en verdaderas afecciones ginecológicas.

La menstruación debe repetirse normalmente cada 28 días, lo que extrañamente coincide con un ciclo lunar completo, de donde resultarán trece períodos anuales correspondientes a otras tantas ovulaciones. Puede acontecer, en virtud de peculiaridades individuales y por diversas causas, que el fenómeno se repita en plazos más largos, lo que no da derecho a hablar de la anormalidad completa. No tratándose de casos verdaderamente patológicos, es más raro que la repetición se efectúe en menos de veintiocho días que en más tiempo. Como veremos después, este dato es de una importancia extraordinaria a nuestros fines, ya que la menstruación es la consecuencia de la ovulación. No obstante, lo mismo puede existir la ovulación sin período, que la evacuación menstrual sin que el óvulo exista. Sin embargo, lo normal es la producción de ambos fenómenos, y dada la ausencia inexplicable del menstruo como dato de absoluta necesidad, la paciente debe recurrir inmediatamente a la consulta con el especialista.

Las alteraciones orgánicas

El estado menstrual, que responde a directivas biológicas completamente naturales en la mujer e incluso en otras hembras de las especies zoológicas inferiores a la humana, no puede definirse como una enfermedad ni siquiera en calidad de una perturbación anómala, siempre, es lógico suponerlo, que determinadas circunstancias no influyan con la jerarquía predominante de las manifestaciones morbosas.

No cabe duda que la complicada serie de trastornos tanto físicos como psíquicos que pueden evidenciarse en naturalezas predispuestas de antemano, llegan a convertir a la menstruante en un ser delicado y propenso a experimentar otras perturbaciones más o menos graves en un campo abonado por los defectos temperamentales, los fenómenos nerviosos, la reacción ante las emociones, ciertas condiciones de la existencia y, sobre todo, lo que se relaciona con la edad y el entrenamiento sexual.

La menstruación es una fase periódica de la vida femenina que revoluciona por completo la naturaleza de la mujer dotándola, por así decir, de una segunda moral contra

cuyas influencias ella misma se encuentra indefensa. Esta periodicidad fisiológica de ciclos regulares tiene gran importancia desde todos los puntos de vista que se le analice no sólo en el área de la fisiología, sino en todos los órdenes de la personalidad, como tendremos oportunidad de ver en el capítulo siguiente, ya que en éste nos concretamos a los hechos somáticos de mayor significación.

Durante los menstruos, todos los órganos del aparato vulvar aparecen de un color más rojo que de ordinario, siendo más perceptible el abultamiento de los grandes labios. Las ninfas o labios menores se ofrecen también como congestionados y duros, a veces muy sensibles a los roces que lo mismo pueden producir excitaciones eróticas que sensación de dolor más o menos acentuado. Los músculos bulbo-cavernosos también experimentan alteraciones parecidas, tornándose más sensibles y laxos.

Las paredes del canal vaginal presentan en muchos casos un tinte azulado o violáceo a consecuencia de la congestión de las mucosas que tapizan el conducto en toda su extensión. El cuello uterino, cuyo orificio se halla notablemente dilatado, aparece muy blando y poco consistente al tacto. Dado el hecho naturalmente fisiológico de la gran vascularización de todos estos órganos y la anormal congestión sanguínea determinada por el fenómeno menstrual, cualquier traumatismo, un leve golpe, un simple arañazo o un roce insignificante, suelen bastar para la provocación de hemorragias considerables.

Normalmente, los dolores que acompañan a la emisión del flujo catamenial suelen ser benignos implicando sólo ligeras molestias. Algunas veces esos dolores se presentan en forma espectacular durante sus fases iniciales haciéndose muy agudos, casi insoportables, lo que ocurre en el momento de iniciarse la expulsión de trozos de mucosa o grumos sanguíneos que obturan el orificio superior del canal cervical. Los dolores intensos y persistentes hay que interpretarlos en muchos casos como síntomas de diversas afecciones de la matriz y muy particularmente de la estrechez del canal uterino.

Puede decirse en términos generales, que el malestar producido por el estado menstrual alcanza las proporciones de una verdadera enfermedad, ya que existen auténticas

entidades nosológicas que no implican ni una mínima proporción de tales molestias. La sensación de cansancio, de laxitud, de fatiga al menor esfuerzo, los dolores neurálgicos y otros trastornos, son accidentes que postran en el lecho a mujeres completamente saludables. Uno de los fenómenos más comunes es el aumento de la secreción salivar que adopta las formas típicas de la sialorrea. También se acentúa la predisposición a los vómitos, trastornos gástricos que implican la pérdida del apetito, el pulso se hace irregular, el rostro empalidece, la mujer se torna triste e irritable, etc. Los desvanecimientos y síncopes tampoco son raros, y si existe cierta predisposición al histerismo todos estos caracteres se acentúan en los tonos más espectaculares y dramáticos, cuyas expresiones suelen rayar en los linderos de las pertubaciones mentales más graves.

La influencia de la función catamenial sobre la inteligencia y la sensibilidad es muy acentuada en algunas mujeres, sobre todo en los comienzos de la pubertad, aunque no es raro observar los mismos fenómenos en edades más avanzadas. Las alucinaciones y perversiones sensoriales suelen presentarse con bastante frecuencia, afectando principalmente al gusto, al olfato y a la vista. Conocemos el caso de una muchacha que hallándose con el período perdía la vista por las mañanas; otra quedaba privada del sentido del oído todo el tiempo que duraba la emisión de sus flujos menstruales.

En lo que concierne a la vía de emisión de las secreciones o por mejor decir, de la cantidad proporcional de tejido sanguíneo que se contiene en los menstruos que normalmente debe ser emitido por el conducto genital, se han registrado numerosos casos anómalos, presentándose las desviaciones por conductos extragenitales que no implican, por otra parte, alteraciones del estado general de la menstruante. Un notable ginecólogo que observó 308 casos, dice que la efusión del flujo catamenial tenía lugar en una región única 277 veces y 31 en regiones múltiples. En 51 casos, por la mucosa pulmonar, 50 por la mucosa estomacal, 38 por los miembros inferiores, 36 por la mucosa nasal, 29 por los ojos, 27 por los miembros superiores, 26 por los pechos, 23 por el ano y el intestino, 21 por los oídos, 17 por

la boca, la lengua y los labios, 13 por las mejillas, la espalda y el abdomen, 13 por las encías y alveólos dentarios, 10 por la mucosa uretral, 9 por el cuero cabelludo, 9 por el ombligo, 4 por todo el cuerpo, 2 por los repliegues anales y 1 por la axila.

Otro investigador cita el caso rarísimo de una joven en quien la menstruación estaba reemplazada por una fístula submamaria por la cual experimentaba una hemorragia varias veces al año. El mismo dice que trató a una muchacha que en substitución de sus reglas sufría todos los meses una hemorragia en la punta del dedo índice de la mano derecha. Dicha hemorragia la producía ella misma a fuerza de frotarse el dedo, ya que se le presentaba una comezón molestísima que sólo cesaba al iniciarse la emisión sanguínea. Al mismo tiempo desaparecía la laxitud de su cuerpo así como el dolor de cabeza y otros trastornos semejantes.

El Dr. Lermoyez cita la observación curiosa de una joven que estaba reglada por la oreja derecha. Cuando la reconoció, hacía tres años que experimentaba ese fenómeno. La hemorragia se repetía todos los meses con perfecta regularidad, después de un período prodrómico caracterizado por dolores de cabeza y laxitud general. Se iniciaba por la salida de cierta cantidad de sangre clara no coagulable, sin que se advirtiese la más mínima lesión local preexistente o consecutiva.

Al cabo de tres años comenzó a aparecer la menstruación genital, aunque algunas veces reaparecía la extraña efusión auricular. En la observación, el autor señala tres puntos principales: Primero, la naturaleza de la hemorragia auricular no es dudosa: se trata de reglas periódicas precedidas de un verdadero molimen regional que se acentúa en el carácter, y la no coagulación de la sangre auricular es un hecho digno de atención. Segundo, el asiento de la hemorragia es el conducto auditivo derecho, que sangra por sus paredes. El tímpano está intacto. Los vasos cutáneos del conducto están muy dilatados, lo que no permite pensar que la hemorragia se produzca en virtud de la ruptura de dichos vasos, favorecida por una excesiva dilatación. Tercero, la causa de la hemorragia fuera de toda afección del oído, es difícil de determinar. En los casos de este

género se encuentra casi siempre la histeria, pero en el presente no se advierte ninguno de los estigmas generales característicos. No obstante, el autor cree muy probable que esa menstruación auricular debe ser la manifestación neuro-sintomática de una histeria todavía latente, ya que encontró una ligera hipoestesia del tímpano y del conducto al mismo tiempo que cierta anestesia auditiva. No cabe duda que la coincidencia de ambos fenómenos representa uno de los mejores síntomas de la histeria auricular.

Una cuestión muy interesante es lo que se refiere a la higiene general durante el período menstrual y especialmente a los baños, sobre todo fríos. En este punto, al ser la menstruación un fenómeno de orden simpático, ya que incluso puede ser provocada mediante la sugestión hipnótica, parece que la importancia de ciertas prácticas habría de ser nula con relación a sus efectos. Hemos tenido ocasión de ver cómo muchas mujeres de todas las edades residentes en los distritos marítimos y dedicadas a la pesca, no interrumpen sus faenas por el hecho de hallarse menstruando, sin que por ello experimenten el menor trastorno. En cambio, otras que se han bañado, se han lavado los pies o han sufrido una simple mojadura, han visto desaparecer sus reglas traduciéndose el fenómeno en sensibles perturbaciones de la salud general. En consecuencia nada puede decirse en concreto, aunque no cabe duda que se hace preciso tener en cuenta los hábitos, el género de trabajo, el temperamento, etc., si bien podemos asegurar que en una gran mayoría de casos suele tratarse de singulares fenómenos de inhibición.

Otro dato curiorísimo inside en el hecho ampliamente observado, de que las alteraciones orgánicas e incluso las perturbaciones psíquicas producidas por el estado menstrual, son prácticamente desconocidas entre las mujeres salvajes y en aquellas que habitan en los medios rurales de los países civilizados. En cambio, a medida que ascendemos en la escala de la civilización, se observa que la mujer menstruante experimenta las consecuencias del fenómeno en sus expresiones más alarmantes y espectaculares hasta esos extremos de una verdadera enfermedad. Claro está, que en este aspecto debemos admitir la influencia del factor psíquico en sus relaciones con la condición antiestética de la mens-

truación, cuyos efectos son más conspicuos en las mujeres refinadas que en aquellas otras que no alcanzan grados de intelectualidad.

Causas que alteran la función periódica

Es cierto que en todas las manifestaciones de la vida, ya sea animal o vegetal, existe un ritmo ordenado de expresión variable que suele repetirse en períodos fijos. Sin embargo, a veces ocurren alteraciones más o menos notables que significan la excepción de la regla general.

Ya sabemos que la menstruación, que es la consecuencia de la exclaustración de un óvulo no fecundado, se repite de una manera rítmica y normalmente constante cada veintiocho días o más, lo que no nos permite incluir a tales casos en los índices de la anormalidad clínicamente considerada, ya que esas diferencias carecen de toda proyección en el área de la salud y de las condiciones generales de la existencia. Ahora bien, está plenamente demostrado que a veces las causas menos sospechadas bastan para determinar una alteración en ese orden de la evidencia del fenómeno que nos ocupa, causas que pueden definirse o que escapan de toda tentativa de explicación.

Como razones de índole puramente física, un brusco cambio de residencia basta para acabar con la normalidad de los períodos de la mujer más sana, aunque no se trate de grandes distancias. El tránsito de una ciudad a otra situadas ambas en iguales zonas climatológicas e incluso el cambio de casa en una misma localidad, han producido ese extraño efecto que si en el orden general de la cuestión carece de toda importancia, sí que la tiene, y muy notable, en el aspecto específico que nos ocupa como demostraremos más adelante.

Una modificación en el género de trabajo, en los hábitos alimenticios, en las costumbres en general, han dado lugar a esos trastornos de la función catamenial. Lo que se ignora en realidad, es si la perturbación responde también a los cambios iniciales del mecanismo ovular que normalmente debe ser la entidad a que está subordinada la expresión visible del menstruo, ya que el hecho no ha po-

dido ser observado en toda su eficiencia en las investigaciones comparativas realizadas a base de los animales de laboratorio, como la coneja, por ejemplo. Lo que sí sabemos y puede citarse sólo en calidad de dato comparativo, ya que la organización genital no es la misma, es que si transportamos a una colonia de gallinas en plena postura de un punto a otro, los animales suspenden tal ovulación, lo que no responde a una directiva voluntaria —como ocurre en ciertos saurios y reptiles—. para reanudarla al cabo de algún tiempo con iguales características de normalidad que se producía antes de la emigración. Si queremos continuar en este plan de hipótesis, es mucho lo que puede decirse, pero sin que nos quede la posibilidad de dar al fenómeno una explicación correcta, que es lo que fundamentalmente nos interesa.

Estableciendo una relación entre la causa emocional y el efecto físico, lo que nos permite el carácter nervioso del fenómeno periódico, tampoco es fácil llegar a la conclusión deseada, ya que por lo general y concretando los enunciados, la alteración de las funciones menstruales se produce en muchas mujeres —ya que no es una regla generalmente observada—, sin que el hecho del tránsito de un lugar a otro implique satisfacción o contrariedad, e incluso llevando consigo cualquiera de las dos emociones tan diametralmente opuestas.

Todavía podemos encontrar una explicación relativamente satisfactoria con relación a los grandes efectos emocionales que pueden determinar una inhibición de carácter nervioso; pero cuando sabemos que la menstruación no puede provocarse o interrumpirse mediante las propias energías volitivas, la cuestión se complica y adquiere el rango de los fenómenos inexplicables.

Todas las alteraciones de la salud por las causas que fuere, suelen traducirse en resultados iguales. Sin embargo, parece que en mujeres sanas y no afectadas de taras nerviosas el hecho no se observa con tanta frecuencia como en otras que no se encuentren en iguales condiciones. El caso diferencial tiene la sencilla explicación de la calidad de unas y otras defensas orgánicas. En mujeres anémicas o de constitución débil, como ocurre en todas las que padecen alteraciones del metabolismo general del cuerpo,

estas variaciones tan agudas en el ritmo del ciclo periódico que no sólo puede retardarse considerablemente, sino incluso llegar a una prolongada suspensión, no cabe duda que se advierte una sabia previsión regenerativa de la Naturaleza que por este procedimiento, indudablemente anormal, tiende a normalizar el equilibrio orgánico de las resistencias fisiológicas a la acción de las entidades patógenas que caracterizan a la enfermedad.

Todas las intoxicaciones graves, en las que debe incluirse el uso inmoderado de las bebidas alcohólicas, son causas apreciables de las perturbaciones cíclicas. Lo mismo ocurre con los narcóticos. El fenómeno también puede observarse después de una intervención quirúrgica e incluso a consecuencia de una herida que implique cierta pérdida de sangre.

Explicaciones mucho más lógicas del fenómeno las encontramos a seguidas de los grandes procesos genitales, como son el embarazo, el aborto, el parto, la lactancia, etc., sin incluir las afecciones uterinas y de los órganos sexuales en general. Después de estos acontecimientos de tan poderosa influencia, los ciclos sualen tardar algún tiempo en normalizarse, lo que depende de la calidad del suceso, de la naturaleza de la mujer, de sus condiciones de vida, etc. Cuando se analizan las características susceptibles de ser observadas ateniéndose a datos ciertos e informes de las propias pacientes, resulta casi siempre relativamente fácil determinar las consecuencias, partiendo de un principio rigurosamente científico. Si el hecho capaz de alterar el equilibrio metabólico tiene lugar en el período que media entre la menstruación y el estallido folicular, nada tiene de extraño que la ovulación experimente un retardo con el consiguiente retraso de la emisión de los desechos catameniales. Ahora bien, admitiendo que el suceso perturbador del metabolismo general acontezca después de la ovulación, la menstruación se reanuda precozmente, a veces con muy pocos días de distancia con relación a la anterior, lo que se debe a la reducida influencia hormonal del cuerpo lúteo. En tales circunstancias, al no existir un medio de comprobación entre las dos funciones —la ovular y la menstrual—, nos encontramos ante el gravísimo peligro de cometer un

error en lo que concierne al registro necesario para la afirmación de las fechas de fecundidad y esterilidad naturales y fisiológicas a que posteriormente habremos de referirnos.

Todas estas causas que alteran el ritmo de la función periódica que sirve de base a la afirmación más robusta de la práctica contraconceptiva, merecen ser atendidas en todo cuanto significan y evitadas en lo posible, ya que toda alteración en el ritmo tiene que implicar necesariamente el desorden del método. Aunque más adelante volveremos con mayor abundancia de razones sobre el mismo extremo, es necesario afirmar que a un mejor control del fenómeno menstrual corresponde la mayor eficiencia de los sistemas anticoncepcionales.

Tenemos un hecho específico de enorme transcendencia, como es el matrimonio o la brusca iniciación de una vida sexual activa. Muchas jóvenes que han registrado con fidelidad las fechas de sus períodos incluso a partir del primero, y que por consiguiente están en posesión del más completo dominio en lo que concierne a la repetición de los ciclos, eligen para el matrimonio la fecha más adecuada en cuanto a su esterilidad fisiológica. Pero a causa del hecho no solamente psíquico, sino físico también de la nueva vida, de la experiencia sexual que se inicia, el organismo experimenta los efectos consiguientes y nos encontramos con la consecuencia de la alteración que casi siempre, por fortuna apenas se limita en su anormalidad a dos o tres ciclos, tras los cuales vuelve a restablecerse la perfección funcional.

En el aspecto puramente físico —los viajes, cambios de residencia, género de alimentación, régimen de trabajo, etcétera—, la cuestión debe reducirse a la observancia o la práctica de las costumbres normales dentro de los límites posibles, y en todo caso permanecer en una actitud expectante o precautoria hasta comprobar los efectos del hecho desacostumbrado mediante el signo evidente de la efusión catamenial. Y en lo que se refiere a las emociones que también suelen tener una influencia decisiva, la mejor conducta higiénica consiste en evitarlas —mientras sean evitables, como es natural—, o en todo caso, en no dejarse dominar por sus efectos que tan extraño reflejo pueden tener en esos órdenes de la organización somática.

Lo que desde luego está comprobado, según aludimos antes, es que las mujeres sanas, normales, de buen carácter y sometidas a un régimen de vida higiénico tanto en el orden físico como en el moral que no deje nada de desear, están muy poco expuestas a la experiencia tan indeseable de esas perturbaciones, cuya gravedad, salvo los casos de rango patológico bien definido, puede estimarse completamente nula en cuanto a sus proyecciones orgánicas, pero que revisten una importancia enorme si se trata de adquirir un dominio completo de las posibilidades biológicas de su sexo.

La ovulación provocada

Es completamente errónea la afirmación de las gentes ignaras, de que la ausencia de menstruación equivale a un estado de esterilidad; de la misma manera, es absurdo suponer que toda mujer que mantenga relaciones sexuales con un hombre, haya de estar embarazada por el hecho de haberse suprimido sus períodos catameniales. Evidentemente, analizando la cuestión desde el punto de vista de la normalidad, ambas opiniones son razonables y se ajustan perfectamente a la lógica de tales sucesos; pero también es necesario tener en cuenta la influencia de determinados factores, que si bien alteran la regla general, nunca podrán servir en calidad de punto de apoyo para basar esas opiniones vulgares concediéndoles un valor que están muy lejos de poseer, y menos en esa amplitud que pretende otorgársele al amparo de la ignorancia o de la inconsciencia.

La ausencia de menstruación, o por mejor decir, de emisión por vía genital de los flujos catameniales, no implica que la ovulación no se produzca; entonces es más prudente pensar en la evidencia de ciertas perturbaciones y anomalías, como vemos en los casos de *hematómetra*, o sea la retención en la cavidad uterina del producto de los menstruos que pueden conservarse sin que produzcan trastornos notables en un medio que impide la fermentación. El único caso que puede someterse a discusión, es si la célula germinal masculina puede penetrar a las vías superiores de los conductos útero-ováricos y fecundar al óvulo para fijarse

posteriormente en la mucosa uterina, o por el contrario, sucumbir al contacto con las secreciones menstruales anormalmente retenidas. Ello depende además de la cantidad de flujo así reservado y de la situación de la zona en que se deposite. De cualquier forma, como la ovulación existe, la fecundación también es posible.

Además tenemos los casos de emisión extragenital del producto de la menstruación que puede efectuarse por vías múltiples, como acontece cuando se evacúa por la mucosa pulmonar, por la gástrica, la nasal, etc., lo que si no es muy frecuentemente observado no quiere decir que no acontezca. Las aseveraciones erróneas se reducen, repetimos, al hecho de que el flujo no se emite por sus vías naturales, lo que lejos de negar las posibilidades de fecundidad, afirma de manera incuestionable que la ovulación existe como un hecho natural y cierto, pese a la anormalidad de las expresiones apreciables. En los casos de mujeres que experimentan esas emisiones sanguíneas desviadas, pero que a pesar de todo tienen hijos, es donde se ha podido afirmar la absurda creencia de que no es necesaria la menstruación para que el embarazo se produzca, del mismo modo que queda desmentida la teoría de que ello es evidencia cierta de esterilidad, o sea la opinión opuesta.

Si aludimos a estos hechos, nuestra actitud se limita al afán de querer centrar la cuestión en el campo de la realidad científica, sacándolos del áspero terreno de la superstición y de la fábula que raras veces se apartan de los hechos sexuales de la vida.

Es evidente que todas estas ideas no han surgido de una manera espontánea en la imaginación de quienes las sustentan, porque a veces no van más allá de significar la supervivencia de errores divulgados por investigadores de buena fe pero de escaso acierto. Es lo mismo que la vieja teoría de la ovulación provocada a consecuencia de las excitaciones eróticas del coito —que sólo hasta hace poco tiempo no pudo ser científicamente desmentida—, y acerca de la cual se elaboraron los mitos más pintorescos que aún siguen acreditados en el ánimo público.

Algunos investigadores llegaron a decir que la mujer que no experimenta los deleites naturales del coito no podía quedar embarazada porque sólo mediante los estímulos y las

excitaciones del placer es como podía producirse el estallido folicular con la consiguiente expulsión del óvulo maduro. Aparte de que el hecho es fisiológicamente imposible, porque dicho estallido provocado no puede determinar la exclaustración del óvulo en el estado perfecto de madurez que logra al verificarse su salida espontánea y natural, la sensación erótica no es absolutamente necesaria para que se produzca el fenómeno del embarazo, como queda demostrado en virtud de la fecundación artificial e incluso de esas gestaciones inexplicables a que nos hemos referido.

Lo que sí suele acontecer y es posible observar en muchas mujeres, es que en virtud de los fenómenos congestivos y neuromusculares del coito, la emisión catamenial puede ocurrir precozmente, pero admitiendo dicha precocidad muy pocos días antes de los que el fenómeno se hubiera producido naturalmente. Y como también se creía que la ovulación y la menstruación ocurrían simultáneamente, de ahí que se pensase en la ovulación provocada.

Con bastante posterioridad, al saberse mediante comprobaciones científicas que entre la ovulación y la menstruación existía un lapso bastante notable, no por eso se desechó la primitiva teoría de la ovulación provocada artificialmente por el coito, fundándose en las experiencias logradas con determinados animales de ensayo, como la coneja, por ejemplo, en la que no cabe duda que la ovulación está íntimamente relacionada con la cópula, o por mejor decir, con la experiencia del placer sexual, puesto que de no mediar éste no suele producirse la expulsión del óvulo.

Tan constante es la artificialidad de la provocación del estallido folicular en la coneja a causa del coito, como lo es su espontaneidad en la mujer, sin que las sensaciones eróticas tengan nada que ver en ello, como no sea lo que concierne a otro estado físico o emocional cualquiera en los términos a que nos hemos referido en el epígrafe anterior. El coito es un fenómeno tan natural, tan necesario además, no sólo a los fines de la especie, sino a las exigencias físicas y psíquicas de la mujer, que de producir esos efectos anormales que pretenden los investigadores de la vieja escuela, en lugar de reconocer sus beneficios, no ten-

dríamos más remedio que considerar su nocividad, y en el orden puramente sanitario de la cuestión sería preciso proscribir su práctica o subordinarla a un riguroso criterio científico que jamás podría ser compatible con las realidades de la existencia.

Esta idea de la provocación artificial del estallido folicular, ha motivado verdaderos desastres físicos y sentimentales en matrimonios o parejas sexualmente unidas y resueltas a no tener descendencia, mediante la adopción de la fórmula del llamado *coitus reservatus* por parte de la mujer, y que consiste, sencillamente, en evitar la experiencia del deleite al propio tiempo que el marido. Una vez que él está satisfecho tras el orgasmo y la eyaculación seminal correspondientes, ya no hay otra cosa que hacer sino proseguir los mecanismos hasta la culminación de ella, puesto que ya no hay peligro de fecundación aunque se verifique la expulsión ovular. Esta era la teoría y tal la práctica. Ahora, que el lector deduzca las consecuencias...

Mecanismos de la excitación sexual

El acto esencial de la reproducción de la especie es un fenómeno biológico tan profundamente instintivo, que su práctica se ejecuta normal y perfectamente sin necesidad de instrucción teórica alguna. Ese mismo instinto impulsa al macho a penetrar sexualmente el cuerpo de la hembra, como ésta experimenta idéntica ansiedad impulsiva de ser penetrada. Los principios fundamentales del gran proceso no pueden ser más simples en lo que al aspecto físico se refiere, si bien el desarrollo de la cultura, consecutivo al mayor progreso de las facultades del espíritu, ha rodeado al hecho, prestigiándolo además, con las cualidades sentimentales y afectivas que tienen en el amor sexual su expresión más elevada.

Si todos esos movimientos instintivos del genio de la especie se desarrollasen exclusivamente en el área de la fisiología con exclusión absoluta de los factores espirituales, el ser humano no tendría derecho a estimarse muy por encima del nivel intelectual propio que naturalmente caracteriza la mentalidad de las bestias, y siendo así, huelga

decirlo, no hubiésemos tenido necesidad de escribir este libro. En resumen: si despojamos al placer físico de sus insignes cualidades sentimentales, sería tanto como despojar a una imagen venerada del solemne prestigio de sus vestiduras. La sexualidad sin el amor, fué comparada por Honorato de Balzac a los sonidos arrancados de un arpa por cualquier profano que no tuviese el menor conocimiento ni de la música ni de la técnica de tan delicado instrumento.

Mas a pesar de todo, vamos a prescindir por unas páginas de todo lo que no concierna al hecho específico y brutal del acto de la generación, para saber en qué consisten los distintos procesos parciales que se suman en la conjunción de las células germinales, ahora que sabemos lo que son ambos gametos o elementos indispensables, conocimientos que si en realidad, ya lo dijimos, no son indispensables para el fin biológico, sí pueden resultar imprescindibles en lo que afecta al dominio inteligente de sus posibilidades tan trascendentales.

De una manera sintética puede definirse el instinto sexual diciendo que tiene todos los caracteres de un movimiento molecular de vigorosas energías, que se acompaña de una emoción voluptuosa de gradaciones diferentes, desde el deseo que pasa por un período de ansiedad cuyo fin consciente es la experiencia del placer erótico, y el inconsciente la reproducción de la especie. Una vez culminado el acto, la calma celular retorna al organismo satisfecho. En una acepción fisiológica neta, el placer es el resultado de unos mecanismos tactiles de roce de ciertas regiones de la piel y las mucosas dotadas de una enorme cantidad de terminales nerviosos erotogénicos, es decir, generadores del placer erótico, zonas que se hacen infinitamente más sensibles bajo los estímulos de la ansiedad sexual.

En otro orden, la excitación es producida por la actividad de las glándulas germinales, testículos y ovarios, por la estimulación periférica de los nervios erotogénicos más superficiales y por las energías emanadas de las influencias eminentemente motoras del organismo psíquico central que es donde tienen su origen todos los movimientos instintivos de la especie.

Al principio del gran proceso, y sin que necesariamente haya de preceder instrucción alguna teórica ni cualquier

experiencia práctica, esa excitación se inicia por un estado nervioso de rango psíquico y físico que se proyecta sobre todo el área orgánica, localizándose principalmente en los órganos genitales en un proceso que avanza, merced a otros mecanismos psicofísicos, hasta ejercer su acción principal por medio de la irritabilidad específica de las zonas erotogénicas. Su manifestación fisiológica consiste en un aumento de la frecuencia cardíaca resultante de la mayor actividad circulatoria por virtud del reflejo de un fenómeno medular-vertebral, produciéndose así el estado congestivo de los vasos sanguíneos de los órganos genitales que intervienen en el acto de la cópula con preferencia al resto de la organización sexual, de donde se deducen la erección y la turgencia características, mucho más apreciables en el hombre que en la mujer.

Partiendo del principio físico de que la función hace al órgano, la Naturaleza, muy sabia y previsora siempre, establece ese rango tan activo del ser masculino por medio de infinitos caracteres que inducen a su entrenamiento orgánico, preparándolo eficientemente a los fines que más tarde vendrá obligado a llevar a cabo, porque los fenómenos de la erección en el hombre y la turgencia de ciertos órganos vulvares en la mujer, se producen desde el nacimiento bajo cualquier estímulo erotogénico, o sea con muchísima anticipación al instante de la plena capacidad biológica caracterizada por la pubertad o madurez de las células germinales.

La importancia de la función circulatoria es enorme, ya que resulta notablemente hiperactivada aparte la congestión de los órganos genitales que debe producirse normalmente. Se trata, como si dejéramos, de una verdadera gimnasia vasomotora de rítmicas dilataciones y contracciones vasculares de toda la organización, como lo prueba el hecho de los cambios del color de la piel que pasa del pálido exangüe a la hiperemia o rojo subido. Las palpitaciones arteriales se acentúan con más fuerza y la compresión de los tejidos musculares ocasiona la consiguiente compresión de las venas, todo lo cual determina una característica sensación de calor. Los fenómenos circulatorios, musculares, térmicos, etc., se inician al producirse la excitación, acentuándose a medida que la ansiedad se hace

mayor para llegar al instante del orgasmo, esto es, de la máxima sensación de placer, para después, en un proceso rápido de involución, retornar a la calma primitiva, como si la Naturaleza se complaciese por haber cumplido el más formidable y dramático de sus deberes.

La adaptación psíquica y fisiológica del organismo a estos hechos es tan correlativa y ordenada, que si los fenómenos neuro-músculo-glandulares del coito se produjesen bajo condiciones distintas a su fin específico, resultarían completamente insoportables por lo molestos e ingratos. Es indispensable que toda esa gran alteración se produzca para experimentar las máximas sensaciones voluptuosas que representan el gran estímulo biológico o el indispensable y más eficiente medio de que la Naturaleza se sirve para imponer el mandato imperioso de la reproducción. Si las cosas no aconteciesen de esa forma tan dramática e impresionante, la experiencia del placer quedaría reducida a la satisfacción fisiológica emanada del hecho de la emisión glandular, o sea la expulsión de unas substancias cuya retención determina molestias de origen mecánico y nervioso. Por consiguiente, la excitación sexual tiene que contenerse en el marco estricto de esas conmociones de la profunda alteración funcional del organismo, para que el placer llegue al fin anhelado por el sensupsiquismo del individuo.

La actividad muscular inconsciente tiene acaso mucha más importancia que la conscientemente realizada en el orden mecánico de la producción de los roces típicos y necesarios a la estimulación de las zonas erotogénicas, aunque bajo los efectos de una fuerte excitación psíquica no haya necesidad alguna de ejecutar esos movimientos voluntarios. Pero en el caso de que el fenómeno del placer total llegue a producirse sin la concurrencia de los mecanismos deliberados, al final del acto sobrevienen esa fatiga, ese desmadejamiento y cansancio típicos que afectan más al hombre que a la mujer en virtud de la misión más activa de su papel en el drama. La explicación inside en el hecho de que los automatismos erectivos y expulsivos en el hombre, responden a contracciones rítmicas involuntarias de gran intensidad y frecuencia de naturaleza espasmódica. En la mujer todo esto queda reducido a una actividad parcial y más localizada en cuanto a sus efectos físicos que se limi-

tan a la simple turgescencia de algunos órganos y a la función de las glándulas lubricantes. Puede afirmarse más la diferencia diciendo que los fenómenos de carácter muscular específicamente erotogénicos se ofrecen en ella más complejos y difusos que en el hombre y bastante más velados y débiles. Desde luego, el placer que la mujer experimenta en el coito no es tan intenso y brusco como acontece en el otro sexo, si bien debe afirmarse que resulta más prolongado, de donde razonablemente podemos deducir la substitución de la calidad por la cantidad de las emociones.

Como un detalle curioso y significativo que además define el carácter más íntimo de las sensaciones eróticas femeninas, la mujer suele reconcentrarse en el acto mucho más que el hombre. El fenómeno de la fotofobia o aversión a la luz, jamás falta en calidad de reacción instintiva, por lo que tanto puede permanecer con los ojos cerrados y dotada de la facultad visual, como perder momentáneamente ese sentido a todo lo largo del proceso erótico. En el orden psicológico de la cuestión, no es osado afirmar que su actitud inconsciente no sólo responde a la característica de la relativa pasividad de su sexo, sino a la ansiedad remota, intensamente emocional y profundamente instintiva de ese remedo de muerte o de lapso de silencio del gran drama para que tal actitud favorezca el brote de una nueva vida.

En el hombre también quedan abolidas de una manera repentina todas sus facultades volitivas; pero esto sólo acontece en un instante que coincide con la experiencia del deleite final determinante de la emisión glandular, fenómeno que se opera en poco más de un segundo, para iniciarse inmediatamente el proceso normal de la recuperación. Si la máxima sensación erótica tan intensa durase más tiempo, ningún organismo podría soportarla sin resentirse gravemente. Sin embargo, la mujer está en condiciones de soportar varios orgasmos repetidos en un plazo muy corto, lo que da idea de esas grandes diferencias y confirma la menor intensidad del placer con relación al otro sexo. Por otra parte, la detumescencia o evacuación da las substancias glandulares que contienen a la célula germinal, produce en el hombre una sensación natural de alivio que no puede acontecer en el sexo contrario, ya que ni siquiera alcanza a una décima parte de su volumen la emisión de

los órganos lubricadores del aparato vulvo-vaginal, cuya cantidad es muy variable, pero siempre proporcionalmente bastante reducida, pudiendo faltar en ciertos casos.

La pasividad femenina

La teoría de la pasividad femenina, tan relativa, se funda principalmente en la actitud de la mujer respecto del hombre en todos los actos que preceden a la iniciación sexual, y más adelante, cuando ya ha adquirido cierta experiencia, al área más reducida de sus necesidades eróticas. En todo caso, la idea puede afirmarse en los aspectos visibles u objetivos de su idiosincrasia, en lo que existe tanto de artificial y calculado, aunque responda a las directivas biológicas de su afán real de hacerse más codiciable.

En lo concerniente a los procesos específicos del acto de la procreación, su organización genital, mucho más amplia que en el otro sexo, se produce en expresiones determinadas de gran importancia fisiológica que tienen su origen en los mecanismos involuntarios cuando en el fenómeno intervienen todos los elementos psíquicos de la excitación. Lo indudable es que una mujer puede permanecer indiferente en absoluto ante los mecanismos de la cópula, sin tomarse otro trabajo que hurtar su centro erógeno primordial, el clítoris, al efecto estimulante de los mecanismos de fricción ejercidos por el órgano copulador masculino. Muchas logran ejercer un dominio tal sobre las posibilidades fisiológicas o nerviosas, que al serlas muy posible la inhibición psíquica, permanecen completamente pasivas aunque puedan producirse en una ficción completa y altamente satisfactoria para la natural y biológica ansiedad del orgullo masculino. Esa es la actitud que adoptan las prostitutas capaces de acorazarse, por así decir, mediante tan formidables defensas. La opinión insensata de muchos hombres que mantienen relaciones con esta clase de mujeres, de que logran procurarlas un placer completo, no se funda en otras razones más respetables que las de su propia vanidad. De ocurrir así, ninguna mujer pública podría resistir un solo mes de práctica comercial, porque son muchos los hombres

que tienen que pasar a diario sobre la miseria de su fisiología.

La verdad es que todos los órganos femeninos, sin excluir uno solo, toman una parte muy activa durante el proceso de la cópula normal y naturalmente evolucionada. Aparte los fenómenos vasculares o vasomotores y nerviosos que se producen en el hombre, la congestión sanguínea llega hasta las fimbrias de las trompas de Falopio o tubos útero-ováricos, lo que puede observarse a simple vista en mujeres delgadas, recuriendo a la palpación, viéndose cómo bajo los efectos de la excitación sexual dichas trompas se comban o endurecen.

Toda la organización muscular del tubo vaginal se produce en movimientos contráctiles más o menos rítmicos, a veces bastante enérgicos, y lo mismo acontece con los músculos bulbo-cavernosos, que lo mismo pueden ser accionados voluntariamente que manifestarse en dilataciones y contracciones involuntarias. El dominio sobre los músculos de todo el esfínter vaginal y en general los que se asientan sobre el suelo pelviano, puede lograrse merced a cierto entrenamiento, aparte sus posibilidades autónomas o derivadas del sistema neurosimpático. Ciertas contracciones o extremecimientos involuntarios de esos planos musculares pueden ser observados antes y después de la experiencia erótica a causa de las excitaciones, si bien es posible su control. Otro tanto ocurre con los glúteos, cuyos movimientos espasmódicos se presentan en muchas mujeres durante el acto, antes de que se produzca el placer.

Un detalle que ha podido observarse con toda fidelidad, es que el útero también se produce en movimientos diversos, especialmente la porción cervical que tiende a proyectarse sobre la vagina al propio tiempo que se dilata su orificio. La observación es tan antigua, que los fisiólogos griegos de la escuela aristotélica compararon al útero con un animal injertado en el organismo genital femenino, cuya misión consistía en aspirar el líquido seminal para conducirlo a los ovarios, verificándose así la primera fase de la concepción.

El signo más importante de la disposición de la mujer para el coito, cualidad que también fué advertida por los antiguos y que constituye una razón inconmovible en el

criterio de los erotólogos orientales, se refiere a que la erótica se acompaña siempre de la presencia en sus órganos íntimos de la emisión de los distintos fluídos segregados por las glándulas genitales accesorias, una mucosidad suave de mayor o menor consistencia que proviene del complejo de glándulas denominadas de Bartholin, de las odoríferas, del gran folículo sebáceo que se implanta en el clítoris, de las uterinas, etc. La misión fisiológica de dichas secreciones consiste en crear un medio favorable a la motilidad del espermatozoide y demás cualidades necesarias a la célula, y la de lubricar el conducto vulvo-vaginal para facilitar la penetración y deslizamiento del pene.

La creencia de que su función secretora tiene lugar en el instante mismo del orgasmo comparándola con la eyaculación varonil es completamente errónea, puesto que en la mujer no existe ese fenómeno. La emisión glandular se produce desde que se inicia la excitación erótica, llegando a su máxima intensidad en el momento del final voluptuoso. Está demostrado, que al llegar ese instante las glándulas dejan de funcionar, porque su evacuación responde a los mecanismos del estímulo excitante que comprimen dichos cuerpos glandulares alojados en los tejidos musculosos. La expulsión se produce con tanta mayor violencia cuanto mayores son los estímulos, interrumpiéndose al quedar desalojados los receptáculos, ya que la elaboración de esos productos tiene lugar mediante un proceso muy lento.

Por efectos de la congestión vascular generalizada que como es lógico tiene su proyección más íntima en los órganos genitales, el clítoris adquiere un turgencia bastante notable y sus ligamentos ejercen tracción sobre el órgano, de tal manera que su extremo libre o glande clitoridiano tiende a descender y a prolongarse yendo, prácticamente, en busca de la cara dorsal del miembro viril para percibir su roce como mecanismo esencial erotogénico.

Estas expresiones subjetivas bastan para negar esa supuesta pasividad femenina que no va más allá de ser una teoría, acaso afirmada en el hecho de que los fenómenos neuro-músculo-glandulares no se desarrollan con la espectacularidad que acontece en el hombre, y también por razón de la menor intensidad de las emociones. Claro es que si vamos a referirnos a los aspectos meramente objetivos

más impresionantes, como es todo lo que concierne al galanteo, la conquista, la posesión, etc., no habrá más remedio que admitir esa aparente pasividad que, por otra parte, puede compararse a la del imán con relación al hierro... El hombre es irresistiblemente atraído por el otro sexo, pese a su inmovilidad. Pero cuando sabemos que la actividad femenina empieza en los procesos del galanteo y termina después de la crianza del hijo, es necesario mostrarse muy reservados para abonar en pro de esa hipotética pasividad.

Que el hecho es eminentemente natural y biológico, lo tenemos perfectamente demostrado en el ejemplo, no sólo de las hembras todas del reino animal, sino en los hábitos de las mujeres de los pueblos primitivos y salvajes que no están influenciados por la civilización. La cultura, no cabe duda, tiende en este orden como en los generales de las expresiones humanas a sutilizar los actos, a elegantizarlos, a restarles los caracteres primitivos de su crudeza o de su naturalidad, pero no en el sentido de facilitar más la aproximación, sino en el diametralmente opuesto de dificultarla, de complicarla, de rodearla de los más útiles elementos emocionales. El mismo desarrollo de la moda femenina demuestra el anhelo ferviente del sexo de introducir nuevos incentivos y apelaciones. Esto quiere decir que la mujer que emplea las artes de la sedución mediante la conciencia de hacerse más amada y codiciada, para que, al fin de tan complicada comedia, se realicen todos los actos naturales que anhela su instinto como directiva esencial de su idiosincrasia y de su actividad tan perfectamente enmascarada con el ropaje brillante y fascinador de las actitudes pasivas.

Mecanismos de la fecundación normal

Ya sabemos que el testículo elabora un germen y el ovario otro y cómo se verifican los fenómenos de su exclaustración glandular. Ahora veremos en qué condiciones se realiza la unión del espermatozoide con el óvulo, o sean las dos cromatinas o gametos, determinando la fecundación o conjunto celular.

Antes de producirse los acontecimientos de la previa excitación en la forma que hemos visto, las trompas uterinas están contraídas y laxas; pero a causa de la ansiedad erótica que empieza a manifestarse en esas expresiones, esos conductos inician su turgencia y dilatación que persiste durante algunas horas después del coito, al cabo de las cuales recobran su tonicidad y demás características del estado de reposo.

Una vez efectuada la eyaculación seminal, el líquido que penetra en la cavidad uterina no tarda en ganar los conductos superiores que son las trompas, cuyos canales se llenan de licor espermático en una pequeñísima cantidad, que no obstante contiene millones de células vivas aptas en su mayor parte para la fecundación y que por medio de movimentos muy rápidos se aproximan al pabellón de la trompa en las inmediaciones del ovario.

Existiendo un óvulo dotado de sus propiedades completas, uno solo de los espermatozoides ataca a la célula femenina en un punto donde inmediatamente se forma el pequeño relieve que recibe el nombre de "cono de atracción" por el que penetra a través de la membrana ovular. Dicha penetración sólo la realiza la cabeza del zoospermo, puesto que la porción cervical y el flagelo que le sirvió de órgano locomotor no tardan en desaparecer fundidos con la substancia albuminóidea de la eminencia ovular. A partir de este instante de la fusión de ambos elementos, empiezan a operarse en el óvulo las transformaciones características que dan lugar a la formación del nuevo ser.

Todo esto puede acontecer sin que la mujer haya experimentado sensación erótica alguna, no produciéndose por lo tanto esos mecanismos de dilatación de las trompas útero-ováricas que tanto facilitan el acceso de la célula masculina a la proximidad del óvulo dispuesto a recibir el bautismo de la fecundación. De aquí se infiere que la excitación no es indispensable ni el placer necesario como se creía por los investigadores y fisiólogos antiguos, para que todo ocurra como si dichos factores hubieran existido. Mas a pesar de tales condiciones, no cabe duda que la experiencia total del acto normalmente evolucionado constituye una circunstancia altamente favorable, puesto que trae como consecuencia la dilatación del canal uterino y el de

los conductos ováricos para facilitar el acceso de las células a la región donde se encuentra el óvulo. Dado el tamaño del espermatozoide y su motilidad así como las características de las pestañas vibrátiles que tapizan la mucosa uterina y los conductos útero-ováricos, el tránsito del zoospermo es más fácil concurriendo los mecanismos de la excitación que si éstos hacen defecto, como ocurre en los casos de frigidez o de violación, si bien, como ya sabemos, la célula acaba por llegar a la meta de su destino dadas sus condiciones tan extraordinarias.

Una vez realizada la fecundación del óvulo, éste desciende por la trompa y viene a fijarse en un punto de la cavidad del útero, donde continúan operándose todos los procesos de la gestación. El encuentro de ambas células puede tener lugar al nivel mismo del ovario, aunque por lo general se efectúa en la porción externa del pabellón de la trompa. Los espermatozoides que no encuentran un óvulo fecundable o que no pueden penetrar al ya fecundado, mueren y desaparecen en las substancias que envuelven al óvulo. Inmediatamente, el huevo así formado se llena de un líquido opalino, surgiendo la "tacha embrionaria" que es el rudimento del nuevo ser, y que aparece a los pocos días de haberse realizado la fecundación. Entonces se compone, aparte otros elementos, de dos envolturas: una externa, que es la membrana vitelina, y otra interna, el blastodermo que contienen cierta cantidad de un líquido albuminóideo que llena la cavidad.

Cuando se ha fijado o anidado en el interior del útero, la superficie exterior, que puede compararse con el cascarón del huevo de las aves o los reptiles, se recubre de una espesa capa de vello, representada por filamentos ramificados que reciben la denominación de "vellosidades coriales". Estos apéndices desempeñan el papel de verdaderas raíces destinadas a fijar el huevo, al propio tiempo que sirven de conductos a los elementos que han de nutrirlo hasta la fecha del parto y el alumbramiento placentario.

Tales son someramente expuestos los mecanismos iniciales del fenómeno y las condiciones de un hecho tan sabiamente dispuesto por los enormes poderes de la especie. Multitud de opiniones y prácticas ampliamente acreditadas en el ánimo vulgar, sólo pertenecen al dominio de la supers-

tición y no debe atribuírseles valor alguno. La fecundación se produce normalmente cuando una célula espermática encuentra a otra ovular completamente dispuesta, lo que en verdadero rigor científico sólo puede ocurrir en el plazo brevísimo de dos horas durante el lapso que media entre dos períodos menstruales. Esto es lo que puede afirmarse hasta el momento actual de las investigaciones, aunque es posible que no transcurriendo mucho tiempo llegue a precisarse con exactitud casi matemática el instante crítico de la peligrosidad del coito fecundo que acaso no abarque siquiera ese reducido plazo que indicamos.

La segunda Guerra Mundial, pese a sus catastróficos efectos, ha permitido a los hombres de ciencia alemanes realizar determinados experimentos en este sentido que si hasta la fecha no han sido revelados, se debe a la cruel bestialidad empleada para la investigación en el abundantísimo e infortunado material humano de que dispusieron durante seis años de cataclismo y desprecio de los más insignes valores de la raza.

CAPÍTULO VI

LA PERIODICIDAD DEL IMPULSO SEXUAL

El celo humano

Todos los naturalistas de la escuela clásica coincidieron en afirmar que los seres humanos eran los únicos de la escala zoológica que en cualquier época y momento están en condiciones de reproducirse y practicar los actos eróticos del impulso sexual, a diferencia de las especies más inferiores, sometidas al ritmo ancestral del celo que sólo se manifiesta en virtud de los dictados periódicos de la Naturaleza. Esto lo afirmaron prescindiendo por completo de todo antecedente histórico, ya que la cuestión fué analizada en el plano de su actualidad, es decir, como si la especie humana hubiese surgido a la vida en el preciso instante de la investigación.

Es cierto, no cabe duda, que el animal humano experimenta la necesidad de satisfacción de los impulsos sexuales en intervalos mucho más frecuentes que la sienten los individuos de las especies inferiores: pero lo evidente es, que ese celo, esa disposición, apenas si pasa de ser aparente porque nunca tiene expresiones constantes. El ritmo periódico de la actividad genital humana en el orden de la erótica, esto es, de la experiencia voluptuosa de las posibilidades del sexo, aparece casi totalmente borrado, aunque en muchos casos es posible determinar con exactitud cuán-

do es la hora de amar con todas sus consecuencias y cuáles son las épocas en que la calma del mundo celular es un hecho indiscutible. En el orden estrictamente biológico de la cuestión, parece que el hombre debería coincidir en cuanto a su afán erótico con el instante preciso en que se produce la ovulación en la mujer, en cuyo caso podríamos hablar de un ritmo mensual ambivalente y uniforme del máximo rango específico; pero esto no es más que una teoría, puesto que en la práctica las cosas acontecen de muy distinta manera.

De siempre ha existido la opinión de que el celo, la brama, el rut, esto es, la disposición erótica, era un fenómeno psicofísico exclusivamente asignado a los animales inferiores al humano, ya que éste puede reproducirse en todo tiempo: pero en tal teoría se prescinde del hecho de que entre el hombre primitivo y los animales de la misma época, apenas existieron diferencias en el orden de las funciones fundamentales de la reproducción e incluso en lo que concierne a la selección de las substancias alimenticias. Por lo tanto es muy justo reconocer que si el ser humano moderno se comporta con arreglo a otras directivas, las razones dejaron de ser antropobiológicas para convertirse en una expresión determinada por el hecho social de la cultura.

Observando las condiciones de la existencia en los pueblos más primitivos, cuyos restos habitan en ciertas comarcas salvajes del mundo entero, se advierte con toda claridad el predominio de un ritmo periódico en cuanto a la satisfacción de los afanes eróticos que dan lugar a la reproducción de la especie; las fiestas primaverales y otoñales de la siembra y la recolección de las cosechas que se celebraban con la máxima solemnidad ritual y simbólica, nos dan una idea exacta de lo que debió ser la existencia en las edades paleontológicas con relación al celo periódico humano. Y todavía, allí donde los medios naturales de vida emanados de la productibilidad de la tierra alcanzaban su máxima expresión útil en una época determinada, parece que el ayuntamiento sexual del animal humano, como el de otras especies, no tenía lugar sino coincidiendo con esos meses o lunas de abundancia, o sea una vez al año. Para determinar con exactitud la totalidad correlativa del fenómeno,

sería preciso saber si la ovulación se producía también una sola vez en todo el ciclo anual, lo que no es probable, aunque quiera admitirse de una manera convencional atribuyendo a los hechos sociales una importancia transcendental en este sentido.

Lo que sí puede asegurarse es que las especiales condiciones de la civilización están plagadas de estímulos y apelaciones a la manifestación del impulso sexual, excitado por móviles que nada tienen que ver con la reproducción de la especie, al menos en lo que a la mujer concierne, ya que desde que la fecundación tiene lugar hasta que se reanuda el nuevo ciclo conceptivo, ha de transcurrir bastante más de un año. Entonces vemos que el primitivo celo humano ha dejado de ser una cuestión fisiológica para convertirse en una función cerebral o psicológica, porque a los impulsos naturales y ordenados han substituido las directivas arbitrarias del erotismo más o menos desenfrenado.

En apariencia, el animal humano se encuentra siempre en celo, esto es, apto para reproducirse, cualidad que afecta más al macho que a la hembra en virtud de las condiciones temperamentales que biológicamente diferencian a los dos sexos. No obstante, mientras la hembra de cualquier especie rechaza al macho una vez que ha sido fecundada, la mujer lo recibe con deseo y agrado, a pesar de que esas relaciones de finalidad exclusivamente erótica pueden significar un riesgo para el producto de una concepción realizada en las condiciones biológicas más perfectas y útiles al interés reproductivo de la especie.

Ese ritmo de la impulsividad sexual, que desde luego va haciéndose más borroso a medida que la cultura avanza, aparece en la mujer mucho mejor definido que en el hombre, porque el ciclo biopsíquico corresponde inmediatamente al fisiológico de la exclaustración ovular. El dato más significativo que tenemos para hablar de la periodicidad del impulso sexual en el animal humano, es la menstruación en la mujer. En cuanto al hombre, no existen signos somáticos equivalentes, aunque en otros órdenes y merced a una investigación meticulosa también pueden advertirse las pruebas de un ritmo de cronicidad variable, tanto más cuanto más descendemos en la escala de la civilización has-

ta llegar a las razas más primitivas como son ciertos grupos salvajes, donde vemos que los poderes de la Naturaleza rigen todas las actividades humanas más útiles.

La base más primitiva del celo humano, estuvo en la periodicidad tan sabiamente ordenada por la Naturaleza para la reproducción de las plantas, semillas, animales, etc., que el hombre paleontológico utilizaba para sustentarse en atención a las brutales exigencias de su propio instinto de conservación, mucho más angustiosas que las de la reproducción de la especie, porque éstas están subordinadas a la evidencia de aquéllas. No necesita ser demostrado el hecho, de que la plenitud alimenticia se traduce en energía sexual o en ansiedad erótica.

Esto nos da la explicación bien simple del evidente estado de celo que experimentaron los primitivos seres humanos, lo que corresponde a ese otro celo o "lujuria", por así decir, de la Naturaleza, cuyas cualidades de abundancia, al motivar la plétora alimenticia, determinaban también la plétora de las energías sexuales. La relación existente entre la alimentación y el impulso sexual la encontramos perfectamente explicada observando a los animales salvajes que viven en domesticidad, que al estar bien nutridos sienten con más fuerza las apelaciones del incentivo erótico.

La teoría alimenticia como origen del ritmo periódico sexual o erótico debe ser admitida como un hecho incuestionable. A ello tiene que sumarse el resto de las primitivas contradicciones de la existencia que necesariamente imponían al género humano obligaciones muy duras, esfuerzos y trabajos capaces de reducir todas sus energías naturales preferentemente enderezadas al fin de conservar la propia vida. Esta actitud que pudiéramos llamar agenésica tenía bases perfectamente naturales, ya que el dispendio de las energías corporales aplicadas a las necesidades del sustento, determinaba antes, lo mismo que hoy, una reducción lógica de las ansiedades voluptuosas.

Poco a poco, a medida que las condiciones de la existencia iban siendo más favorables, ya sea en virtud del descubrimiento de las artes de la agricultura, de la caza, de la pesca, etc., lo que por otra parte evidenciaba el desarrollo del intelecto, los seres humanos fueron logrando mayores facilidades para vivir, y no teniendo tanta necesidad de

someterse al ritmo periódico de los poderes naturales que ya habían aprendido a dominar, disponen de mayores recursos y ven la manera de encontrar en el placer sexual la vía de evacuación de las energías sobrantes o el medio compensador de los sacrificios físicos por medio de las dedicaciones espirituales del amor.

Posteriormente, las conquistas económicas y culturales contribuyen a reducir las distancias de la primitiva expresión del ritmo y comenzaron a desarrollarse los hábitos con otra frecuencia más acentuada. En todas las fuerzas de la Naturaleza y en las distintas manifestaciones en que esas energías se producen, existe una periodicidad regular, un ritmo ordenado que indudablemente obedece a los fenómenos de las influencias cósmicas que determinan el celo de los animales, la germinación de las semillas, la fructificación de las plantas y tantas otras consecuencias distintas demostrativas de una subordinación rigurosa e inevitable a los poderes superiores. Y en el aspecto de la vida animal, el hombre y las especies inferiores a él tampoco pueden evadirse al imperio de esos ritmos esenciales. El organismo humano, como el de todas las unidades biológicas que nacen, viven y mueren, funciona mediante un compás, un ritmo o un conjunto de períodos que obedecen a una ley invariable y amplia de bases generales, pese a las excepciones que justifican todas las reglas.

Cuando se dice que el hombre es un animal de costumbres, esto es, de ritmos, de períodos, de hábitos etc., es porque las causas no insiden en sus propias energías volitivas, sino que tienen origen en las influencias superiores que todas las fuerzas juntas de la razón y de la ciencia no son capaces de dominar en sus principios, pese a las posibilidades de su deformación. Por eso, en el aspecto que nos ocupa, esa periodicidad femenina de la ovulación con su correspondiente signo menstrual, tiene que relacionarse con otro fenómeno masculino de iguales condiciones; un hecho equivalente cuya existencia es innegable, aunque carezcamos de pruebas somáticas de tan enorme valor como es la que representa la función catamenial de la mujer.

La teoría astral de la menstruación

Ese formidable elemento de misterio que la superstición ha creado en torno del *tabú* sexual, encuentra en el estado de la mujer menstruante infinitas sugerencias que acaban por convertir a un hecho fisiológico natural y normal, en una masa caótica de ideas que a través de los progresos de la cultura, aun subsisten en calidad de razones capaces de justificar, o de pretenderlo al menos, sucesos, accidentes y perturbaciones que indudablemente son propios del sexo femenino, cuyo psiquismo está expuesto a la experiencia de numerosos fenómenos que van de la normalidad explicable a la anomalía morbosa más impresionante y grave.

En casi todas las religiones primitivas de los pueblos más distanciados entre sí, e incluso en las posteriores creencias de otras gentes de cultura moderna, la menstruación es designada con el eufemismo de "luna", "estar con la luna", "tener la luna" etc., son términos que definen el estado catamenial en la expresión vulgar, lo que fundamentalmente se explica por el hecho análogo de la repetición de los ciclos lunares, cuyas cuatro fases evolucionan cada veintiocho días, o sea lo mismo que los períodos femeninos normales.

La teoría lunar, aceptada por la superstición o el animismo, no ha sido eclipsada, ni ha tenido otros fundamentos explicativos más lógicos. Sin embargo, podemos decir que en las antiguas civilizaciones el sol tuvo y tiene aún mayor importancia simbólica que la atribuible al pálido astro de la noche, como lo demuestra el hecho de los emblemas antiguos y modernos en la arquitectura religiosa, en los escudos, en las banderas, etc. El sol lo encontramos en unas partes, quedando la luna para los pueblos islámicos. En el moderno Japón, pese a las nuevas teorías políticas que intentan la radical transformación de su mentalidad, a pesar de haber sido el Imperio del Sol Naciente, las mujeres no relacionan ni a este astro ni al otro con sus particulares estados fisiológicos, aunque todas las japonesas saben que la luna evoluciona cada veintiocho días teniendo al mismo tiempo las pruebas más ciertas y molestas de la repetición

coincidente de sus períodos catameniales. Pero a una distancia relativamente corta del histórico Imperio, las gentes que habitan en las tierras del Estrecho de Torres creen que la primera menstruación acontece a causa de haber sido poseída la mujer por el astro nocturno, atentados que Selene perpetra cuando las jóvenes duermen profundamente.

Sin embargo, se cree que la luna adopta la forma de un hombre vigoroso, extraño y desconocido, siempre dispuesto a violar a las mujeres, el cual las produce esa herida que sangra periódicamente, a excepción de la época del embarazo, ya que su contacto erótico sería altamente perjudicial para la nueva vida en gestación. También se explican la menopausia o cesación de las reglas diciendo, que como las mujeres son ya de cierta edad y han perdido sus encantos sensuales, el misterioso y lúbrico personaje lunar no se toma ya la molestia de herirlas. Ninguna mujer puede determinar cuándo y cómo se cometen esos atentados astrales y nadie ha dado la menor referencia acerca de su fabulosa personalidad.

Estas creencias las encontramos ampliamente difundidas en todos los pueblos primitivos del orbe y justificadas en múltiples explicaciones que coinciden en afirmar la existencia innegable de la teoría lunar. Los investigadores antiguos que se preocuparon por el supuestamente misterioso fenómeno, llegaron a enzarzarse en verdaderas polémicas. Mientras unos insistían en afirmar que dichas influencias son efectivas, otros negaron terminantemente toda relación entre ambos grupos de fenómenos admitiendo, a lo sumo, que dicha subordinación es aparente o incierta, aunque al establecer ciertas ideas de subordinación de las funciones periódicas de la mujer a la influencia de la luna, de la que opinaban que obraba muy poderosamente sobre la razón y el destino humanos, demostraron que ya conocían la influencia física y moral de los astros.

La ciencia moderna ha venido a corroborar la certidumbre de muchas viejas opiniones, aunque jamás podrá demostrarse que la menstruación coincide en todos los casos con una fase determinada de la luna, en cuya virtud encontraríamos perfectamente justificada la relación denominativa de "luna" y menstruación. Y partiendo de este punto de vista puramente cronológico, es como únicamente puede

admitirse que la periodicidad lunar y el ritmo menstrual no pasan de evidenciar una mera coincidencia que no quiere decir nada, aparte de que hasta la fecha o en el estado actual de nuestras investigaciones, no ha sido posible precisar exacta y científicamente el por qué de ese ritmo de la ovulación que es el fenómeno esencial, ya que el menstruo no es más que la confirmación del estallido folicular tras la destrucción del cuerpo amarillo del ovario. Y por si esto no fuese bastante, sabemos que no todas las mujeres están igualmente regladas, pese a una salud perfecta, como puede comprobarse mediante una investigación elemental.

A pesar de todas las teorías y creencias vulgarmente difundidas, nos resistimos a admitir el fundamento de la influencia lunar sobre el fenómeno de la menstruación, porque aceptarlo sería tanto como querer demostrar que la reproducción de la especie tiene un origen innegablemente astral, aunque así traten de evidenciarlo los mitos de algunos pueblos que se consideran descendientes directos del sol o de la luna.

Lo más lógico, dejando a un lado todas esas discusiones, inside en separar los hechos físicos de los que normalmente debemos considerar exclusivamente psíquicos. Por esta razón, la evidencia de que, por ejemplo, las mujeres de Groenlandia no menstruan más que dos o tres veces al año, es decir, coincidiendo con el ciclo solar que no tiene más que dos fases en tan largo lapso, todo lo más que podemos admitir es la influencia del sol, ya que en realidad ejerce mayores efectos sobre toda la organización somática universal. Mediante esta convencional separación de los fenómenos físicos y psíquicos, veremos que el primero sí puede, hasta cierto punto, tener un origen astral; pero en el otro aspecto las cosas se nos presentan de muy distinta manera, admitiendo entonces, de aceptarse la teoría lunar, que la influencia de las evoluciones del astro es de naturaleza nerviosa en sus efectos, y por lo tanto más o menos controlable por la voluntad, aunque afecte al sistema neurosimpático.

Pudiéramos aducir infinidad de pruebas en abono de nuestra reserva para admitir la teoría lunar en la determinación de los fenómenos menstruales. En Marruecos, donde los judíos y musulmanes viven sometidos a las mismas di-

rectivas cósmicas, las moras menstrúan con más regularidad que las hebreas. Hay sí, para aquéllas, la Luna del Ramadán y para éstas la Luna de Israel, en cuyas épocas se celebran las más importantes solemnidades religiosas de los respectivos dogmas, aunque desde luego no sean específicamente sexuales como ocurre con otros pueblos de cultura inferior.

Prescindiendo de la cómoda postura de los eclécticos, diremos que la luna no ejerce por sí ninguna influencia definitiva en cuanto al fenómeno periódico de la emisión catamenial. Para relacionar esta predisposición con los fenómenos siderales, sería preciso adquirir la evidencia absoluta de que obraban directamente en lo que a la menstruación se refiere, y que es lo que no se ha podido demostrar. No obstante, algunos investigadores resumen todo lo dicho en la afirmación de que el menstruo es el único resto que nos queda del remoto celo del animal humano, a lo que puede oponerse la conclusión de que ese celo, ya tenga un origen astral, social o económico, cuya era la característica en las primeras edades de la Humanidad, no sólo perdura aún, sino que seguramente no se extinguirá jamás pese a todas las conquistas de la ciencia y la cultura que aun luchan denodadamente por aclarar en definitiva las causas del fenómeno, y a pesar también del dominio científico de la casi totalidad de sus efectos.

Investigando en ciertos núcleos de gentes primitivas en quienes la civilización no alteró lo más medular de sus creencias, tampoco se logra el menor dato que sirva de punto de partida para una exploración científica. Todo lo que se descubre y aprende se caracteriza por un confusionismo desconcertante por lo desordenado, incluso con relación a los mismos mitos que pueden explicarse gracias a la adaptación convencional de los argumentos amparados en el absurdo. Al "¿cómo?" y el "¿por qué?", no se obtienen otras satisfacciones que el "Dios sabe" o el "sépanlo los espíritus", lo que sobre poco más o menos concuerda con la actitud actual de la inmensa mayoría de las gentes que atribuyen a estos aspectos de la fisiología el prestigio de los más misteriosos hechos sobrenaturales.

El menstruo y la excitación

La menstruación de la mujer y el estado de celo del resto de las hembras de otras especies, son prácticamente el mismo fenómeno y constituyen una función idéntica salvo, naturalmente, ciertas diferencias. El flujo sanguíneo en la mujer, la emisión sanguinolenta de las monas, la secreción mucosa de las hembras de otros mamíferos, las emanaciones odoríficas de las glándulas genitales secundarias de ciertas más y, en fin, la simple turgescencia de los órganos vulvares de la mayoría, son fenómenos de expresión uniforme, aparte otros, de índole psíquica, que pueden observarse con toda facilidad y que parecen ser comunes a todas las hembras del reino animal, como una prueba de la más honda, íntima y útil de todas las revoluciones orgánicas.

Todos estos fenómenos tan esenciales que en las hembras inferiores a la humana denuncian la oportunidad del momento conceptivo o su proximidad inmediata, no concuerdan exactamente con las condiciones de la mujer en lo que afecta al riguroso instante preciso y psicobiológico de la excitación erótica, aunque exista, pese a ser tan poco apreciable, una periodicidad poco menos que matemática en la manifestación de los máximos anhelos del impulso sexual. Este aumento de la tensión debiera coincidir exactamente con la aptitud del óvulo para ser fecundado por el zoospermo, teniendo en cuenta el tiempo que la célula masculina invierte en arribar al pabellón de la trompa próxima a la porción ovárica donde ha de efectuarse el estallido folicular. Es decir, que la mejor aptitud de la mujer para la experiencia erótica habría de condicionarse a la vitalidad del óvulo.

Tal es el aspecto más importante de la relación existente entre el celo y la finalidad biológica del coito; pero como no es posible hasta el momento actual determinar con exactitud en qué momento preciso la célula germinal femenina es apta para ser fecundada, tampoco podemos decir que la mayor tensión erótica de la mujer coincide exactamente con la existencia del óvulo fecundable.

En virtud de muy cuidadosas investigaciones realizadas con mujeres inteligentes, instruídas al efecto, hemos

podido comprobar que la excitación erótica o un deseo más acentuado de placer corresponden, más que a la crítica aptitud del óvulo, a los fenómenos congestivos de reflejos nerviosos que se inician días u horas antes de presentarse el periodo y desaparecen en igual plazo después de suprimido el acontecimiento catamenial. De ser así como parecen evidenciarlo las investigaciones aludidas, pudiéramos llegar a la conclusión vertical de que cuando la mujer desea más ardientemente al hombre, es cuando la fecundación resulta menos posible por el hecho de que no sólo no existe el óvulo en estado de madurez, sino que sus posibilidades de existencia son más remotas que en cualquier otro momento.

Este aumento de la excitabilidad erótica de la mujer inmediatamente después de suprimido el período, dió lugar a las conclusiones científicas que afirmaban la máxima fecundabilidad en el momento o un par de días más tarde de la desaparición del flujo, suponiéndose lógicamente que esa tensión erótica más elevada debía considerarse como el signo de la máxima oportunidad, dada la supuesta simultaneidad de ambos fenómenos. Y ello no es así por las razones que conocemos respecto de la ovulación y la menstruación.

La excitación sexual de la mujer en la época de las reglas, ya sea unos días antes o después e incluso en plena emisión del flujo periódico, no es sino el reflejo psíquico de un hecho fisiológico o de un fenómeno natural consecutivo de la actividad útero-ovárica. Considerando el fenómeno desde el punto de vista de la psicosexología, la principal característica normal y primitiva del estado menstrual es la presencia más predominante del impulso, si bien durante los dos o tres primeros días de la emisión no parece que aumente la impulsividad, aunque también suele ocurrir que existiendo ese aumento, la mujer tiende a disminuirlo en virtud de ciertas influencias de índole estética. Sin embargo, con relación a las mujeres de la India y otras regiones del sur de Asia, algunos autores dicen que la tendencia a solicitar las caricias masculinas debe interpretarse como uno de los signos más destacados del estado menstrual.

También se ha comprobado que los casos de ausencia total de deseos eróticos durante la efusión catamenial no son

muy abundantes. Cuando se observa tal excepción, puede decirse que obedece a ciertos estados depresivos de la expresión vital que tiende directamente a reprimir determinadas emociones, lo que se observa con bastante frecuencia en mujeres de temperamento nervioso. En las que son normales y gozan de buena salud, no cabe duda que la menstruación coincide, sobre todo en los últimos días, con una favorable alteración del carácter y una más destacada inclinación del temperamento a la experiencia de los actos sexuales. Este aumento de los deseos en mujeres demasiado sensibles, varía desde la simple excitación que apenas rebasa los límites fisiológicos, hasta la verdadera demencia tan dramática y espectacular del delirio ninfomaníaco.

En el aspecto puramente físico se advierten todas las modificaciones típicas de la excitación normal a que nos hemos referido en páginas anteriores. La congestión de la mucosa uterina donde tiene asiento la hemorragia es el carácter más destacado, resultando afectados todos los órganos del aparato genital que experimentan un notable aumento de volumen e incluso de sensibilidad, de donde se deriva una evidente acción mecánica de proyecciones erotogénicas.

La inervación suele adoptar dos formas en la región genital; la primera es la dolorosa o neurálgica que tiene su asiento en toda la región vulvar, o sean el clítoris, los grandes y pequeños labios, el meato urinario, los repliegues génito-crurales y la cara interna y superior de los muslos. Dos o tres días antes de la aparición del flujo, toda la región genital interna presenta una ligera tumefacción y una temperatura más o menos intensa que puede extenderse por todo el cuerpo hasta llegar al cuello, donde se hace más notable. Seguidamente suele suceder, sobre todo en mujeres muy nerviosas, una hiperestesia excitante, enervante y dolorosa que se traduce en comezones, sensación de pinchazos muy penosos que obligan a la mujer a rascarse, a veces de una manera irresistible con un afán que no puede dominar, y que al localizarse en los órganos genitales inducen a las satisfacciones autoeróticas y otros trastornos parecidos más o menos molestos y soportables.

El estado también hiperestésico que caracteriza a la segunda forma del nerviosismo menstrual, tiene una localización específicamente erótica que se significa en excitaciones muy acentuadas de carácter impulsivo. Bajo esos impulsos irrefrenables capaces de sobreponerse a todas las energías de la voluntad, la mujer comete actos sexuales desordenados que suelen ser el efecto de una anulación parcial o completa del sentido moral. Dos o tres días antes de presentarse el período, es decir, fuera de la época de la existencia ovular, es cuando con más facilidad sucumben estas mujeres nerviosas y de fuerte temperamento a las inclinaciones masculinas. Si esa ausencia del sentido moral no actúa en calidad de energía inhibidora de las expresiones éticas, el conflicto suele resolverse por medio de la masturbación en actos más o menos frecuentemente repetidos. Entre 58 prostitutas investigadas al respecto, obtuve los resultados siguientes: 22, realizaron el primer acto sexual en los dos días anteriores a la presentación del período; 16, al siguiente y posterior de haberse suprimido; 7, en plena emisión del flujo y las 13 restantes, durante los intermenstruos.

La castración, lo que lógicamente entraña el sacrificio de las funciones ovular y menstrual, ha bastado en infinitos casos, pero no en todos, para suprimir radicalmente las perturbaciones ninfomaníacas, lo que se observa de una manera clarísima entre las alienadas de cierto rango, ya que las psicosis caracterizadas por la ausencia del sentido moral se producen en estas enfermas mentales en las manifestaciones más impresionantes y brutales de la demencia erótica. Si se trata de mujeres normales ovariotomizadas por otras causas, no siempre suele acontecer el fenómeno de la indiferencia o la frigidez.

Acerca del período de la máxima excitabilidad durante las épocas premenstrual, menstrual y postmenstrual se han emitido tantas opiniones, que nadie ha logrado ponerse de acuerdo. De nuestras observaciones al respecto tampoco nos ha sido posible lograr mayor éxito. En virtud de una encuesta realizada recientemente, todo lo que pude saber entre las 137 mujeres que contestaron de 150 a quienes dirigí un brevísimo cuestionario, fué esto: 52, experimentaban los mayores deseos durante los tres días anteriores al período; 24, en plena efusión, y las 61 restantes en los dos o

tres primeros días posteriores a la desaparición del flujo. De las 24 del segundo grupo, 5 manifestaron que la máxima intensidad de su deseo, coincidía con los momentos de mayor abundancia de la emisión, por notar un calor particular y una especial sensación que no experimentan fuera de esos lapsos, cuya molestia suele ser de varias horas. De cualquier forma, aunque la afirmación no se contenga dentro del marco de una rigurosa fidelidad científica, esas informaciones no dejan de ser ilustrativas por coincidir el fenómeno con las épocas agenésicas de la mujer.

Infinitas mujeres manifiestan que en cualquier época que no sean las más próximas anteriores o posteriores al período, pueden dominar cualquier hábito autoerótico más o menos antiguo con cierta facilidad. En definitiva, el hecho cierto es ese aumento del eretismo sexual cuyas causas físicas insiden en los diversos fenómenos congestivos que se operan en la organización útero-ovárica, cuyos efectos trascienden a todo el complejo genital externo e interno con esos reflejos evidentes de irritabilidad y sensibilidad de índole erotogénica, como está suficientemente demostrado por las investigaciones realizadas en mujeres sanas y normales. Igualmente ha podido demostrarse como comprobación del rango erótico de tales mecanismos, que con motivo de diversas enfermedades infecciosas y estados febriles momentáneos, esos mismos fenómenos congestivos y de irritabilidad de los órganos genitales se producen con iguales caracteres físicos, hasta el extremo de que resulta imposible diferenciarlos con relación a su causalidad, puesto que las expresiones, repito, son absolutamente idénticas. Y entonces llegamos a la conclusión, de que esos estados patológicos, lejos de estimular la ansiedad erótica, la hacen indeseable y aunque la dolencia no sea grave, la mujer se opone rotundamente a toda experiencia de índole erótica.

Al llegar a este punto de la discusión se hace necesario dejar a un lado las causas mecánicas o fisiológicas, para conceder a los factores psíquicos la importancia que merecen, puesto que influyen de una manera muy efectiva en la elevación a veces desproporcionada del afán erótico que se revela con esa periodicidad. Muchas mujeres aseguran, sin embargo, que al notar el progreso de la excitación erótica

hallándose en plena emisión del flujo, una simple irrigación vaginal, de finalidad higiénica, basta para que inmediatamente descienda la tensión, afirmando además que dicha excitabilidad puede ser voluntariamente reprimida.

Estas actitudes antieróticas son susceptibles de manifestarse en expresiones altamente útiles en lo que concierne a la observación de las necesarias reglas de la castidad, sobre todo en las épocas genésicas o de posibilidad de fecundación. Toda mujer normal y sana está en las mejores condiciones de lograr ese dominio inteligente de sus posibilidades, sobre todo si tenemos en cuenta que una conducta opuesta produce reflejos inmediatos en el sensuopsiquismo masculino, tan fácilmente excitable pese a que en realidad no experimente necesidades perfectamente justificadas.

Pudor femenino y angustia erótica

En la dramática batalla de los sexos, la mujer dispone del arma formidable de su pudor, espada de dos filos con la que lo mismo hiere a su rival que puede herirse a sí misma, lo que evidencia de una manera incuestionable la habilidad que requiere su manejo . . .

Esa represión del impulso sexual durante los estados menstruales, suele ser fácil para cualquier mujer inteligente en virtud de la influencia de todos esos factores del pudor más elemental que se centra en el respeto estético o el miedo a causar asco, ramas de un mismo tronco psicofísico, en cuyo caso nos encontramos en presencia de una cualidad social susceptible de servir de base a cierto confusionismo en el análisis de la cuestión, lo que ya puede inducir al error en las conclusiones al apreciar un hecho originaria y elementalmente fisiológico. Entonces se hace necesario referirnos a la psicología y a la especial constitución moral de la mujer, a la que no es ajeno cierto espíritu de contradicción, y así será posible afirmar lo que sigue: El aumento de la tensión erótica, es normalmente poco apreciable y hasta puede manifestarse equilibrada en toda época, incluso en los casos de supresión del menstruo, ya sean patológicos o ya normales, como ocurre durante el embarazo.

Las conclusiones a que han llegado algunos investigadores para explicar las causas del fenómeno de esa elevación de la angustia erótica en el estado menstrual, no son a nuestro juicio, completamente satisfactorias, por referirse al aspecto concretamente fisiológico que nunca puede contener la clave de solución del problema. Por consiguiente, aunque jamás hemos creído que el psicoanálisis sea tanto como una panacea universal, ahora se hace necesario recurrir a la ciencia que alentó Freud —tan exacta en unos casos como desorbitada y ridícula en otros—, para dar una explicación adecuada, aunque en estos casos nunca es posible afirmar definiciones categóricas.

Lo básico y fundamental de un rango preciso que no puede negarse en cuanto a la evidencia de sus cualidades, es que el ser humano está normalmente imposibilitado de evadirse a la impresión de asco que le inspiran todas sus excreciones y secreciones orgánicas, ya sea normales o patológicas, emoción que puede advertirse desde la infancia con un carácter que no deja lugar a dudas en el orden somatopsíquico general. Cuando la núbil experimenta la emisión del primer flujo menstrual, aparte la jerarquía tan natural del acontecimiento, el suceso se complica con la experiencia inmediata de esa sensación de asco. La criatura sufre entonces un verdadero traumatismo emocional que trasciende en sus efectos al área del psiquismo, porque el hecho subjetivo se amplía a la objetividad y piensa: "Si a mí me produce asco, tiene que producirlo a los demás". Todavía para acentuar más el rango antiestético del fenómeno, las personas de su intimidad y otras ajenas le hacen comprender que el producto de su menstruo es una suciedad de la que debe librarse, de paso que en las palabras y gestos de sus críticos advierte la evidencia de la aversión a su estado. Ella queda convencida de que aquello es cierto y razonable: no es necesario insistir más. En adelante, sabe que la menstruación es algo desagradable, repugnante y antiestético que está obligada a ocultar a todo trance.

Toda la impresión sigue larvándose mediante un rápido proceso de transformación cada vez más agravado en su propia conciencia, hasta llegar al final de la metamorfosis: su aversión al acto sexual durante el menstruo expresado en

esas negativas tan emocionantes y dramáticas, que además resultan invencibles, en que se afirman las formas animales y sociales del pudor. Así tenemos explicada la primera parte del fenómeno con relación a su etiología; queda el segundo aspecto de la cuestión que se refiere a ese supuesto aumento de la tensión erótica en la época menstrual y que trataremos de explicarnos.

La muchacha adquirió desde el primer momento la conciencia neta y rígida de que los productos de la secreción menstrual producen asco, hecho físico que resulta completamente incompatible con el desarrollo del elemento psíquico del amor, porque esta inquietud emocional tan profunda es la suprema exaltación admirativa de la belleza: no puede ser amable ni admirable lo antiestético, lo sucio, lo repugnante. Cuando se olvidan estas cualidades intelectuales de tan singular prestigio y de tantísima trascendencia que por sí solas constituyen la base de inspiración del sentimiento y el acto íntimo se lleva a cabo a pesar de todo, una vez satisfecho el anhelo animal y avasallador del placer, la reacción ante el espectáculo físicamente repulsivo que jamás deja de tener una grave trascendencia en cuanto al juicio moral, trae como resultado la destrucción, a veces irreparable, del sentimiento psíquico. Esta emoción es mucho más destacada en el criterio masculino que en el femenino, ya que la mujer suele ser más indulgente que su compañero ante las expresiones antiestéticas del drama sexual.

Ese supuesto o real aumento de la excitabilidad o la ansiedad de placer en los dos o tres primeros días anteriores a la fecha calculada por ella para la presentación del período menstrual, puede estar determinado tanto en virtud de los fenómenos físicos o mecánicos del proceso congestivo, como es posible que se afirme en un extraño complejo mediante el cual se establece un conflicto a base de estos enunciados: Primero, el temor de que el flujo pueda presentarse con todas sus proyecciones antiestéticas referidas, en el preciso instante del coito, y: Segundo, como consecuencia inmediata del anterior, que ese temor evidente y confirmado por muchas mujeres, lejos de significarse como un factor inhibitorio posea, por el contrario, la virtud de ampliar el área objetiva de la angustia erótica, del ansia

de satisfacción. He aquí el conflicto psicológico planteado entre dos factores que se suman para traducirse en el anhelo que estimula la realización de un acto cualquiera, que a su vez tiende a reprimir su materialización mediante la pugna de dos facultades de tendencia diametralmente opuestas.

Si traemos la discusión del tema al terreno de la expresión vulgar, podemos compararlo con la actitud de un sujeto que considerando perfectamente posible y conveniente para sus intereses la ejecución de un acto, no lo lleva a cabo por temor a la opinión de los demás, contrariedad que determina en su ánimo una verdadera neurosis de angustia que excita más el ansia de realizarlo. En definitiva, y en el último extremo de la definición más sencilla, podemos concluir así: La excitación promovida por la imposibilidad moral o física de lograr un objetivo ardientemente anhelado, aumenta en proporción directa con los obstáculos que se oponen a su consecución. Descendiendo bastante del plano en que unos párrafos más arriba nos habíamos situado, diré que no se sabe ciertamente si esa actitud de la mujer para desear las relaciones sexuales en dicha época tiene su origen en los primitivos tiempos de la vida humana, o si su actual disposición se ha desarrollado con el progreso cultural de la especie.

Estudiando los caracteres y formas del pudor entre las prostitutas de una gran ciudad, mis conclusiones acerca del aumento de los deseos eróticos de estas mujeres coincidiendo con los días de emisión del flujo catamenial, puedo fundarlas en el hecho eminentemente psicológico de que en tales épocas es cuando están más obligadas, ya sea en virtud de razones de índole estética o supersticiosa, a hurtarse a la intimidad con sus amantes ocasionales. Pero en definitiva, es el miedo a causar asco, fundamento social del pudor, la cualidad cohibitiva más destacada que las impide todo contacto sexual con el hombre, ya que éste, al experimentar tan destacada impresión antiestética, no dejaría de tener un recuerdo profundamente desagradable traducido en lo sucesivo en aversión a la mujer que le produjo tal sentimiento. Así pues, el aumento de la tensión erótica en este caso, es el resultado del conflicto surgido al calor

de un evidente complejo de temor e inferioridad que impide o dificulta la expresión de los actos habituales, que sólo por tal hecho resultan notablemente estimulados.

A título de excepción de la regla, citaremos la siguiente observación. Una mujer de veintitrés años, bella, sana y casada. De soltera tuvo un amante un tanto excéntrico que no tenía inconveniente en practicar el acto sexual cuando ella menstruaba. Esto producía a la muchacha cierta contrariedad, no negándose a él por estar muy enamorada, aunque después de la relación carnal, causábala mucha repugnancia lo sucedido. Dice que no encontraba mayores estímulos que de ordinario hallándose en pleno período menstrual, pero creía que el deleite era más intenso en virtud de su convicción de que el amante era muy apasionado, "lo que se demostraba —dice ella— por no importale que yo estuviera menstruando para amarme".

Claro es que en este caso existe un motivo psicológico que explica la razón de su mayor placer y en el que existe una evidente inspiración de índole masoquista. Si en realidad no experimentaba mayores estímulos que de ordinario y sí el deleite era más intenso, tal aumento de la sensación puede explicarse por el orgullo y el halago que le producía la mejor disposición del amante, en contraste con esa circunstancia que ella tanto aborrecía. El aumento de las sensaciones voluptuosas corresponde a una exaltación psíquica o del erotismo cerebral, con preferencia a cualquier disposición normal y espontáneamente evolucionada.

Lo que sí puede decirse con relación al amante de esta mujer, juzgando por las confesiones que de ella recibí, es que se trataba de un individuo de gran temperamento, fuerte y vigoroso, pero afectado por ciertas perturbaciones nerviosas que a juicio de la comunicante, no permitían incluirle de lleno en los índices de la normalidad. Su padre fué dipsómano, un hermano se había suicidado y él mismo experimentaba con frecuencia accesos melancólicos y deseos de matarse, por lo que la joven lo abandonó.

La supuesta impureza catamenial

Es un hecho altamente significativo para la historia de la civilización y de la sexualidad, que la mujer moderna

se somete menos a las directivas de su impulso erótico que a las leyes del instinto puramente femenino del afán de agradar al hombre desde el punto de vista de la estética organizada. Evidentemente, la tendencia de la especie humana al acto del coito hallándose la mujer en el período menstrual, ha sido dominada en todas partes por las ideas de una civilización que insiste lo mismo en el orden religioso que en el social y privado, en considerar ese flujo como un fenómeno sobrenatural que para la protección de todos debe ser convertido en algo impropio y tan temible como lo es cualquier *tabú* capaz de producirse en consecuencias graves. No cabe duda que el pueblo de Israel es el que ha concedido más importancia a los hechos de la sexualidad desde el punto de vista religioso, social e higiénico, puesto que tales hechos constituyen el principio de su propia organización pública y privada. La mujer judía es considerada completamente impura cuando se encuentra bajo los efectos de la regla catamenial.

No es posible negar que en las civilizaciones superiores existe una especie de temor y de respeto estéticos que exigen la ocultación y la reserva de la mujer durante la evacuación de sus flujos menstruales. De un lado, tenemos el miedo casi supersticioso que siempre ha inspirado la sangre, sobre todo la menstrual, al ser evacuada por un orificio que si bien es la fuente del placer, lo es al mismo tiempo de la vida; es decir, las expresiones más gratas y útiles de la especie, pero que está tan próximo al centro excretorio del cuerpo, puerta de evacuación de las substancias de deshecho más repugnantes. Además, el flujo menstrual suele tener un olor repulsivo en las mujeres desaseadas, y a veces en las que son muy limpias, dada su composición química, factores que concurren inevitablemente para determinar un todo completamente adverso a la objetividad estética y grata del amor, emoción incompatible con el asco incluso para las personas menos refinadas.

La actitud de todos los pueblos del planeta en lo que a la menstruación se refiere, es casi siempre la misma: la sangre de los menstruos es *tabú* en todas partes, aunque en los pueblos civilizados o por mejor decir, entre las gentes cultas, ese prestigio maléfico no se relaciona directa-

mente con los credos religiosos. En la inmensa mayoría de los pueblos primitivos, las creencias se mezclan con los principios divinos, mágicos y animísticos de todo género hasta un extremo en que resulta completamente imposible delimitar los campos de la religión y de la superstición. Es indudable, que en los mitos más remotos e incluso en los relacionados con la Creación, la sangre menstrual inspiró siempre el más serio y grave respeto, acaso en virtud del elemento de misterio que rodea a este fenómeno fisiológico exclusivo de la mujer, del cual se han deducido infinitas consecuencias psicológicas imposibles de aclarar en otros periódos más alejados de la actual supercivilización.

En el Antiguo Testamento nos encontramos con una enorme masa de prescripciones y conceptos que constituyen el código de los rituales practicados principalmente por el pueblo judío, ya que la mujer menstruante se veía despojada de su rango humano por este solo hecho. Lo mismo se observa en los escritos sagrados de la antigua India, y hasta la Iglesia Oriental prohibió a las mujeres menstruantes la entrada en los templos y lugares sagrados, lo mismo que en la moderna Grecia no se las permite besar las imagenes ni participar del sacramento de la comunión. Los monjes de la Edad Media, el periódo más bárbaro de toda la civilización, aseguraron y difundieron el principio de que la mujer era "un templo edificado sobre una cloaca" lo que contribuyó aún más a rebustecer las viejas creencias heredadas de los tiempos bíblicos que implicaban el máximo desprecio y la mayor irrespetuosidad para la mujer. En la Edad Media se la consideraba como a un leproso, obligándole a usar unas vestiduras especiales y a avisar a todo aquel que se aproximaba a ella de que era impura. En algunos puntos de Europa tenían que habitar en lugares aislados que no podían abandonar hasta que no hubiesen desaparecido sus flujos periódicos.

Las mismas secreciones menstruales han sido utilizadas en los negocios de la magia blanca y negra para la preparación de maleficios, de filtros de amor o de odio y demás disparates semejantes. Hasta se le atribuyen cualidades, unas benéficas y otras perversas, en infinitos aspectos fantásticamente relacionados con la agricultura, la ganadería,

las tormentas, las enfermedades, la vida, la muerte, etc., todo ello en una confusión pintoresca y caótica, estúpida y bárbara. Si fuésemos a citar todo lo que sabemos acerca de esta cuestión tan impresionante de la vida sexual de la mujer, necesitaríamos un volumen de triple contenido que el presente.

Ahora bien, ese mazacote de ideas se va transmitiendo de generación en generación no sólo en virtud de esos elementos de misterio que rodean al fenómeno en el criterio de las gentes incultas, sino también a causa de otras ideas completamente ajenas a las supersticiones. En las clases más cultivadas de la sociedad, el hecho no goza de mayor prestigio que el de su naturalidad ni se le concede otra importancia que la demandada por la higiene. Sin embargo, estos cuidados no merecen ninguna atención de parte de las mujeres menos educadas. La creencia ampliamente difundida de que resulta peligroso para la salud el aseo genital durante el menstruo, determina los efectos que pueden suponerse en el orden estético. Por eso, el temor que inspira el coito en la mujer menstruante de las capas sociales más bajas, se funda en una honda aversión visual y olfativa, en la repugnancia, dicho en una palabra, elemento de gran importancia en cuanto al origen de las teorías supersticiosas que relacionan dicho estado con la posibilidad de ciertas peligrosas enfermedades.

Aparte las consideraciones que las gentes aseadas pueden realizar con relación a la práctica sexual durante los estados periódicos menstruales, la única peligrosidad del acto se refiere a la mujer, dada la enorme congestión que afecta a todos sus órganos, lo que les hace vulnerables al más ligero traumatismo. Cualquier pequeña lesión puede ser la causa de infecciones más o menos graves y molestas, especialmente en el cuello uterino y la porción vaginal del útero. Muchas vulvitis y vulvo-vaginitis suelen tener su origen en la práctica del coito en esas condiciones tan desfavorables a la estética y a la higiene.

Esa teoría de la supuesta impureza catamenial debe ser relegada al índice tan amplio de las supersticiones sexuales, al propio tiempo que se concede al estado menstrual la importancia que merece en el orden de la higiene, cu-

yas necesidades deben ser satisfechas con la máxima exigencia en evitación de esos indudables reflejos que ejerce en el área del sensuo-psiquismo masculino. La tendencia general de las gentes que consideran impura a la mujer menstruando no deja de tener una enorme utilidad psicológica, ya que los cuatro o cinco días que el flujo debe durar normalmente, equivalen a un período absoluto de castidad forzosa y periodicidad fija de mucha importancia en lo que concierne a la ordenación de los hábitos higiénicamente observados.

En el estado menstrual no hay pureza ni impureza: no hay más que higiene o abandono estético. Si en el primer caso la atracción queda evidenciada en virtud de la cualidad psíquica de la ansiedad en espera del momento para reanudar la práctica erótica periódicamente imposible o estéticamente inaceptable, en el segundo es la aversión más franca, a veces irreprimible, la consecuencia más brutal del abandono íntimo que motivó esa actitud universal de repugnancia y desprecio hacia la mujer menstruante, lo que puede observarse a través de todos los grupos humanos, ya sean civilizados o salvajes, que habitan en las más opuestas comarcas del globo.

Alteraciones típicas del psiquismo

Los prejuicios, las tradiciones seculares, la moral al uso y un complicado mazacote de conceptos y conveniencias, que casi siempre carecen de la base respetable en que deben asentarse los hechos naturales, han dado lugar a esa norma consistente en estimar los valores de la moralidad femenina a través de las expresiones del impulso sexual, porque en este método de apreciación injusto y sistemático nunca se tiene en cuenta la especial y complicada naturaleza somato-psíquica de la parte más débil del género humano. La mujer está subordinada a las directivas biológicas de su sexo tan profundamente enraizadas, que las supuestas o efectivas razones morales, los mitos, la cultura y los grados extremos de una civilización superior, nunca serán bastantes para modificar la conducta en esos aspectos que tanto dañan a su reputación. Si bien es

cierto que la mente influye sobre las cualidades del instinto hasta ordenarlas en el plano de las exigencias sociales que afectan a la sexualidad, no es menos verdadero que otras influencias recíprocas, a veces involuntarias e inevitables, ejercen sobre toda la organización psíquica efectos tan destacados que bastan por sí solos a determinar la conducta de la mujer educada e impuesta en las más severas disciplinas de la dignidad y el honor naturales.

La inmensa mayoría de las gentes ignora que las funciones específicas del organismo femenino tan legítimas e indispensables, lo mismo predisponen al psiquismo al malestar más pueril y pasajero, que a la perturbación mental más grave y permanente. Si consideramos el área enorme de difusión de estas influencias psicofísicas y por otra parte sabemos cómo la llamada moral y hasta la biología contribuyen a la represión de los impulsos natural o artificialmente evolucionados, nos daremos cuenta de que la gran mayoría de los juicios que se emiten acerca del pretendido honor femenino son desatinados y absurdos, porque la mujer, más que el hombre, puede ser considerada en muchos casos como absoluta y totalmente irresponsable de sus actos sexuales más desmoralizadores, pese a que en los demás aspectos de su existencia subsista un perfecto equilibrio del sentido moral.

Está demostrado que la simpatía de un órgano es tanto más acusada cuanto mayor es la influencia que ejerce sobre el sistema entero, por la razón sencilla de que sus relaciones de causa a efecto se encuentran subordinadas a su función. Si el cerebro es el órgano central que rige todo el complejo orgánico en lo físico y en lo psíquico, ¿podrá negarse que el cerebro es el plano donde van a proyectarse todas las perturbaciones de la economía? Las funciones orgánicas más íntimamente relacionadas, son sin duda alguna las mentales y las sexuales, lo mismo en lo que se refiere a sus aspectos físicos que en lo que afecta a las manifestaciones sensuopsíquicas en general. Esto se observa cuando estudiamos la vida de los habitantes de los países fríos, donde las actividades de la inervación son menos poderosas, el carácter del individuo más tranquilo y más apto para reflexionar, de menor imaginación y de

sensibilidad obtusa. Al mismo tiempo, su actividad genital es menor, la excitabilidad erótica más reducida, más precaria la sensación de placer, y hasta la menstruación aparece en las mujeres con posterioridad a lo que ocurre en otros pueblos sometidos a climas más benignos.

Los impotentes, los frígidos, los insensibles o indiferentes ante el amor con todas sus consecuencias, raramente logran sobresalir en ningún orden de la actividad intelectual. De todos los instintos regulares y normales, no hay ninguno que ejerza una influencia más marcada sobre los sentimientos y el carácter como la ejerce el impulso de la procreación. Esta simpatía neuro-sexual no sólo depende del órgano, sino que también se relaciona con el temperamento y el sexo del individuo. Y por su temperamento, aunque también por virtud de su naturaleza somato-psíquica, es por lo que la mujer ofrece un más amplio campo de predisposición a los trastornos simpáticos, no sólo porque es mujer, sino porque tiene que ser madre.

Cuando transitamos por el campo vastísimo de la psicología sexual, vemos que no hay nada más interesante ni aspecto tan sugestivo que el referente a la investigación de las relaciones del fenómeno menstrual con la vida de la mujer, porque el útero es el mayor —por no decir el único— foco de su sensibilidad que actúa no sólo sobre lo somático, sino también en toda su organización psíquica y espiritual, sobre todo el cerebro, sobre todos sus actos, sobre su vida. Poseemos las pruebas más incontrastables de que una simple afección uterina fácilmente curable y carente casi en lo absoluto de importancia física, puede ser causa más que suficiente para dar lugar a una entidad patológica mental que desaparece tan pronto como ha sido eliminada la leve enfermedad que originó el desastre.

En el índice genérico de las locuras puerperales, o de la demencia genital por mejor decir, se contiene un vasto grupo de fenómenos estrechamente vinculados a la función normal de los órganos reproductores de la mujer, verdaderas psicopatías sexuales que pueden manifestarse en todas las fases fisiológicas o patológicas de la maternidad, desde que el embarazo empieza hasta que el puerperio acaba. Pero aparte del proceso de la gestación, el acto de

mayor trascendencia en la vida femenina, esas perturbaciones y muchas más pueden surgir con toda su dramática espectacularidad solamente bajo la influencia de la menstruación, lo que demuestra de una manera indubitable y definitiva sus íntimas relaciones con el psiquismo y permite decir que el estado catamenial resume toda la historia patológica psíquica y física de la mujer.

Toda esa complicada serie de trastornos psíquicos coincidentes con la periodicidad sexual femenina en su revelación característica de la emisión del flujo y evidenciada en esas perturbaciones que siguen el ritmo ancestral, es un hecho que no escapó a la sagacidad de los médicos y tratadistas más antiguos y que modernamente está sancionado por las numerosas y especializadas investigaciones científicas que constantemente se llevan a cabo, sin contar con lo que la superstición y el dislate han creado en torno al fenómeno que en todo tiempo tanto llamó la atención del género humano, y que el célebre alienista francés Dr. Icard resumió en su notable obra *La Mujer*, diciendo: "La función menstrual puede, por simpatía, sobre todo en las mujeres predispuestas, crear un estado mental que varía desde la simple psicalgia, es decir, el simple malestar moral, la simple inquietud del alma, hasta la enajenación mental, la pérdida completa de la razón y modificar la moralidad de los actos, desde la simple atenuación, hasta la irresponsabilidad absoluta".

Si la definición ha sido aceptada en el clasicismo y no necesita ninguna modificación, en las Sagradas Escrituras nos encontramos frecuentes alusiones al estado mental que la menstruación crea en la mujer, quien por este sólo hecho fué considerada poco menos que como una bestia inmunda. Así fué como un Concilio celebrado en la Edad Media promovió la pintoresca cuestión de saber hasta qué punto la mujer menstruante es responsable de sus actos, basándose en el siguiente enunciado: "¿Goza de razón la mujer y debe ser calificada de criatura humana?" La discusión fué muy laboriosa, y si bien no hubo una mayoría que se pronunciase en favor de la exclusión, lo cierto es que el sexo femenino hubo de soportar las actitudes más graves hacia su naturaleza.

Parece estar fuera de duda que aquellos severos teólogos y moralistas encontraron un punto de apoyo en la actitud de los primitivos legisladores que tanto abusaron de los mitos e imágenes biblicas, sino también en los famosos textos hipocráticos donde el sabio clásico de la medicina describe con cierta extensión los trastornos psico-morbosos "que acompañan a las jóvenes que no se han casado en la época del matrimonio". Sin embargo, a juzgar por los síntomas que cita, más bien parece referirse al histerismo e incluso a la demencia que a las perturbaciones típicas de la abstinencia sexual obstinada, porque el pavoroso cuadro que nos presenta, es éste: "La mujer tiene arrebatos, deseos de matar, miedos, horrores, deseos de estrangularse, su sentimiento es de angustia, se trastorna, se pervierte, dice cosas terribles, las visiones le ordenan saltar, tirarse en los pozos y matarse, siendo esto lo mejor y lo que ha de reportarle toda clase de utilidades" ... Ahora bien, cuando unos párrafos más adelante Hipócrates afirma que "las mujeres se ven libres de esta enfermedad cuando nada impide la salida de la sangre", hemos de creer que se refiere a la ausencia de la emisión menstrual, lo que sólo en casos muy excepcionales se traduce en ese cuadro de síntomas tan impresionantes que hicieron dudar a los teólogos de la naturaleza humana de la mujer.

Es indudablemente cierto que la supresión de las reglas periódicas en las mujeres privadas de relaciones sexuales no solo produce alteraciones psíquicas pasajeras, sino que puede conducir a las manifestaciones más graves de la enajenación mental. Donde dichos fenómenos pudieron observarse en proporciones verdaderamente aterradoras, fué en los conventos de novicias de la Edad Media, cuyos cronistas nos hablan de las epidemias de esta naturaleza que se presentaban con ciertos intervalos, como en ritmos periódicos, lo que hizo creer a los legisladores y físicos de la época que estaba justificado por las influencias satánicas.

Evadiéndose del área del mito, es justo reconocer que modernamente sólo es posible encontrarse con casos aislados refiriéndonos a las mujeres que practican una vida sexual ordenada. Ahora bien, debemos afirmar que en cier-

tos temperamentos predispuestos, lo mismo la abstinencia exagerada que el abuso de las posibilidades eróticas pueden motivar estos accesos más o menos graves coincidiendo con la proximidad inmediata de la emisión menstrual e incluso en el curso del fenómeno. La aparición de los trastornos suele evidenciarse de una manera brusca uno o dos días antes del menstruo, adquiriendo su mayor intensidad en el momento crítico de la presentación del flujo. En ciertos casos, toda la actividad patológica y su dramática espectacularidad cesa con la emisión, que entonces desempeña el papel de crisis saludable, ya que la mujer recobra la calma y el bienestar habituales.

Como se comprenderá, estas perturbaciones aisladas o en conjunto, no influyen para nada en el fenómeno de la evolución ni en la calidad de la célula germinal, aunque sí podemos afirmar que en tales casos la solución más favorable de los trastornos que no desaparecen con la práctica erótica, acontece a consecuencia de un embarazo, puesto que dicho estado se traduce en la interrupción de la actividad ovárica, a no ser que quiera recurrirse al método brutal y condenable de la castración.

Influencia de las estaciones

Analizados los hechos naturales y los acontecimientos patológicos de la sexualidad femenina cuyo conocimiento es de indudable valor ilustrativo a los fines generales de nuestro estudio, réstanos aludir a los caracteres físicos contenidos en el movimiento cíclico de la Naturaleza, después de habernos referido a la historia del celo en el animal humano, cuyo ritmo de períodos dilatados concordaba primitivamente con las energías y posibilidades de la especie.

Todo eso, ya lo hemos dicho, no es más que un recuerdo histórico, por mejor decir. Sin embargo, en aquellas épocas muertas la vida estaba controlada por otras directivas naturales bien distintas a las expresiones en que se manifiesta actualmente, cuya artificiosidad queda evidenciada en la multitud de problemas y conflictos que constantemente tiene planteados la sociedad humana y el individuo

aislado como entidad biológica. Es decir, que si en estos aspectos de tantísima importancia para la especie fuese posible retornar por los fueros del primitivismo paleontológico, nos daríamos cuenta perfecta de la cantidad de disparates que, sin embargo, no ha podido eliminar totalmente los principios de las grandes directivas periódicas, cuyos restos no dejan ejercer una influencia más o menos acusada sobre el individuo que no puede subordinarse totalmente al efecto de los poderes ancestrales de la Naturaleza.

Las investigaciones realizadas acerca de la vida paleontológica y de otras edades posteriores, coinciden en afirmar que las épocas del celo de las gentes más remotas correspondían exactamente a la estación de la siembra y floración de los árboles y a la de recolección de las cosechas o caída de las hojas: es decir, a la primavera y el otoño. El ayuntamiento sexual tenía lugar precisamente en esos períodos, ya que fuera de ellos no se experimentaba el impulso psicofísico de la procreación por estar subordinado a otras necesidades orgánicas e incluso económicas más imperiosas e inaplazables.

En la actualidad también está demostrado que los cambios que se producen con motivo de los equinoccios, afectan por entero a la organización de los seres animales y vegetales, cuyos reflejos más conspícuos se proyectan en la esfera sexual. Existen opiniones expuestas por algunos naturalistas, en el sentido de atribuir a la primavera la máxima influencia, en tanto que otras sostienen que el otoño es la verdadera época en que el espíritu se muestra en todo su poder creador y el organismo desarrolla la máxima actividad intelectual y física. Lo indiscutible es que ambas estaciones son las que marcan los dos grandes períodos de la Naturaleza, o sean el principio de la vida y el de su somnolencia que tanto se parece a la muerte. Al estudiar este grupo de fenómenos pudiera creerse que la influencia sobre el complejo orgánico emana de la temperatura, acaso en virtud de la ley física de que el calor dilata los cuerpos y el frío les contrae, lo que si tiene un valor indiscutible en lo somático, en lo psíquico es una regla sujeta a determinadas excepciones.

Lo que modernamente podemos decir es que no corresponde al calórico la cualidad productora de estos cambios

de la actividad somato-psíquica, sino a las estaciones, que en realidad ejercen sobre el sistema nervioso unos efectos infinitamente más notables que la temperatura y la presión atmosférica. Es en las primeras fases de la primavera cuando las expresiones de la economía animal y vegetal alcanzan su máximo grado de eficiencia palpable, como puede comprobarse que el otoño es esencialmente el período en que se cambia desde un mínimun hacia un máximun de condiciones vitales, lo que no se podrá dudar ante el letargo de casi todas las especies vegetales y muchas animales que en la primavera resurgen a una nueva vida. Entonces está fuera de toda duda, que ni el verano como estación más cálida ni el invierno como la más fría, influyen como las intermedias sobre la evolución del impulso sexual. Este hecho claramente apreciable entre los civilizados, adquiere un máximun de visibilidad y demostración en los pueblos salvajes y primitivos, de donde se infiere que el celo colectivo del animal humano, o dicho de otra forma, la disposición natural para el placer y la reproducción, está basada en ciclos de seis meses de cuya existencia no puede dudarse, aunque tal periodicidad se relacione objetivamente más con las razas primitivas y salvajes que con los grupos humanos que han alcanzado otros grados superiores de cultura.

Que el mayor aumento del impulso sexual tiene lugar en primavera, es un hecho que incluso han reconocido los poetas, que son las gentes más desorientadas en estos aspectos de la sexualidad específica... El tropo vulgar que reza eso de que "la primavera la sangre altera", y que tiene una equivalencia universal en todos los idiomas, es algo que no es posible negar, siendo los primeros en reconocerlo los antiguos físicos hindúes y chinos. Posteriormente lo afirmaron los médicos griegos y romanos que aducen en sus tratados clásicos muy curiosas demostraciones.

Prescindiendo de infinitas particularidades, que en los países modernos y civilizados pueden deformar las expresiones naturales en virtud de los frenos impuestos por la cultura, la experiencia personal demuestra el predominio del anhelo erótico en la primavera y comienzos del verano, especialmente con relación a la mujer, cuya sexualidad es más reposada que la del hombre, quien apenas necesita

de los más ligeros estímulos para cumplir normalmente con las leyes de la especie. Es en la patología mental e incluso en las perturbaciones episódicas que pueden considerarse naturales, pese a su evidente normalidad, donde la demostración se nos ofrece bien visible ateniéndonos a la expresión de los hábitos orgánicos. En los manicomios se observa que lo mismo los hombres que las mujeres dan muestras de una mayor actividad erótica en los días avanzados de la primavera, que es también cuando se registran más casos de delitos sexuales en el hombre y de ninfomanía en la mujer. Las poluciones nocturnas y los sueños de índole erótica son más frecuentes y notables en esa estación que en cualquier otra del año. Al propio tiempo, si examinamos en las estadísticas demográficas las curvas de natalidad, veremos que el mayor número de maternidades extramatrimoniales corresponde a los meses de diciembre y enero en el hemisferio norte, y a los de julio y agosto en el austral.

En los pueblos salvajes, las orgías sexuales periódicas tienen lugar dos veces al año, o sea al final de las faenas de la siembra y cuando ya están almacenados los productos de las cosechas. Restos de estas costumbres tan remotas los encontramos aún en ciertos pueblos de Europa, como ocurre en Francia, España, Alemania, Sur de Rusia, Italia, los Balkanes, Austria, etc., siendo más notable las fiestas que tienen lugar en torno del día de San Juan, en los últimos de Junio. Las festividades otoñales no suelen alcanzar la misma solemnidad, aunque es cierto que no dejan de celebrarse, lo que parece demostrar en coincidencia con el ritmo natural más primitivo, que la periodicidad fué anual más bien que semestral.

Un dato curiosísimo de la actual época supercivilizada de la Humanidad y que abona en pro de la evidencia de tan interesante fenómeno, puede ser comprobado por el habitante de las ciudades que se tome la molestia de leer las páginas de avisos de ciertas publicaciones periódicas, donde se insertan anuncios solicitando relaciones amorosas o sexuales aparentemente disfrazadas con el eufemismo de la amistad. Entonces se verá que la mayor abundancia de esas solicitudes corresponde a la época primaveral, para redu-

cirse en verano hasta llegar a un mínimum que vuelve a acentuarse en otoño, para decrecer de nuevo en la estación de invierno. En Europa, donde la homogeneidad étnica es más notable que en América, la observación se ofrece con la mayor facilidad.

Si tratamos de aducir la influencia térmica en calidad de razón que justifica tan notables diferencias en las expresiones temperamentales, el hecho puede resumirse diciendo que en los días de verano, los efectos depresivos del calor agobiante alejan al individuo de los objetivos eróticos que acaso entonces encierran menos atractivos. Esto mismo puede acontecer con el frío del invierno, pese a sus cualidades diametralmente opuestas, ya que ambos extremos térmicos no concuerdan con las necesidades más adaptadas al bienestar orgánico, como sucede con la temperatura de las estaciones intermedias, especialmente la primavera, que es cuando más conspícuos resultan los efectos de la reacción del organismo después de la experiencia triste y desapacible de esa especie de letargo invernal que afecta tan profundamente a todos los seres vivos de la Creación.

Ahora bien, su rango natural, biológico e inmutable queda demostrado por el hecho de que ni los artificios de la calefacción o la refrigeración ni todas las cualidades del confort más refinado bastan para alterar ese ritmo tan preciso heredado de los más remotos ancestros. En resumen, y viniendo al terreno específico de nuestro propósito, todo lo que se hace necesario en beneficio de los intereses de la procreación inteligente y de los no menos respetables del amor monogámico, que la cultura nos impone y exige el mejor equilibrio social, consiste en adaptarse todo lo posible a los ritmos tan insignes trazados por la Naturaleza, cuyo vértice específico inside en la experiencia del amor cuando sus emociones se hacen más vigorosas y deseables. Este sistema inteligente de la castidad natural que está contenido en la directiva de las estaciones propicias, es la cualidad física e intelectual más útil del celo humano, cuya expresión ha sido poco menos que borrada en las prescripciones de nuestra pretendida cultura.

El equivalente menstrual masculino

Como ya hemos demostrado, la menstruación de la mujer y el celo de las hembras inferiores a la humana son fenómenos de una identidad casi absoluta que conducen al mismo fin biológico: la perpetuación de la especie. Por lo tanto, es elemental suponer que en el hombre han de evidenciarse signos equivalentes en comparación con las alteraciones cíclicas que se advierten en los otros machos de la escala zoológica cuando es llegada la época del rut o celo, ya que no puede existir razón alguna que permita al humano diferenciarse de los demás o substraerse al imperio inmutable de las leyes naturales.

En el hombre no existe, como en la mujer, un dato de tantísimo valor como la emisión periódica de los flujos menstruales correspondientes a la destrucción del óvulo no fecundado. Esta particularidad debiera corresponder, por ejemplo, a la ausencia periódica de zoospermos en las secreciones testiculares del hombre; pero no ocurre así, ya que normalmente la célula germinal no está ausente jamás del licor seminal, en contraste con lo que acontece respecto del gameto femenino, cuya aptitud útil se limita al escasísimo lapso que media entre el estallido del folículo y la total degeneración del óvulo que no encontró un espermatozoide que le librase del trágico final inevitable. Pero que no se adviertan esos signos somáticos, no nos autorizará jamás a negar la evidencia de otros más o menos apreciables y substitutivos reveladores de un ciclo fisiológico de periodicidad más o menos regular que se manifiesta en la expresión de diversos fenómenos objetivos y subjetivos.

Este razonamiento puede afirmarse en datos de tanta importancia como el ejemplo que ofrecen todos los machos de la escala zoológica, a lo que deben sumarse las siguientes conclusiones: Primera, los machos son hembras rudimentarias: Segunda, en todos los machos mamíferos persiste todavía un útero rudimentario, que es el conducto de Müller, y: Tercera, los machos totalmente hipospádicos experimentan una verdadera menstruación a intervalos rítmicos. El Dr. Albrecht, un notable sexólogo alemán que fué el primero en lograr estas demostraciones, comprobó en un

buen número de hombres que se prestaron a la investigación la presencia de cierta cantidad de corpúsculos en la orina emitidos cada veinticinco o treinta días y con una duración de dos a cuatro, fenómeno que no tuvo inconveniente en señalar como una verdadera mestruación masculina con todas las características de la periodicidad.

Aparte estas pruebas físicas específicamente genitales, múltiples fenómenos objetivos y subjetivos demuestran la existencia de un ciclo equivalente al menstrual femenino, que se traducen en perturbaciones y trastornos e incluso enfermedades, como el aumento o la disminución del apetito, facilidad o dificultad para conciliar el sueño, disposición o pereza para la realización de las actividades habituales, estados de euforia y de irritabilidad, elevación y descenso de la presión sanguínea y, como hecho específico de indudables proyecciones psíquicas, el aumento o disminución del impulso sexual ante uno o varios objetivos eróticos. Otros datos fisiológicos, generalmente observados en hombres nerviosos con relación a un período crítico mensual, se caracterizan en que la complexión se hace más pesada, la respiración más fuerte y la digestión más laboriosa, presentándose verdaderas dispepsias periódicas. También hay perturbaciones de la función renal, malestar general que se relaciona con el temperamento, disminución de la agilidad mental, tendencia a la melancolía que alterna con estados de irascibilidad desacostumbrada. En otros casos, los trastornos revisten la forma de neuralgias, hemorragias nasales, diarreas abundantes, estreñimiento, etc., manifestaciones que suelen durar cuatro o cinco días y se repiten con intervalos de veinte a treinta.

Independientemente de las adquisiciones logradas por los investigadores, numerosos individuos carentes de bases científicas son capaces de advertir que en ciertos días de la semana, del mes o del año experimentan deseos sexuales más acentuados que en otras épocas, fenómeno que al coincidir con la aparición de otros trastornos como los aludidos, evidencía de una manera clara la subordinación a un ritmo periódico semejante al menstrual femenino. Las observaciones más cuidadosas concuerdan con las experiencias de igual índole advertidas por las mujeres, si bien éstas ya po-

seen el dato valiosísimo de la emisión catamenial como signo físico de indudable influencia en el área del psiquismo, no por la menstruación en sí, sino en virtud de las modificaciones que en todo el organismo causa la revolución úteroovárica que en esos órganos parece tener su localización más destacada. En el hombre no se advierte ninguna alteración física parecida o localizada, sino que los síntomas se generalizan y muestran en expresiones orgánicas que abarcan a toda su economía.

Muchas pruebas que pueden aducirse en demostración de los hechos que venimos citando, fueron logradas en manicomios y aglomeraciones penales o regimentales de otra índole. En ciertas formas de la locura, como las que implican las psicosis caracterizadas por la pérdida del sentido moral, se ha podido comprobar la existencia de un ritmo que parece directamente heredado del primitivismo del hombre paleontológico. Esto nos induce a no negar esa periodicidad, ateniéndonos al hecho de que la demencia se asemeja bastante a las características animales del ser humano primitivo.

Hemos de reconocer también que el desarrollo de las facultades cerebrales con el consiguiente progreso de la cultura y las conveniencias artificiales y necesarias de la moral, son factores que han determinado la destrucción o el disimulo en cuanto a las expresiones de los impulsos ancestrales y muchas de sus particularidades específicamente animales o antropobiológicas. Entonces se manifiesta una tendencia progresiva en el sentido de perturbar el equilibrio de la periodicidad sexual que aún se observa fácilmente en muchos salvajes, y que en lo que se relaciona con los animales inferiores al humano ha llegado a esos perfeccionamientos tan admirables de la zootecnia que permite la reproducción seleccionada en intervalos mucho más frecuentes que los establecidos por la Naturaleza.

Una de las razones por las cuales resulta más complicado cada día el estudio de estos fenómenos, inside en el hecho de que la misma civilización no deja de aportar nuevos incentivos al impulso sexual en multitud de recursos y apelaciones artificiales, que acaso pudieran estar justificadas si la procreación de los seres humanos se desarrollase

con la misma frecuencia que acontece, por ejemplo, entre los conejos... Por eso resuta punto menos que imposible determinar cuales son las excitaciones o estímulos naturales, y cuales las artificiales y desordenadas que se centran en el afán exclusivo de satisfacción de la angustia erótica constantemente renovada. Sólo mediante una observación cuidadosa cada individuo puede comprobar en sí la existencia de una periodicidad de excitación natural erótica semejante a la que se observa en la mujer, si bien en momentos de pesimismo pudiéramos creer que cualquier instante es bueno, ateniéndonos al hecho anteriormente citado de la constante existencia de zoospermos útiles en las secreciones testiculares, dato que al propio tiempo abona en pro de la actitud poligámica que es común a todos los machos de la escala zoológica...

Es decir, que la misma deformación del instinto impide el control natural de los impulsos animales, de donde se infiere el dominio de la animalidad sobre el de la cultura. Esto no lo entiende nadie. Por otra parte, para hablar de la periodicidad sexual de la mujer basta con referirnos a la feminidad en el sentido más amplio; pero para hacerlo respecto del hombre, resulta absolutamente imposible agrupar a todos los seres del sexo masculino sin más diferenciación que la establecida en cuanto a la mujer con arreglo a las circunstancias geográficas. Mientras en todas las mujeres o al menos en una inmensa mayoría, la evacuación menstrual se caracteriza por un aumento de tensión erótica en las condiciones físicas y psicológicas ya estudiadas, en el hombre debemos considerar que a falta de un signo tan incuestionable como es el del menstruo por una parte, y por otra la evidencia de su naturaleza sexual más activa, son infinitos los factores que pueden determinar la dificultad o la imposibilidad de apreciación exacta de las expresiones del celo periódico, circunstancia que no basta para negar su existencia.

Una conclusión satisfactoria a que puede llegarse a lo largo de estas discusiones con relación a los signos físicos subjetivos, consiste en afirmar que la evidencia de ciertos trastornos observados cuando no son atribuibles a causas conocidas, implica la oportunidad del fin erótico. En los

hombres que hacen una vida ordenada y metódica y que deliberadamente excluyen la satisfacción sexual, como acontece con ciertos religiosos inteligentes, esas perturbaciones y trastornos de la economía general a que hemos aludido se presentan con una periodicidad coincidente con la ansiedad erótica. La solución del conflicto puede estar en las disciplinas de la castidad que se apoyan en el desgaste mental o físico, aunque resulte mucho más agradable e higiénico buscarla en los medios naturales o en cualquier sucedáneo compatible con las ideas y votos de castidad... relativa, porque la abstinencia total en hombres jóvenes, fuertes y sanos, apenas va más allá de sus valores teóricos.

El control de las posibilidades biológicas debe acompañarse del dominio del impulso erótico. Que estos movimientos o actitudes son artificiales, resultan un hecho que no tiene discusión; pero es la única fórmula de que disponemos para armonizar los intereses con las conveniencias o disposiciones, también artificiosas, de la sociedad en que vivimos. Las gentes que lograron asimilar estos razonamientos y se someten en la práctica a sus directivas, son las que al propio tiempo que disciplinan las energías de la voluntad, están en las mejores condiciones para ejercer el control más positivo de todas las posibilidades físicas y espirituales que mejor corresponden a los ritmos generales de la existencia tan inteligentemente dispuesto por los grandes poderes de la Naturaleza.

Capítulo VII

EL RITMO PERIODICO DE LA FECUNDIDAD

La Iglesia ante la inconsciencia procreadora

Si la historia y la tradición acreditan a la Iglesia como la fuente de donde sin cesar brotan las más insignes directivas de la moralidad humana predicada por Cristo, y alentada por sus ministros a través de dos milenios de luchas titánicas y desesperadas, cuando coincidimos con ese poder en la apreciación de las características e incógnitas del gran problema ateniéndonos a sus principios y yendo en pos de sus mismos fines, no será posible a nadie atribuirnos una actitud inmoral.

Cuando antes —hasta hace muy pocos años por cierto— se hablaba del control de la natalidad en vista del desarrollo inmoderado y brutal de la especie humana, de esa demencia procreadora que es la causa de tantas inquietudes íntimas y de tantos desastres públicos, cuando se hablaba del dominio de la procreación desenfrenada, repito, gentes aferradas a la vieja tradición de la moralidad clásica pusieron el grito en el cielo sin apercibirse de que las voces de la razón venían del cielo mismo por boca de las más respetables autoridades de la Iglesia. Fueron, diciéndolo vulgarmente, más papistas que el papa, porque un Sumo Pontífice, el Papa Pío XI, honra para la cultura y gloria para la cristiandad, en su encíclica de 31 de diciembre de

1930, no tuvo inconveniente en declarar lo que sigue: "...Ni tampoco es posible considerar que obran contra los mandatos de las leyes naturales quienes en su vida conyugal hagan uso de su derecho en la forma debida, aunque en virtud de razones naturales de tiempo o de ciertos defectos, no puedan producir nuevas vidas".

Con mucha anterioridad, otros padres de la Iglesia hicieron manifestaciones parecidas, en contraste con la equívoca actitud de los ascetas medievales que teniendo alguna idea acerca del período de fecundidad en la mujer, aconsejaban el uso del matrimonio precisamente en esos días, con vistas, naturalmente, a la procreación, de paso que los más intransigentes mostrábanse contrarios a la práctica sexual fuera de dicha época. Tal actitud revela una ingenuidad encantadora y un profundo desconocimiento de la naturaleza humana, al estimar que un criterio puede yugular las energías del más avasallador de los impulsos animales. Más útil hubiera sido a los realistas de la vieja guardia haberse callado, porque si el afán consciente estriba en el placer, y los hijos son los frutos indeseables que produce la inconsciencia, la determinación del presunto período agenésico fué utilizada en calidad de todo lo contrario...

Tuvieron que producirse las guerras, las epidemias, el hambre y la miseria que acaban en el crimen y en la muerte. El mundo era pequeño para contener a tanto miserable, y entonces, tornando por los fueros de la razón y de los sentimientos humanos, esos mismos propagandistas vinieron a reconocer la razón que asistía a los defensores de la dignidad humana encarnados en los partidarios de Roberto Malthus. Es así como la Iglesia pone sus armas, a disposición de los credos de la ciencia que se esfuerza en descubrir normas útiles e higiénicas para el control natalista como único medio para lograr la armonía entre la Naturaleza y los intereses físicos y morales de la Humanidad civilizada.

Pese a esa lealtad de convicciones expresadas en el verbo y en los actos de los más graves directores espirituales de la cristiandad, los ignorantes y los cretinos, aun siguen asidos, como las lapas a la roca, a la idea del pecado y el anatema como sanción debida de esa conducta en que la Religión y la Ciencia se alían íntimamente para dar la batalla

a la incompresión y al mito, sin que por ello se comprometa ningún principio moral o religioso, sino que por el contrario, se hace más elevado el auténtico ideal cristiano que persigue, por encima de todo, la perfección de la especie.

No sólo las asociaciones médicas cristianas, sino las más destacadas corporaciones religiosas en que figuran sociólogos y sabios de renombre universal, han divulgado por medio de sus publicaciones oficiales las bases morales y sociales en que se afirma la necesidad del control natalista. En una obra notable acerca de la esterilidad voluntaria autorizada plenamente por el cardenal Arzobispo de Nueva York, Rev. Hayes, de la que se hizo una tirada fantástica, copiamos esto: "Con relación al objeto del matrimonio, debemos tener siempre en cuenta que el fin de la institución conyugal no es el de que cada familia deba o pueda tener hijos, sino tan sólo asegurar la conservación de la especie. Mientras los intereses de la especie no peligren, será imposible demostrar que este o aquel matrimonio deben buscar las oportunidades más propicias para obtener el embarazo, ni que los anime el deseo específico de la generación, bastando sólo con que se muestren fieles a los mandatos de la Naturaleza. La unión conyugal está permitida en el período de esterilidad, lo mismo que durante el embarazo o con mujer notoriamente estéril. Los casados pueden deliberadamente escoger las épocas en que la fecundación es improbable o imposible, pues gozan de completa libertad de hacer uso del matrimonio en cualquier momento que elijan. ¿Por qué, entonces, las personas que no quieren tener hijos, habrían de tener prohibido aguardar el momento de esterilidad, en el caso de que éste ocurra contra lo que esperaban? Esa conducta puede ciertamente considerarse lícita mientras no peligre la conservación de la especie. En el plan general de la Naturaleza, entra la existencia de un período de esterilidad".

Como se ve, el ideal religioso tiene que afirmarse en los principios naturales. Cuando los reformadores del Cristianismo trataron de apartarse de esas rutas olvidando los fueros y directivas de la Naturaleza, no tardó en producirse la reacción lógica que amenazaba con el derrumbamiento de la teoría. Pero la sagacidad religiosa siempre

comprendió a tiempo la inutilidad de las actitudes desesperadas de los fanáticos y la precisión de descender de los planos espiritualmente divinos para centrarse en el medio de las necesidades reales y humanas.

Desde aquel tiempo al presente, vemos que las cosas han cambiado mucho. Los pontífices, los prelados, todos los altos dignatarios de la Iglesia e incluso las asociaciones religiosas que introducen en sus ideales divinos y profanos la reforma de la procreación, lo hacen de una manera consciente, tenaz y humana. La moderna e inteligente actitud de la Iglesia Cristiana, comprendiendo que el instinto de la maternidad está prendido en los estratos más profundos de la biología, es decir, de la propia Naturaleza, al dotar a la mujer de todo el rango de su dignidad y de su prestigio como auténtico crisol de la especie, evidencia su comprensión y no olvida que la felicidad conyugal no consiste en tener o no tener hijos, sino en que esos hijos lleguen al hogar como una bendición y no en calidad de factores que destruyan la dicha de una pareja que se unió para amarse. Así es como el sabio jesuíta, ya fallecido, Padre Joseph Reiner, que tanto luchó en favor del control inteligente de la natalidad, pudo decir muy alto con la mano puesta en la conciencia y el honor que tanto enalteció a su sabiduría: "La especie humana no puede perecer por mucho que la procreación se restrinja, porque la mujer y el hombre ansían por instinto el honor y los placeres de los hijos. El control natalista inteligente y científico, coloca la vida conyugal y sus funciones en el elevado plano de su prestigio sacramental y de su idealismo cristiano".

Tal es, entonces, la actitud de la Iglesia moderna y comprensiva ante la inconsciencia procreadora, porque sabe, por encima de todo, que eso del suicidio de la raza y de la aniquilación de la especie, no es más que un mito brutal y grosero que la Religión, la Ciencia y la Cultura están obligadas a destruir junto con los viejos errores tradicionales.

Cualidades del razonamiento científico

Llegamos aquí al terreno específico de las conclusiones definitivas a través de toda la dilatada discusión sostenida.

Ya quedan a un lado las consideraciones sociales, morales y religiosas, para centrarnos en la órbita del razonamiento científico nítido y escueto, donde las posibilidades polémicas tienen la expresión de un afán que se encamina directamente al logro de la perfección máxima como final noble de la tremenda lucha que la Ciencia entabla constantemente contra la Naturaleza, cada vez que ese Gran Poder Universal se manifiesta adverso a las legítimas ambiciones de una Humanidad que aspira a su perfeccionamiento.

Casi a partir de Malthus, los hombres de ciencia reconocieron la necesidad de adaptar las conclusiones sociales y morales del religioso y sociólogo inglés, más tarde amplificadas en detalle por Teodoro Billroth a base de las más siniestras predicciones respecto del porvenir de la especie humana, comprendiendo que Malthus, atento a la teoría, no aportó solución alguna moralmente aceptable. La natalidad era desenfrenada, sí: ¿pero qué medios o cuales procedimientos prácticos proponía para refrenarla? Esto, en verdad, ya no era cosa del sociólogo, sino que incumbía al naturalista, al fisiólogo y al médico. Entonces hacen su aparición los contraconceptivos mecánicos y químicos que se adquieren de manera furtiva, pese a ser propuesto su empleo por los hombres de ciencia, si bien ninguno de los descubridores se atreve a ampararlos con su nombre, lo que demuestra bien a las claras lo dudoso de la eficacia de tales procedimientos. Son costosos, nocivos para la salud y de resultados prácticos muy aleatorios... El descrédito no tarda en ser la sanción esperada, y las gentes siguen recurriendo a los métodos conocidos, cuyo origen se pierde en la perspectiva de los tiempos.

Los naturalistas y médicos alemanes, que desde un principio se mostraron opuestos a esos contraconceptivos de tan escasas cualidades benéficas y tantas posibilidades nocivas, ateniéndose al resultado de las investigaciones realizadas en las hembras de distintos mamíferos —cerda, vaca, yegua, coneja, etc.—, inician los primeros pasos en el árduo terreno comparativo de las posibilidades animales con las humanas. Siguen los rusos y franceses, y más tarde los japoneses toman parte en la gran contienda científica que se generaliza a los fisiólogos del mundo entero, que ya

contaban con la base de las adquisiciones divulgadas en distintas obras científicas cuyo texto se resumía en la conclusión de que la fecundabilidad en la mujer, como en las demás hembras del reino animal, no era permanente, afirmaciones que hicieron muchos siglos antes los redactores de los códigos mosaicos, y ello con una clarísima visión de la realidad de los hechos, que además vemos en la Biblia con referencia a la Ley de Moisés.

Modernamente, o por mejor decir, hasta fines del primer tercio del siglo actual, todas las investigaciones se realizaron en forma aislada, seguramente en virtud de ese prurito de reserva que anima a todo investigador científico mientras no comprueba la eficiencia de sus conclusiones. Sin embargo, el Dr. Hermann Knaus, profesor alemán de Ginecología, y el Dr. K. Ogino, catedrático de la misma materia en la Universidad japonesa de Niigata que habían trabajado aisladamente, acuerdan cambiar sus investigaciones para comprobar la coincidencia casi absoltua, hecho feliz que sirve de punto de partida para una colaboración inteligente, cuyo resultado se traduce en la afirmación de las soluciones científicas del gran problema.

No obstante, la obra de estos sabios, tan rica en detalles y consideraciones que enriquecen la cualidad de todo razonamiento científico, adolece de facilidad expresiva para quienes no están impuestos en tan valiosas disciplinas, por lo que queda relegada al área reducida de los expertos. Sin embargo, las doctrinas específicas son tan sencillas, que su exposición puede reducirse a unas líneas: "En toda mujer sometida a períodos menstruales normales, hay un período intermedio, es decir, entre dos menstruaciones, durante el cual es fecunda, período que es precedido y seguido de otros dos de esterilidad fisiológica". Todavía, sabiendo en qué condiciones se opera la exclaustración ovular y cuál es la disposición de la célula, seremos más concretos diciendo que la fecundación sólo puede tener lugar en una época reducida, fija y determinada.

La menstruación es la consecuencia de la producción de un óvulo que se destruye por no haber sido fecundado. Por consiguiente, sabiendo en qué consisten los fenómenos rítmicos o de la periodicidad menstrual, si la menstruación se

produce, por ejemplo, cada veintiocho días que es la regla normal, la ovulación que la determina tendrá que producirse en la mitad casi matemática del comienzo de las dos emisiones catameniales, lo que corresponde a los efectos de la secreción de la luteína del cuerpo amarillo, cuya duración no se prolonga más de catorce días, según las comprobaciones más recientes del Dr. Knaus, en lo que infinitos investigadores muestran una coincidencia unánime. Más adelante nos referiremos al momento probable de la ovulación, que es el dato que más importa a nuestros fines.

La periodicidad ovular que es la base de la menstrual, tiene un valor general para los distintos tipos de menstruaciones, siempre que su alteración no se deba a causas patológicas o a las que ya hemos señalado con motivo de viajes, cambios de residencia, fenómenos emocionales, etc. De cualquier forma, el hecho de saber esto ya es un principio de garantía para el éxito de la práctica del sistema del control fisiológico, cuyo conocimiento no estuvo ausente de las ideas de los primeros legisladores bíblicos.

Una de las bases de mayor importancia en que ha sido posible afirmar conclusiones casi inequívocas, ha sido proporcionada por el examen de los órganos útero-ováricos de muchas mujeres con ocasión de ciertas intervenciones quirúrgicas referentes a ese aparato o a otros próximos de la cavidad abdominal. Por otra parte, las pruebas de la pituitrina, es decir, el producto de secreción de la glándula pituitaria que tantísima importancia tiene en sus relaciones con la luteína secretada por el cuerpo amarillo del ovario, han revelado en el útero su estado de reposo o de actividad funcional con relación a los fenómenos producidos por la presencia o la ausencia del cuerpo lúteo.

El carácter de divulgación y de fácil comprensibilidad que pretendemos dar a la presente obra, no permite —lo que por otra parte resulta innecesario— detenernos a exponer con detalle las características y cualidades del razonamiento científico que han servido a los investigadores para el establecimiento de sus conclusiones. Lo que importa es saber que los círculos más serios y respetables del mundo científico han adoptado los principios de los dos sabios citados, y que las experiencias derivadas de cuantas encuestas se

han realizado coinciden en reconocer la eficiencia de un método cuya aplicación no está sujeta a reglas ni procedimientos complicados que dificulten su empleo.

A este convencimiento precedieron infinidad de polémicas y discusiones científicas que fueron divulgadas en las publicaciones médicas; pero al fin de todo, a pesar de que aún subsistan determinadas incógnitas que no tardarán mucho en quedar dilucidadas, el hecho resultante ha sido la inamovibilidad de los hechos demostrados en la práctica utilizando el mejor material para la investigación. Los naturalistas y médicos soviéticos que siempre se distinguieron por su oposición y reserva al reconocimiento de los éxitos ajenos en estos aspectos, no tuvieron más remedio que adoptar las experiencias de los fisiólogos alemanes y franceses en calidad de métodos oficiales para el control natalista en la U. R. S. S. Hasta tal extremo hubieron de reconocer su eficiencia, que a partir de entonces es cuando se dictaron las leyes restrictivas o prohibitivas de la práctica del aborto. Posteriormente, los investigadores rusos siguieron trabajando en demanda de la máxima perfección del sistema, sin que pueda decirse que de esos estudios se hayan derivado adquisiciones bastantes para enriquecer las logradas con anterioridad, a menos que debamos pensar en el hecho muy problable de su tradicional reserva. No obstante las inquietudes porque actualmente atraviesa la Humanidad entera, es de esperar la prosecución de estas interesantes adquisiciones en el campo científico, interrumpidas por el último acontecimiento bélico que obligó a los hombres de ciencia a descubrir nuevos métodos en demanda de la más eficiente y rápida destrucción de la especie, lo que no deja de confirmar los fatales pronósticos emitidos bajo el signo trágico de la inconsciencia procreadora.

¿Puede precisarse el momento de la ovulación?

Debemos reconocer que no es poco cuanto se ha logrado hasta el momento actual de las investigaciones en el campo de la fisiología de la fecundación, lo que ya permite un control poco menos que matemático respecto de las épocas

precisas de fecundidad y esterilidad en la mujer, tomando como bases la disposición del óvulo y las posibilidades de la célula germinal masculina, o sea el espermatozoide. La abstinencia periódica temporal que concuerda con la aptitud reproductiva de los gametos —óvulo y zoospermo— impuesta en calidad de garantía de la no fecundación, debe ser considerada como perfectamente soportable para cualquier temperamento, ya que ello no implica ningún sacrificio, mientras su inobservancia puede traducirse en consecuencias tan graves. Ese corto período genésico o de fecundidad femenina que corresponde, repetimos, a la disposición fisiológica del óvulo evidenciada entre cada dos menstruaciones, se contiene dentro de unos límites que aún no han podido ser científica y rigurosamente definidos, aunque se sabe que su vitalidad específicamente útil es reducidísima.

Está demostrado lo mismo en la mujer que en distintas hembras de mamíferos —y en los machos también—, que las dos células germinales quedan desprovistas de sus cualidades reproductivas en un breve plazo después de haber sido exclaustradas de los órganos en que tienen lugar los distintos procesos de su generación autónoma. Todavía, respecto del zoospermo debe decirse que su madurez completa y su motilidad típica, sólo se especializan y adquieren el máximo grado de desarrollo dentro de las vías genitales femeninas. Esto mismo no acontece con relación al óvulo, ya que tan pronto es expulsado del folículo, el organismo celular empieza a experimentar una serie de rápidas transformaciones que determinan muy pronto su madurez, fenómenos que al propio tiempo implican un proceso eminentemente destructivo hasta tal extremo, que sin llegar a la degeneración total, sucumbe inexorablemente en un plazo de quince a veinte horas. En virtud de esas cualidades, resulta que su aptitud para ser fecundado por el espermatozoide se limita a las tres o cuatro horas que siguen al instante preciso de su exclaustración folicular. Por consiguiente, ateniéndose al máximo rigor científico, puede afirmarse esta conclusión: La mujer es fecundable solamente durante cuatro horas entre cada dos períodos menstruales. Claro es que prácticamente, debemos tener en cuenta lo que

se refiere al zoospermo, como es su motilidad y vitalidad dentro de las vías genitales femeninas.

Para culminar en un éxito total e indiscutible, es decir, en la más rígida conclusión científica, necesitaríamos saber en qué instante preciso y matemático se producía el estallido folicular, esto es, la salida del óvulo a la superficie del ovario. Entonces, huelga decirlo, sabiendo que su inaptitud para recibir al zoospermo se inicia a las cuatro horas de haberse producido el fenómeno, las posibilidades de fecundación quedan completamente suprimidas a partir de ese plazo salvo, naturalmente, que con anterioridad existan en las trompas o en el pabellón células masculinas dispuestas al ataque.

Incluso siendo posible determinar ese instante crítico de la ruptura del ovisaco que pone en libertad al óvulo, siempre será indispensable también evitar el coito susceptible de conducir espermatozoos a las vías femeninas dentro de las cuarenta y ocho o cincuenta horas anteriores al momento en que la ovulación haya de producirse. Como ya hemos dicho en el Cap. V, la célula germinal masculina, que está dotada de una asombrosa vitalidad en un ambiente térmico bajo, pierde sus propiedades con bastante rapidez por los efectos del calor abdominal y en virtud también de las reacciones químicas que se operan en el líquido seminal al contacto con las secreciones vaginales, fenómeno que en cuanto a la temperatura es común a todos los espermatozoos que provienen de testículos escrotales.

Las investigaciones realizadas hasta la fecha para determinar el instante de la ovulación e incluso la constatación de algún signo prodrómico que pudiera servir de aviso en el sentido de la más exacta prevención del embarazo, no han dado otros resultados que los contenidos en las conclusiones anotadas; es decir, que la ovulación en mujeres normalmente regladas cada veintiocho días, se produce al final del décimo cuarto de haber empezado la menstruación anterior, al décimo quinto si el ciclo es de treinta días, etc.

A pesar de la falta de comprobaciones científicas, no se deja de investigar acerca de tan valioso dato cuya observación tiene que quedar encomendada a la mujer, al menos

mientras no sea posible un método seguro y casi matemático, tal vez un aparato microfónico o micromático capaz de registrar perfectamente diferenciado cualquier fenómeno audible o de mecanismo muscular al producirse el estallido del folículo de Graaf.

Lo que sabemos a través de las afirmaciones de muchas mujeres cuidadosas e inteligentes que se prestaron amablemente a colaborar con nosotros en este afán, es lo mismo que hace cerca de un siglo reveló el eminente fisiólogo Dr. Priestly bajo la rúbrica de "síntomas dolorosos intermenstruales", que por cierto no puede decirse que afecten a toda la feminidad. Algunos ginecólogos afirman que tales datos les han bastado para determinar los períodos de infecundidad periódica en mujeres donde resulta fácil la apreciación de dichas perturbaciones rítmicas, prescindiendo en lo absoluto de las características de la menstruación como determinantes del ciclo agenésico.

En mujeres de temperamento nervioso, sensibles y fácilmente impresionables es donde con mayor regularidad y precisión puede observarse el fenómeno, ya sea localizado y único, ya generalizado y en un conjunto de síntomas espectaculares de expresión patológica, extremo que ha podido comprobarse coincidiendo con el histerismo, ya que además suele acompañarse de alguna perturbación psíquica o de la exacerbación de las preexistentes. Por su indudable valor ilustrativo y en calidad de verdadera base para la autoinvestigación de las lectoras interesadas, nos permitimos transcribir varias observaciones tomadas al azar de un grupo de treinta seleccionadas de acuerdo con las condiciones de salud y grado de cultura de nuestras amables informantes.

1. Veintisiete años, casada, muy inteligente, esposa de un médico. Su periodicidad menstrual es de 28/30 días. Hace quince meses que practica la anticoncepción con resultados absolutos, porque ya es madre de tres hijos. Sus menstruos duran 4/5 días. Hacia el catorce o quince día después de la fecha de aparición del menstruo anterior, experimenta un dolor leve que a la media hora se hace más agudo, en la región abdominal correspondiente a uno u otro ovario, más frecuentemente el izquierdo que el derecho. En

tres ocasiones el dolor ha sido tan fuerte que la produjo vómitos. A las dos o tres horas desaparece el síntoma, y antes aún si se aplica compresas calientes, lo que hace por consejo de su esposo. Otras veces prescinde de dichas aplicaciones.

2. Veintinueve años, casada, complexión fuerte, dos hijos. No practica la anticoncepción. Menstrúa regularmente cada 28/29 días, durando cuatro la emisión. De soltera, a los veintidós años, experimentó un dolor tan intenso en el lado derecho del bajo vientre, que pensó en un ataque de apendicitis, ya que el fenómeno se acompañó de vómitos. Un médico amigo de su esposo que la reconoció al día siguiente, aseguró que el apéndice estaba sano por lo que aconsejó que no se operara. Al mes siguiente y casi en la misma fecha, volvió a presentarse el dolor, pero ahora en el lado izquierdo. El mismo médico hizo el diagnóstico del "síntoma doloroso intermenstrual" puesto que en efecto, en ambos casos coincidía con la fecha divisoria entre dos períodos. El caso no se repite todos los meses, pero sí con bastante frecuencia.

3. Muchacha de dieciocho años, soltera, estudiante de Medicina, de buena salud, aunque un poco nerviosa. Menstrúa regularmente desde los catorce años, cada 28 días. Sus períodos aparecieron a los doce años. La primera menstruación se caracterizó por su abundancia. Quince días después volvió a repetirse el fenómeno con fuertes dolores. Los dos primeros años, sus períodos fueron irregulares, normalizándose a los catorce, como decimos. Un cambio de clima mejoró su salud general en esa época. En la divisoria de cada dos menstruaciones, nota vivos dolores de corta duración en la región ovárica. Como a las tres o cuatro horas, suele advertir una pequeña hemorragia. Está convencida de que todos estos accidentes son signos inequívocos de su ovulación.

4. Joven de diecisiete años, soltera, hija de un médico. En la fecha de la observación, sus menstruaciones eran bastante irregulares, puesto que el ciclo oscila entre 26/32 días, lo que acontece desde la edad de trece años que empezó a menstruar. Algunos meses advierte un dolor agudo en el ovario izquierdo que irradia al muslo del mismo lado.

Asegura que al producirse el dolor procura calmarlo oprimiéndose con la mano el lugar afectado, siéndole fácil apreciar como un latido que proviene del ovario. En algunas ocasiones, ha notado una pequeña emisión de flujo sanguinolento. Teniendo en cuenta la fecha de la última menstruación y la en que el citado fenómeno se produce, puede determinar el día en que ha de producirse el siguiente período.

5. Treinta años, casada, de buena salud general. Menstruó por vez primera a los catorce años. Dos períodos se produjeron con regularidad empezando el primero el día 14 de noviembre y el segundo el 12 de diciembre. Dos meses estuvo sin emisión catamenial. El 27 de diciembre sufrió un dolor muy fuerte en el lado derecho, y creyendo que se trataba de un cólico apendicular, fué rápidamente operada. El apéndice era completamente normal y sano. El 24 de enero experimenta el mismo dolor, lo que le produce la natural extrañeza, para repetirse de nuevo, ahora en el lado izquierdo, durante la noche del 21 al 22 de febrero. El 9 de marzo se reanuda el período menstrual para repetirse normalmente cada 28/29 días, hasta su matrimonio, a los veintiún años. El período había desaparecido el 15 y se casa el 19. En la noche del 25, sufre dolores y trastornos característicos del cólico apendicular, puesto que tuvo dos vómitos y ligera fiebre, y el día 3 del mes siguiente se presenta una menstruación precoz. Un ginecólogo aclara todo el misterio, y sus enseñanzas la están sirviendo para controlar casi matemáticamente los períodos de fertilidad y de agenesia.

6. Casada, veintinueve años, con dos hijos. Menstruó por primera vez a los catorce años. Hasta los dieciséis, sus períodos fueron bastante irregulares. En esa fecha se normalizan después de haber padecido una paratífica, y a pesar del matrimonio que contrajo a los veintitrés años, las emisiones catameniales se producen cada 29/30 días sin que en todo ese tiempo haya notado más alteraciones que las correspondientes a los postpartos. Entre cada dos períodos, suele advertir, no siempre, que cierto dolor de uno u otro ovario se acompaña de la presencia de gases intestinales y una ligera sensación dolorosa. El fenómeno dura dos o tres

horas, pero las molestias son soportables. Está convencida de que es el signo de la ovulación.

7. Soltera, veintidós años, estudiante de Medicina. Desde la edad de catorce años que empezaron sus menstruos, se han repetido con toda normalidad cada 28/30 días hasta el momento de la observación. Casi matemáticamente, en la línea cronológica que separa a dos menstruaciones, advierte durante varias horas una gran pereza mental que precede a leves dolores abdominales que se repiten tres o cuatro veces en una media hora, para terminar en una sensación de pinchazo. Después, malestar, angustia y algunas veces un ligero mareo. La cosa pasa pronto y todo retorna a la normalidad: sabe que su fenómeno ovular se ha producido.

8. Casada, veintiséis años, normalmente reglada desde los trece años, cada 28 días exactos. Sus períodos se repitieron dos meses a pesar de un embarazo, el primero, que llegó a feliz término. Con otros dos que tuvo, la menstruación desapareció normalmente. En el crítico momento del intermenstruo, siempre ha podido apreciar los dolores ováricos acompañados de malestar general, y algunas veces vómitos si el fenómeno doloroso se acentuaba. Nota ese día bastante pesadez en las piernas y ligeros dolores lumbares que la molestan para andar, por lo que prefiere permanecer acostada. Las menstruaciones no la producen ninguna molestia notable.

9. Soltera, veinte años, empleada en un almacén de calzado. Menstrúa con regularidad desde los trece años. A los quince fué iniciada sexualmente y tiene alguna experiencia, aunque nunca quedó embarazada. Estas relaciones eróticas no produjeron ninguna alteración en la periodicidad de sus menstruos, que se repiten cada 29/30 días. En demanda de un método contraconceptivo, una amiga la dijo que se atuviera al método fisiológico, observando si entre cada dos menstruaciones apreciaba algún accidente desacostumbrado. Puso atención, no tardando en descubrir los signos del fenómeno ovular consistente en ligeros dolores ováricos, irritabilidad de carácter, inapetencia y fuertes deseos de orinar. Lleva tres años observando iguales o parecidos síntomas, cuya naturaleza la es completamente conocida.

10. Casada, treinta y seis años, madre de tres hijos. Menstruó por vez primera a los catorce años, y el ciclo se repitió normalmente hasta los diecisiete. Hallándose en pleno período catamenial, vió morir a su padre en un accidente de automóvil. Dos meses estuvo sin menstruar, pero el hecho volvió a repetirse cada 29/31 días. Durante los intermenstruos, hay un día en que nota ligeros dolores abdominales y siente deseos de llorar. El fenómeno psicofísico dura unas horas. Algunas veces ha notado la presencia de un flujo sanguinolento. Su emisión catamenial es escasa y no suele prolongarse más de tres días durante los cuales experimenta ligeras molestias.

Registro meticuloso de los fenómenos

Si los diez casos que acabamos de exponer tan inteligentemente observados por las interesadas fuesen comunes, salvo las diferencias lógicas a toda la feminidad, todo se reduciría a una instrucción simple y elemental lo más ampliamente difundida que fuese posible a los fines del control natalista, para lo que ya no sería necesaria la aportación de las investigaciones científicas, puesto que todo quedaría subordinado a las reglas comunes de un fenómeno natural y normal del dominio público, como lo sea cualquier otro aspecto sencillo de las funciones de la economía animal.

Teniendo en cuenta ese principio fundamental de las expresiones rítmicas en todas las actividades de la Naturaleza y el valor de los impulsos que son el exponente de cualquier instinto normal y ordenado, cabe decir que lo mismo el celo de los animales que la periodicidad sexual del hombre o del animal humano, que tan clara advertimos en la mujer y algo más difusa en el otro sexo, son fenómenos cuya experiencia tiene que ir forzosamente precedida de ciertos síntomas físicos o psíquicos, como son las distintas cualidades de la disposición erótica. Entonces, si el móvil psicológico que impulsa a la comunión carnal o al hecho material del coito que se resuelve en la conclusión final del parto no sólo es apreciable, sino que controlable también, tenemos derecho a presumir que en lo que a la mujer afec-

ta, los fenómenos a que nos referimos en los casos citados no son hechos aislados y excepcionales, sino que, por el contrario, representan una cualidad general y característica de su sexo, porque responden a signos somáticos de un acontecimiento biológico de singular trascendencia no sólo para la naturaleza femenina, sino para la especie entera.

Esas observaciones citadas, son de hoy; tienen, pues, una actualidad indiscutible y fueron obtenidas por nuestras comunicantes dentro del área de ese vértigo de la vida moderna de una gran ciudad americana. Nuestras informantes son mujeres jóvenes que trabajan, que luchan por sí mismas, por sus hijos, por su bienestar... Que siguen el ritmo acelerado de la existencia que la mujer de hace sólo medio siglo no llegó a soñar siquiera en cuanto a sus inquietudes, sacrificios y disciplinas que han saltado por encima de los credos tradicionales para centrarse en el área de la actividad viva, constante y remuneradora. Nuestras abuelas hilaban en la rueca, bordaban, leían a Becquer, a Campoamor, a Espronceda o Rubén Darío y no perdían misas ni novenas, porque no sabían qué hacer con el tiempo... Pero los tiempos han cambiado, y como las exigencias de la vida moderna y de la nueva cultura son muy distintas a las de aquellas edades muertas, la mujer de nuestros días necesita ponerse a tono con la época, no porque sea más inmoral, sino porque, sencillamente, es más práctica que lo fueron sus abuelas.

Estas condiciones son la determinante esencial de la inteligente actitud de la mujer ante sí misma y, sobre todo, ante su propia cualidad biológica. Cuando decimos que los diez casos aludidos no son hechos aislados, queremos decir que se producen de una manera amplia y general, aunque la excepción se refiere exclusivamente al acto voluntario de la autocrítica. Es posible, no cabe duda, que el vivir febril y vertiginoso no deje tiempo para entretenerse en la práctica inteligente de la autoobservación de esos fenómenos, siendo también indudable que a veces se reduce a una simple cuestión de idiosincrasia; pero si no hay duda de que esos síntomas se manifiestan, la cuestión estriba, dicho vulgarmente, en aguzar la inteligencia, en educar la voluntad, en hacer más sutil la sensibilidad perceptiva de los

acontecimientos que se producen en lo más medular del propio organismo.

La moderna ciencia, acuciada por ese ansia materialista que impone la imperiosa necesidad de subsistir, se ha encerrado en la torre de marfil de sus fines secos, tajantes y útiles de lo físico y práctico, olvidando aquello de que "no sólo de pan vive el hombre"... Esto parecerá a muchos extemporáneo y pueril, ya que no nos referimos a las cualidades del alma como la más elevada expresión del psiquismo: lo que queremos decir es, que la psicología y la fisiología disponen de recursos abundantes capaces de ponerse al servicio de la comunidad y del individuo aislado de tal forma que él mismo, sin necesidad de otros auxilios posteriores indispensables, pueda resolver sus propios problemas fisiológicos antes de adquirir el rango de verdaderos conflictos insolubles. Esto es el caso de las diez mujeres a que nos referimos, que son normales, que no rigen sus actos bajo las directivas de una mentalidad excepcional ni están dotadas de cualidades inasequibles para el resto de los individuos de su sexo.

En la actualidad, las bases científicas en que se apoya el método fisiológico del control natalista se refieren a las relaciones existentes entre la ovulación y la menstruación, sirviendo este último fenómeno como punto de partida o clave de solución del problema, prácticamente reducido a una cuestión de cálculo muy fácil como veremos después. Sin embargo, aparte la regla científica de valor indiscutible, la posibilidad de constatar la oportunidad del fenómeno de la ruptura folicular viene a enriquecer y a facilitar considerablemente la fijación de los días hábiles e inhábiles de la fecundidad ovular. En los tipos de menstruaciones normales, es decir, repetidas con intervalos fijos como vemos por los casos expuestos e incluso en aquellas que no experimentan grandes oscilaciones, las mujeres que practican un régimen de vida uniforme como el que por lo general rige en los hábitos domésticos, apenas si tienen que tomarse otro trabajo que el de autoobservarse alrededor de los días que dividen por mitad el ciclo entre dos menstruos. Mediante una atención que suele hacerse más especializada a través de la experiencia, todo se reduce a fijarse en esos pequeños trastornos, dolores, molestias y estados de áni-

mo que hemos visto en el epígrafe anterior en calidad de síntomas comunes, haciendo una anotación que se refiera a la fecha y a la hora, con la expresión más meticulosa posible de todos los datos relacionados con el acontecimiento y en cuya determinación no concurran antecedentes a los que pueda atribuirse la causalidad del signo. A veces, la coincidencia de un acto cualquiera determina cierta exacerbación del suceso. Una señora que observaba con todo rigor el fenómeno ovular, manifiesta lo que sigue: "Tengo tres hijos, de once, ocho y cinco años que por estar muy sanos, son tres diablos que dan toda la guerra que pueden. Hay momentos en que me desesperan. Si el día antes de producirse mi ovulación me dan algún disgusto, como anteayer, que entre los tres hicieron una tienda de campaña en la azotea utilizando cuatro sábanas sin estrenar, incendiándola después, al día siguiente, o sea ayer, mis dolores ováricos se acentuaron y estuve más abatida que en otras ocasiones. Comunico a usted esto . . ." etc.

Está demostrado que dichos accidentes o perturbaciones que no son habituales, sino que su periodicidad se produce de una manera rítmica, no siempre acontecen rodeados de las cualidades más fáciles a la observación o, por mejor decir, muchas veces no pueden ser observados con igual exactitud debido a circunstancias especiales. Cuando el momento coincide, pongamos por ejemplo, durante un viaje, las mismas molestias que el hecho implica bastan para atenuar o hacer imperceptibles los fenómenos, e incluso atribuirlos a los efectos del acto desacostumbrado. Sin embargo, en mujeres que ya han adquirido un buen entrenamiento y que adoptan la precaución de anotar las fechas, cualquier alteración de su régimen habitual de vida no basta a disimular o a introducir la confusión respecto de la causa real de sus molestias, cuyo análisis se facilita en virtud de la expresión casi siempre uniforme que no suele producirse fuera de esos instantes críticos.

Si insistimos tanto sobre este tema, es animados del ferviente afán de inducir a nuestras lectoras a realizar tales observaciones aconsejando el método a sus hijas púberes, ya que no implica ninguna dificultad ni molestia alguna, en contraste con los enormes beneficios que a todo

lo largo de la vida puede reportar. Estas disciplinas debemos considerarlas de una utilidad práctica infinitamente superior y de más elevados ideales humanos que todo el cúmulo de teorías innecesarias acreditadas en ciertos sistemas pedagógicos . . .

La formidable base del ciclo menstrual

Es un hecho invariable y plenamente confirmado tanto por la investigación del laboratorio como por los resultados del examen personal, que en las mujeres normalmente regladas cada 28, 29, 30, 31, etc. días, entre la rotura del folículo, de la ovulación, de la postura del óvulo o como queramos decir, y la menstruación, existe una relación fija y constante verdaderamente invariable, a no ser que medien circunstancias que pueden alterarla momentáneamente, en cuyo caso la ovulación puede retardarse o adelantarse, nunca en espacios amplios, con la consiguiente dilación o precocidad del signo cruento del menstruo. Posteriormente, los hechos vuelven a su ritmo primitivo, o bien siguen el marcado por la misma alteración. Estos casos se consideran excepcionales, y cuando se descuida su observancia pueden dar el resultado de algunos fracasos en la aplicación del método anticoncepcional.

Debe comprenderse como una condición necesaria para el mejor éxito de aplicación del sistema, que el establecer las reglas fisiológicas debemos referirnos a las mujeres sanas y normales y, sobre todo, porque ello es esencial, no afectadas de alguna perturbación ginecológica, es decir, una dolencia localizada en el aparato útero-ovárico cuyos síntomas, a veces indoloros, tienen su expresión más cierta en forma de hemorragias susceptibles de confundirse con las normales y típicas de la efusión catamenial. Claro es que las relaciones sexuales en estas condiciones patológicas de los órganos de la reproducción deben ser proscritas en lo absoluto. Por otra parte, cualquier perturbación de tal índole implica la esterilidad temporal, que puede ser definitiva, ya que la célula espermática no tarda en sucumbir en el medio químico y físico eminentemente nocivo, tanto por

la calidad de las secreciones del proceso inflamatorio como por la elevada temperatura consecutiva. En tales casos debe requerirse la inmediata intervención del especialista, y una vez restablecida la normalidad tornará la producción regular de los períodos menstruales que a falta de la constancia del momento de la ovulación, es la única base de que se dispone para determinar los períodos de fecundidad y de agenesia. Por lo general, todo desplazamiento de la fecha menstrual que abarca plazos largos, tanto puede obedecer a una perturbación útero-ovárica como a un verdadero embarazo que se resuelve por medio del aborto espontáneo. En tal caso, la inscripción del ritmo anterior no debe servir de base a un cálculo posterior y prematuro.

Situándose, repetimos, en el plano de los hechos naturales y normales del estado de salud, puede afirmarse a la vista de las observaciones más serias que el 80% de las mujeres sexualmente maduras están normalmente regladas por un período que se repite cada veintiocho días, o sean cuatro semanas contando de comienzo a comienzo, y cuya duración oscila entre tres y cinco días. No nos importa cual sea el plazo invertido por la mucosa uterina para desprenderse de las substancias almacenadas en espera del óvulo fecundado, porque ello no modifica en nada los caracteres de la ovulación siguiente, hecho completamente ajeno a la menstruación anterior; no se olvide que la emisión catamenial es la consecuencia fisiológica de la expulsión de un óvulo que pereció por no haber sido fecundado, y no un fenómeno preparatorio del período siguiente. Lo importante para nuestros fines inside en conocer el momento en que la menstruación se inicia como dato confirmativo de la cesación de la actividad del cuerpo lúteo. Que dure más o menos puede depender de numerosas circunstancias, igual que lo referente a la cantidad evacuada. Ya sabemos que una actividad muscular exagerada contribuye al aumento de la emisión, lo mismo que el reposo la disminuye. En casos que no pueden estimarse auténticamente patológicos, la secreción ha durado diez y doce días, sin que por ello deje de producirse la ovulación con su ritmo habitual, lo que confirma la conclusión citada.

Por consiguiente, es sobre la base del conocimiento más cuidadoso de la fecha en que el período se manifiesta don-

de debemos apoyarnos para las deducciones ulteriores, sistema facilísimo que permite un registro fiel del fenómeno con indicación del día y de la hora en que se manifiestan los primeros síntomas de tan elemental apreciación. Como se comprenderá, el error de un solo día basta para alterar el cálculo con las consecuencias que pueden suponerse. Este aspecto no puede quedar confiado a la memoria, ni tampoco es permisible la sola omisión de un mes, lo que acontece con mucha frecuencia. Los musulmanes dicen a este respecto, que "es la única cuenta que las mujeres están obligadas a echar, y siempre se equivocan", lo que no deja de ser una definición del carácter femenino.

Tratándose de períodos regulares en una mujer que haya adquirido una convicción legítima de la utilidad del método, la anotación de las fechas será un verdadero documento de redacción bien simple, puesto que todo se reduce a rayar la fecha en un calendario mensual y la constancia del ritmo ha venido observándose a través de seis u ocho períodos, ateniéndonos a una ley invariable —basada, repetimos, en la regularidad menstrual—, en ese registro gráfico podrá saber que el fenómeno de la exclaustración del óvulo, y por consiguiente la mayor aptitud para quedar embarazada, corresponderá al día décimoquinto contando para atrás, de la fecha en que haya de producirse la menstruación que se espera. Simplificando el concepto en la expresión más elemental, tomamos el 29 de un mes como el día que en virtud de la constante regularidad del ciclo, va a repetirse el período que se presentó el día 1º de ese mismo mes. Entonces, contando para atrás a partir del día 29 citado, sabremos que la ovulación tiene que producirse forzosa y espontáneamente, el día 15, o sea catorce días después de la fecha en que se presentó la menstruación regular anterior.

Como se observará, lo mismo da contar en un sentido o en otro; sin embargo, ateniéndonos al hecho de que la menstruación es la consecuencia de la ovulación, en buen rigor científico debemos determinar la causa basándonos en el efecto. Todavía, si fuera posible atribuir al organismo humano la cualidad de un aparato mecánico de precisión en cuanto a la matematicidad de sus funciones, el conocimiento exacto de los extremos —las dos menstruacio-

nes— nos permitiría fijar el medio —la ovulación— sin miedo al error. Entonces planteamos el siguiente problema sobre la base regular de un ciclo constante de 28 días que convencionalmente multiplicamos por las 24 horas que tiene el día: 28 × 24 = 672 horas. Si dividimos por 2 esas 672 horas, el resultado será 336 horas, a cuyo fin es cuando teóricamente se produce la ovulación.

Venimos hablando de períodos "regulares", lo que necesariamente implica la existencia de otros "irregulares". Es necesario aclarar debidamente el valor de ambos términos para evitar posibles confusiones, lo que no puede ser más sencillo al decir que entendemos por ciclo "regular" aquél que siempre se manifiesta comprendiendo el mismo número de días entre la fecha en que comienza una menstruación y la en que vuelve a repetirse la siguiente. En la misma rúbrica debemos incluir a los que se manifiestan con diversas variaciones: es decir, que nunca son más cortos de 25 días ni más largos de 30, etc. Los primeros se denominan "regulares simples", que son menos frecuentes que los segundos llamados "regulares alternantes". Aquellos cuyas oscilaciones son de ocho a diez días representan el término medio entre la regularidad y la irregularidad, lo que indudablemente requiere una observación más atenta para la aplicación eficaz del método fisiológico.

Puede asegurarse que un ciclo es irregular cuando la periodicidad de su repetición manifiesta variaciones muy notables; un lapso intermenstrual dura 25 días, el siguiente 40, otro 29, el que sigue se produce 35 días más tarde, etc. No hay regla fija ni en la duración ni en la cantidad de las emisiones, que unas veces se reducen a un flujo insignificante y otras aparecen en forma de abundantes metrorragias.

Si no existe una afección ginecológica, que suele ser lo más frecuente, puede descubrirse una profunda alteración de las funciones del cuerpo amarillo del ovario que en unas épocas degenera rápidamente y en otras persiste en su actividad secretora durante mucho tiempo. En el primer caso se producen las menstruaciones precoces, y en el segundo sus fechas resultan notablemente desplazadas. Lo mismo puede acontecer con relación a la actividad de otras

glándulas de secreción interna. Cuando la enferma está débil a consecuencia de una enfermedad grave, padece anemia, tuberculosis, etc., todo lo cual se traduce en una acentuada reducción de las defensas orgánicas, los períodos se manifiestan en esas expresiones anárquicas que impiden cualquier posibilidad de control. En estos casos, el mismo rango completamente patológico del trastorno determina la esterilidad y la solución del conflicto sólo puede arbitrarla el ginecólogo.

Una vez eliminadas las causas mediante un tratamiento inteligente y tenaz, la normalidad menstrual vuelve a restablecerse, lo que representa la base más favorable de la recuperación orgánica en general. Por eso es posible asegurar que en la mujer adulta no hay equilibrio completo sin una menstruación ordenada. En consecuencia, cuantas tentativas se realicen para determinar siquiera aproximadamente los períodos fecundos e infecundos, admitiendo que la fecundidad fuera posible, nunca se podrá confiar en la eficacia de los métodos que exigen la previa condición de una normalidad ya absoluta, ya relativa, como acontece con los ciclos regulares alternantes, pero siempre encuadrada en el marco de una correcta posibilidad fisiológica.

La mayor eficiencia de la aplicación del método natural anticonceptivo se contiene en la formidable base del ciclo menstrual. Ninguna mujer sometida por las causas que fuere a una periodicidad irregular y anárquica, logrará el menor resultado en la aplicación de un método que nunca podrá ser prescrito para ella. En buena lógica y admitiendo el hecho de su salud genital tan precaria como un impedimento grave en el orden del control natalista, la conclusión a que forzosamente debemos llegar se reduce a la abstinencia total de todo acto que implique el riesgo de un embarazo. Esto, en cuanto a las casadas. Y respecto de las solteras, no deben casarse. En las legislaciones prenupciales de los países más adelantados, cualquier trastorno ginecológico de la naturaleza que citamos implica la prohibición absoluta del matrimonio legal, cuyo derecho se recobra cuando la salud ha sido recuperada.

En todos los casos, incluso aquellos en que la repetición del período menstrual se contenga dentro de sus límites

naturales y normales, la mujer deberá unir a la anotación de las fechas cuantos datos estime necesarios referentes a sucesos, emociones, perturbaciones de salud, etc., en los que pudiera insidir la causalidad probable de alguna alteración del ritmo reflejado en la menstruación próxima. Estos pequeños detalles al parecer sin importancia, suelen constituir una sólida base informativa lo mismo para la interesada que para el médico especialista a quien se debe consultar tan pronto como se advierta un signo alarmante. Por nuestra parte, animados del ferviente deseo de realizar lo más ampliamente posible la divulgación y aplicación correcta de los sistemas anticoncepcionales propuestos, tendremos una verdadera satisfacción en recibir cuantos informes se nos faciliten y en evacuar aquellas consultas que se nos hagan mediante la exposición más detallada de cada caso, acompañando copia del registro menstrual en el que deberán anotarse las particularidades a que nos referimos. La evacuación de dichas consultas será completamente gratuita, para lo que bastará acompañar el Cupón de Consulta que se incluye separado del texto en cada ejemplar de este libro.

Fijación de los días estériles y fecundos

Si fuese rigurosamente cierta la primitiva teoría de que la menstruación en la mujer es un fenómeno físico íntimamente subordinado al ritmo lunar, es decir, que la emisión de los productos catameniales se operase al mismo tiempo que se repite una fase de la luna, cuyo ciclo completo es de cuatro semanas o veintiocho días, el problema que tenemos planteado nos habría llegado resuelto desde los primeros días de la Humanidad, o a lo sumo, las posteriores investigaciones de la ciencia se habrían reducido a la confirmación de un hecho tan visible y natural como es, por ejemplo, el ritmo de las mareas.

Y no obstante, en virtud de una extraña coincidencia, sabemos que el 80% de las mujeres menstrúan cada veintiocho días, hecho que por su cualidad numérica basta para definir el rango natural del fenómeno, aunque para nada

se relacione con las expresiones rítmicas y matemáticas de los acontecimientos astrales.

Partiendo del supuesto de que no sólo esa proporción, sino todas las mujeres estuviesen normalmente regladas cada veintiocho días, como nos consta de una manera incuestionable que el fenómeno de la ovulación se produce en la mitad exacta del tiempo que separa al comienzo de dos menstruaciones, apenas si la feminidad necesitaría otra cosa sino saber con certeza cuando el hecho se producía para establecer un control rígido, absoluto y matemáticamente cierto de sus posibilidades reproductoras.

Ya conocemos lo que se refiere a la aptitud del óvulo para ser fecundado y a las condiciones de la célula germinal masculina o zoospermo. Por consiguiente, en posesión de estos datos tan valiosos, todo lo que se necesita queda reducido a una simple cuestión de cálculo elemental de la más sencilla expresión numérica, y cuyo fin inside en impedir por medio de la adopción de las garantías más ciertas que el óvulo sea atacado, es decir, fecundado por el espermatozoide, conjunción celular que invariable y normalmente determina el principio del embarazo.

Así pues, la mujer que se sabe perfectamente reglada cada 28 días y que por lo menos durante cinco o seis meses ha observado mediante una anotación gráfica la regularidad inalterada de su ciclo, puede asegurar que se halla en posesión del pleno dominio de sus facultades reproductoras si desea ejercerlas en un momento determinado —muy breve, en lo que a ella en sí respecta—, como está convencida de su derecho al amor sin la amenaza de sus indeseables consecuencias.

Veamos un ejemplo: Sus menstruos vienen repitiéndose con esa periodicidad fija que en algunas mujeres es casi cronométrica. El último período, se presentó —simplifiquemos la expresión— el día 1º de marzo; y como lógicamente espera que el siguiente haga su aparición veintiocho días más tarde, es decir, el 29, la ovulación se producirá espontánea y seguramente el día 14. Por consiguiente, a partir del instante en que se produzca la expulsión del óvulo, que en buen rigor científico no es fecundo arriba de cuatro horas, cualquier espermatozoo que provenga de un coito

efectuado dos días antes, esto es, el 12, puede fecundar a la célula femenina. Y con más facilidad aún se efectuará esa unión celular, si el coito tiene lugar el día 13, el 14 y acaso también el 15, puesto que el óvulo, por cualquier circunstancia, puede estar en condiciones de ser fecundado.

Sabiendo esto, la mujer puede adaptar esos resultados a sus conveniencias o deseos. Ella, dueña absoluta de su cuerpo, de sus posibilidades y del derecho más legítimo sobre su propia naturaleza, sabe que los días 12, 13, 14, 15 y 16, es decir, dos días antes de producirse la ovulación, el mismo en que se produce y los dos siguientes, son los fecundos, esto es, los de las máximas posibilidades para que el coito se traduzca en un embarazo. Ni antes del 12 ni después del 16 puede producirse el fenómeno por la sencilla razón de que en el primer caso no ha nacido el óvulo, y en el segundo, ya ha perdido sus posibilidades de fecundabilidad aunque continúa dotado de las facultades físicas que le permiten atravesar el canal útero-ovárico, o sea la trompa, en el tránsito fatal hacia su muerte inevitable que catorce días más tarde habrá de traducirse en la degeneración del cuerpo amarillo del ovario y la expresión espectacular del flujo catamenial.

Respecto del zoospermo, los conocimientos más elementales acerca de la fisiología de los gametos demuestran que la célula espermática que abandona el medio en que fué elaborada y se deposita en otro distinto, aunque no sucumba, pierde su capacidad fecundante antes de cuarenta y ocho horas, lo que responde al proceso inicial de su degeneración. Ya sabemos que la temperatura abdominal de la mujer por un lado y el medio químico de sus secreciones útero-vaginales por otro, crean un ambiente altamente desfavorable para las cualidades originales de la célula germinal masculina.

Todavía, ateniéndonos a las indudables conveniencias psicológicas de la castidad o de la abstinencia periódica y prescindiendo ya de las cualidades o caracteres físicos de los gametos, esto es, del óvulo y el espermatozoo, la máxima garantía de seguridad en previsión de una posible mayor aptitud de las células, consiste en prolongar ese período abstinente en cuanto sea compatible con la natural ansie-

dad del amor inteligente e higiénicamente practicado. El lector no debe olvidar cuanto hemos dicho a este respecto en el Cap. III.

Establecido el principio racional de que los dos días anteriores a la ovulación, el día en que se efectúa y los dos posteriores —del 12 al 16, ambos inclusive conforme al ejemplo citado— son de fecundidad, esta regla se amplía a todo tipo de menstruación normal, esto es, repetida dentro de plazos constantes, ya sea cada 25, cada 26, 27, 28, 29, 30, 31 ó 32 días, lapsos que permiten un control riguroso de los fenómenos y cualidades de los organismos y de las células.

No obstante, esa condición de absoluta y rígida normalidad concretada al caso de los 28 días fijos y constantes, es más bien teórica que prácticamente confirmada, porque puede presentarse la variación de un día e incluso de dos; en tal caso, como el hecho fundamental no implica una alteración demasiado notable en el ritmo, el mejor sistema consiste en investigar y coordinar esos datos de una manera cuidadosa e inteligente en calidad de precisa táctica precautoria, ampliando el período de abstinencia el tiempo necesario, como en el ejemplo siguiente que situamos en el mes de marzo:

Empezó el período el día 1º, o sea en la fecha esperada en virtud de la constante repetición del ciclo; pero el siguiente, que se esperaba para el 29, acontece el 31. Se ha retrasado dos días, lo que significa que la ovulación también se desplazó dos fechas; en lugar de producirse el 14, debemos presumir que tuvo lugar el 16. Claro es, que como dicho día 16 de marzo correspondía al plazo de abstinencia sexual, aunque el coito se efectuase el 17, día ya autorizado, lo más probable es que no existiese el óvulo en condiciones de fecundidad. Entonces, como estas dudas suelen producir consecuencias harto lamentables y presumiendo que el caso puede volver a repetirse, suponemos que la ovulación va a tener lugar el 14, el 15 o el 16 de abril: el 14 cuando menos, y el 16 cuando más. En consecuencia, la prohibición del coito empieza como en el caso anterior, o sea el 12 de abril; pero como es probable que la ovulación se efectúe el 16, hasta el día 19 no podrán reanudarse las relacio-

nes sexuales con todas las garantías de la anticoncepción. Es decir, que el plazo de la abstinencia periódica tendrá que abarcar siete días. Y a fin de que los hechos no se olviden y no haya necesidad de andar haciendo cálculos ni deducciones, lo más prudente será realizar la consiguiente anotación gráfica en el calendario rayando el día en que la menstruación se presente, y a seguidas, las fechas en que el coito sería fecundo.

Esa pequeña alteración puede obedecer a cualquiera de las causas ya conocidas: un cambio de residencia, una ligera indisposición, una emoción, etc. A veces, ya lo hemos dicho, el coito realizado uno o dos días antes de la fecha prevista para la menstruación, suele adelantar la producción del fenómeno, dato que no debe ser considerado a los fines del cálculo, sobre todo cuando la mujer está perfecta y normalmente reglada. Si el período se adelantase sin mediar la circunstancia del coito o bien de un ejercicio muscular prolongado, un trabajo rudo o un hecho al que pudiera atribuirse esa menstruación de precocidad relativa, deberemos pensar en un cambio de ritmo, por lo que habremos de atenernos a sus expresiones a fin de aplicar el método con las mayores seguridades de éxito, ya que un adelanto en la evacuación menstrual sin causas que lo provoquen, corresponde al anticipo del estallido folicular.

Cuando la repetición del ciclo sufre oscilaciones más notables, podemos incluirlo en los tipos de menstruaciones regulares alternantes. Los intermenstruos pueden durar 26 días como mínimum y 32 como máximun, pero sin que se produzca en menos de 26 ni en más de 32, porque en tal caso el motivo sería patológico necesitando la intervención del ginecólogo. Ocurriendo las cosas como decimos, el método puede aplicarse como en el ejemplo anterior, si bien suponiendo convencionalmente que la ovulación se produce dentro de un plazo de 6 días que corresponden a la fluctuación menstrual. Entonces, el plazo de abstinencia temporal tendrá que ampliarse a 10 días, puesto que tomamos dos días de protección antes del ciclo mínimo y otros dos después del ciclo máximo.

Tratándose de ciclos menores o mayores del normal de 28 días, pero invariables y constantemente repetidos, in-

cluso durando, por ejemplo, 40 días, la solución práctica es la misma que la del ciclo de 28: la ovulación se producirá veinte días más tarde de haberse presentado el período anterior, y la prohibición del coito se reducirá a los dos días antes, al en que se produce y a los dos que le siguen. Tal es la definición más simple, porque se refiere a todos los ciclos regularmente repetidos.

En consecuencia, nada hay más sencillo que fijar los días estériles y fecundos de todo ritmo periódico por medio de la anotación gráfica sirviéndose de un almanaque cualquiera de hojas mensuales. Insistimos tanto en este punto, porque es el medio más eficaz y que nunca puede prestarse a confusiones, ya que al rayar con un signo el día en que el período se presenta, deberán señalarse con otro distinto, a fin de evitar posibles confusiones, las fechas en que el contacto sexual determinaría el embarazo. El resto se reduce a observar con fidelidad los plazos de la abstinencia periódica, táctica que al servir de entrenamiento a las disciplinas de la voluntad, enriquece y hace más anhelados los valores del placer higiénica y oportunamente experimentado.

Las causas más frecuentes del error

En la mayor parte de los centros escolares femeninos de la Europa más civilizada, las alumnas próximas a la pubertad son suficientemente instruidas por el profesorado a fin de registrar con toda exactitud las fechas de sus ciclos menstruales. El primer país que implantó tal innovación fué la U. R. S. S., cuyos médicos especialistas observan con el máximo rigor las expresiones de esos expedientes personales. Todo está organizado de una manera inteligente y científica.

Para la aplicación del método fisiológico del *birth control*, como en Inglaterra se denomina al sistema, es absolutamente indispensable el conocimiento del ritmo periódico con siete u ocho meses de anterioridad, plazo que se considera necesario para determinar la constancia de los ciclos. Solamente a base de este *record* resulta posible llegar al

conocimiento preciso de los fenómenos rítmicos de la periodicidad ovular y menstrual con relación al objetivo que nos ocupa. Decimos esto en calidad de advertencia, dirigiéndonos a las mujeres que careciendo de esa instrucción previa, esto es, ignorando cada cuantos días se presentan sus emisiones catameniales, se dispongan a hacer uso del método natural y fisiológico. Si no se posée esa instrucción imprescindible, el solo hecho de saber que entre su menstruación presente y la anterior medió el lapso normal de 28 días, nunca podrá darle derecho a confiar en la eficacia de las reglas que aquí proponemos. La certidumbre acerca de las condiciones del ciclo no puede lograrse, repetimos, si no es a base del registro gráfico anotado con exactitud durante seis u ocho meses.

Por consiguiente, al no partir de tal convencimiento de la exactitud en la repetición del menstruo, los resultados de la imprevisión no podrán producirse en otra esfera que no sea la del azar. Así pues, si este libro cae en manos de alguna lectora impaciente y anhelosa de dominar sus posibilidades reproductoras, tendrá que comprender la honradez de nuestras aseveraciones y adoptar otros métodos contraconceptivos a que habremos de referirnos en el último capítulo, al propio tiempo que realiza la más cuidadosa anotación en el registro de su periodicidad ovular y menstrual. La charlatanería seudocientífica y la inmoralidad de algunos vividores, han puesto en el mercado tablas, aparatos mecánicos e instrucciones que pretenden definir en un instante los períodos de fertilidad y de agenesia, pero carentes de toda información acerca de esa relativamente prolongada, aunque indispensable, información previa. Nosotros tenemos patentado un aparato de precisión matemática en lo que concierne a la determinación de los días de esterilidad y fecundidad de acuerdo con distintos tipos de menstruaciones regulares, bajo el nombre griego de "Kyklos", que en realidad no es más que un ingenioso mecanismo infalible, simplificación de las Tablas que insertamos más adelante, para fijar con indiscutible exactitud las fechas que interesa conocer, pero que sólo tienen un valor científico a base de la existencia de las condiciones exi-

gidas en el instructivo que acompaña a cada aparato, cuyo manejo en sí puede realizarlo un niño.

Los fracasos observados en la aplicación del método fisiológico del control natalista, son la consecuencia de errores cometidos en la interpretación de los signos o de voluntarias insubordinaciones al sistema que en los casos normales jamás puede fracasar, porque el hecho está subordinado a las condiciones naturales de la función del organismo, y por consiguiente prestigiado con todos los caracteres de certeza comunes a una ley fisiológica. Es decir, que teniendo una seguridad completa en la determinación del ritmo, con igual certeza se concretará el lapso fecundo de los intermenstruos de acuerdo con las características a que con tan necesaria insistencia nos venimos refiriendo.

En mujeres débiles y enfermizas y no obstante aptas para la maternidad, esto es, para ser fecundadas, hay veces que los menstruos son tan ligeros que pasan desapercibidos confundiéndose con flujos consecutivos a cualquier trastorno. En algunos casos, la secreción menstrual puede quedar retenida en el útero cuatro, cinco e incluso seis días después de haber sido evacuada por la mucosa, cuyo fenómeno se anunció por ese supuesto flujo al que no se otorgó importancia, pero que en realidad correspondía a la auténtica generación del cuerpo amarillo totalmente consumada y correspondiente a la exclaustración del óvulo. El hecho más apreciable fué la evacuación del flujo catamenial anormalmente retenido en la cavidad uterina, y al establecerse el ritmo bajo este signo anormal, es indudable la evidencia que puede traducirse en embarazo no deseado.

Después de un aborto, de un parto, de un período de lactación e incluso de cualquier enfermedad más o menos grave que trajo como consecuencia la supresión de los períodos menstruales, el ritmo tiene que alterarse y por muy meticulosos y fieles que hayan sido los registros anteriores, ya no tendrán otro valor que el de una información histórica. Esto no lo tienen presente muchas mujeres, cometiendo el gravísimo error de continuar inscribiendo las fechas en que la menstruación debiera haberse producido así como los supuestos días agenésicos, como si su organismo no hubiera estado sometido a esas funciones que im-

plican la supresión normal de los menstruos. Basadas en estos informes que a su vez fueron inspirados por la normalidad, absoluta inclusive, de las reales menstruaciones anteriores al embarazo o a la enfermedad causal de la supresión del ritmo, al suponer que el período va a reaparecer en la fecha calculada y creerse fuera del plazo de la ovulación o de la fecundidad específica, se entregan a la práctica del matrimonio y . . . se presenta un nuevo embarazo.

Con esto queremos decir que la eficiencia del registro periódico del menstruo e incluso el de la misma expulsión ovular observada en los síntomas a que hemos aludido en los diez casos anteriores citados, dejan de tener valor tan pronto como se produce un embarazo o se sufre una enfermedad grave. En tales casos se hace indispensable comenzar de nuevo la anotación, cuya regularidad en cuanto la salud está totalmente recuperada no tarda en evidenciarse coincidiendo casi siempre con el ritmo anterior al acontecimiento, y cuyo plazo puede presumirse en dos o tres ciclos. Puede sin embargo ocurrir una alteración notable, y por consiguiente llegar a la irregularidad; mas en todo caso, la nueva constatación del fenómeno completamente normalizado es lo que autorizará la aplicación del método fisiológico a tenor con las manifestaciones del ciclo.

Los viajes de un lugar bajo a otro alto o vice-versa, los cambios de residencia, de régimen de trabajo, etc., que como sabemos también son causas de desplazamiento de la actividad ovular, requieren la misma observación inteligente cuando se advierta la precocidad o el retardo del suceso. Una confianza excesiva puede dar ocasión al embarazo no deseado, porque si por ejemplo se realiza un viaje en cualquier día siguiente a la cesación del menstruo normal, la ovulación puede adelantarse o retrasarse muy fuera de la fecha o el plazo asignados al período de fecundidad que ya no se contiene en los mismos días, y en esa confianza el coito evidenciará el fracaso . . . Lo más prudente sería observar la actitud expectante hasta comprobar si hubo o no alteración del ciclo ovular, adoptando la solución de la castidad o el empleo de otros métodos contraconceptivos de absoluta eficacia para alejar todo riesgo. En estas condiciones, la normalidad menstrual no suele tardar mucho

tiempo en restablecerse, ya que las perturbaciones orgánicas nunca pueden afectar a la economía en igual proporción que un embarazo abortado o natural y normalmente resuelto.

En la inmensa mayoría de los casos en que la fecundación se ha producido, la fiel exposición de los antecedentes hecha por la interesada permite inmediatamente apreciar la causa del error, que generalmente obedece a la omisión de un registro o a cualquier circunstancia de las citadas, cuando no a la impaciencia del afán erótico que no logra ser dominado por los mejores deseos de castidad . . . Otras veces, la causa del fracaso inside en esa confianza excesiva, que jamás debe tenerse en estas cuestiones, y que predispone a fiarse de la suerte, o también al empleo de ciertos métodos contraconceptivos en las épocas de inseguridad acerca de la evolución del ciclo. Cuando hemos hablado de las ventajas psíquicas y físicas de la abstinencia sexual inteligente, ha sido con el fin de exponer a los lectores dónde se encuentra la mejor solución a esos conflictos que plantea la duda en las épocas que siguen a cualquier perturbación de las funciones menstruales.

Está suficientemente comprobado, que la lactancia normal sigue coincidiendo con la interrupción de las funciones ovulares y menstruales determinada por el embarazo; por lo tanto, solo excepcionalmente puede ser fecundada una mujer lactante en la que aún no hayan reaparecido sus flujos menstruales, al menos durante los seis u ocho meses que siguen al alumbramiento. Ahora bien, tan luego como los períodos tornan a presentarse se restablece su capacidad reproductiva, pese a que persista la secreción láctea. A partir del octavo mes siguiente al parto, la falta de menstruación no implica esterilidad, ya que el fenómeno ovular suele producirse y las cualidades pasivas del óvulo para ser fecundado son positivamente ciertas. Si la secreción láctea se interrumpe ya sea naturalmente o por conveniencia de la madre, el ciclo menstrual no tarda en aparecer con todas sus consecuencias. Quienes creen que la persistencia de la leche coincidiendo con la emisión catamenial supone una garantía de esterilidad, están en un grave error, ya que el menstruo es la prueba más cierta de que la ovulación se

efectúa, porque en realidad es un hecho de la más importante significación fisiológica.

Guías gráficas de la anticoncepción

Permitiéndonos afirmar nuestra creencia de que el lector ya posee la información más detallada y abundante acerca del sistema fisiológico para la determinación de la fecundidad y la esterilidad periódicas de la mujer, todavía es posible llegar a la máxima simplificación en lo concerniente a la práctica del método. Al efecto, hemos confeccionado las cinco Tablas que se insertan a continuación correspondientes a los ciclos más comunes o tipos de menstruación que se repiten de una manera uniforme y constante a lo sumo, con oscilaciones que no crecen ni decrecen más de un día, y que son los intervalos de 26, 27, 28, 29 y 30 días, contando de comienzo a comienzo del fenómeno catamenial.

Cada Tabla abarca un año de 365 días. La exposición gráfica es tan sencilla, que contando con la base indispensable de la normalidad del ritmo, viendo el día en que la menstruación empieza, cuya fecha se indica en los números grandes, se verá inmediatamente cuáles son los días en que la unión será fecunda, como se contiene en los números pequeños que hay debajo. El nombre de los meses impreso en letras grandes se refiere a las fechas en que las menstruaciones comienzan, y el de los meses en caracteres más pequeños, alude a los días en que se impone la abstinencia, por corresponder a las fechas en que la fecundación es posible. Veamos los ejemplos prácticos:

Tabla I.—Una mujer que posea la información cierta de que sus períodos menstruales se repiten constantemente cada 26 días, lo que deberá haber comprobado durante el tiempo debido, sabe, por ejemplo, que su última menstruación empezó el 3 de enero cuya cifra se inserta en números grandes. Por consiguiente, en los números pequeños que hay debajo del 3 grande, verá que los días del 12 al 16, ambos inclusive, corresponden al período de fecundidad, durante los cuales deberá abstenerse del coito, porque en condiciones normales el embarazo sería seguro.

Tabla II.—Corresponde al ciclo de 27 días, o sea a la menstruación que se repite con esa constancia invariable. Por ejemplo, si su último período empezó el 18 de abril, en los números pequeños que hay debajo del 18 en números grandes, verá que los días 28 de abril al 2 de mayo, representan los cinco días en que el coito sería fecundo.

Tabla III.—Se refiere a las mujeres normalmente regladas cada 28 días. Siguiendo el mismo sistema de comprabación, vemos que si la menstruación última se inició el día 14 de marzo, en los números pequeños que hay debajo de dicha fecha veremos que los días del 25 al 29 de igual mes son los que corresponden al plazo de fecundidad.

Tabla IV.—Reglas que se repiten invariablemente cada 29 días. Si la última menstruación empezó el 7 de junio, los números pequeños correspondientes indican que la prohibición del coito se contiene entre los días 19 al 23, ambos inclusive.

Tabla V.—De acuerdo con la misma ley fija, al manifestarse los períodos cada 30 días, si el último se inició, por ejemplo, el día 20 de agosto, los días de fecundidad serán del 2 al 6 de septiembre, según indican los números pequeños impresos debajo del día 20.

En la cabeza de cada Tabla se inserta el número de días del ciclo a que corresponde, así como la periodicidad de la ovulación. Insistimos en recomendar el máximo cuidado en las anotaciones, procurando que en ellas conste la hora en que el fenómeno mestrual empieza con la emisión de las primeras gotas del flujo, a fin de poder llevar mejor el control del ciclo que casi siempre se produce a la misma hora o con escasas diferencias. Téngase muy en cuenta la importancia de ese dato a fin de relacionarlo debidamente con las cifras posteriores, ya que puede existir una diferencia de cerca de veinticuatro horas, que al no ser observada pudiera dar lugar a muy lamentables errores. Entre que una menstruación se produzca un mes a las 3 horas de la madrugada y al mes siguiente a las 23 horas de la fecha perfectamente calculada, esa diferencia de 20 horas habrá de considerarse, porque abarca casi un día completo.

TABLA I.—(Ciclo de 26 días)

La ovulación se verifica al final del 12º día, después de la menstruación.

Enero

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
								Enero																						Febrero
10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9
																		Febrero												
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13

Febrero

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28
							Febrero													Marzo								
10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	1	2	3	4	5	6	7	8	9
																Marzo											
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13

Marzo

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
								Marzo																						Abril
10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9
																		Abril												
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13

Abril

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
										Abril												Mayo							
10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9
																		Mayo											
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13

Mayo

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
										Mayo														Junio						
10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9
																		Junio												
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13

Junio

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
										Junio												Julio							
10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9
																		Julio											
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13

Julio

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
										Julio														Agosto						
10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9
																		Agosto												
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13

AGOSTO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
										Agosto																				Septiembre
10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9
																					Septiembre									
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13

SEPTIEMBRE

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
									Septiembre																				Octubre
10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9
																				Octubre									
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13

OCTUBRE

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
											Octubre																		Noviembre	
10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9
																					Noviembre									
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13

NOVIEMBRE

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
																													Diciembre
10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9
																				Diciembre									
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13

DICIEMBRE

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
																								Enero						
10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9
																			Enero											
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13

TABLA II.—(Ciclo de 27 días)

La ovulación se verifica durante el 13º día después de la menstruación.

ENERO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
										Enero																		Febrero		
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
																		Febrero												
15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14

FEBRERO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28
									Febrero													Marzo					
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
															Marzo												
15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14

Marzo

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
								Marzo																	Abril						
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
																	Abril													
15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14

Abril

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
								Abril															Mayo						
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
																	Mayo												
15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14

Mayo

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
											Mayo												Junio							
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
																		Junio												
15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14

Junio

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
								Junio																Julio					
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
																				Julio									
15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14

Julio

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
								Julio																	Agosto					
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
																		Agosto												
15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14

Agosto

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
									Agosto																Septiembre					
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
																		Septiembre												
15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14

Septiembre

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
									Septiembre															Octubre					
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
																		Octubre											
15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14

Octubre

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
									Octubre																Noviembre					
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
																		Noviembre												
15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14

NOVIEMBRE

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
									Noviembre															Diciembre						
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
																	Diciembre												
15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14

DICIEMBRE

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
								Diciembre														Enero								
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
																	Enero													
15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14

TABLA III.—(Ciclo de 28 días)

La ovulación se verifica durante el 14º día, después de la menstruasión.

ENERO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
							Enero																		Febrero						
12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
																	Febrero													
16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15

FEBRERO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28
							Febrero														Marzo						
12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
														Marzo													
16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15

MARZO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
									Marzo															Abril						
12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
																	Abril													
16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15

ABRIL

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
									Abril														Mayo						
12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
																	Mayo												
16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15

MAYO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
										Mayo														Junio						
12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
																	Junio													
16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15

JUNIO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
									Junio													Julio							
12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
															Julio														
16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15

JULIO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
										Julio												Agosto								
12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
																		Agosto												
16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15

AGOSTO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
										Agosto												Septiembre								
12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
																		Septiembre												
16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15

SEPTIEMBRE

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
									Septiembre												Octubre								
12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
																		Octubre											
16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15

OCTUBRE

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
									Octubre													Noviembre								
12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
																		Noviembre												
16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15

NOVIEMBRE

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
									Noviembre													Diciembre							
12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
																	Diciembre												
16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15

DICIEMBRE

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
									Diciembre													Enero								
12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
																		Enero												
16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15

TABLA IV.—(Ciclo de 29 días)

La ovulación se verifica al final del 14º día, después de la mestruación

ENERO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
									Enero																					Febrero
13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
																		Febrero												
17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16

FEBRERO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28
									Febrero											Marzo							
13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
														Mar													
17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16

MARZO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
									Marzo														Abril							
13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
																		Abril												
17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16

ABRIL

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
								Abril												Mayo									
13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
															Mayo														
17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16

MAYO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
								Mayo														Junio								
13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
																Junio														
17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16

JUNIO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
							Junio															Julio							
13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
																		Julio											
17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16

JULIO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
							Julio																Agosto							
13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
																		Agosto												
17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16

Agosto

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
							Agosto																						Septiembre	
13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
															Septiembre															
17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16

Septiembre

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
								Septiembre													Octubre									
13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
															Octubre														
17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16

Octubre

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
							Octubre																						Noviembre	
13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
															Noviembre															
17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16

Noviembre

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
							Noviembre																						Diciembre	
13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
															Diciembre														
17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16

Diciembre

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
							Diciembre																						Enero	
13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
															Enero															
17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16

TABLA V.—(Ciclo de 30 días)

La ovulación se verifica al final del 15º día, después de la menstruación

Enero

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
							Enero																						Febrero	
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13
															Febrero															
18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17

Febrero

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28
						Febrero												Marzo									
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13
												Marzo															
18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17

Marzo

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
						Marzo														Abril										
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13
															Abril															
18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17

Abril

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
						Abril														Mayo									
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13
															Mayo														
18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17

276

Mayo

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
						Mayo														Junio										
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13
															Junio															
18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17

Junio

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
						Junio														Julio									
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13
															Julio														
18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17

Julio

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
							Julio													Agosto										
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13
															Agosto															
18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17

Agosto

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
							Agosto													Septiembre										
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13
															Septiembre															
18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17

277

Septiembre

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
						Septiembre														Octubre									
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13
															Octubre														
18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17

Octubre

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
							Octubre													Noviembre										
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13
															Noviembre															
18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17

NOVIEMBRE

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
							Noviembre												Diciembre										
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13
														Diciembre															
18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17

DICIEMBRE

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
					Diciembre																Enero									
14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13
														Enero																
18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17

CAPÍTULO VIII

LOS METODOS AUXILIARES

Circunstancias que imponen su empleo

No estamos de acuerdo con quienes afirman que todos los procedimientos encaminados a impedir un embarazo no deseado son inmorales, a excepción del método fisiológico de que nos estamos ocupando. Todo lo que debe admitirse es, que dichas prácticas anticonceptivas son antinaturales, perjudiciales casi siempre y a veces completamente ineficaces; pero traer a colación lo moral y lo inmoral nos parece una puerilidad carente de bases razonables, aunque la finalidad condenatoria se refiere al hecho de no soportar la abstinencia de los placeres conyugales. Nosotros estimamos que siendo idéntico el fin que se persigue, todos los medios empleados en su demanda que no impliquen la producción de trastornos tienen que ser tan morales y admisibles como el fin mismo.

El dominio de la procreación es un objetivo humano casi tan antiguo como el mundo, y a través de todos los pueblos y épocas nos encontramos con las expresiones de esa ansiedad evidenciada en multitud de artificios mecánicos, drogas, talismanes e incluso invocaciones a las divinidades tutelares, y acerca de cuya eficacia no tenemos otro remedio que concebir las dudas más desalentadoras...

Si del lado de la fisiología natural y normal ya conocemos hasta qué extremos puede manifestarse la angustia del sexo y no ignoramos tampoco los valores tan relativos de las teorías morales en estos aspectos, será necesario comprender que toda tentativa de reprimir los impulsos más vigorosos y legítimos del hombre, tiene que producirse en efectos lamentables y diametralmente opuestos. Los mismos que sostienen la santidad del sacramento matrimonial considerándola perfectamente compatible con la práctica anticonceptiva a base del mismo método que nosotros preconizamos, parecen suponer que la unión sexual de dos seres que se aman sólo fué determinada por la idea de tener o no tener descendencia con exclusión de toda otra finalidad sentimental o física. Entonces, la unión conyugal no va más allá de un hecho social y materialista en beneficio de la especie, ya que pretende sustentarse la teoría inadmisible, por antinatural y antihigiénica no sólo en el orden físico, sino en el moral también, de que el placer de los sentidos no es necesario para el perfecto equilibrio de la pareja humana.

Somos los más entusiastas defensores de la castidad bien entendida y naturalmente interpretada: pero también comprendemos que la unidad del matrimonio jamás podrá lograrse a base de la restricción exagerada de los derechos eróticos cuyo anhelo expresa la saturación física del noble y espiritual impulso del amor, anhelo que puede convertirse en angustia, y angustia que se precipita en los abismos del vicio y de la inmoralidad cuando no puede ser legítimamente satisfecha.

El método fisiológico, ya lo hemos visto, está condicionado a diversas circunstancias, como es un error, la falta de observación de los ciclos que debe realizarse en un plazo no menor de siete meses, una enfermedad susceptible de alterar el ritmo periódico, la crianza del hijo, etc., etc. Por lo tanto, ateniéndonos única y exclusivamente a las directivas del método, el matrimonio cuya esposa ignorase las condiciones exigibles en el orden discutido, tendría que venir obligado a una abstinencia total durante siete meses, plazo necesario para lograr el dominio de sus posibilidades. Esto es absurdo, porque se trata de una disciplina insoportable para cualquier persona que jamás puede hacer voto de castidad al contraer matrimonio. En el caso de una enfermedad grave de la esposa, no cabe duda que cualquier marido amante es capaz de transformar todos los valores de su impulso sexual en los más delicados homenajes sentimentales de la afectividad espiritual; pero como no ocurre así, ya que la esposa está completamente sana, ¿cómo es posible desplazar a la natural pasión de ambos del área de unos anhelos sensuales cada día más exacerbados? . . .

La mujer, tanto en virtud de su constitución moral como merced a las condiciones de la propia naturaleza femenina, es posible que soportase el bárbaro suplicio con una resignación . . . relativa. ¿Pero y él? . . . Quien diga que puede conseguir lo mismo y en iguales condiciones morales y físicas, es un ignorante que se engaña o un cínico que miente. ¿Vamos a admitir entonces las soluciones antihigiénicas, peligrosas, caras y desmoralizadoras a cargo de la llamada "poligamia facultativa" que representan esos vertederos de inmundicias que son los prostíbulos? . . . Los prostíbulos, ya lo sabemos, están perfectamente tolerados por las autoridades, por la moralidad oficial del avestruz; pero todo esto nos parece infinitamente más inmoral y menos aceptable que el empleo de otros métodos contraconceptivos distintos del natural y fisiológico que impone tan severas disciplinas.

Cuando hemos hablado de los sucedáneos del acto sexual que se practican con fines anticoncepcionales, se ha visto que la desviación suele convertirse en un hábito de fatales consecuencias en el orden moral y de muy escasos resultados en el aspecto físico a que se dirige, aparte los indudables trastornos orgánicos que pueden afectar a la naturaleza de los cónyuges. La solución substitutiva sigue pareciéndonos completamente inadmisible en todos los órdenes, puesto que en ningún caso cualquiera de tales procedimientos pasa de ser una triste caricatura del acto que aspira a producirse con toda su dignidad física y espiritual.

Por consiguiente cuando el lector se encuentre ante uno de esos verdaderos conflictos que plantea el método fisiológico higiénico, natural e insubstituible del ritmo, su actitud debe encaminarse a la solución más acertada por medio

del empleo prudente de un contraconceptivo, siempre incómodo y antiestético, pero capaz de reunir las condiciones más apetecibles y sin olvidar todo cuanto hemos dicho acerca de las ventajas ciertas de la abstinencia hasta sus límites higiénicamente soportables, sin necesidad de incurrir en el torpe radicalismo ascético que es prácticamente irrealizable en compatibilidad con los fueros del mejor y más floreciente equilibrio conyugal.

A mediados del siglo XVIII, el desarrollo de la anticoncepción adquirió un auge bastante notable a base de substancias químicas y artificios mecánicos en una guerra sin cuartel contra el espermatozoide, para el que a veces resulta inútil la más refinada estrategia. A fuerza de tanto luchar e investigar, algunos fabricantes de "productos privados de tocador" para las damas y de "preservativos higiénicos" para los caballeros, lograron amasar verdaderas fortunas pese a las vivas protestas y condenaciones de los clérigos y médicos que en este punto parecían estar de acuerdo, si bien los primeros lo hacían en defensa de la salud del alma y los segundos en la del cuerpo, ya que las afecciones ginecológicas adquirieron caracteres muy alarmantes. Al intervenir la ciencia más respetable, empezaron a desacreditarse los sistemas nocivos, ya que incluso llegó a emplearse arsénico en calidad de espermaticida, hasta que un químico descubrió que cualquier ácido completamente inofensivo para el organismo destruía por contacto la célula espermática.

Muchos de estos productos que ya cuentan con más de un siglo de crédito, siguen empleándose en la actualidad con bastante éxito. Situándonos en el terreno de la práctica más inteligente, todo lo que se requiere consiste en la elección de los métodos o substancias que unan a su eficiencia la condición de inocuidad para las delicadas mucosas genitales de la mujer, a cuyo sexo está asignado su empleo.

Nada de esto puede ser calificado de inmoral, pese a su antinaturalidad. En todo caso debe aceptarse como un mal menor que indudablemente evita otros mayores: los hijos que no se desean, y la destrucción de la felicidad conyugal provocada por la segura conducta del esposo que

naturalmente buscaría fuera del hogar las satisfacciones que la supuesta moral le negaba. Estos conflictos nunca pueden presentarse en el sistema del matrimonio polígamo, aunque el anatema de inmoralidad que pesa sobre la contraconcepción antinatural nos parece tanto como un estímulo para evadirse de las reglas de la institución monogámica defendida por algo tan respetable como un sacramento que aspira a culminar en las cumbres de perfección de todos los ideales.

Tal es el único aspecto que modifica la esencia de la actitud de la Iglesia puesto que ésta condena con acritud cualquier sistema de control natalista fuera del fisiológico.

Nosotros, desde el punto de vista científico, y de acuerdo con los casos excepcionales de aplicación del método fisiológico, no dudamos en aconsejar aquellos medios auxiliares o de substitución a que nos referimos en el presente capítulo, ya que estamos absolutamente convencidos de que su empleo sólo quedará limitado al área de la excepción en virtud de la inalterable ley biológica que impulsa al hombre al cumplimiento de sus fines de acuerdo con los imperativos categóricos de la Naturaleza.

Nadie acepta un sucedáneo de la ley natural cuando aquélla puede ejercitarse libremente, porque todos los fraudes se originan en la imposibilidad de su ejercicio. Y en este caso, cuando la insubordinación al principio natural no implica daños ni perjuicios y sí contiene una garantía relativa de fiel remedo de la perfección, no sólo debemos aconsejarla, sino imponerla con el máximo entusiasmo en virtud de los beneficios que indudablemente reporta tanto en el orden del equilibrio moral y físico del matrimonio, como en el de los intereses de la sociedad y de la especie.

El preservativo

Es tan conocido este artificio preservativo de las enfermedades venéreas y de la concepción que resulta innecesario describirlo. Su historia se remonta a la de los pueblos asiáticos más antiguos, aunque hasta el siglo XIII no fué conocido en Europa, gracias a Marco Polo que lo llevó de

China. Su empleo se difundió rápidamente sobre todo entre las clases adineradas, ya que su costo era tan elevado que no estaba al alcance de todas las fortunas.

Su difusión fué el punto de partida de la actitud condenatoria de la clase religiosa que más tarde se empeñó en dura batalla defensora de la natalidad. Estimábase entonces que el condón era tremendamente inmoral por estas dos razones fundamentales: Primera, su empleo como preservativo libraba al hombre del temor a las enfermedades venéreas, por lo que podía entregarse a los deleites del sexo con toda impunidad, lo que era tanto como favorecer la lujuria. Las enfermedades sexuales específicas fueron elevadas poco menos que al rango de un hecho necesario, tanto como lo sea el Infierno; el nombre de "purgación" que vulgarmente se atribuye a la gonorrea, era para los campeones de la moral de aquella época la sanción del pecado de la carne, que los incontinentes "purgaban" con la terrible dolencia. Era pues absolutamente necesario mantener el castigo. Segunda, como no sólo impedía el desarrollo de la natalidad desenfrenada, sino que también garantizaba el amor estéril, las mujeres podían hacer de sus impulsos lo que les viniese en gana sin temor a la represalia moral que merecen las madres solteras. Esto no obstante, el uso del condón se generalizó a medida que se perfeccionaban sus cualidades de calidad y se reducía su costo. Y todavía, al cabo de seis siglos se le sigue condenando bajo una inspiración moral en el juicio de sus detractores.

El empleo cuidadoso del preservativo no implica peligro alguno cuando se limita a las épocas transitorias de inseguridad en la aplicación del método fisiológico. Además, existen diversas razones que impiden adoptarlo en calidad de hábito: es caro si ha de ser bueno, incómodo, expuesto a sufrir desperfectos y además implica el sacrificio de ciertas cualidades estéticas, no obstante de poca importancia, cuando quiere conservarse por economía. En el mercado se les encuentra de inmejorable calidad, a base de seda, de hule o de nylón. Para que merezca confianza, deberá ser de una marca acreditada y tener la garantía de su reciente fabricación.

Puede decirse que no existe otro método de más eficacia para ser empleado por el hombre; por mejor decir, es

el único reconocido en diversos congresos médicos y prescrito insistentemente contra las infecciones venéreas y como medio anticoncepcional, ya que dada su absoluta impermeabilidad, su elasticidad y resistencia incluso a una tracción fuerte, resulta ser una verdadera coraza protectora. Aquella célebre frase de Mme. de Sevigné al definirlo como "coraza contra el placer y tela de araña como preventivo del embarazo", fué una humorada que se relacionaba con su deficiente fabricación en la época de la brillante escritora. Hoy, un preservativo de buena marca reúne todas las condiciones de seguridad necesarias para garantizar su empleo durante mucho tiempo, sin más que tomarse la molestia de lavarlo inmediatamente después de su empleo con agua fría y jabón común, secarlo y espolvorearlo con talco neutro libre de ácidos, teniendo muy presente que cualquier ácido lo deteriora rápidamente.

Un preservativo de esta naturaleza es tan seguro como cualquier mecanismo, por lo que su eficacia dependerá del estado y calidad del artificio. No es posible atribuirle propiedades de absoluta seguridad ni basar en la marca o en el precio una confianza ciega, si antes de ser empleado no se le somete a la prueba de la insuflación, poco estética también, pero bastante para determinar su estado en ese momento. Si al insuflarlo se advierte que deja escapar una pequeñísima cantidad de aire, debe renunciarse a toda tentativa de usarlo, substituyéndolo por uno nuevo y en perfectas condiciones. A veces, cuando la lubricación del conducto femenino no ha sido completa, existe el riesgo de que los mecanismos de roce típicos del coito causen la ruptura de la débil membrana, lo que permitiría a una pequeñísima porción del núcleo espermático abandonar el receptáculo yendo a depositarse en la vagina con las consecuencias que pueden suponerse. En previsión de tan desagradables accidentes, es aconsejable embadurnarlo ligeramente, una vez probado y colocado, con vaselina neutra, lo que suplirá la falta de secreción de la glándulas lubricantes de la vulva y la vagina.

Como se observará, a pesar de todos los refinamientos de la industria no es posible lograr la máxima perfección y la total garantía contra todo riesgo de estos aparatos, porque además se debe tener en cuenta la honorabilidad

del comerciante. La adquisición de los preservativos debe hacerse directamente en la fábrica o en un establecimiento de toda confianza, y además, aunque sean de la mejor calidad, nunca se conservarán sin usar durante mucho tiempo.

Ocurre algo más en cuanto a la adopción de este método contraconceptivo de tan indiscutible eficacia cuando se utiliza con arreglo a las condiciones señaladas y que no pueden omitirse: hay quienes rechazan su empleo en virtud de consideraciones diversas, sobre todo por suponer que resta una gran parte de sensibilidad erotogénica, al tratarse de un obstáculo que se opone al íntimo contacto de las mucosas.

Pero esto no es fisiológicamente cierto, aunque en el orden psicológico del fenómeno erótico podamos encontrar una explicación relativa que justifique esa contrariedad.

Una explicación de la negativa de muchos hombres a adoptar este sistema con la esposa o la mujer amada, puede hallarse en causas bien distintas que insiden más en ellos mismos que en las cualidades supuestamente negativas del artificio. Cuando se adopta el uso del preservativo en calidad de garantía de impunidad frente a la concepción o las enfermedades venéreas, la debilidad o el precarismo de las sensaciones eróticas suelen estar determinados precisamente por la frecuencia o el abuso de los contactos íntimos, actitud que se deriva de la conciencia de esa impunidad. En otras palabras, resulta ser el efecto más conspicuo de la incontinencia, de la falta de dominio del impulso que es la cualidad más útil de la castidad cuyos resultados se traducen en todo lo contrario, o sea en la experiencia del deleite que fué la consecuencia de un afán perfectamente evolucionado hasta llegar al límite racional de su madurez.

Ante esas emociones desproporcionadas con relación al amplio móvil cerebral, cono no existe a mano la clave explicativa del contraste, todo se atribuye a la débil membrana de seda, de hule o de *nylon*. Y en vista de la imposibilidad o del riesgo de prescindir del aparato, en el psiquismo del hombre surge el conflicto entre el afán objetivo y la impotencia objetiva que es la determinante de todos los complejos mentales. Si existiese un aparato mecánico de la máxima sensibilidad y precisión, para fijar con exactitud

matemática el volumen de esta clase de sensaciones, veríamos sin lugar a dudas que con el preservativo o sin él, el índice de los resultados sería enteramente el mismo. Esto recibe el título común de autosugestión.

Si a la cuestión o al problema psicológico añadimos la concomitancia del factor moral, la repugnancia que inspira el condón prende sus raíces en los antecedentes sexuales del sujeto. De soltero o en su vida libre, el temor a las dolencias venéreas no tuvo mejores armas defensivas que la membrana protectora, que siempre hubo de usar en sus relaciones íntimas con las profesionales del placer sin amor . . . y sin placer muchas veces. Al temor y a la repugnancia que lógicamente había de inspirarle la mujer de todos y de nadie al propio tiempo, forzosamente tuvo que asociar la odiosa concurrencia del preservativo como un mal necesario susceptible de evitar otros muchos más graves . . . Pero al fin se casa o se relaciona con una mujer que no quiere tener hijos; y como el preventivo venéreo es exactamente igual que el contraconceptivo que viene obligado a usar con fines profilácticos parecidos, aunque antes fueron pasivos y ahora son activos, no pudiendo diferenciar ambos propósitos contra la imaginación en el adminículo protector de sus relaciones furtivas, y el desdichado artificio le parece algo así como un instrumento que en el anhelo noble y específico de su amor completo prostituye un poco a la apasionada que palpita de sincero placer bajo sus limpias caricias . . . Mas a pesar de todo, no puede prescindir de él. Y al final, el conflicto es el mismo.

Algunos partidarios de la escuela freudiana, han intentado explicar por medio del psicoanálisis la aversión del hombre al condón basándose en algo tan estúpido y pueril, como que en los primeros días de su vida, el niño, es decir, el hombre que después habrá de usar el preservativo, se ve impedido de acariciarse los genitales directamente a causa de las ropas íntimas que le obligan a vestir. Y al llegar a mayores, el condón simboliza el mecanismo del pueril impedimento, cuyos efectos prohibitivos se grabaron en el subconsciente que en la edad adulta adquieren el rango de una energía relativamente inhibitoria. La teoría es tan falsa y tan carente de bases científicas, que ni siquiera merece la pena de ser refutada con el más simple razonamiento.

Pero-Grullo, el célebre personaje de la leyenda o del mito que afirmaba su convicción de que era de día por el solo hecho de lucir el sol en el firmamento, debió decir también que todo lo que es antinatural no puede ser natural. Por consiguiente, admitimos que la aversión está fundada en los mismos principios comunes a otro hecho cualquiera modificador de toda condición natural, aunque el contraste es en realidad tan insignificante que bien merece ser soportado en virtud de los indudables beneficios que produce en el aspecto que nos ocupa.

Contraconceptivos mecánicos femeninos.

En el amor libre, en el sexualismo salvaje, en la expresión del impulso erótico que aspira a manifestarse muy fuera de la órbita de la responsabilidad de unos actos tan graves para la sociedad y la especie como son los hijos, el hombre no tiene nada que temer, concretándose al fin biológico de su naturaleza. Es por eso seguramente por lo que el invento del condón, sin duda realizado por un hombre, vino a resolver de un solo golpe el problema del contagio venéreo en calidad de arma que se ideó con un solo filo, pero que después adquirió otro utilizado por la mujer en la lucha contra las posibilidades de su cualidad reproductiva. Ignoramos si los australianos que recurren a la operación mikka tendrán noticia del artificio que tanto llamó la atención de Marco Polo . . .

Si el hombre no necesitó más para defenderse de las infecciones venéreas y su inventiva se limitó al descubrimiento del condón, la mujer, en cambio, hubo de oponer a esa falta de sentido de responsabilidad masculina infinidad de recursos y artificios aplicados a ella misma, ya que el egoísmo del hombre la dejaba desamparada y a merced de unas consecuencias de gravedad suma que ni material ni socialmente afectaban al otro sexo.

Todos estos mecanismos que hasta cierto punto pueden impedir el acceso de la célula espermática a las vías genitales internas de la mujer, carecen de la cualidad de preventivos de las infecciones venéreas asignada al condón;

son armas de un solo filo . . . que casi nunca corta. Su empleo en cuanto a ciertos modelos se remonta a las épocas más remotas de la historia; se conocieron en Asiria, Egipto, Grecia y Roma, y en diversos pueblos salvajes se siguen empleando con iguales fines supuestos aunque de muy discutible eficiencia. No obstante, el crédito de que gozan algunos parece demostrar que son insubstituíbles en el ánimo de las gentes que vienen utilizándolos desde tiempo inmemorial. Vamos a referirnos a los más conocidos, no con el fin de aconsejarlos, sino más bien para facilitar una información acerca de sus pretendidas ventajas que, sinceramente, nos resistimos a reconocer.

El más antiguo de todos ellos, puesto que se dice que fué llevado a Egipto por los primeros visitantes chinos, es la modernamente llamada "esponja de seguridad" cuyo uso parece principalmente asignado a las mujeres dedicadas a la prostitución, gracias a su bajo costo. Consiste sencillamente en una bola de hilo de lino o de algodón contenida en una redecilla finamente trabada, cuyos cabos van a unirse en un cordón común. Su diámetro varía entre cuatro y seis centímetros, y debe ser colocada en el interior de la vagina lo más profundamente que sea posible, hasta aplastarse contra el cuello del útero, dejando fuera el cordoncito para poderla extraer con facilidad después de ser utilizada. Para mayor seguridad, su pretendido efecto mecánico de obstrucción del canal uterino suele ser robustecido impregnando bien la esponja en un líquido espermaticida, con lo que se crea en el seno vaginal un ambiente químico perjudicial para la célula masculina. El inconveniente más apreciable consiste en que reduce notablemente la profundidad del canal vaginal, por lo cual su uso suele resultar molesto para ambos esposos, y a veces doloroso para la mujer. No debe usarse más de una vez. La cualidad que se atribuye a este artificio, además de obliterar el conducto uterino, es la de arrastrar a la masa espermática al ser desalojado de la vagina. Pero esto es completamente ilusorio, ya que si es cierto que permite la evacuación de una buena parte de la masa espermática absorbida por la esponja, el simple mecanismo de la extracción puede determinar que quede depositado en el conducto una mínima porción del líquido

seminal. Para conjurar este peligro, hay que recurrir después a un concienzudo lavado de la vagina por medio de cualquier solución ácida. Como se ve, el sistema es molesto, doloroso y complicado, y en manera alguna impide que alguna célula germinal quede replegada en las múltiples anfractuosidades vaginales, lo que basta para determinar la concepción.

De tipo parecido, aunque excluye las molestias de una profunda penetración del miembro viril, es la "roseta o absorbita", muy empleada en el mundo galante, y cuya denominación resume su forma y propiedades; parece una rosa y absorbe el licor espermático. Se fabrica generalmente a base de hilos de seda o de *nylon*, muy rígidos y finísimamente unidos hasta darle el aspecto de un tejido muy compacto. Su forma es plana, como de un centímetro de espesor, y el diámetro es de seis a ocho centímetros. En el eje de la rosa hay un cordoncito para facilitar su extracción, ya que también debe introducirse hasta el fondo del saco vaginal. Su ventaja sobre la anterior, se reduce a que puede conservarse indefinidamente si está fabricada con materiales de buena calidad. Su costo a últimos de 1946, era de cinco dólares americanos, si bien el de fabricación, incluídos todos los gastos de propaganda, administración, etc., no llega a sesenta centavos por unidad. Tampoco evita la necesidad de un lavado a base de cualquier esparmaticida, por tener todos los defectos de la citada esponja de seguridad... de un embarazo, si no se maneja como es debido.

La combinación de la esponja y la roseta, parece reunida en la flor de un cardo que se produce en la Guinea Española y en otras partes del centro de Africa, y que las mujeres usan con iguales fines. El líquido espermático es absorbido por las sumidades, y el mecanismo de extracción es facilitado por el largo peciolo. Conocemos esta flor, de la que podemos decir que en contacto con un líquido cualquiera no alcohólico desprende una substancia intensamente amarga, al propio tiempo que unas emanaciones cuyo mismo sabor se advierte inmediatamente al ser aspiradas por la boca o la nariz. Posiblemente, sus efectos espermaticidas son químicos, con independencia del desalojamiento de la masa espermática al ser extraída de la cavidad vaginal.

Existen infinidad de modelos de pesarios y oclusores, siendo el más antiguo el del Dr. Mesinga, un hábil ginecólogo francés que se hizo rico en poco tiempo. Consiste en un disco de hule delgado y resistente rebordeado por un anillo de caucho semirígido. Debe ser introducido en la vagina de tal forma que el centro del disco coincida exactamente con el orificio del cuello uterino, y que el reborde debe ejercer una regular presión sobre el fondo vaginal, de manera que proteja a toda la porción del útero. El mecanismo es eficiente, puesto que obtura por completo el orificio uterino impidiendo el acceso de los espermatozoos. Sin embargo, presenta la enorme dificultad de que sólo puede ser colocado por una persona experta, como lo era el Dr. Mesinga, puesto que hay que ayudarse de valvas, pinzas y otros instrumentos ginecológicos a fin de poder dejarlo perfectamente bien asegurado en su sitio. La dilatación que el anillo produce en el fondo del saco vaginal suele ser muy molesta para la mujer. En cuanto al hombre, la penetración muy profunda impide los mecanismos de fricción del glande contra la mucosa vaginal, que se encuentra anormalmente distendida, con el consiguiente defecto de las sensaciones erotogénicas que lógicamente debe producir el contacto íntimo. Además, como en los métodos anteriores se hace indispensable una cuidadosa irrigación vaginal para desalojar hasta donde sea posible los restos de la masa espermática.

Una modificación del anterior, pero cuya colocación implica mayor habilidad, es el llamado "pesario de fondo". Se trata de un disco de hule más dilatable que el de Mesinga, también cercado por un anillo de caucho más grueso que tiene la misión de comprimir el cuello del útero para asegurar mejor la adaptación del disco. Sólo puede ser instalado y retirado por una persona entendida. A veces, la compresión ejercida sobre el cuello uterino es causa de infecciones graves.

El oclusor cervical es un aparato que suele fabricarse en platino, oro, hueso o vidrio. Consiste en un verdadero tapón del canal uterino cuya extremidad más delgada debe introducirse en la matriz, de manera que la porción interna del cuello asegure su sujeción por compresión muscular. Un tope circular de dos a tres centímetros de diámetro y

cóncavo en su periferia, se adapta al borde exterior del cuello uterino. La colocación correcta del aparato sólo puede hacerla una persona entrenada sirviéndose de instrumentos adecuados. Este oclusor tiene la ventaja de obliterar el canal cervical, pudiendo dejarse colocado desde que término una menstruación hasta que va a comenzar la siguiente. Sin embargo ofrece muchos riesgos, siendo el más grave un posible traumatismo en la pared interna y posterior del útero a consecuencia de una penetración profunda o violenta en el acto del coito. El costo de este artificio es siempre muy elevado, debiendo confeccionarse sobre medidas que sólo puede determinar un especialista solvente.

Todos estos métodos, que son los más sencillos y divulgados, no acaban de reunir las cualidades siquiera más elementales en cuanto a comodidad y eficiencia, por lo que su empleo debe ser proscrito en beneficio del preservativo cuyas propiedades son indiscutiblemente superiores cuando se utiliza con habilidad y ateniéndose a las reglas ya citadas. En el aspecto sentimental de la cuestión, a toda mujer repugnan tanto física como moralmente las manipulaciones en sus órganos genitales, y más aún cuando debe realizarlas el médico con esos fines que tan sensiblemente afectan el pudor femenino.

La higiene íntima

La higiene íntima de la mujer, cuyas prácticas fueron sañudamente combatidas por los viejos moralistas al igual que todo cuanto se refería al culto de la piel, no es, como algunos dicen modernamente, un producto de la licencia de las costumbres ni una conquista reciente de la cultura, ya que hasta en las ruinas de la antigua Tebas se han encontrado cánulas, espéculos, recipientes y aparatos destinados al aseo de los genitales femeninos. La acepción de que "la cáscara guarda el palo", se inspira en la frase de un moralista que dijo: "Perezca de suciedad el cuerpo, mientras proteja la existencia del alma inmortal". Aquellos sagaces observadores estaban perfectamente convencidos de que la suciedad corporal, y principalmente la genital con referencia a la mujer, suele significar en la inmensa ma-

yoría de los hombres una verdadera muralla de asco contra la que fatalmente se estrellan los afanes eróticos mejor evolucionados.

Esto que tan bien conocían los moralistas, no lo ignoraban las mujeres; la coquetería femenina y el afán de agradar al otro sexo es una condición que no se concreta a la hembra humana, sino que se amplía a todas las del reino animal como una característica de valor indiscutible. Por eso la mujer antigua y la moderna han prestado a las prácticas de su higiene una atención preferente en el convencimiento instintivo de que el aseo de sus órganos genitales es una de las condiciones más caras para la satisfacción del sensuopsiquismo masculino que tanto se ha refinado gracias al progreso de la cultura. Ese *odor di fémina* que dicen los italianos, ese olor genital que para las bestias, para el hombre primitivo e incluso para el actual más refinado posee una de las claves de la excitación erógena de rango olfativo más apreciada, sólo se manifiesta merced a la más cuidadosa higiene íntima por provenir de las glándulas odoríferas situadas en la región vulvo-vaginal, no como un capricho arbitrario de la Naturaleza, sino en calidad de factor psicológico de la mayor importancia estimulativa. Y cuando se descuida ese aseo, la descomposición de las secreciones glandulares da lugar a los olores más repugnantes, que es lo que aquellos propagandistas de la suciedad a ultranza trataban de imponer como base de todo el artificio de sus leyes morales.

La higiene íntima no es moral ni inmoral: es estética e higiénica, pese a la condenación antigua forzada a contemplar cómo esa supuesta defensa de la castidad femenina es arrastrada por la corriente de agua que sale de un irrigador, lo que prueba la tremenda debilidad de un ideal carente de cimientos más sólidos que la suciedad sistematizada. El aseo más íntimo es una condición que toda mujer educada se impone sin matrimonio o con él, sin concepción o con ella, porque sabe que las verdaderas y más insignes cualidades del sentimiento de su pudor están defendidas en la conciencia de que en ella no hay nada capaz de inspirar a nadie cualquier remoción antiestética.

Decimos todo esto, que acaso parezca impropio del lugar que ocupa, en oposición a las ideas de supuesta índole

moral que proscriben las prácticas higiénicas con finalidades anticonceptivas, al propio tiempo que tratamos de resolver esos escrúpulos tan tenazmente inculcados por la tradición en el ánimo de las gentes pusilánimes.

Las irrigaciones o enemas vaginales aplicadas al caso que estamos discutiendo, si en el orden higiénico son de un valor incalculable que no puede discutirse, en el específico de ser utilizadas como medio único para impedir la concepción no podemos otorgarles otra importancia que la que en realidad tienen como elemento auxiliar, ya que jamás podrán bastar por sí solas para eliminar por completo cualquier riesgo de fecundación, pese a que se empleen los más poderosos antisépticos o germicidas. Una ligera investigación de los órganos genitales femeninos limitada a la estructura del canal vaginal, permite darse cuenta de que los tejidos y mucosas de todo el aparato copulador presentan multitud de repliegues y anfractuosidades que podemos comparar vulgarmente con el interior de un fuelle muy irregular; y que se prolongan en distintas direcciones desde el portio hasta el fondo del saco o Douglas ofreciendo el aspecto de un tapiz rugoso.

Para que un lavado hecho con el fin de desalojar a la masa esparmática del seno vaginal ofreciese las mejores garantías, sería preciso lograr la máxima distensión de todos los tejidos del conducto, de tal forma que ni siquiera la centésima parte de un milímetro cuadrado escapase al contacto con el líquido espermaticida. Un zoospermo, uno solo, puede quedar oculto en cualquier repliegue de la mucosa en espera de la ocasión oportuna para salir de su escondrijo y marchar al ataque de un óvulo dispuesto a seguir viviendo. Veinte minutos después de un lavado a fondo con un litro de solución de ácido fénico al 1/1000 y utilizando un cánula-espéculo corriente, se efectuó otra inyección vaginal con agua simple. En el líquido evacuado se comprobó la existencia de numerosos zoospermos que aún conservaban sus propiedades de motilidad, si bien bastante reducidas, lo que se debió a las emanaciones del ácido. En otra ocasión se empleó una cánula-espéculo distensora de bastante capacidad para una irrigación también ácida. y el lavado posterior con agua no denunció en el líquido ninguna célula viva.

Los enemas vaginales aplicados con fines exclusivamente higiénicos y repetidos con mucha frecuencia, varias veces al día —como se observa en algunas mujeres públicas—, produce una alteración muy notable de la actividad funcional de las glándulas vaginales de secreción, hasta el extremo que llegan a atrofiarse. La supresión de este medio químico que es tan necesario para el zoospermo al que sirven de vehículo las secreciones testiculares, determina un ambiente desfavorable para la vitalidad de la célula que sucumbe o pierde sus propiedades activas antes de ponerse en contacto con el óvulo fecundable.

Algunos casos de esterilidad femenina no están justificados sino por el precarismo o la supresión de las secreciones a causa de los lavados tan frecuentes, por lo que se aconseja la interrupción de esos cuidados íntimos exagerados, y así la función glandular no tarda en normalizarse. La infecundidad de las prostitutas se explica también por dichas causas, aparte de que estas mujeres practican lavados profundos varias veces al día, utilizando substancias de alto poder germicida.

Las cánulas empleadas con fines contraconceptivos deben ser aquellas que producen la máxima dilatación o extensibilidad de las paredes vaginales, lo que permite una irrigación perfecta de toda la cavidad. Estos lavados deben realizarse a conciencia, procurando que el líquido antiséptico permanezca en el seno el mayor tiempo posible al objeto de que pueda actuar sobre la superficie de las mucosas y en las anfractuosidades que forman los repliegues rugosos del conducto. Un lavado a la ligera desalojará la mayor parte de la masa espermática, pero nunca podrá permitir la evacuación total o, por mejor decir, la destrucción de las células germinales mediante su contacto con los líquidos antisépticos. La aplicación correcta, que sólo hace una mínima proporción de mujeres, consiste en comprimir los grandes labios vulvares, sirviéndose de los dedos, sobre la cánula, de forma que no pueda salir el líquido hasta que su volumen no haya dilatado perfectamente el conducto vaginal, permaneciendo dentro no menos de diez o quince segundos, al cabo de los cuales se permite su salida. Utilizando un recipiente de dos litros, esto puede hacerse de cuatro a seis veces con la seguridad de que usando un buen

antiséptico es imposible a las células conservar sus propiedades.

Modernamente se ha descubierto que una temperatura baja es más favorable a la vitalidad del zoospermo que otra elevada; por consiguiente, se aconseja que el líquido utilizado para estas inyecciones o enemas vaginales esté a la máxima temperatura que pueda soportarse sin peligros o molestias. Sin embargo, lo más importante consiste en procurar la máxima distensión de los tejidos vaginales, ya que así desaparecen sus pliegues longitudinales y transversales, impidiendo al zoospermo su ocultación.

Las propiedades de los líquidos espermaticidas no se alteran con el frío o el calor, aunque aquellos que producen emanaciones gaseosas deben utilizarse siempre en caliente, ya que no es sólo su contacto sino también los vapores que desprenden lo que causa la destrucción de las células espermáticas.

Lo mismo los recipientes que las cánulas-espéculo deben conservarse en perfecto estado de limpieza. Estas últimas habrán de introducirse en el líquido preparado para la irrigación desde unos momentos antes de administrarla, lo que se hará inmediatamente después de haberse efectuado el coito. La velocidad a que se mueve el zoospermo es considerable con relación a su tamaño, por lo que una irrigación vaginal aplicada media hora después del acto amoroso puede ser completamente ineficaz a los fines propuestos, ya que la masa espermática suele proyectarse con bastante fuerza sobre el mismo orificio uterino en el momento de la eyaculación, lo que facilita extraordinariamente el proceso de avance del espermatozoide al interior del útero, de donde ya sería imposible desalojarlo por los medios corrientes.

En la práctica de la inyección vaginal no es indispensable la más profunda penetración de la cánula-espéculo, ya que siendo la vagina un saco prácticamente cerrado, bastará con impedir la salida del líquido para lograr, repetimos, una perfecta dilatación de los tejidos del seno. La intromisión muy profunda de las cánulas puede determinar traumatismos en los planos tan delicados de la porción vaginal del útero, dando lugar a hemorragias, a veces considerables, o por lo menos a infecciones peligrosas. Los movimientos de la cánula deben ser lentos, procurando imprimirla un leve efecto rotatorio y de traslación al mismo tiempo, por todas las paredes de la cavidad, con lo que quedará eliminado el riesgo de cualquier golpe o roce perjudicial.

La mejor postura que debe adoptarse es la genu-pectoral, llamada también de "plegaria mahometana", esto es, de forma que estando de rodillas, el pecho se apoye en el mismo plano que aquéllas. Sin embargo, no es indispensable modificar el procedimiento corriente, ya que la mayor eficacia estriba en que el líquido invada por completo la cavidad vaginal.

Este sistema anticoncepcional, que como los demás propuestos sólo deberá adoptarse en calidad de auxiliar del método fisiológico natural, racional, cómodo y seguro, no puede reunir las garantías exigibles de una total eficacia, por lo que se limita a los casos en que no es posible determinar con precisión la cualidad de los ciclos periódicos. Es muy necesario insistir en este punto, ya que jamás deberá adoptarse una actitud de exagerada confianza en unos medios que no reunen las condiciones científicas de perfección inherentes a los hechos naturales regidos por invariables leyes fisiológicas.

Los fracasos que a veces se comprueban en estas prácticas contraconceptivas auxiliares, no siempre deben imputarse al sistema en sí, sino que responden a su aplicación incorrecta, a su extemporaneidad y a lo incómodo de los procedimientos, condiciones que tanto contrastan con el hecho que los determina. Por eso insistimos una vez más en nuestra afirmación anterior al referirnos a los contraconceptivos mecánicos empleados por la mujer: que el camino más corto y menos desagradable a recorrer en demanda de los fines perseguidos, lo ofrece el preservativo asignado al hombre, cuyas condiciones de seguridad no pueden negarse a pesar de la aversión que inspire, teniendo en cuenta que su empleo se reduce a las épocas de incertidumbre y falta de control de los ciclos periódicos que no permiten una certeza absoluta acerca de las circunstancias exigidas por el método fisiológico.

Los contraconceptivos químicos

El descubrimiento relativamente moderno de que la célula espermática no puede vivir en un medio líquido ácido, se limita a una demostración científica conocida en la práctica empírica de muchos pueblos antiguos y modernos, como lo prueba el hecho de que el modesto vinagre común y corriente de los usos culinarios ha gozado siempre de muy merecida fama, hasta el extremo de que modernamente sigue prescribiéndose para estos fines anticoncepcionales.

Por regla general, todo líquido ácido goza de las mismas propiedades germicidas que cualquier preparado antiséptico que se logra con arreglo a la más depurada técnica del laboratorio. En el mercado existen multitud de preparados a base de distintas substancias activas y en concentraciones diversas, unos perfumados y otros sin perfumar, lo que en nada modifica sus cualidades fundamentales, como son las de inocuidad respecto de las delicadas mucosas genitales femeninas, su poder germicida en general y la comodidad de su empleo en cualquier momento. Cierto extraño sentido de lo que pudiéramos llamar "pudor comercial", impide una franca expresión publicitaria; pero en términos generales puede decirse que todo producto de un laboratorio o fabricante acreditados que se prescriba para los fines de la higiene íntima de la mujer, reune las condiciones a que nos referimos y puede utilizarse con esa seguridad no absoluta, sino relativa, entiéndase bien, que es la condición de tales procedimientos.

Cuando no se disponga de medios económicos o de facilidades para su adquisición, el médico o un farmacéutico de buena fe pueden prescribir un ácido cualquiera de uso medicinal o industrial: el ácido acético, el tártrico, el cítrico, etc., no faltan en ninguna droguería, y son inofensivos usados a dosis prudentes. Cualquiera de los citados en la proporción de cinco gramos por litro de agua, resultan de una eficacia indiscutible y nunca pueden determinar trastornos ni molestias. El alumbre de potasa en solución débil está acreditado como un excelente espermaticida, pero ofrece el inconveniente de astringir y endurecer los tejidos mucosos, sobre todo si se abusa de su empleo.

El ácido fénico y todos sus derivados en proporciones débiles está muy acreditado, ya que los efectos son dobles: destruye al zoospermo por contacto y por sus emanaciones o gases, sobre todo si se utiliza la solución caliente. No debe recomendarse en los casos en que existan lesiones en los órganos internos, ya que puede dar lugar a graves intoxicaciones. Igualmente deben proscribirse las substancias mercuriales y arsenicales por idénticos motivos.

El timol o ácido tímico es eficacísimo y no ofrece ninguno de esos inconvenientes. Primero debe disolverse en alcohol de alta graduación, ya que no es soluble en agua sino en la proporción de 1:1200. Preparando una solución alcohólica al 10 %, una cucharada sopera en un litro o dos de agua caliente dará a la irrigación las mejores propiedades germicidas. Por ser un antipútrido muy poderoso, impide ciertas molestas fermentaciones vaginales.

Uno de los productos de mayor eficacia es el formol, cuyos sinónimos farmacológicos son formaldehido, aldehido fórmico y formalina, que se utiliza en soluciones alcohólicas al 40 %. Es un antiséptico muy poderoso, no tóxico, y obra en estado de vapor, siendo sus emanaciones muy irritantes, aunque no perjudiciales para las mucosas. Debe usarse en la proporción de 1 gramo de solución alcohólica para un litro de agua, o sea al 1:1000. La proporción puede aumentarse para mayor seguridad respecto de la acción de los vapores que desprende, sin pasar de 5:1.000, si bien puede tener efectos irritantes en esa dosis. Es indispensable servirse de cualquier cánula-espéculo procurando la máxima dilatación del seno vaginal, al objeto de que los vapores puedan actuar sobre las mucosas. El líquido debe estar caliente, aunque no a mucha temperatura. Puede aplicarse la irrigación de vapor en lugar de la líquida directa, ya que sus efectos son siempre mortales para la célula espermática. Para ello basta servirse de la cánula-espéculo acoplada a un embudo de hule o de plástico, de manera que los gases o vapores del formol penetren en la cavidad vaginal. No obstante aconsejamos mejor la irrigación, ya que además de matar fulminantemente al espermatozoide desaloja a la masa espermática, lo que sólo podría conseguirse mediante un lavado anterior o posterior a la vaporización.

La mezcla de la solución alcohólica con el agua caliente debe hacerse al momento de irrigarse, ya que el formol así diluído se altera al cabo de unas horas si no se conserva en recipientes herméticamente cerrados. Practicando la inyección o enema vaginal con todo el cuidado requerido, casi pudiéramos asegurar que los resultados son completamente satisfactorios, si bien no debe aplicarse después de media hora de efectuado el acto del coito, condición general para todas las irrigaciones a base de estas substancias germicidas.

Bajo la rúbrica de óvulos, polvos, comprimidos y vaselinas anticoncepcionales, se expenden infinidad de substancias de supuesta eficacia espermaticida, desinfectante, antiséptica, etc., y que lo mismo pretenden servir para la contraconcepción que como profilácticos de las enfermedades venéreas. Esos óvulos hechos a base de glicerina densificada, gelatina y ciertas grasas semisólidas fusibles a la temperatura del seno vaginal, contienen en calidad de agentes activos las mismas substancias o parecidas a las que hemos citado que se disuelven en el vehículo graso. La substancia así fluidificada, tapiza la mucosa vaginal y obtura el orificio uterino impidiendo el acceso de la célula espermática que no hubiese sido destruída por efectos del germicida básico. Ofrecen estos óvulos el inconveniente de que deben ser introducidos en la vagina inmediatamente antes del coito, y si no producen irritaciones debido a la intolerancia de las mucosas; el método es bastante antiestético. Después del acto es necesario proceder a una irrigación capaz de arrastrar al vehículo graso, lo que no se consigue con facilidad por adherirse fuertemente a las paredes de la vagina.

En la fabricación de los comprimidos y polvos espermaticidas se utilizan principalmente el perborato y el metaborato de sodio, fácilmente solubles al contacto con las secreciones vaginales y testiculares del vehículo espermático, produciéndose entonces reacciones gaseosas de indudable poder espermaticida, pero que en ningún caso llega al del formol. La eficacia relativa de esas substancias cuando se emplean de una manera inteligente, suele quedar contrarrestada por su toxicidad para las mucosas que no tardan en experimentar alteraciones más o menos notables. Deci-

didamente, no hay nada mejor que evitar su empleo todo lo posible.

Al lado del vinagre que nunca falta en ningún hogar, tenemos el zumo de limón, cuyas aplicaciones terapéuticas gozan en la medicina natural de múltiples propiedades. Una cucharada de esta substancia para cada litro de agua a cualquier temperatura, posee magníficas cualidades espermaticidas siempre que pueda lograrse una acción total del líquido sobre la superficie bien distendida de la mucosa vaginal.

La noble misión del médico

La ciencia contraconceptiva ha llegado, por fin, a ocupar un puesto destacado entre los más caros ideales del género humano, pese a las resistencias tradicionales de la opinión y de los directores de la cosa pública. Sin embargo, las conquistas realizadas por los investigadores más distinguidos apenas logran salir de los laboratorios, ya que sus incursiones en el área pública suelen estrellarse contra los muros de la incomprensión y de la mojigatería. Hasta los leales esfuerzos de la Iglesia en este sentido de la lucha por la dignidad de la especie, han encontrado la oposición tenaz y sistemática de los campeones de la vieja moral que en tal aspecto, como ya hemos dicho, se obstinan en mostrarse más papistas que el Papa... Su intransigencia perfectamente acreditada en el decurso de tantos siglos de oscurantismo y de negación de los más insignes valores humanos, sigue manteniendo los viejos mitos mediante la funesta influencia de unas ideas que no acaban de desmoronarse, para que detrás de esos muros quede libre la contemplación de los vastos horizontes pródigos en beneficios para la salud moral y física de la raza.

Pero esto no importa, o al menos ha dejado de importar en el orden del progreso humano, porque por encima de la tradición está el razonamiento científico cuya noble y evidente misión consiste en diferenciar, sin dejarse dominar por el imperio del prejuicio, de la teoría o del mito, lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, lo verdadero de lo falso. Nada importa el prestigio histórico de las co-

sas, ni el valor emocional de los hechos actuales: lo que interesa por encima de todo es dejar despejado de incógnitas el áspero y tortuoso camino de la existencia. Contra lo convencional, la ciencia está obligada, y cumple con su misión, a exponer las razones de la verdad seca, tajante, cruda y escueta.

Ya hemos visto con toda calma, sin apasionamientos ni concepciones desorbitadas, el panorama actual de la sociedad que aspira a la culminación de todas las perfecciones físicas y morales, de paso que a cada movimiento, a cada esfuerzo en demanda de la superación no logre nada mejor que hundirse más en su propia miseria, como ocurre al desdichado que por error cayó en el barro movedizo de un pantano. Aquella siniestra predicción de Billroth que auguraba el final más trágico de la civilización por causa de la irrefrenable inconsciencia procreadora, está siendo fatalmente confirmada por las bestiales catástrofes que siguen asolando a la Humanidad con esas legiones inmensas de mutilados, enfermos, míseros, hambrientos y desesperados que han podido sobrevivir a las hecatombes del siglo con su cortejo alucinante de millones de muertos, y todo ello porque la ciencia, en su calidad de exponente más elevado del intelecto humano, hubo de ponerse al servicio de tan espantosos crímenes colectivos... ¡Ah, si la raza retornase a la época de las hachas de sílex!...

Ya vemos que el problema de la natalidad desenfrenada sólo puede resolverlo los Estados progresistas. Pero si el Estado común y estandardizado se desplaza del campo de sus fines más útiles, es al individuo, al ciudadano, al Juan de la calle a quien incumbe velar por su bienestar y su porvenir en la defensa de los intereses privados e íntimos que más le afectan, ya que los problemas que él mismo se crea, nadie sino él mismo también puede resolverlos. Y para la solución de los más graves, porque tanto afectan a su moral como a su economía, ya hemos dado las claves más precisas en este libro que se acaba.

Y hemos visto también que no se trata de una ciencia infusa ni muchísimo menos; todo se reduce a una simple cuestión de elemental inteligencia y de buena voluntad puesta al servicio de la felicidad propia, que al fin será la dicha colectiva. Las disciplinas, los métodos y los recur-

sos que acabamos de exponer, son susceptibles de una interpretación tan fácil como debe haberlo sido la comprensibilidad de las razones morales, sociales y físicas en que apoyamos nuestra actitud defensiva de la natalidad controlada. Un eminente religioso, afirma: "Prole, sí: pero sólo cuando los padres estén preparados". Concretamente, ese es nuestro enunciado básico y el resumen de todo cuanto va escrito, entendiendo por preparación la multitud de circunstancias —resumibles, sin embargo en muy pocas palabras— que deben concurrir en la determinación de un acto voluntario de quienes han de asumir la máxima responsabilidad de los hechos.

La instrucción anticoncepcional es tan sencilla como acabamos de ver, y salvo los casos relativamente excepcionales sujetos a determinadas observaciones, su práctica está al alcance de cualquiera, sin gastos, sin molestias ni sacrificios que no puedan soportarse, y además, basada en procedimientos cuya licitud se inspira en la más prestigiosa moral de la propia Naturaleza.

Desechando el prejuicio, si este libro no basta, acaso en virtud de ciertas dificultades de interpretación que no consideramos probables, cualquiera puede disponer del consejo tan leal y tan humano del médico, indispensable, por otra parte, en las condiciones excepcionales a que nos hemos referido. El médico moderno, que es consciente de su grave ministerio, jamás se permite con un consultante insinuar cualquier juicio moral respecto a los deseos que manifieste en este sentido. Y si alguno llegase a olvidar las leyes de su oficio, la mejor solución inside en consultar a otro...

A este respecto, el mismo Dr. Hermann Knaus, escribe lo siguiente: "Con relación a la licitud o ilicitud de la profilaxia de la concepción, cualquiera puede tener las ideas que mejor le acomoden; pero el médico tiene la obligación ineludible de tender siempre al esclarecimiento de la verdad, sin perder de vista el hecho de que todos los hombres aptos para la reproducción se encuentran obligados por imperativos de la civilización más elevada, de la cada vez más aguda crisis económica y del creciente exceso de mano de obra, a controlar sus posibilidades de sucesión y a regular de alguna manera el número de los

nacimientos. Quien niegue la certeza de esta afirmación es que no es médico o que se encuentra fuera de las realidades de la vida sexual contemporánea, y de esta manera no puede comprender uno de los problemas más difíciles de la actualidad."

El médico que posee un título y cobra unos honorarios, no está asistido por el derecho de opinar en otro sentido que el específico de su profesión; lo demás debe dejarlo para la tertulia del círculo social de sus amistades que es donde existe la máxima libertad para la exposición de las ideas personales. El consultante requiere un consejo, un método, una solución al conflicto que tiene planteado y que el médico inteligente es el único obligado a resolver, comprendiendo que si él no lo hace no faltarán otros de criterio más amplio y razonable y más dignos también de poseer el título que ostentan.

Estamos convencidos de que la falta de instrucción anticonceptiva por una parte y el temor al juicio ajeno por otra, son las causas más destacadas de esas soluciones dramáticas del aborto o del embarazo no deseado, además de justificar el empleo de contraconceptivos no solo ineficaces, sino altamente perjudiciales para la salud de la mujer. La lucha contra la natalidad no es un fenómeno de la época, sino de toda la existencia de la Humanidad civilizada. Será inútil, pues, oponerse a su desarrollo basándose en ideales de tan débil consistencia como la sanción moral o la repulsa íntima. El hecho hay que aceptarlo con los ojos abiertos a la realidad, y el médico mejor que nadie es quien está obligado a considerar los móviles sentimentales, sociales y humanos que determinan esa actitud inconmovible de la mujer que prefiere los riesgos físicos y desdeña los juicios morales con tal de lograr un objetivo que tantísimo le importa en todos los órdenes de su naturaleza.

Yo he tenido que pasar por el trance amargo de ver morir a infinidad de criaturas depauperadas, hambrientas y miserables, que si no hubieran nacido —también lo dijo Pero Grullo— no sólo no habrían muerto, sino que la dicha de sus progenitores y la de otros hermanos que nacieron antes, no hubiera sido turbada por el dolor de su precaria existencia y el final sin remedio. Y como ya no había qué hacer ante lo fatalmente consumado, creo que presté un

gran servicio a los padres indicándoles el método más seguro para no ver morir a otros hijos, y que sencillamente consiste en impedirles nacer.

En estos casos y en otros parecidos, la actitud del médico que tiende a favorecer el nacimiento de nuevos desdichados, se convierte automáticamente en la más elevada y criminal expresión de la inmoralidad. El médico que inspirándose en un ideal propio que no es de índole profesional y se basa en él para coartar a un cliente la libertad en el ejercicio de un derecho tan íntimo como es su oposición a tener hijos, es indigno del título que posee, porque comete el delito de alta traición a su clase y a su ministerio. El médico digno y honorable, tan libre como cualquier hombre para dedicarse al culto más grave de sus ideas personales, debe disociar el sentimiento privado del que manifiesta su cliente, para servirle con igual lealtad y entusiasmo que él desearía para sí de quien, supongamos, pudiera resolverle el posible conflicto de su esterilidad conyugal o el de su ardoroso afán de procrear más descendientes. En buena deontología, en buena moral médica, cuando la salud del cuerpo corresponde a la del alma, el ejercicio del noble ministerio se reduce muchas veces a tomar la oración por pasiva, y más aún si en nada se lesionan los intereses de una actitud tan respetable que a nadie ofende ni perjudica, y en cambio es el fundamento de tantas alegrías y beneficios.

En aquellos países donde la teoría del certificado médico prenupcial no suele servir para nada más útil que justificar la exacción de un impuesto o de unos honorarios, cualquier facultativo honrado y consciente de su influencia está en el deber primordial, y eso por cuenta propia, de instruir a los futuros cónyuges en esas disciplinas tan sencillas de la natalidad controlada, de la procreación útil, de la básica dignidad de la familia y de la especie. Y que cobre, ¿por qué no?... De cualquier manera, lo que haga pagar al cliente por tan señaladísimo servicio, siempre será infinitamente menos de lo que exige una abortadora, de lo que cuesta una enfermedad o de lo que suponen los gastos de un sepelio...

El culto de la conciencia profesional, del sacerdote médico, tiene esas exigencias e imposiciones que jamás pueden

eludirse en nombre de otros principios reales o supuestos completamente ajenos a los nobles y abiertos ideales de todo criterio científico. Y ahora, que cada quien cumpla con su deber, porque nosotros acabamos de cumplir con el nuestro.

INDICE

INTRODUCCIÓN 7

CAPÍTULO I.—INSPIRACION RACIONAL DEL CONTROL NATALISTA.—*Las teorías de Roberto Malthus.—Mecanización de las explotaciones.—La angustia económica.—Los cataclismos bélicos.—Inconsciencia de las masas.—El ejemplo de la URSS.—El desarrollo de la Ciencia Médica.—La acción negativa de los gobiernos.—Relación directa entre fecundidad y mortalidad.—La Escuela Moderna* 9

CAPÍTULO II.—LAS FUENTES DEL ODIO, DEL DELITO Y DE LA MUERTE.—*Matrimonios jóvenes.—Conciencia del instinto maternal.—Psicología forzosa de la esterilidad voluntaria.—La ilusión del placer y la realidal del dolor.—El hijo, accidente indeseado.—Cómo se larvan el odio y la rebeldía.—Los mayores enemigos de la dicha conyugal.—Panorama siniestro del hogar incapaz.—Los derechos de la mujer.—Bases higiénicas del matrimonio consciente.* 47

CAPÍTULO III.—ABSTINENCIA UTIL Y FRAUDE NOCIVO.—*Las excitaciones eróticas de la vida moderna.—Conciencia de las responsabilidades sexuales.—Fundamentos psicofísicos de la castidad.—Dominio científico y racional del impulso.—Los sucedáneos del acto normal.—El fraude y su trascendencia.—Las graves directivas del hábito perverso.—Neurosis de angustia sexual.—Embarazos inexplicables, perfectamente explicados* 85